

Jossy Loes

Las pelirrojas  
también  
se enamoran



ROMÁNTICA

Las pelirrojas también se enamoran.

Jossy Loes

Tempus Fugit Ediciones



©Código de registro: **1601186281345**

[Todos los derechos reservados](#)

Título original: Las pelirrojas también se enamoran

©2016 Jossy Loes

©Diseño maqueta y portada: Tempus Fugit Ediciones

©Corrección: Koldo Basurto

Copyright 2016. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los derechos reservados

**ÍNDICE**

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Epílogo:](#)

[Agradecimientos](#)

*A todas las personas que han vencido los obstáculos tanto de la sociedad como distancias cuando conocen el amor por Internet y las redes sociales y a ti que acertaste vivir esta aventura junto a mí.*

Mucha gente no cree que pueda encontrarse el amor de su vida por Internet, pero los datos dicen lo contrario. A todas esas personas que han luchado y creído en el amor en la distancia y a ti; por coger mi mano para seguir demostrando al mundo que el amor por la red también tiene su final feliz.

*Según la ciencia, es más probable perdonar una infidelidad cuando no lo sabe todo el mundo.*

**Escuchaba** hablar a su amiga con una enorme sonrisa y una taza de café humeante en la mano, sin prestarle mucha atención a lo que decía, ya que estaba más atenta a sus pensamientos y esa sensación que percibía cada momento y que podía comparar con ese cosquilleo que recorre el cuerpo en esos instantes que la emoción invade.

Era la misma sensación que tuvo el primer día que pisó el colegio, la universidad o su primer puesto de trabajo. Incluso comenzaba afirmar que la sensación que experimentaba era mucho más fuerte que en las ocasiones anteriores. Y es que cada ilusión estaba puesta en el compromiso que había aceptado, su relación de pareja pasaba a otra etapa.

Una etapa donde los cimientos de un futuro en común comenzaban a asentarse. No había sido fácil, pero tanto ella como Duncan lo habían logrado y es por lo que se sentía aún más orgullosa.

Podía afirmar que las relaciones a distancias funcionaban, solo con paciencia y una buena organización alcanzaría su meta trazada. Dos años con pequeños obstáculos, le impulsaron a tomar la decisión que la llevaba ese día a celebrar que iban a vivir juntos como una verdadera pareja.

Y es que desde que conoció a Duncan, supo que sería distinto, a pesar de las discrepancias e indirectas que su hermano solía decirle. Para Charles, ningún hombre era digno de su hermana y Caris, acostumbrada a esa estúpida actitud, ignoró por completo sus advertencias. De momento se centraría en ese día y todo lo que le esperaba en los siguientes.

—Cuento cada minuto para a esa cita con el chico de la inmobiliaria y ver los pisos que hemos escogido—dijo bebiendo un poco de café. Eva dejó de hablar, suspiró y dejó su taza en el fregadero—. Duncan se ha dado cuenta de que su casa nos queda pequeña y tú, más que nadie, sabes lo que me costó que lo entendiera.

—Encontrarás el apropiado —respondió su amiga—. Lo importante es que al fin decidiste trasladarte, ya era hora, no es bueno dejar solos tanto tiempo a los hombres— hizo un mohín para contradecirla, pero Eva se le adelantó, conocía de antemano su opinión.

—Ve y pregúntales a esos gandules si seguirán atados al fútbol o podemos dar una vuelta.

—Hablando de ellos, ¿qué ocurre?—preguntó Caris—. Desde que llegué he visto malhumorado a Sam.—Eva evitó mirarla concentrándose en la ropa que sacaba de la lavadora.

—Cosas de hombres—indicó—. Sabes cómo son. —Caris no quedó muy convencida con la respuesta.

En cuanto volviera a casa de Duncan se lo sonsacaría en medio de una buena sesión de sexo, Eva se dio cuenta de que seguiría dándole vueltas al asunto y decidió cambiar el tema.

—Olvida sus tontas peleas—pidió—. Los hombres son como niños, apresúrate a levantarlos del sillón, me apetece salir un rato.

—Tienes razón, me gustaría ir a ese nuevo lugar del que me hablaste —Eva levantó una ceja.

—No comprendo cómo puedes estar tan delgada y siempre tener ganas de comer — Caris, guasona, sonrió.

—¿Será la genética? —Eva la miró de arriba.

—¡Dichosos algunos con la genética!

Caris volvió a sonreír, abrió la puerta de la cocina para ir al salón por el diminuto pasillo de paredes blancas que separaba ambas habitaciones con alguna que otra foto de recuerdos, y por unos

segundos llegó a pensar que algún día las paredes de su futura casa también se cubrirían de recuerdos.

Dio dos pasos más y antes de abrir la puerta escuchó las carcajadas de Duncan y la voz profunda de Sam algo enfadado.

—No voy a decirlo otra vez, por tu bien espero que hayas cortado con esa chica— advirtió Sam, y Caris no pudo mover ningún músculo, deseando que fuese una broma.

—Lo intento, pero sus dos... — respondió Duncan y un silencio invadió el salón. Ella sintió como su piel se helaba y al no escuchar a su novio reírse supo la más cruda verdad.

—¡Eres un cabrón!— reprochó en alto Sam denotando su indignación.

—Deja de dártelas de hombre fiel—se defendió Duncan—. Ahora me dirás que nunca te has fijado en sus enormes pechos y, sabes qué te digo, no lo creeré, te aseguro que son increíbles.

—¡Te estás pasando!—advirtió Sam— Caris es mi amiga, está a dos puertas de nosotros y como vuelvas a faltarle el respeto de esa forma, te juro que te romperé las costillas.

—¡Venga, Sam!— respondió Duncan quitándole hierro al asunto—. No pensarías que iba a esperar a Caris como un monje, son mis últimos cartuchos de soltería y aquí, entre los dos, me he planteado en un par de ocasiones pagarle una operación y así no que tener recordar a la rubita.

Caris sintió una y otra vez cómo su corazón era apuñalado. Cinco años de lo que ella creía que era una verdadera relación, y estaba basada en mentiras. Decidió dejar su vida en Edimburgo por Duncan y es que, al cumplir el año de relación, acordaron pasar dos fines de semana al mes juntos en Glasgow y los restantes Duncan iría a Edimburgo.

Acababa de darse cuenta que él tenía tiempo de sobra para relaciones paralelas. Era una humillación dolorosa y no conforme con eso iba a sugerirle que se agrandara los pechos. La ira poco a poco se apoderó de su cuerpo apartando el dolor que cubría su corazón.

—Estás a punto de que te eche a patadas de mi casa— alzó de nuevo la voz Sam—. Por ser tan hijo de p...—Sam no pudo terminar su advertencia, vio en cámara lenta a Caris acercarse con una mirada gélida, percibida por Duncan, que se levantó con una gran sonrisa para abrazarla y a cambio de eso recibió una gran patada en sus partes nobles.

—¡Eres un maldito miserable! ¡Quédate con tu furcia de pechos grandes, jamás en la vida volverás a ver mi cara! —Se giró furibunda para recoger su bolso, dispuesta a irse y Eva la retuvo.

Eva había escuchado a su marido alzar la voz y a toda prisa fue hasta el salón. La escena que vio no era nada alentadora. Duncan estaba doblado del dolor en el piso y Sam de pie enmudecido sin saber qué hacer o decir.

—No puedes irte de esa manera—rogó Eva enseguida—. Todo tiene solución —creyó que podía calmar a su amiga—. No puedes tirar por la borda una relación de tanto tiempo. — Carisladeó su cabeza para enfrentarse.

—¿Lo sabías? — Su amiga no respondió. Caris cerró los ojos por unos segundos buscando un poco de cordura en su mente, que no encontró, y abrió los ojos con un solo fin—. Hasta ahora no sabía que daban pases gratis...

Eva se mantuvo en silencio ante lo que vendría por parte de su amiga. Era normal que estuviera tan herida, pero estaba segura de que Duncan dejaría a esa mujer en cuanto Caris se instalara definitivamente en Glasgow. La pelirroja elevó la comisura derecha de sus labios y fijó sus ojos en ella.

—Los amigos como vosotros podéis iros a la mierda.—Abrió la puerta y salió, dejando entrever la furia que sentía.

Volvió a la casa de Duncan, recogió lo poco que pudo sin saber a dónde podría ir o, sí lo sabía, el solo hecho de tocar su puerta invitaría a que su padre le dijera: «te lo dije». No tenía otra salida, era otro más de su larga lista de fracasos sentimentales.

Terminó de recoger sus cosas metiéndolas en la maleta y tiró las llaves en el suelo sin importarle dónde llegarían a parar, cerrando con un golpe seco la puerta. Detuvo un taxi e indicó a dónde ir.

Diez minutos después, escuchaba a su padre decir lo que había predicho, se mordió el labio evitando que la rabia la consumiera, se sentía muy humillada y decepcionada. Había dicho sí a una vida en pareja y lo que no cabía en su mente era que sería la cornuda de Glasgow, la que sustituían de vez en cuando por una mujer de pechos grandes.

Bajó los ojos a los pechos se cercioró de su tamaño y maldijo una y otra vez a Duncan y lloró hasta quedarse dormida.

\*\*\*

A primera hora del día siguiente se levantó del sillón cama que tenía su padre en el salón y fijó sus ojos en las maletas que estaban al lado del mueble de la tele y las lágrimas de decepción y pena aparecieron.

Su padre apareció con una taza de café bien cargado y sin decirle nada la abrazó, los siguiente minutos ella dejó que sus sentimientos afloraran, luego se limpió la cara con el revés de su mano y se levantó para ir al baño, despejarse y una vez vestida su padre la llevó a la estación de trenes.

Se despidió con un abrazo y un consejo de los que solía darle, amaba a sus padres y siempre lamentó su divorcio, el motivo que le dieron a ella y a Charles fue que se había acabado su amor, y con esa conclusión su padre se exilió en Glasgow y su madre se quedó en la capital.

El día que le presentó a Duncan, su padre lo observó largamente y luego a ella, suspiró y esbozo una pequeña sonrisa, durante el camino a la estación de tren su padre confesó que no lo aprobaba, nunca le había gustado y creyó una vez verlo con otra chica.

Pero la ilusión que ella reflejaba hizo que le diera una oportunidad y la apoyase, a su vez comenzó a pensar que tendría a uno de sus hijos cerca de él. Caris no quiso confesarle los verdaderos motivos de esa ruptura, era demasiado vergonzoso.

— Ha sido lo mejor —volvió a decir su padre—. No importa la distancia que separe a un hombre y a una mujer siempre y cuando la honestidad sea lo primero en una relación.—Caris asintió y lo abrazó.

—En cuanto a ese McGregor, se arrepentirá toda su vida, no sabe la joya que ha perdido.— Sonrió con tristeza y se despidió de su padre con un beso.

Una vez sentada en el tren, viendo cómo la gente terminaba de acomodar su equipaje y sentarse en sus asientos, encendió su móvil y llamó a su hermano. Si Charles se enteraba de lo que había pasado antes que ella se lo explicara, tomaría represalias.

—***Algo muy malo ha debido de pasar para que llames un domingo, que es mi día de descanso, a las ocho de la mañana.***

—Siempre tan cariñoso.

—¿Caris?

—Ehh... bueno, vuelvo a casa.

— ***¿Qué ha hecho esta vez el McGregor de pacotilla que tienes por novio?***

—¿Puedes pasar por mí, cuando llegue?— Charles gruñó y ella escuchó la voz de una mujer. «¡Mierda!» exclamó para sí. Acababa de aguarle la fiesta a su hermano. Charles tapó el móvil y a pesar de eso, escuchó un murmullo y la risa de la mujer.

—***Iré, llamaré a Julieta para que me acompañe.***

—¿Julieta está en Escocia?

—***Sí, llegó el mismo día que dijiste que tardaría en volver a ver tu cara. Y estoy preguntándome si deberían contratarte para extra de alguna película con poderes sobrenaturales.***

—No estoy para sarcasmos, Charles— él bufó.

— *Y yo tengo la ligera sospecha de que me voy a cabrear mucho cuando me cuentes qué demonios pasó.*

—Charles, nos vemos luego.

—*Voy a matar a ese malnacido, estoy seguro de que...*—Caris colgó evitando que su hermano terminara la frase.

No quería volver a llorar de nuevo, si lo pensaba fríamente, le ahorraría a Charles las ganas de estrangular a Duncan, ya que lo haría ella con sus propias manos.

Frustrada como estaba, se dejó llevar por la rabia y habló un poco más alto de lo normal.

—¡Maldito Duncan McGregor!

Un hombre que acababa de sentarse a su lado y estaba hojeando el periódico lo bajó y la miró.

—¿Qué ha dicho?

—Nada que a usted le importe— respondió escueta. No estaba de humor para contarle a un desconocido su historia y que sintiera lástima por ella, era una hora de viaje, pero no lo suficiente para contar sus penurias.

No, era muy humillante saber que mientras se esforzaba ahorrando dinero para meterse en una hipoteca, Duncan se metía en la cama de otra, el hombre la miró ceñudo y respondió de inmediato.

—Sí que me importa, dado que tengo un sobrino que se llama así y dudo que sea casualidad, además, una joven no debería estar maldiciendo.

Caris lo miró y miró perpleja. De todos los lugares del mundo, tendría que tocarle un compañero de viaje que tuviera un sobrino que se llamaba exactamente igual que su ex. El hombre vio que había captado su atención y prosiguió su discurso de valores.

—Se ve una chica juiciosa. Escocia está llena de muchos jóvenes solteros en los que puede fijarse. —Contuvo todo el aire y quiso cerciorarse de que no podía estar viviendo ese instante.

—¿Y usted asegura que hablamos del mismo Duncan?

—Solo verla, sé que debe de ser mi sobrino.—Caris soltó un bufido, la vida quería seguir lanzándole esas clases de sorpresas de una manera muy cruel.

—¡Tenía que ser McGregor!—ironizó—. Todos os creéis únicos en el mundo y no señor, usted y su maldita familia son unos simples mortales, a excepción de sir Ewan.

El hombre la miró horrorizado y se mantuvo en silencio, Caris creyó que la dejaría tranquila, le dio la espalda y se dispuso a mirar el paisaje entre las capas de nieves que dejaba a su paso y algún que otro espacio verdoso que le indicaba que la primavera no estaba cerca y en vez de ayudar a mejorar su estado de ánimo, lo empeoraba.

Necesitaba poner en orden sus ideas para saber cómo enfrentarse a su hermano, pero no sería en ese momento, el hombre se levantó y la señaló.

—No acepto que ofenda a mi familia.— Caris, que llevaba horas soportando las ganas de gritar y lanzar cosas, también se levantó.

—Su familia me importa un comino —gritó—. Duncan es un hijo de puta que no respeta a ninguna mujer.

—Mi sobrino no es capaz de faltar a una mujer, deje de estar persiguiendo a hombres comprometidos.—Caris abrió la boca sorprendida.

—¡Será imbécil!—volvió a gritar, enfrentándose a un hombre del doble de su estatura.

—Pero usted quién demonios es para insultarme —respondió el hombre con el ceño fruncido. Los gritos de ambos advirtieron a un vigilante del tren que paseaba de vagón a vagón y se apresuró para evitar un enfrentamiento mayor.

—Les agradezco que detengan la discusión o me veré obligado a bajarlos en la siguiente estación.

—Disculpe— dijo el hombre alterado—. La culpa la tiene la joven, si podemos llamarla así, se ha atrevido a insultar a mi familia al no aceptar que mi sobrino mantenga una relación estable.

La rabia nubló la cabeza de Caris al escuchar al hombre sacar conclusiones. Su comportamiento llegaría a lo más bajo y Duncan tomaría esa actitud como un despecho en toda regla, pero necesitaba desahogar su pena y que todos supieran que ella no era la tonta del bote que creían.

—Es usted un canalla, al igual que su maldito sobrino, ese que llama honrado.—Escupió sus palabras llenas de resentimiento—. Soy Caris Cameron MacArthur.—El hombre abrió los ojos y su cara se enrojeció.

—Ahora no soy la cualquiera que pensaba, tranquilo don honorable, me gusta ver en sus ojos terror. No sabe las ganas que tengo de darle un rechazazo, pero ya me he rebajado suficiente con gentuza como usted y su sobrino.

Puede decirle a ese mequetrefe que mañana me reuniré con un abogado y más le vale que no saque ni un céntimo de la cuenta que tenemos en común y otra cosa, que pague la operación de pechos a su abuela.

—No permito que se meta con mi madre.

Repuso el hombre acercándose con la amenaza reflejada en su cara. El vigilante, temiéndose que podía escaparse la situación de sus manos, habló por radio y aferró su mano a la porra. Sin embargo, Caris no se amedrentó.

—Usted va a permitir que diga lo que me venga en gana, en la vida volverá a verme y juro que haré que la reputación de su dichoso sobrino caiga por los suelos, empezando justo ahora.

Sabía que los chismes corrían como el agua y que su hermano Charles se enteraría y le reprocharía por haberse rebajado a ese nivel, pero sintió la necesidad de terminar con broche de oro su lamentable espectáculo, miró a la gente que estaba sentada y con valentía se dirigió a ellos.

— Damas y caballeros, les informo que Duncan McGregor es un hombre tan honesto y honorable que se atrevió a reírse a mis espaldas, vanagloriándose de cómo me ponía los cuernos con una mujer con enormes pechos.—Eso último lo dijo con un tono lleno de dolor, se tomó un segundo para respirar y evitar que las lágrimas salieran.

— Y no solo eso, estaba considerando la idea de pagarme una operación para satisfacer su fantasía sexual, o quién sabe si su secreto mejor guardado sea tenerlas él.

—Eso es imposible— respondió el hombre en un intento de defender a Duncan—. Nunca haría eso —Caris sacó de su bolso el móvil y buscó el último mensaje del contestador.

*Caris, cariño, solo fue mi última cana al aire, te amo y nunca me atrevería a cambiar nada de tu cuerpo, me gustas tal como eres aunque si me dejaras sugerirte...*

No fue necesario seguir, los murmullos de horror de la gente se hicieron de inmediato. Vio en la pantalla del tren que estaban cerca de la próxima estación, cogió su equipaje y se bajó para sentarse en un banco y llorar durante un largo rato.

Se limpió la nariz con el revés de su palma, cogió el móvil y llamó a la única persona que la ayudaría en ese momento, su prima Julieta.

*Según la ciencia: cuando una persona miente se produce el llamado “efecto Pinocho”, debido al cual la temperatura de la punta de su nariz aumenta o disminuye.*

# CAPÍTULO 1

Miguel estaba sumamente contento de cómo le había cambiado la suerte de la noche a la mañana, se había ligado a la recepcionista de la empresa. No es que antes no ligara, su carisma siempre le había ayudado a atraer mujeres, pero podía pronosticar que ese verano sería interesante.

Se autofelicitava por tener una fiera insaciable cada noche y cada vez que gritaba: ¡Eres increíble, Mihulk! Ese mote nació de los lugares que frecuentaba cuando se iba de marcha y buscaba una buena noche de sexo y cuando gritaban sacaba su pecho con orgullo.

La noche anterior intentó concentrarse en el programa de informática que estaba diseñando, pero recibió la llamada de esa mujer insaciable insinuando que llevaba partes de un ordenador en su cuerpo y necesitaba su ayuda para colocarlas donde debían ir, la aventura que vivía sin ataduras y solo sexo salvaje era lo que cualquier hombre soñaba, concluyó.

Sonrió recordando cómo dejó todo por descubrir, qué clase de piezas eran, y sonrió aún más al recordar cómo iba explicando dónde iba cada pieza.

Su móvil vibró, indicándole que había plan a la vista, leyó el mensaje indicando que no se había equivocado.

Estiró sus brazos hasta que sus huesos crujieron y miró a ambos lados antes de levantarse, sintió cierta molestia en sus partes e imaginó que era evidente, a causa de tanto ejercicio.

Abrió un poco las piernas para acomodar su miembro solucionando así el inconveniente y volvió a sonreír pensando en las múltiples posiciones que había hecho las últimas semanas, sin incluir ciertos lugares que no imaginó y que lograba que esos momentos fueran muy excitantes.

Agradeció a la vida el que fuera interceptado por ella en el cumpleaños de una compañera, lo recuerda muy bien, ya que lo de enrollarse en el baño del restaurante no estaba en sus planes, y menos lo que consideró el mejor sexo oral hasta ese momento. Era como vivir en un sueño, esa chica siempre estaba dispuesta, no existían los dolores de cabeza o de ciclo menstrual.

Guiñó el ojo a una compañera cuando pasaba por su lado que, sin saber por qué, le lanzaba malas miradas, y lo extraño es que se había dado cuenta de que no era la única, y lo atribuyó a que la empresa estaba despidiendo a más personal masculino de lo normal o algún que otro compañero pedía bajas extrañas.

Concluyó que esa mujer tenía algo que ver; así que era mejor llevarse bien, hace mucho había alejado a las mujeres dramáticas de su vida, eran un incordio, y una pesadez dar tantas explicaciones. Lo mejor era un aquí te pillo y aquí... Menos problemas y más diversión, las claves de una gran vida que no cambiaría.

Y a pesar de que podía pasar por chulesco, quería que se dieran cuenta de que no era hombre de estar metiéndose en la vida de los demás.

Se dirigió a la sala de fotocopias, pensando en los minutos que iba a disfrutar a continuación, quiso darse palmaditas en el hombro ante la suerte que tenía. Abrió la puerta y ahí estaba la mujer que lo mantenía en carrera constante de quién disfrutaba más con quién.

—Hola, Mihulk —dijo con voz seductora—. Me preguntaba si estabas ocupado.

—Depende para qué.

—Sabes que la fotocopidora tiene otra función que puede terminar siendo divertida, te puedo enseñar cómo.

—No tenía ni idea—respondió con sorna—. Y no me opongo a probarlo

Sonrió decidida, fue a él y le desabotonó la camisa mirándolo fijamente, llevó su mano hasta su entrepierna y lo acarició, despertando su jugueteo, como solía decirle en esos minutos de desenfreno.

Él por su parte mordió el lóbulo de su oreja y bajó lamiendo su cuello, con una mano alcanzó un pecho acariciándolo por encima de la ropa. La chica bajó la cremallera del pantalón y metió su mano para excitarlo más.

Miguel, con un gruñido subió la falda, levantándola y sentándola en la fotocopidora, pero en el momento que iba a echar a un lado el tanga la puerta se abrió.

—¡Esther, se te advirtió! —Indicó con severidad una mujer que entró de forma brusca—.No has mantenido la última promesa que hiciste.—Miguel soltó de inmediato a Esther ante lo que creyó que era demasiado violento para su gusto.

Imaginó que era una venganza y ¡vaya venganza premeditada! Carraspeó para enfrentarse y antes de defender a la chica se encontró con la realidad.

—¿Por qué te entrometes en la vida de otros?—Se quejó la chica con los ojos llenos de frustración. — Deja que disfrutemos de los placeres del universo.

Miguel se metió la camisa y ajustó el pantalón giró para dar la cara, intentó gesticular con la mano para calmar a las dos mujeres, pero Mónica, que mantenía su mirada impasible hacia Esther, lo ignoró y prosiguió.

—Hace un mes, Ernesto tuvo que renunciar por lo mismo— le recordó—. Te dije que te ayudaríamos y aceptaste poner de tu parte, creí que estabas progresando y veo que me has mentido.

No estás en cualquier empresa y el presidente cree que el problema le ha acarreado bastantes disgustos y baja productividad.

He intentado justificarte hasta este instante y no lo haré más.

—¿De qué hablas?—preguntó Miguel desconcertado. Mónica suspiró y le miró directamente a la cara.

—Esther tiene problemas de adicción, se ha comprometido para dejarse ayudar desde que entró en la empresa, hace seis meses.

—No entiendo —indicó de nuevo. Mónica resopló de impaciencia.

—¿Has olvidado qué hago en la empresa? —Miguel la miró durante un largo minuto y tenía razón, no recordaba qué hacía, incluso no sabía en qué departamento trabajaba, siempre se la tropezaba y ella lo observaba de una forma que terminaba sintiéndose culpable sin saber de qué. Se frotó la nuca y negó con la cabeza.

—Lo sabía —afirmó Mónica, negando con la cabeza al silencio de Miguel—.No es de extrañar, ya que mantienes el mismo síndrome desde que...

—¡Espera, espera, espera! —la interrumpió—. A ver si lo entiendo, según lo que has dicho, Esther tiene una adicción y ahora dices que tengo un síndrome, ¿quién demonio eres, la psicóloga de la empresa?

—Sí.

Miguel abrió los ojos preguntándose desde cuando la empresa tenía un psicólogo. Llevaba cinco años trabajando allí y era la primera vez que sabía de su existencia. Se sintió indefenso ante la mirada recriminatoria de Mónica, momento que aprovechó Esther para escaparse.

Mónica soltó aire y salió de la pequeña habitación, Miguel siguió a ambas mujeres esperando una respuesta a esa descabellada situación y al salir todos los miraban entre asombros y negaciones.

—¡No te atrevas a huir! —Insinuó Mónica—. Haré el informe de inmediato y no hace falta que te diga que estarás despedida.

La intriga de Miguel llegó a más cuando escuchó a una mujer exclamar de alegría por lo último que dijo Mónica.

—¡Esperad! —Pidió Miguel alzando la voz y poniendo un poco de sensatez a lo que para él no tenía ni pies ni cabeza.

Siempre había escuchado rumores de algún que otro compañero que había sido pillado en plena faena, acarreado a un despedido disciplinario, a veces llegó a pensar que era exagerado, creía que con una advertencia bastaba, incluso recordó esas relaciones en las que saltaban chispas y cómo algunos terminaban casados.

Estos últimos le daban escalofríos, y es que él no estaba preparado para eso. Quiso defender a la pobre recepcionista que, según su criterio, estaba siendo injustamente despedida.

—Creo que estás exagerando, Mónica.

—Es mejor que te apartes, no deberías involucrarte o te saldrá caro.—Mónica se dio cuenta de que los estaban mirando y en voz baja le indicó—. Te informaré más adelante y te ayudaré a seguir con tu vida, de hecho, lo más aconsejable es que te tomes unos días libres. Miguel, sorprendido, abrió los ojos sin dar crédito a lo que la supuesta psicóloga decía, comenzaba a desbordarle la situación y le respondió de inmediato.

—¿Pero te has vuelto loca? —Mónica lo miró ceñuda.

—Quieres la verdad.

—¡No! Aquí no —dirigiéndose a ambas Esther y se escuchó al fondo: «¡Como si ya no lo supiéramos!» Esther miró a su alrededor con ganas de dar a algunos una gran patada en el trasero hasta llegar a saber quién tuvo la desfachatez de ser tan directo.

—Sí— dijo Miguel— quiero saber qué sucede. —Esther clavó sus ojos en él como si hubiera herido sus sentimientos y antes que Mónica diera su explicación, respondió.

—Está bien, firmaré mi despido y entraré al programa de adicciones si eso te complace.—Miguel impaciente se llevó las manos a la cabeza y con un tono más alto de lo normal, rogó.

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué es adicta Esther? Parece que hubiera cometido el peor de los pecados.—Un coro de mujeres gritaron a la vez.

—¡Es ninfómana!

*Según la ciencia: El amor causa conductas sorprendentes en las personas, que nunca creyeron que serían capaces de tener.*

## CAPÍTULO 2

Caris creyó que al estar inmersa en el trabajo de su legado familiar olvidaría a su ex, ocupaba su mente en ideas de mejoras para el *pub*, que nunca llegaban a plasmar en papel pensando que solo lo hacía para distraerse y es que su vida estaba sin rumbo fijo.

La primera semana mantuvo mucha paciencia para evitar que Charles fuera a Glasgow a partirle las piernas a Duncan, palabras que escuchó durante los meses siguientes y cuando creyó conseguirlo, su padre la llamó y le dijo que su hermano había reunido a sus primos para darle un escarmiento a su ex.

Amenazó con irse de Escocia y Charles a regañadientes aceptó no volver a interferir, lamentando no poder defender el honor de su hermana como se debía. A veces pensaba que su hermano había sido abducido por una sociedad secreta con normas antiguas.

Esperaba que en cualquier momento le reprochara su apariencia y es que, por mucho maquillaje que usara, era evidente que estaba hecha trizas y él era su gemelo y la conocía.

Una mañana se levantó con la idea de coger las riendas de su vida, cambió su peinado y desechó toda esa ropa que le recordaba a Duncan, así como también decidió llevar a papel esas ideas que cruzaban una y otra vez en su mente.

Un nuevo ciclo, un nuevo capítulo para ella y para todos. Se encargó de visitar algún que otro *pub* de moda con la esperanza de encontrar ese detalle que le indicase que el suyo tenía que ser distinto al resto de bares.

Ideó una lista de actividades para evitar regresar temprano a casa, entre ellas, retomar la práctica de natación y como última medida, se fue a vivir con su abuela Agnes. La adoraba, era su segunda madre y no le importaba la manera de imponer sus reglas, necesitaba eso en su vida, sin incluir su mirada que acobardaba hasta el más rebelde.

Cansada del día agotador, volvió a casa y fue directa a la cocina, su abuela estaba en alguna reunión con sus amigas y eso le daba libertad para llevar la cena a su habitación. Le armaría la bronca al siguiente día en cuanto viera el plato en el suelo, y ella buscaría la forma de que su abuela la perdonara.

Comió, vio algo en la tele y decidió darse una ducha para luego sentarse en la cama con las piernas cruzadas, como solía hacer las últimas semanas, y navegar por la red. Esa noche tuvo la necesidad de entrar al *Facebook*, red social que había desactivado para evitar tener contacto con Duncan.

Vio las fotos de sus primos Lucas y Julieta en su último viaje y se fijó que un desconocido le había enviado un toque. «¿Un toque?» «¿Qué será eso?» se preguntó. La curiosidad nació y por ende entró al perfil del desconocido.

Se llamaba Miguel Alarcón y vivía en Madrid, tenían como amigos en común a Lucas y a Julieta. Tamborileó los dedos en su pierna, pensando en devolver o ignorar el toque, y finalmente se lo devolvió. Quería saber qué significaba esa herramienta, cerró el *Facebook*, vio la hora en su reloj y dejó el portátil en la mesilla de noche para apagar la luz, dando por terminado ese día.

\*\*\*

Miguel había decidido ser precavido ante cualquier mujer que se le acercara después de esa desventura. No es que se sintiera avergonzado de ser usado por una ninfómana, solía ser práctico para la mayoría de los problemas que se le presentaba, pero había aprendido que esa jugada de la vida era una advertencia.

Sin embargo, lo que si llevaba mal era notar cómo sus compañeras lo miraban con lástima, lo hacía

sentirse miserable llevando a que se refugiara en Mónica, que se convirtió en su confidente y su amiga incondicional.

En un principio, Mónica sintió compasión, pero con el paso de las semanas Miguel se ganó su simpatía, acabó aceptando ser su amiga. Sin embargo, la situación vivida con Esther le impedía que rehiciera su vida como antes, a pesar de que él le decía que sí, estaba convencida de que mentía.

Miguel intentaba seguir su consejo, salía con sus amigos, se divertía, jugaba partidos, pero cuando una mujer se acercaba, evitaba enrollarse. Estaba volviéndose paranoico y su vida sexual iba directo al precipicio, y creyó que *Mihulk* no volvería.

Un viernes, después del partido de fútbol sala, decidió volver a casa con la estúpida excusa «de estar cansado» para evitar irse de copas, se le habían acabado los pretextos cuando se le acercaba cualquier mujer, y una vez sentado en el sofá maldijo a Esther por haberle destrozado la vida.

Aceptó resignado que Mónica tenía razón y que debía crecer, así como también que las experiencias vividas eran un aprendizaje constante. Era tiempo para enfocarse en una nueva etapa, era hora de pasar a modo compromiso y asegurarse que la mujer que correspondiera esa dicha no tuviera ninguna afición extraña.

Entró al *Facebook* como hacía últimamente, gracias a un jueguito que lo mantenía enganchado, y se llevó la sorpresa de que su toque fue devuelto. La primera vez que la vio, llamó su atención, estuvo a punto de preguntarle a Lucas si era pariente cercano y quería ver su cara, ya que en la foto estaba encorvada a punto de lanzarse al agua y concentrada para ganar la competición.

Era raro ver una chica con esa foto en el perfil, la mayoría dejaba su mejor foto, en cambio, ella escondía su rostro. «Al menos practicaba una afición en público» se dijo y sin pensarlo le dio un toque y desde ese momento pasaron unas cuantas semanas hasta que obtuvo respuesta. Se apresuró para darle otro suponiendo que habría dos opciones: la primera sería que lo ignorara y la segunda que volviera a responder, si sucedía esta última, pediría amistad.

\*\*\*

El domingo, después de una copiosa comida y encerrona por parte de la matriarca Cameron, obligó a sus nietos gemelos hacer las paces. Su hermano protestaba sobre su nueva obsesión y era trabajar como una burra y comer mucho más que antes, Caris lo ignoraba, sobre todo cuando sugirió a ciertos amigos que no soportaba.

Caris sacó su móvil y entró a su correo electrónico y encontró un nuevo toque de Miguel, por un minuto mantuvo su mirada en la pantalla pensando si sería el sistema del *Facebook* que hacía los toques y al siguiente minuto se mordió el labio debatiéndose en responder.

—¡Caris!— dijo impaciente Charles—. ¿Qué has visto que te ha dejado inmóvil? No me digas que McGregor te ha escrito, te juro que...

—¡Calla, Charles!—respondió enseguida—. ¿Me crees tan estúpida para perdonarlo?

—¡Sí!

—¡Qué rápido rompes la paz!— señaló molesta y decidió calmar las alarmas de sobre protección—. Baja las armas, deja de exagerar con eso de la honorabilidad y respeto. El día que desee casarme, en vez de dar dotes pedirás antecedentes penales.

—¿Y aún piensas en casarte? —Su mandíbula se tensó, hablaba por hablar y es que hasta ese momento no formaba parte de su futuro, ya que dudaba que sucediera, sin embargo, le dolió saber que su hermano no confiase en que pudiera pasar.

—Nunca perderé la esperanza —respondió, a pesar de que ni existían para ella—. Deberías confiar en mi criterio.

—¿Quieres que confíe?— recalcó con sarcasmo su hermano—. Crees que no sé qué has llorado

durante meses por ese malnacido. —Caris abrió los ojos.

—¿Cómo lo has...? —Charles sonrió de lado—. Sabía que en cualquier momento me lo sacarías.

—Caris, somos gemelos, ¿lo recuerdas? Y puedo sentir tu estado de ánimo.—Caris rio a carcajadas por primera vez en los dos meses que llevaba manteniendo el semblante, lo último que podía escuchar de su hermano era que hablase de conexión gemelar.

—Quiero creer que lo que acabo de escuchar fue producto de mi imaginación —recalcó riéndose de nuevo, Charles volteó los ojos.

—Cambiemos de tema—replicó tajante su mellizo—. Es evidente que olvidas que soy tu otra mitad.—Caris rio una vez más, se levantó y lo abrazó.

—Créeme, Charles, soy feliz de que lo seas.— Y tras esa confesión le dio un beso en la mejilla—. Y para que veas que tu otra mitad sabe que estás loco por tener una tarde con la chica con la que sales, tu jefa te libera de trabajo.

—¡Qué considerada! —Soltó con ironía—. Algo te traes entre manos —prosiguió entrecerrando sus ojos azules—. Y no es precisamente asaltar la cocina.

— ¿Por qué piensas que deseo ir a la cocina? —dijo con burla y Charles se cruzó de brazo.

—Deseas deshacerte de mí y de forma muy rápida.

—No, la verdad es que estoy cansada y mañana tenemos mucho trabajo.—Charles levantó la ceja.

—Sabes que al final me enteraré qué tramas.—Le dio un beso en la mejilla y Caris pensó en la manera de hacerle cambiar las conclusiones que estaba sacando.

—¡Charles! —La miró con una mueca de aburrimiento—. Ya que has descubierto que tenemos conexión gemelar, podrías evitar mandar sensaciones de éxtasis. La última vez que sucedió, me pilló en un supermercado.—No pudo seguir a la risa que le entró. Su hermano la miró durante un largo minuto.

—Acabas de demostrar que el inteligente de los dos soy yo y como el hermano mayor, solo diré que la neurona gris que te quedaba acaba de morir con ese comentario.

—Te quiero, Charles—respondió con risas.

—Y no sabes cuánto yo a ti.—Charles cerró la puerta con esa última frase. Se sintió más alegre de lo normal, no iba a discutir a su hermano lo de las sensaciones entre gemelos, era de conocimiento científico, y recordó las veces que él se caía dándose un buen golpe y quien terminaba con el dolor día después era ella.

Sin embargo, si reconocía que tenía razón en que tenía una idea rondando en la mente y prefería que no se enterara, sobre todo porque para él sería una locura más de las que llevaba a cabo.

Abrió el portátil de nuevo, entró a la red social y no solo devolvió el toque a Miguel sino que pidió amistad.

La sensación que recorrió su cuerpo le hizo sospechar que tener de amigo a una persona en otro país podría ayudar a su lamentable vida, intercambiar alguna que otra palabra la distraería.

\*\*\*

Esa noche Miguel se encontró con la petición de amistad y, sin saber por qué, sonrió. Pasaron varios minutos pensando y decidió agradecerle con un mensaje instantáneo.

«*Gracias por devolver los toques. Soy Miguel Alarcón*»...

Lo borró, era de tontos recordar su nombre, chasqueó la lengua y dejó un mensaje sencillo.

«*Gracias por devolver los toques, espero que podamos conocernos por este medio, un saludo cordial, Miguel*».

—Es lo mejor —dijo sin dudar. Cerró la aplicación y se fue a dormir.

*Los científicos hallan una carta de amor oculta durante casi un siglo en un artesonado mudéjar.*

## CAPÍTULO 3

Tres meses habían pasado desde que Caris le había pedido amistad a Miguel, comenzando con un ligero saludo diario para terminar contándose su día a día.

Tres meses donde no tuvieron la necesidad de curiosear los perfiles, ya que Miguel sugirió crear una cuenta en *Skype* y fue la primera vez que se vieron en cámara y el corazón de cada uno reaccionó con una sensación de bienestar e ilusión y los nervios que sentían no los comprendían ninguno de los dos.

Pero ninguno quiso confesar esas sensaciones y decidieron seguir descubriendo a qué se debía, aunque era de sobra saberlo, la curiosidad de conocerse personalmente se hizo evidente y ninguno quiso dar el paso ante lo que comenzaba a nacer.

—**¡Feliz aniversario de amistad!**— escribió Miguel en vez de su «hola, pelirroja» que le solía decir día a día.

—¿Aniversario?—preguntó Caris sin entender.

—**Hoy cumplimos tres meses de amistad, deberías recordarlo, ya que fuiste quien envió la petición.**

—**¡Qué caballeroso en recordarlo!**— ironizó y Miguel rio—. *Ten por seguro que no me apetece pasar a vídeo llamada por lo encantador que has sido.*

—**No seas cruel, sabes que el mejor momento del día es ver las miles de muecas que haces al hablar.**

Miguel le envió una invitación de vídeo llamada con una carita triste y ella sonrió. Su zalamería y esa sonrisa que siempre reflejaba, se había ganado su cariño.

—**Así es mejor**—dijo Miguel guiñando un ojo—. ***Y bien, pelirroja, ¿cuándo me visitarás?***

Ella rio preguntándose si sería capaz de ir a Madrid para conocerlo, negando mentalmente.

No quería ilusionarse, se había jurado no volver a tener relaciones sentimentales a distancia.

—***En un futuro muy, muy lejano***—respondió.

Miguel volvió a reír, solía hacerle esa pregunta para tomarle el pelo y ver su reacción, pero no podía esconder la necesidad de tenerla frente a frente.

En cambio para Caris lo que pensó que en un principio sería su vía de escape, se convirtió en la necesidad de verle, escucharle cada noche, Miguel logró que recuperase la alegría, que volviese a sonreír y sentirse a gusto, y eso comenzaba a hacerla temer.

Era tan fácil mantener una conversación con ella y su habitual tono sarcástico le divertía. «¡Qué leches! Me gusta» se dijo para sí.

—**Entonces, no me quedará otra que sorprendente un buen día, pelirroja.**—Ella volvió a reír y él sabía que tras esa sonrisa venía una respuesta mordaz.

—***Primero cae un gran meteorito en la tierra antes que pises suelo escocés.***—Miguel rio a carcajadas.

—***Ten cuidado, profetisa, puede pasar.***—Volvieron a reír y prosiguieron la conversación mientras Miguel barajaba seriamente ir a Escocia.

Días después, empujado por su amiga Mónica, decidió emprender ese viaje, y para eso debía convencer a Lucas sobre el deseo de conocer la tierra que lo había visto nacer y de la que tanto alardeaba, sin confesarle su verdadero motivo.

Explicarle cómo y cuándo había surgido esa amistad no le apetecía de momento contar, quería conocer a Caris sin la intervención de nadie y su deseo se hizo realidad con la invitación de Lucas de manera inmediata.

Con gran entusiasmo le envió el mensaje que estaba siendo habitual cada mañana y que lo invitaba por unos instantes a imaginarse cómo sería su primer encuentro.

—*Buongiorno, principessa. Ho sognato tutta la notte con te.*

Caris sintió su móvil vibrar y sin ocultar lo que vería al abrirlo no se percató de la pequeña sonrisa que se dibujó en su rostro, sonrisa que también tenía el español al ver la respuesta enviada con un carita sonriente.

—Tienes una semana de vacaciones—indicó Mónica logrando captar su atención—.Y puedo lograr que comience este viernes.

— Mi plan marcha sobre ruedas—respondió cruzando sus brazos, Mónica torció la boca y decidió hacerle una advertencia.

—Espero que dejes a un lado el síndrome de Peter Pan.

—¡Ya empezamos! —soltó quejándose Miguel sin hacer ningún efecto en Mónica.

—Me parece que no es conveniente recordarte el porqué de mis conclusiones.—Señaló con burla su amiga.

— En eso coincidimos —respondió Miguel evitando que el mal humor apareciera.

Mónica conocía la respuesta habitual y aunque no era su paciente, desde que tuvo esa situación desafortunada con Esther, Miguel se comportaba como un niño sin dirección.

Necesitaba que aprobara cada paso que daba y eso se estaba convirtiendo en una manía que podía pasarle factura, creyó que ese viaje podría ayudar a reencontrarse. Aunque no estaba muy de acuerdo en lo que pensaba hacer.

—No —soltó de repente, y Mónica se mantuvo en silencio esperando saber qué pensaba, pero Miguel llevó su cabeza atrás y soltó un silbido de impaciencia —no sé qué haré, no sé si llamarla y decirle que tengo pensado ir o darle una sorpresa.

—Mmm.

—¿Mmm? ¿Qué significa? —preguntó Miguel.

—Es tu decisión. —Mónica vio la hora en su reloj de pulsera y se levantó de la silla, recogiendo varias carpetas para guardarlas en el archivador y así descolgar su bolso y abrigo del perchero.

Había quedado a cenar con su pareja y si se quedaba un minuto más tendría una conversación con Miguel que no llegaría a ningún lado, pero su conciencia le impidió que no se fuera sin advertirle.

Lo apreciaba y conocía el verdadero hombre que escondía detrás de toda esa parafernalia que había creado.

—Recuerda que la decisión que tomes será parte de un nuevo comienzo.

—¡Le daré la sorpresa!—dijo sin escucharla, aunque al segundo ladeó su cabeza—¿Qué has querido decir, Mónica?

Su amiga resopló para sus adentros pensando que los hombres nunca cambiarían y se limitó a pasar del tema, cuando se le metía algo en la cabeza no era fácil de que lo olvidase

—Bajaré mañana a Recursos Humanos y me encargaré que aprueben la semana de vacaciones.— Evitó otro alegato que la retrasara como siempre y es que Miguel poseía la virtud de manipular cuando quería y llevarse a todo aquel que quería a su terreno.

Miguel lo había decidido y nada haría que cambiase de parecer, recogió sus llaves, su cartera y salió de la oficina. En cuanto llegó a casa, se duchó y corrió a su cita habitual de cada noche.

\*\*\*

—Hace veintitrés horas y cincuenta y ocho segundos que no se dé ti.

—**Mentiroso** —respondió con una sonrisa Caris—. **Me enviaste un mensaje esta mañana, debería hacer una denuncia anónima a Roberto Benigni, diciéndole que usas de forma indiscriminada su frase mundial.**— Miguel rio a carcajadas.

—Y yo que pensé que no te darías cuenta.—Caris enarcó una ceja.

—**Y yo creí que tenías más imaginación.**—Miguel volvió a reír, junto sus manos y rogó.

—**Mi querida principessa pelirroja, perdona a este humilde servidor.**—Caris sonrió.

—**Estoy comenzando a preguntarme si eres igual en persona.**

Miguel estuvo a punto de confesarle su pequeño secreto y de nuevo concluyó que era mejor no hacerlo y es que esa noche, por alguna extraña razón, estaba más radiante de lo habitual y prefería admirarla y guardar en su mente la imagen de esa noche, pero para eso necesitaba hacerla hablar.

Caris esperaba con ansias que le preguntase sobre su día, quería contarle las buenas nuevas sobre el éxito que estaba teniendo su negocio. Sin darse cuenta, lo empujó aún más a su aventura. Ella explicaba con ilusión contando los próximos eventos de la ciudad y cuanto más revelaba, más deseó conocerla en persona.

Tras la despedida, donde siempre le regalaba una dulce sonrisa, Miguel pasó la noche haciendo planes como un adolescente que viajaba por primera vez solo.

Cada vez que se despedían, Caris sentía cierta decepción, cerraba el programa y muchas veces sentía que era todo un sueño, se tiraba a la cama y cerraba los ojos con una sonrisa tonta para poder mantener la sensaciones que tenía cuando él la miraba, a pesar de ser una cámara, o cómo sonreía cuando ella se percataba que bromeaba.

Luego caía en la realidad de que solo era momentáneo, en algún momento él se cansaría y comenzarían las grandes excusas para dejar de lado esos momentos que esperaba con ansia.

Al día siguiente, después de modificar un programa que estaba diseñando junto a un compañero, vio en su mesa un memorándum con las vacaciones aceptadas, había llegado la hora.

—Ahora sí puedo decir que no será un sueño. —Escuchó una risita perfectamente conocida.

—Mónica, no me hace puñetera gracia, no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentía tan nervioso como me siento ahora.— Su amiga volvió a reír viendo la expresión enfurruñada de Miguel.

—Anda, cuéntame qué has decidido por fin.—Miguel se rascó la cabeza y con una sonrisa sesgada la invitó a sentarse para contarle su idea.

\*\*\*

Caris descubrió que, desde que mantenían esa extraña amistad, se despertaba con ganas de comerse al mundo, reía y gastaba más bromas que meses atrás y a pesar de saber que era por Miguel, mantendría la distancia prudente, no quería confundir cualquier sentimiento que insistiera en nacer.

Negó con la cabeza a sus estúpidas cavilaciones y es que en el fondo era una romántica empedernida, un defecto que decidió enterrar en el momento que salió de casa de sus ex amigos en *Glasgow*. El problema era que con Miguel era fácil hablar y fácil discutir, así como también tenía la capacidad de hacerla reír y ver la vida de otra manera.

Se recriminó por meditar sobre eso y cómo sentía ese gusanillo de emoción con los mensajes matutinos. Soltó aire, debía aferrarse a la realidad evidente. «Vive en España» y eso precisamente era lo que la llevaba a que se permitiera unos segundos que volase la imaginación. Se imaginó cómo disfrutaría siendo la guía turística de un hombre que se había ganado su simpatía y cariño muy rápidamente.

— ¿Cuándo fue la última vez que vino el distribuidor?

Charles entró con sus ojos puestos en la carpeta de inventario, pero bajó la carpeta al no escuchar un comentario irónico de su gemela a su pregunta, y vio cómo miraba sin pestañear la pantalla junto a una

sonrisa que encendía las alarmas. Soltó las carpetas con un golpe rudo en la mesa y Caris dio un respingón.

— ¿¡Por qué Dios no me escucha!?! —Exclamó alzando los brazos—. Será qué debo arrodillarme— volvió a dirigirse a la nada Charles—. Mejor aún, me flagelaré como sacrificio para ser escuchado.

A pesar de haberla cogido desprevenida escondió sus nervios con una mirada ceñuda y rogó que no se acercase para ver qué era lo que la estaba distraendo.

—Debes especificar a qué Dios te refieres—respondió como mejor sabía, con sarcasmo—. Al Dios de los católicos o al de los celtas.

— ¡No me hagas hablar!—advirtió Charles.

— No quiero escuchar tampoco.— cerró rápido la red social y cogió unos cuantos papeles, trato de mantener una compostura normal, ideando alguna excusa para salir del paso.

—¿Nunca te has quedado dormido con los ojos abiertos?

—No —respondió sin titubear Charles.

—Pues te felicito, yo sí; y me voy al banco.—Sin dejar que siguiera indagando salió de la oficina a toda prisa.

\*\*\*

El viernes, Miguel le avisó por *WhatsApp* que se iría de viaje ese fin de semana con un grupo de amigos, pero ese mismo día Miguel se enteró de un suceso extraño ocurrido en Rusia.

Un meteorito de gran dimensión había caído en esa parte del planeta y rogó que no recordara sus palabras y rogó aún más que no creyese en las casualidades.

Caris bromeaba con un proveedor sobre programas que hablaban de hechos sobrenaturales cuando este le contó lo ocurrido en Rusia y el recuerdo de su comentario sarcástico apareció.

Rio un buen rato pensando que las fechas no coincidían, había pasado dos semanas desde eso y concluyó que como profetisa podía morir de hambre.

Para Miguel la mejor manera de despistarla era la excusa de una fiesta de hombres a la que fue arrastrado en una casa de la sierra madrileña; y para Mónica no era buena idea, lo mejor sería decir la verdad, de igual forma despertaría expectativas a su primer encuentro.

Miguel la ignoró, se imaginó que en cuanto se viesen, Caris gritaría de sorpresa y lo recibiría con una sonrisa de oreja a oreja y como siempre había escuchado, las sorpresas que se hacían con el corazón eran las mejores.

Tamborileaba los dedos en su regazo, miraba la hora y a la ventanilla del avión y un millón de ideas se le pasaron por la mente, mientras en su cara apareció una sonrisa sin ganas de querer borrarse.

Al aterrizar su amigo lo esperaba en la puerta de salida, al verse se saludaron con un abrazo efusivo y tomaron rumbo a casa de Lucas.

—Creí que este día jamás llegaría a vivirlo—chinchó con sorna—. Eres más de ir por las islas.— Soltó guasón Lucas.

—En algún punto de nuestras maravillosas vidas se debe mirar a otros rumbos—respondió justificándose—. Decidí que debería cambiar de aires y entender por qué el diabólico de mi mejor amigo había vuelto a su país.—Lucas rio.

—Extrañaba las vacas peludas...— respondió y Miguel se carcajeó. Entraron a la casa y su amigo indicó cuál sería su habitación, pasando por una donde un armario horrible llamó su atención y Miguel se detuvo observando en silencio.

Lucas, curioso, se detuvo y al seguir la mirada se encogió de hombros.

—¡Ahh! Ese es el armario de Julieta.

—¡La madre del cordero! No sabía que Julieta tuviera tan mal gusto.—Lucas levantó la ceja.

—En realidad no lo compró, se lo regalé, va a juego con su personalidad.—Miguel rio y rio durante cinco minutos.

—Me acabas de demostrar que no conoces a tu hermana.

—Interesante saber que la conoces mejor que yo, que la vi nacer y me ha meado encima.

Miguel volvió a reír y dejó pasar el tema. Lucas pudo verla nacer y puede creer que la conocía, pero el secreto mejor guardado de Julieta solo él lo sabía y mientras ella no fuese capaz de rebelárselo a su hermano él no lo haría.

—Espero que la habitación que me ofrezcas no tenga un armario mellizo.

—Deberías ser honesto—respondió un poco indignado Lucas—. Realmente te gustó.— Miguel evitó responder, se limitó a sonreír y eso hizo que Lucas frunciera el ceño—. ¿Deseas dormir a la intemperie? — Advirtió el escocés y Miguel rio nuevamente.

Volver a tener los piques de jóvenes le divertía, buenos momentos que pasaron cuando alguno trataba de quitarle la chica al otro. Entraron a otra habitación con un armario distinto y antes que Miguel dijera algo Lucas se adelantó.

—Esta habitación la decoró mi madre la última vez que me visitó.

—¡Inés! Sigue siendo atractiva—preguntó con un deje de humor.

—¡Eres gilipollas o qué!—Reprochó Lucas y Miguel rio a carcajadas—.Tengo el desagradable recuerdo de cómo te pillé viéndola cambiarse.

—Era un adolescente con ganas de explorar.—Se justificó el español.

—Como vuelvas a soltar otra impertinencia como esa, te irás a la calle.—Miguel gesticuló con sus manos de cerrar la boca como una cremallera, Lucas resopló y lo invitó a la cocina a por unas cervezas.

\*\*\*

Caris decidió que esa noche ayudaría en el *pub*, se había acostumbrado rápidamente a hablar con Miguel y su ausencia la notaba. A eso le sumaban la decisión de Agnes de irse de vacaciones a la isla de *Skye*, estaría sola esa noche y debía ocupar el tiempo de alguna manera y qué mejor que en su trabajo, que mantenía un auge diario.

Era noche de *open mic* y el lugar estaba lleno, Charles volteó los ojos al percatarse cómo los hombres se fijaron en la entrada de su hermana y los piropos que recibió.

Era evidente que el cambio que se propuso hacer en su vida iba en serio, pero una extraña sensación le hizo pensar que tendría que volver a sacar la lupa y rogó que solo fueran hipótesis inexistentes. El *barman* lo llamó para que le echara una mano y pensó en mantener una charla de reflexión con su gemela para despejar sus dudas.

Caris no recordaba la última vez que un hombre la halagó y se detuvo para mirarse. La sensación de sentirse la reina del baile por escasos segundos logró que se creyera *sexy* y deseada, tal vez exageraba, pero no iba a negarse ese momento.

Siguió caminando con una diminuta sonrisa en sus labios hasta el interior del local, saludó al jefe de cocina y a los camareros, que también la piroppearon al verla.

—Estáis exagerando —dijo sonrojada.

—Estás muy guapa —dijo uno de los camareros más antiguos.

—Es la primera vez que la veo *sexy*, jefa — dijo otro y acto seguido el resto le tomó el pelo.

—¡Tonterías!—Indicó para zanjar el tema y evitar que su ego se subiera a las nubes—. Es mejor que salgáis de aquí, Jack está desbordado con las bebidas.

Sonrieron y obedecieron enseguida. Caris se quedó con el jefe de cocina, que conocía desde que heredaron el negocio. Con él no podía fingir ser un jefe estricto, la confianza era grande y podía darse el lujo de chincharla.

—Parece que esperas a alguien esta noche.—Caris soltó una carcajada.

—Como no sea el príncipe Harry—replicó—. Y dudo que venga a Edimburgo, especialmente a *The Cameron's*.

El hombre rio y se alegró de que reanudara su vida. Meses atrás vio las ojeras maquilladas en su rostro, así como los restos de la tristeza que ese rufián que tuvo como pareja había dejado y la daba gusto ver como valientemente se estaba dando otra oportunidad.

—Y yo que pensaba que mi vida era miserable—siguió tomándole el pelo—. Detrás de esas puertas debe de haber un montón de lobos dispuestos a devorarte.

Caris abrió la boca sorprendida por esa conclusión y el borboteo de la risa salió de la garganta del chef.

—¿Sabes? Hay días de la semana que eres *crabbit*[\[1\]](#).—Volvió a sonreír con picardía, y Caris lo ignoró siguió a la oficina y dejó su bolso para volver a donde se centraba la actividad.

Entusiasmada por el fruto que estaba dando su trabajo, sintió un hormigueo que no pudo descifrar.

—¡Caris!—gritó Charles—. ¡No te quedes ahí parada! El *pub* está a tope.

Suspiró largamente y decidió echarle una mano a Jack, gracias a aquellas noches, antes de conocer a Miguel, se apuntó a cursos de coctelería, desesperada por mantener su mente ocupada y con la ayuda de Jack mejoró la técnica.

«Miguel» se dijo, había pasado un día desde la última vez que hablaron, no quiso aceptar que le echaba de menos, no le gustaba tener ese sentimiento, incluso le daba terror.

Era un hombre guapo que estaba a muchos kilómetros, además, se había prometido una tregua en su vida. Parpadeó varias veces borrando los recuerdos de esas noches con sus largas conversaciones y se dispuso a ayudar a Jack.

*Según la ciencia: cuando una persona mira a su nuevo amor los circuitos neuronales que normalmente están asociados al juicio social se ven suprimidos.*

## CAPÍTULO 4

—Así que ha tenido muy buenos resultados—dijo Miguel fingiendo interés.

Cada día Caris le informaba de las mejoras y de lo que tenían pensado llevar a cabo, pero escucharlo de Lucas le daba la sensación de que estaba hablando de un gran cambio y una inexplicable felicidad sintió al descubrir que ella lo había hecho partícipe, conociendo cada detalle que había pensado.

En menos de media hora estarían frente a frente y si bien innumerables veces había pensado cómo abordarla, la realidad se hacía evidente: no tenía ni idea. Esa chica que, según Lucas era un incordio y chantajista, para él era divertida, con iniciativa y encantadora.

Bajaron del taxi y ahí de pie, pudo distinguir el nombre del lugar, *The Cameron's* junto a un pequeño logotipo de alguna bebida, a un lado la cola de personas a la espera de entrar. Un chico saludó a Lucas con la cabeza, Miguel se imaginó que sería el portero del lugar.

Los dejó pasar y en cuanto entraron vio un cartel que decía: *open mic* y otro que mencionaba un concurso de *shots*<sup>[2]</sup>. La gente coreaba la canción de un grupo que tocaba. A Miguel se le hacía raro llegar tan temprano a un bar de copas, solía aparecer pasada la una de la madrugada, observando siempre a las mujeres de su alrededor.

Sin embargo, eso era agua pasada, esa noche solo tenía un propósito y buscaba a una mujer específica, una mujer pelirroja a quien tenía enormes deseos de conocer. El ambiente le gustó, se sintió acogido. Lucas lo guio hasta la barra y ahí, justo ahí, la vio a lo lejos.

La primera vez que la vio a través de la vídeollamada, creyó que fue sacada de un cuento y acababa de darse cuenta que la cámara no había favorecido a la mujer que tenía a escasos pasos.

El hoyuelo de la cara que llamó su atención la primera vez se notaba, le daba un aire encantador cuando sonreía a los clientes y así como también su pelo, era más rojizo de lo que se veía.

Un hombre conversaba con ella y lo que acababa de decir logró que abriera los ojos sorprendida para sonreír ampliamente al segundo. Los celos se colaron en Miguel, queriendo que esa sonrisa fuera solo para él.

\*\*\*

Caris vio la oportunidad perfecta para volver a la cocina en cuanto un cliente se cansó de intentar ligar con ella. Se mezcló entre la gente y al cerrar la puerta, otro bullicio distinto logró relajarla.

—¡Vaya noche! —exclamó y el jefe de cocina la miró soltando aire.

—Es el cuarto fin de semana que estamos a tope.

Sonrió mirando por encima de la mesa de comandas y el hombre se cruzó de brazos a la espera con una mirada traviesa y Caris resopló.

—¡Estás para que te lo pidas de rodillas!—Él sonrió con malicia— ¡Ingrato!—respondió fingiendo estar ofendida.

—Sería bueno de vez en cuando ver a la jefa rogar.

—Muy gracioso, Lean—se quejó Caris—¡Anda! Dime si todavía queda algo.

—Para la jefa siempre—indicó seguido de un guiño y el rostro de Caris se tiñó de felicidad—. Te he preparado una hamburguesa con patatas.

—¡Eres mi chef preferido! —Lean lanzó un improperio en *Scottish* pasándole el plato con la

hamburguesa y las patatas al estilo escocés.

—Solo te acuerdas de mí cuando necesitas satisfacer tu incesante apetito, pobre el hombre que algún día decida casarse contigo.—Ella lo miró por encima de sus pestañas.

—Si espero por ese hombre, moriré de hambre.—Lean negó con la cabeza junto a una sonrisa de medio lado y siguió limpiando la cocina.

\*\*\*

—¡Hey, Miguel!—gritó Lucas—. Te presentaré a mis primos y da la casualidad de que está mi prima Caris.

En ese preciso instante el deseo de despedirse e ir a otro lugar lo invadió, no por cobarde, sino porque deseaba poder admirar un poco más a Caris desde la distancia.

—Estaba...—se corrigió Lucas—¡Ya volveré! Estará haciendo lo mejor que sabe hacer en la vida, comer.—Miguel sintió curiosidad ante esa faceta desconocida.

—Su metabolismo es extraño— siguió explicando Lucas sin darse cuenta del gran interés que tenía el español—. Y por supuesto, nosotros la atormentamos de vez en cuando por la cantidad de comida que lleva a su plato. Exageramos solo para ver su cara de cabreo —Lucas sonrió—. Se lo merece por ser tan impertinente.

Miguel quiso preguntar más, se imaginó las veces que le tomaba el pelo y ella se ponía de morritos, pero de nuevo se mantuvo en silencio, Lucas era muy perspicaz y si mostraba alguna pizca de curiosidad, de inmediato lo asaltaría con alguna pregunta, sin poder dar una respuesta certera.

—¡Charles! ¡Te presento a Miguel!—gritó Lucas—. Es un viejo amigo.

—¡*Awrite*[3], *Pal*[4]!—Miguel extendió su mano sin saber qué había dicho.

—Te ha saludado en *Scott*. —indicó su amigo.

—¡Ah!— dijo Miguel —¡*Awrite, Pal!*— respondió pronunciándolo como pudo, Charles curvó su boca con una sonrisa evitando reírse por el pobre intento del extranjero de hablar *Scott*.

—*Nae*[5] *brother*—respondió divertido—. ¿Dónde has aprendido hablar tan bien el inglés?

—Resulta que cierto escocés, cuando llegó a Madrid hablaba tan mal el español que me apiadé de él.

—¡Que te zurzan!—Soltó Lucas ante la mentira de su amigo.

Miguel y Charles rieron por la respuesta, Lucas no lo iba a dejar pasar e intentó defenderse.

—Olvidas que me dijiste: te enseñe español y me enseñas inglés para ligar.—Los tres hombres rieron a carcajadas.

—Está noche la casa invita—dijo Charles sugiriendo un *Jägerbomb* y Miguel aceptó enseguida.

Charles sacó una botella de *Jägermeister* para echar un chorro en un vaso lo mezcló con una cerveza, explicando que de esa manera se hacía originalmente.

Se lo dio a Miguel, pero no pudo quedarse a ver la cara en cuanto lo probase por atender otras obligaciones. El español lo probó, el sabor era una mezcla explosiva, carraspeó un poco y vio la sonrisa burlona bailar en los labios de su amigo.

—Con eso — dijo Lucas— no necesitarás nada más.

—Ya lo veremos—advirtió Miguel. Lucas rio y vio a Caris pasar cerca de ellos.

—¡Caris!—gritó Lucas

\*\*\*

Tras pedirle a un empleado que le llevase un cóctel y comer como Dios manda la hamburguesa, Caris salió de la cocina para despedir al grupo que tocaba y al escuchar la voz de su primo preferido, supo que su noche acabaría gratamente. Se acercó hasta donde estaba Lucas y la copa se resbaló de sus manos cuando vio al hombre que estaba a su lado.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo único que pudo decir.

\*\*\*

Miguel se imaginó tantas formas de cómo sería su primer encuentro, pero nunca pensó que comenzaría escuchando cristales estrellarse contra el suelo, pidió que eso no fuera un mal presagio, luego recordó que algunas religiones lanzaban cristales al suelo para sellar uniones, en todo caso, en ese momento no había ninguna unión y percibió que iría a peor.

Lucas miró a Miguel y luego a Caris con los ojos abiertos de par en par, esa noche se había perdido de algo, no entendía cómo, pero lo estaba y alguno de los dos tenía que comenzar a explicarle.

Uno de los empleados se acercó rápidamente para limpiar y evitar que alguien tuviera un accidente. Caris se reprochó y maldijo en alto y luego creyó que era absurdo creer en palabras llevadas por el viento y volvió a recordar sus palabras en cómo había exclamado que Miguel iría a Escocia cuando cayera un gran meteorito en Rusia.

—Quería darte una sorpresa— respondió recordando la advertencia que Mónica le había hecho.

—¿Crees que es una agradable sorpresa?—Y recordó que su primo seguía ahí a su lado, lo vio de reojo cuando cruzaba los brazos y su rostro cambiaba de asombro a esperar la verdad.

Sintió como si la hubieran pillado teniendo sexo salvaje en el centro del *pub*, se mordió el labio sin saber qué hacer y sin decir nada más, se giró y se mezcló con la gente buscando un refugio para poder idear una gran explicación a un Lucas con cara de mala uva.

Miguel no iba a dejarla escapar y fue detrás, debía hacerle entender por qué había omitido hablarle de su viaje. Escuchó a Lucas llamarlo y lo ignoró, más tarde tendría tiempo para explicarle su descabellado plan.

«¿Qué demonios hacía en Escocia?» se preguntaba Caris, la noche anterior le había dicho que estaría de fin de semana con unos amigos y obviamente le había mentado.

—¡Odio a todos los hombres!—Masculló a las afueras del local, abrazada a sí misma y negando con la cabeza. Un hombre que esperaba entrar la escuchó quejarse y frunció su entrecejo ofendido y también murmuró sobre que no todos eran iguales. Caris levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Perdona, no creo que estés en el mismo saco.—Se justificó. El hombre sonrió, sacó un paquete de cigarrillo y le ofreció.

—*Bonnie*[\[6\]](#), no me importaría sustituir al que te hizo enfadar.—Un carraspeo se escuchó y Carisladeó la cabeza y ahí estaba frente a Miguel, su corazón palpito rápido para que se diese cuenta de que no era un sueño, era real y estaba a escasos centímetros.

—Eres idiota si piensas que creeré cualquier explicación—advirtió a Miguel sintiéndose ofendida y engañada.

—He venido a Escocia por ti —comenzó explicando el español—.Quería que nuestra amistad también pasara a ser física y no solo en una pantalla.

Los ojos de Caris se abrieron de par en par, Miguel se acercó y ella dio un paso atrás sorprendida. Durante unos días tuvo el deseo de verlo, poder tocarlo, pero nuevamente se metió en la cabeza que era absurdo, él tenía su vida en Madrid y ella en Edimburgo.

—¡Hey!—interrumpió el desconocido—. Acaba de decir que no quiere verte, piérdete.

—No he escuchado que diga eso —respondió Miguel—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos, amigo?

Miguel se maldijo por lo bajo cuando aparecieron tres escoceses detrás del joven, decidió ignorarlo y enfocar su atención en la pelirroja, antes de que terminara empotrado en una pared, no era tonto, si caía en alguna provocación tendría las de perder.

—Me dieron unos días libres y decidí venir, conocer tu país. Me has hablado maravillas sobre él y pensé que darte una sorpresa te entusiasmaría y te ofrecerías a mostrarme la ciudad.

Caris por unos segundos se quedó en blanco. Si bien le gustaba que hubiera pensado en ella para que lo llevase por los recovecos de Edimburgo, no le gustaban esas iniciativas sin consultarle, era como si decidiera por ella y odió eso, Duncan solía hacer lo mismo, incluso su hermano.

—Miguel —dijo para ser clara ante esa visita inesperada y no pudo proseguir cuando el español caía al suelo por un puñetazo dado por Lucas.

—¡Lucas!—Gritó sorprendida.

—¡Me has engañado, cabrón!—Señaló Lucas—¡Me has metido en un buen lío!

—¿De qué estás hablando?—Preguntó Caris y al instante adivinó.

Charles no tenía idea y malinterpretaría esa visita. Se llevó las manos a la cara temiendo lo peor, Miguel se levantó sin comprender la actitud agresiva de su amigo.

—Tío, no es para tanto.

—Tú y yo hablaremos luego—indicó Lucas a Caris y luego volvió a centrar su atención en Miguel— ¡Eres un maldito capullo!— Se llevó una mano al pelo y volvió a mirar al uno y al otro, maldijo a todos los antepasados de ambos y finalmente resignado suspiró.

— Debéis iros o Charles le partirá las piernas ante cualquier historia que contéis.—Caris injurió la hora en que a Miguel se le ocurrió aparecer sin avisar.

—Debemos irnos— dijo la escocesa decidida, con rapidez cogió el brazo de Miguel que, al tocarlo por primera vez y sentir el músculo fuerte de su brazo, tragó saliva.

Pensó que si todo su cuerpo era así, no quería imaginarse cómo sería estar debajo de él sintiendo sus caricias y volvió a maldecirse ante el giro de sus pensamientos... «Caris, no es momento para fantasías» se recriminó por unos segundos y culpó al ataque de ansiedad que estaba a punto de tener.

—¿A dónde?—preguntó Miguel confundido dejándose llevar arrastras y sintiéndose que estaba cometiendo un grave delito.

—A algún lugar donde estés a salvo de mi hermano.—Miguel no quiso protestar ni detenerse.

La actitud de ella y el puñetazo sorpresivo de su amigo lo tenían desconcertado, más adelante le explicarían por qué temían a ese escocés sarcástico que conoció veinte minutos antes.

Solo le importaba que Caris estaba a su lado y había decidido ir a otro lugar y le gustó esa iniciativa. Su plan por unos minutos tuvo un pequeño percance, pero había sido un éxito.

Diez minutos pasaron cuando por fin se detuvieron, Caris pudo apreciar más de cerca a Miguel y denotó que estaba mucho mejor que a través de la cámara. Su pelo estaba revuelto, sus cejas eran gruesas y sus ojos verdes contrastaban con el color de su pelo, pero lo que más le gustaba era esa pequeña sonrisa entre esa barba de días.

«¡No!» se dijo «¡No puede gustarte!» Vio que seguía masajeándose la mandíbula y se sintió culpable.

Estaba ahí, en Edimburgo para conocerla y a pesar de ese bonito detalle la cruel realidad le daba codazos para recordarle que su hermano lo mataría cuando se enterara de la verdad y no podía vivir de ilusiones de ningún tipo.

—Debe dolerte—indicó. Era una pregunta retórica, pero su mente estaba en un estado de bloqueo y necesitaba desesperadamente tiempo y alguna excusa para poder enfrentarse a ese hombre que estaba frente a ella.

—No es para tanto.

Miguel jamás afirmaría que su amigo tenía un buen derechazo y deseó vengarse, ¿cómo se había atrevido a golpearlo? «Ni que hubiera robado a la novia de un Lord » se dijo para sí.

—¿Por qué demonios no me dijiste que venías? —Protestó Caris yendo al grano. —No sé cómo actuar ante esta situación—confesó apesadumbrada.

—Ya te lo he dicho, quería darte una sorpresa—respondió Miguel—. Aunque nunca me explicaste sobre los instintos psicópatas que al parecer tiene tu hermano.

—Y no tenía que hacerlo—se defendió la escocesa levantando la voz—. Apenas nos conocemos, no ando por ahí contándole mi árbol genealógico a la gente.

—No somos desconocidos—señaló Miguel dolido.

O al menos eso creía. Creía conocer mucho de la pelirroja que tenía enfrente y que aseguraba que tenía una personalidad única, diferente de lo que estaba acostumbrado a ver.

—¿Hablar unas cuantas veces por vídeollamada no te hará creer que somos amigos del alma?—respondió con rudeza Caris.

—¡Vale!—asintió ofendido el español—. Creí que eras de otra forma, pero eres igual que todas.

—¿Qué?—exclamó la pelirroja—. ¡Ahh, no! A mí no me metas en ningún saco.

La luz que reflejaban las farolas lograba que las facciones del rostro de Caris fueran sutiles y a pesar de lo enfadada que estaba, Miguel tuvo el deseo de acariciar su mejilla y borrar ese enfado de su rostro.

Rozar con sus dedos los labios sonrosados por el frío y sobre todo sintió las ganas de probarlos y devorarlos hasta cansarse. Se percató de que estaba sin abrigo y se quitó su cazadora para dejársela sobre los hombros y con ese simple gesto hizo que Caris callara y lo mirara.

—Gra... gracias—respondió titubeando—. Eres muy amable—carraspeó y volvió con su reproche—. Aun así, no es suficiente, ¡debiste avisar de que venías!—Miguel sonrió.

Le gustó ese pequeño mohín en su boca que lo invitaba a morder ese labio y pensó que lo mejor era hacer borrón y cuenta nueva.

La observó durante unos segundos, segundos que ella se sintió desarmada ante esa mirada intensa, el español cambió la rigidez de sus labios por una sonrisa que la hipnotizó de inmediato.

—¿Quieres es una presentación formal?...—Caris parpadeó sin entender que quería decir—. Lo haremos a tu modo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy Miguel Alarcón, vivo en Madrid y vine a Escocia para conocer a la pelirroja que tengo delante de mí.—Caris no pudo disimular ni fingir que le había gustado, sintió un hormigueo en todo su cuerpo, ¿y para qué ocultar que con esa presentación acababa de lograr ser absuelto? Se humedeció los labios y sonrió.

—Soy Caris Cameron MacArthur, escocesa y tienes el don de que cambie de opinión rápidamente.—Miguel cogió la mano estrechándola.

—Es lo menos que puedo hacer.

Miguel agradeció a los astros por lograr que la paz volviera. Deseaba conocerla a fondo y deseaba como nunca plantarle un beso.

No podía cantar victoria ya que tenía que ingeniárselas para que lo perdonara y entendió al milímetro la advertencia de Mónica. Reconoció en ese momento que lo que realmente le preocupaba era que la relación que mantenían se enfriara a tal punto de dejar de verse, y por eso estaba ahí, y ahora debían tantear si estaban dispuestos a seguir adelante.

—Y bien, mi querida pelirroja, ¿qué haremos ahora?

En Caris los sentimientos aparecieron tras esa sensación de bienestar que sentía cuando Miguel se refería a ella. Tres palabras que causaba cierto despliegue de ilusión en su corazón, y ese comentario fue seguido de esa sonrisa lánguida que Miguel ofreció y que ella adoró.

—Te diría comer—respondió evitando que él viese cómo habían afectado sus palabras a su corazón—. La situación me ha estresado y eso implica que mi estómago proteste en cualquier momento.—

Miguel se frotó la nuca tratando que no apareciera una sonrisa en sus labios.

—Creí que Lucas exageraba con eso de que comías demasiado, incluso me habló de metabo... — No pudo seguir ante la mirada asesina de Caris, carraspeó para poder mantener un semblante serio y ella negó con la cabeza y resopló.

—A las personas no hay quien las entienda, si una mujer no come es anoréxica, si come tiene problemas metabólicos...—Miguel se echó a reír a su verborrea, ella se cruzó de brazos y lo miró algo ofendida.

— No tengo ningún problema con las mujeres a las que les gusta comer—Caris unió su entrecejo para cerciorarse de que no bromeaba—. De hecho, la comida es el mejor afrodisíaco.

Ella abrió los ojos, sorprendida ante ese comentario de doble sentido y que de nuevo hizo que lo mirase y pensar en el bíceps que había visto y palpado.

—Haré como que no te he escuchado—respondió tras unos segundos con su mirada en él y evitó soltar un suspiro producto de su gran imaginación.

El español volvió a reír y Caris cerró los ojos varios segundos, sacando el sonido de su sonrisa de su memoria, pero lo que logró fue el deseo que la abrazase y ser besada por él.

Estaba dejándose llevar por ese desconocido y esa sonrisa socarrona que de seguro era su herramienta de ligoteo.

Enseguida descartó sus ideas, tenía que echar a un lado esas ilusiones que querían darse paso y vio la hora en su reloj de pulsera y de nuevo pensó en una excusa, para dar un cambio total a donde estaban dirigiéndose sus sentimientos.

— No es buena idea ir a un restaurante— propuso en voz alta—. No me gustaría que recordaran a qué linajes pertenecemos.

—Sería interesante conocer el mío.—Añadió burlón Miguel y ella resopló ante la burla. Si deseaba conocer su linaje podría contar con la ayuda de su hermano en cuanto supiera a qué había venido realmente.

—Sé a dónde ir—concluyó. Era el mejor lugar para pensar en alguna estrategia, no es que tuviera otra opción, debido a su salida precipitada no tenía ni un penique y se lo hizo saber.

— Tampoco es que podamos ir por ahí sin dinero y nada que me identifique.

—No deberías preocuparte por pagar, además, iré a donde quieras—repuso el español—. Incluso si en este momento deseas ir al fin del mundo.

Caris volvió a mirarle en silencio y deseó que esas palabras fueran sinceras y no para llevársela al huerto y tal vez solo lo sabría si decía la verdad cuando estuvieran en el lugar al que lo llevaría, se mordió el labio.

—Quiero dejar constancia a las once y media de la noche de mi advertencia—dijo en alto—. A donde iremos será un poco arriesgado. —Miguel levantó una ceja con una sonrisa de lado.

—Me arriesgaré.—Caris sonrió de lado a la prueba de fuego que le pondría a Miguel.

Mantuvieron durante segundos un silencio conciliador, un silencio que pudo sentir que de una u otra manera los acercaba. Lo que Miguel no se imaginó, desde el instante que aceptó arriesgarse, que minutos después estaría a las afueras de una casa desconocida.

Subió a un balcón como un vulgar ladrón, tras ceder a los ruegos de una pelirroja que lo había envuelto con sus encantos. Maldijo la hora que aceptó arriesgarse y rogó a Dios que ningún vecino se despertará y lo viera.

Era el mejor momento de apostar todo lo que tenía a que terminaría siendo pillado y expulsado de un país del que solo conocía el aeropuerto, la *Royal Mille* y el *pub* de los Cameron.

*Según la ciencia: el amor a primera vista existe.*

## CAPÍTULO 5

—¡Miguel! —Susurró Caris—apresúrate, que hace frío y tengo ganas de hacer pis.—El español optó por no responder. Intentaba abrir la ventana del altillo y al parecer tenían años en esa posición y según Caris era fácil abrirla.

«Era fácil decirlo», pensó. Y aún más cuando no se estaba en su posición, colgado de la pared como si fuera el *Spiderman* español. Sosteniéndose con una mano y con la otra haciendo el esfuerzo para abrir, y eso estaba impacientándolo.

—Caris— murmuró—. ¿Puedes decirme de quién es esta casa?

—¡Shhs! Calla—dijo entre dientes—. Te van a escuchar y llamarán a la policía.

—¡Joder! —Protestó Miguel a punto de desistir y ella quiso reír, viendo el apuro en el que estaba.

Se tapó la boca para no hacerlo, si la vecina se despertaba iría con el chisme a Agnes sobre su manera de entrar a altas horas de la madrugada y como buena cotilla, añadiría que la había visto con un hombre y sabe Dios el grito que pegaría su abuela.

A decir verdad, podía dar la vuelta a la manzana y saltar al jardín como muchas veces había hecho, pero era su venganza por no contarle sobre su viaje. Escuchó un pequeño crujido y pudo ver cómo Miguel abría la ventana.

—¿Y bien, qué hago? —Preguntó el español ya estando dentro de la casa.

—¡Puedes bajar la voz! —Rogó Caris.

Miguel hizo gesto con las manos y ella se tapó de nuevo la boca para no soltar la carcajada, carraspeó para darle las indicaciones, pero ese momento las emociones que sentía la llevaron a la época de su adolescencia cuando se escapaba para ir al *Fringe Festival*<sup>[7]</sup> dejó a un lado los recuerdos y se centró en lo que estaba pensando.

—Ve a la cocina—indicó—. Está en la planta baja y en el armario de la derecha encontrarás unos cajones. En el segundo cajón encontrarás las llaves y podrás abrir la puerta.

Miguel vio la figura de la pelirroja desde lo alto de la casa, no creía lo que estaba haciendo, era tan surrealista, incluso siendo adolescente nunca hizo algo parecido y se preguntó cómo demonios tenía esa información.

Afirmó con el pulgar para no sacar conjeturas y desapareció por el interior de la vivienda. Bajó dos plantas preguntándose de nuevo de quién sería la casa que estaba allanando, quiso curiosear, pero si tardaba más de la cuenta Caris podría preocuparse.

Y el frío que hacía no era normal para estar a la espera como estaba ella. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, encontró la cocina y la pregunta del millón atravesó su cabeza. «¿A qué derecha se refería?».

\*\*\*

Caris comenzaba a impacientarse, estaba a punto de dar la vuelta a la manzana, pero el ruido que haría a saltar la valla atraería el ladrido del perro del vecino. Suspiró resignada y frotó sus brazos para entrar en calor, a pesar de tener la cazadora de Miguel el frío era intenso.

Sonrió pensando en los minutos que estuvieron caminando hasta la casa de su abuela, ese *feeling* que nació desde que se vieron por primera vez traspasó la pantalla. No podía dejar de ignorar esa irresistible sonrisa, pero debía tener los pies en el suelo y no seguir fantaseando.

Parpadeó varias veces borrando las imágenes y escuchó caer algo al suelo, seguido de una maldición de Miguel.

\*\*\*

«¿Cómo dejé que me embaucaran en estos menesteres?» se decía una y otra vez el español. Abrió casi todos los cajones buscando las llaves y lo único que encontraba era utensilios de cocinas y trastos que estaban a punto de desquiciarlo, abrió otro cajón encontrándose un disco metálico que llamó su atención y al tratar de cogerlo se cortó.

—¡Me cago en la mar! —El corte era pequeño, pero le escocía. Fue al fregadero y abrió el grifo metiendo el dedo en el agua para que la sangre se limpiara, mientras se lamentaba de estar en esa casa.

Buscó un paño de cocina para presionar la herida y juró que ese sería el último cajón en el que buscaría y si no aparecían mandaría de paseo a la pelirroja.

Y cuál fue su sorpresa, tres juegos de llaves brillaban como si se burlaran de él para que adivinara el premio.

—¡Maldita la hora que acepté venir!—gruñó y cogió la primera que vio para ir a la puerta principal. Caris lo escuchó quejarse y se acercó a una ventana tocando sin tener respuesta. Pensó darle dos minutos más, si no daba ningún tipo de señal atravesaría la manzana y entraría por el patio del vecino.

La puerta se abrió y el rostro de Miguel reflejaba mal humor, pero lo que llamó su atención fue la mano cubierta con un paño de cocina.

—¿Qué te paso?

—Me he cortado —respondió entre dientes.

Caris gimió, cogió su brazo y lo arrastró dentro nuevamente, encendió las luces de la cocina y fue hasta un pequeño botiquín con una cruz pintada de rojo en todo el centro, sacó unas cuantas gasas y antiséptico.

Miguel desconcertado por cómo conocía perfectamente el lugar, quería preguntar, aunque sus ojos finalmente se centraron en el contoneo de su cintura y su culo respingón.

Las imágenes que tuvo al instante hicieron que tragase saliva y trató de concentrarse en lo que hacía la pelirroja, pero su cuerpo lo traicionó. Su instinto masculino despertaba deseando tener cerca esas caderas junto a su contoneo.

—¡Piensa en algo horrible!—mascullo para él.

—¿Qué has dicho?—preguntó Caris.

—Nada, sentí un latigazo...—Ella tensó los músculos y su imaginación voló y culpó a los propios desvaríos que estaban jugándole una broma para que perdiera el control.

—Hablas del dedo... claro —respondió sin pensar y cerró los ojos por la metedura de pata que acababa de hacer. Volvió a maldecir entre dientes y de reojo vio qué reacción tuvo el español, pudo jurar que sus labios se curvaron.

Miguel acababa de darse cuenta de que estaba nerviosa y ella le dio la espalda después de su último comentario. Evitó a toda costa seguir con el tema y se centró en observarla mejor y recorrer con la mirada su cuerpo.

Era preciosa, no podía ignorarlo, una imagen fugaz se cruzó en su mente, de tenerla en sus brazos sin nada que la cubriera y poder acariciar esa piel que lo tentaba a hacerlo, y lo peor que podía pasarle, pasó.

Su cuerpo se rebeló, suspiró más alto de lo normal ante esa cruel manifestación, Caris ladeó la cara y sonrió logrando atraparle del todo.

—¿Otro latigazo?— pregunto con picardía. Era mejor tomárselo a broma, ya que había metido la pata, qué más podía pasar. El español rio, carraspeó un poco y respondió.

—Sí, duele un poco. —Esa respuesta llevaba escondida palabras no dichas y por segundos Caris llegó a creer llevar la batuta entre ellos dos. Inclino su cabeza, lo miró rápidamente para centrarse en lo que había en el botiquín.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió observada. Creyó ver lujuria en los ojos del español y saber que era por ella le gustó. Con Duncan no tuvo ningún momento parecido y comenzaba a pensar que nunca se había sentido de esa forma.

De reojo volvió a mirarle. Era alto, no tanto como su hermano, tenía los brazos cruzados marcando de nuevo los músculos, deseó quitarle el jersey y la camiseta para comprobar su teoría y evitó tener alguna reacción.

Los únicos que sabrían de sus deseos serían los dioses celtas, cerró los ojos para poder concentrarse de nuevo, pero de nuevo Miguel se quejó, sus ojos se cruzaron y sonrió.

—¿Otro? —Se fue acercando atraída por esos ojos verdosos y la barba incipiente que iba acompañada de su sonrisa ladeada.

«No, Caris» se dijo, «decidiste darte un tiempo, no puedes caer tan rápido». Lo miró nuevamente y se dijo: «No te desvíes del camino, si lo haces, no podrás volver».

—Miguel, cuánto lo siento.—Se obligó a comenzar una conversación banal, mientras comenzaba a quitar el paño de cocina y con la tentación quemándole para pasar los dedos por su barba.

—No es para tanto —respondió Miguel conteniéndose al tenerla tan cerca—. Es un minúsculo corte. Caris le quitó el paño de cocina, cogió la mano y luego lo miró enfurruñada, pensando que había sido una treta.

—No me gustan que me mientan.—Miguel alzó una ceja sin saber a qué se refería.

—Creo que me he disculpado—dijo el español—. Si hablas sobre la sorpresa—se defendió, sin saber de qué.

—No es eso, ¡me has mentido! —Miguel abrió los ojos y comenzaba a pensar que existía algún gen en las mujeres que llevaba grabado la frase: los hombres mientan. Caris prosiguió señalando su malestar.

—Al abrir la puerta dijiste que te habías cortado y pensé en un corte bastante grande y profundo, ya que has escogido el paño más grande entre todos.—Miguel abrió la boca para responder, pero no tenía una respuesta certera y prefirió quedarse en silencio y evitar que la carcajada se diera paso.

—¿Era necesario abrir todos los cajones? —Volvió a protestar la pelirroja aprovechando para alejarse unos metros y ver cómo soltaba aire. Curvó sus labios, acababa de darse cuenta de que Caris se estaba escudando y decidió seguir su juego.

—Resulta que me hablaste de un cajón a la derecha y no sabía a cuál derecha te referías.—Explicó con guasa.

Caris se tensó miró de un lado al otro y sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor dando paso a una ligera sonrisa que sombreó sus labios.

—¿Y bien?—dijo Miguel para tumbar todas las barreras entre ellos—. Ya que hemos allanado esta casa, qué haremos.

—¡Es cierto!—Afirmó la pelirroja. —No te preocupes por eso, cerraré los cajones y prepararé algo rápido. —Se llevó un dedo a la boca pensando en donde había guardado los mejores vinos su abuela y recordó—. Iré a buscar un buen vino. ¡Me muero de hambre!

—Espera, espera...—dijo Miguel—. ¿Cómo puedes tener tanta hambre? —Caris frunció el ceño.

— ¡Mierda! No es lo que quería preguntar, dijo avergonzado el español. —Ella se cruzó de brazos a la espera de que hablase—necesito saber de quién es esta casa.

—¡Ah, eso!—respondió Caris disimulando recoger un poco para no reír—. He omitido un pequeño detalle, la casa es de mi abuela.

Miguel abrió los ojos y lo primero que le pasó por la cabeza fue la imagen de su amigo dándole una patada en el culo para devolverlo a España.

—¿Y todo ese peligro que he pasado ha sido en vano? —Caris se rio y rio un buen rato hasta que se

secó las lágrimas.

—No te va a pasar nada—indicó finalmente—. Estás en mi jurisdicción.

—Me alegra saber que al menos tendré asilo político en un diminuto territorio de Edimburgo. —

Ella volvió a reír y cogió su mano.

—Confía en mí.

Miguel no confiaba en las mujeres desde su incidente con Esther y en ese instante Caris le pedía que confiara en ella, era un reto que tenía que decidir si quería afrontar.

Caris abrió la tirita y se la puso en el dedo y ese pequeño gesto afectó de alguna manera a ambos. Se miraron unos segundos, que fueron suficientes para que Miguel la cogiera por la cintura, atrayéndola y besándola.

Beso que Caris respondió, a sabiendas que cometía un error y a pesar de eso cedió subiendo sus brazos, acercándolo más.

Estaba seguro de que esos labios le pedían una y otra vez que fuesen besados y daba gracias por haber captado esas señales, eran deliciosos y carnosos. Los mordisqueaba con gusto y no iba a dejarlo en un simple beso con la lengua, separó los labios de Caris adentrando sin mucha delicadeza para poder profundizar más.

La mesa de roble que estaba en la cocina se hizo cómplice de Miguel, que fue empujando poco a poco Caris hasta que quedó tendida en ella y algunos objetos que estaban ahí cayeron al suelo.

La necesidad de saborear y acariciar su cuerpo crecía, ella tomó el mando de la situación obligándolo a quitarse el jersey y cuando ella acercó su boca a su oreja mordisqueando, el español gruñó.

Los labios de Miguel subían y bajaban por su cuello y su cuerpo se arqueó pidiendo más. A él se le aceleró el corazón al sentir su cuerpo tensarse de deseo. Deslizó su mano por debajo de la camiseta palpando sus costillas hasta llegar a un pecho para regalarle suaves caricias.

Caris abrió los ojos dándose cuenta que se había dejado llevar y dejó de besarlo. Se miraron apenas sin respirar, Miguel se alejó viendo la cara su cara de terror.

—Lo... lo siento—se excusó Caris bajándose de la mesa y recolocando la ropa— ¡Mierda!— dijo en voz baja Caris.

Cerró los ojos arrepentida, Miguel tragó saliva y pasó una mano por el pelo y suspiró para intentar tomar el control de la situación

—Quien debería disculparse soy yo —repuso el español. Caris puso distancia entre ellos dirigiéndose al salón.

—No, es que...—Soltó un corto suspiro. Contar la promesa que se había hecho no iba a ser fácil, pero debía hacerlo—. Decidí darme un tiempo en cuanto relaciones y eso incluye encuentros como estos.

—Comprendo — fue lo único que pudo decir el español.

Sin saber qué decir ante esa confesión y aun cuando se percató de la distancia que había interpuesto entre los dos. Caris se mantenía de espalda tratando de justificarse, sacando fuerzas a afrontarlo.

—Es un poco difícil de explicar, la vida me ha demostrado que sois cortados con la misma tijera.— Miguel fijó sus ojos en la espalda de ella.

Era la segunda vez que lo incluía en algún tipo de lista y eso no le gustaba, así como también que no quisiese mirarlo.

—Definitivamente—dijo mosqueado—. Va en algún gen eso de soltar algunas tonterías con mala leche.

—¿Qué has dicho?

Se giró sorprendida por el reproche del español. Miguel no iba a arrepentirse de lo dicho, era su opinión y la iba a mantener. Caris observó el semblante del español y supuso que estaba enfadado y ella

no se disculparía. Había aprendido la lección y no caería de nuevo, viendo que ninguno iba a ceder era mejor despedirse.

— Miguel, es mejor que te vayas, tengo mis motivos para pensar de esa manera.

Miguel levantó una ceja pensando que podría tener los motivos del mundo, pero él era Miguel Alarcón, no un gilipollas con el que tropezó en la esquina del *pub*.

—Sí crees que todos los hombres pensamos y actuamos igual, te equivocas.

—Demuéstramelo, dudo que lo consigas, pero te doy la oportunidad de que demuestres que me he equivocado.

Esa manera de retarlo lo obligó a tomárselo como algo personal y cuando en su vida aparecían retos así, los enfrentaba como mejor sabía, para eso era un gran competidor.

—No voy a defender a ningún otro hombre—respondió escueto—. Reconozco que existe más de un capullo por ahí y mucho menos voy a disculpar al imbécil que te hizo la gran putada —se llevó una mano a la cabeza y se alborotó el pelo.

— Lo que quiero decir es que hablaré por mí y mis decisiones y actuaciones las acepto sabiendo que traerán o no consecuencias. He venido a Escocia a conocerte porque me gustas y me gustas mucho.

Miguel estuvo a punto de arrepentirse de lo que acababa de decir, no quería mostrar sus cartas tan rápidamente, era la primera vez que lo que hacía y se sintió perdido ante esa mujer.

Caris estaba sorprendida, era la primera vez que se topaba con un hombre que fuese tan sincero y estaba hecha un lío, siempre había querido que algún hombre le dijese algo así y nunca había pasado hasta ese momento. Era difícil de pensar cuando sus sentimientos y su cuerpo la llevaban a que olvidara sus promesas, miedos y tal vez hasta prejuicios.

Se acercó a él y lo miró fijamente, definitivamente no era momento de pensar, era momento de dejarse llevar, lo arrastró hasta el sillón haciéndolo caer.

—Sé que me voy a arrepentir mucho de esto—dijo con dudas Caris.

—Te garantizo que no—respondió el español cogiendo su mano y empujándola encima de él.

Volvieron a mirarse por unos segundos donde Caris se mordió el labio y acto seguido lo besó dejando atrás todas esas promesas que se había hecho para sí.

*Según la ciencia: el amor puede hacerse adictivo a partir del primer beso y si se llega a un feliz encuentro sexual, la suerte está echada; el amor llega como una ola.*

## CAPÍTULO 6

Ninguno de los dos se imaginó que su noche daría un giro de 180 grados, ni tan siquiera que ese primer encuentro terminaría así. Miguel deseaba regalarle caricias al cuerpo de ella, adorarla y besar su piel de porcelana, pero la conciencia hizo su aparición, recordándole que le había dicho que no era como los demás.

Se detuvo otorgándole un gesto cariñoso en su rostro, Caris sin entender lo miró con la respiración un poco agitada, mientras Miguel se mantuvo callado y en la cabeza de ella comenzaron aparecer ideas sin sentido.

Y él vio confusión en sus ojos y se apresuró a explicarse rompiendo ese silencio incómodo.

— Seré sincero, me he saltado un montón de pasos y creo que no te mereces eso.

La escocesa quiso decirle que no le importaba, pero no pudo. De nuevo volvía a dejarla sin palabras y con los sentimientos confusos, preguntándose a qué pasos se refería y con una pequeña ilusión naciendo en su corazón.

Miguel observó cómo la pelirroja parpadeaba sin parar, la sentó a horcajadas, evitando romper la intimidad que mantenían. Nadie hubiera apostado por lo que iba a decir y que estaba pensando hacer, ni él mismo apostaría.

Cualquiera que lo viera gritaría a los cuatro vientos que se había vuelto loco, pero quería y necesitaba explorar ese camino que la vida le estaba dando. Decidido sonrió, acarició la mejilla de ella y dijo.

—Invitarte a salir, llevarte a buen restaurante, tal vez te invite a tomar alguna copa luego y si me lo permites terminar la velada descubriendo todas las pecas de tu cuerpo.

Las mejillas de Caris se tiñeron de rojo y una estela de timidez la envolvió en esos segundos. Dudó y dudó qué contestar; era una oferta muy tentadora. Una oferta que nunca tuvo la ocasión de experimentar, ya que siempre terminaba primero enrollada y posteriormente salían.

—Me gustan los mejores lugares para comer.—Una ligera sonrisa nació los labios de Miguel y pensó que esos minutos de dudas se habían disipado y optó por tomarle el pelo para que se mantuviera la confianza en ellos.

—Intentaré evitar la arpía que tienes dentro, buscando el mejor restaurante de la ciudad.—Caris abrió la boca para protestar, pero vio cómo sus ojos tenían una mirada burlona y sonrió.

Parecía un sueño, un sueño muy bonito al que no estaba acostumbrada y que de nuevo lograba que despertase y pusiera los pies en la tierra. No estaba segura de sí era bueno para ella, volvió a fijar sus ojos en él y en lo que tenía que decir, que sería por el bien de su corazón.

—No quiero una relación de ataduras.

—Estamos de acuerdo en algo.—respondió el español.

Lo que sintió Caris era una mezcla de desilusión y alegría, se odiaba por eso, no podía seguir creyendo en promesas y castillos.

Pero muy en el fondo quería sentir, aunque fuera una vez en su vida, ser amada de verdad con sus defectos y virtudes. Y vio claro cuál era la mejor solución, ninguno perdería más adelante. Miguel aferró sus manos en la cintura de la escocesa y prosiguió con leves caricias en círculos. Ella cerró sus ojos de nuevo percibiendo cada movimiento y las sensaciones que despertaba.

—Miguel...—Caris vaciló.

—Dime qué deseas— dijo Miguel acomodándose mejor y acercando la boca a su oído para luego recorrer con sutiles mordiscos el cuello hasta que la escuchó jadear.

—Deseo...—No pudo darle una respuesta. La mano de adentró en una travesía peligrosa hasta topar con el sujetador, rozar su pezón, con el que jugueteó unos segundos y olvidando lo que debía confesar y centrándose solo en sentir un hormigueo recorrer su cuerpo.

Lo miró a los ojos y olvidó el mundo por esos instantes, lo obligó a deshacerse de su jersey y camiseta, besando su piel hasta bajar a la cremallera. Desabrochó el botón, metió la mano y sintió la gran erección del español.

Lo miró con picardía y lo obligó a levantarse bajando el vaquero y el bóxer para lamer el miembro eréctil y dejándolo desarmado como él lo hizo minutos atrás con ella.

—¡Caris!—dijo reteniendo el aliento. La cogió por los hombros y la tumbó deshaciéndose del pantalón, el sujetador y las bragas; y de esa manera la recorrió de arriba abajo.

Una de sus manos la deslizó por su cuerpo, mientras con su boca sopló un pezón. Caris volvió a fijar su mirada en él, pidiéndole que terminará, que se hundiera en ella y no lo hizo. Bajó y bajó con sus manos dándole placenteras caricias con cada movimiento estaba a llevándola al límite.

—Por favor —rogó.

— ¿Por favor, qué? — preguntó Miguel, Caris lo miró con rabia y él le otorgó una sonrisa diabólica.

— Disfrutas haciéndome esperar.— Protestó la escocesa.

— Me encanta que las mujeres supliquen, se ven deliciosas.

— Soy vengativa, ¿sabes? Y me las cobraré. —Miguel rio entre dientes y siguió atormentándola de placer y cuando vio que estaba a punto se hundió, haciendo que jadeara de nuevo y se aferrara a él.

—¡Ostias!— gruñó Miguel.

Hasta ese momento no se había percatado de la necesidad que tenía de estar dentro de ella y con cada empuje sentía la presión que ejercía, el ritmo lo aceleró y un gemido de Caris le indicó que había llegado al éxtasis siguiéndole dos minutos después

\*\*\*

Los minutos pasaron sin que ninguno quisiese romper esa unión y el estómago de Caris gruñó de nuevo. Sonrieron y se miraron a los ojos para luego separarse y encontrar un tema del que hablar.

—Es un duro contrincante— señaló Miguel juguetón—. Creí que se había apartado al ver el tipo duro que soy—prosiguió dibujando círculos con un dedo alrededor del ombligo de ella.

—Lo estás provocando con esos movimientos—respondió Caris siguiendo su juego—. Es normal que proteste, deberías usar otra técnica. —Miguel se carcajeó y ella se levantó cogiéndole la mano para que le acompañara a la cocina.

—Comenzaré a pensar cómo chantajearlo —dijo mientras buscaba su bóxer.

—Piénsalo muy bien, porque es exigente —gritó mientras se perdía totalmente desnuda en las habitaciones de la casa y él observó su figura, su andar, pensando que era demasiado apetitosa para su gusto, curvó sus labios y la acompañó.

—Ya que he hecho varios actos delictivos esta noche—indicó al entrar a la cocina— debería culminar asaltando el refrigerador de tu abuela.

—¿Solo el refrigerador?—respondió con burla—. Pensaba que eras de los que ataca a mujeres con la guardia baja—Miguel rio y la rodeó por la cintura, volviendo acariciar su cuerpo para susurrarle.

—Usualmente mis actos delictivos hacia las mujeres que me interesan terminan con llamadas telefónicas pidiendo que lo vuelva hacer.

Caris, que volvía a sentir las caricias por su cuerpo y disfrutaba de ello, curvó sus labios, pero no dejó pasar esas más que evidentes intenciones.

—Engreído.

—Tal vez lo sea, pero me gustaría explicarte cómo son esos actos delictivos, aunque deba combatir primero a ese contrincante.—Y tal vez llamar a Lucas para decirle que hoy estaré ocupado contentando a ese gruñón que tienes por estómago.

—¡Lucas!...

Recordó a su primo y por ende a su hermano, se zafó del agarre del español y volvió al salón, buscó sus bragas y su camiseta y reapareció haciendo malabares para ponerse la ropa.

Miguel no entendió el comportamiento de la pelirroja, se imaginó que deseaba un poco de decoro, aunque no hacía falta después de lo que había sucedido entre ellos, se encogió de hombros y abrió el refrigerador encontrando salmón, beicon y queso *brie*.

— Debes irte.— Al escuchar esas dos palabras la miró sin entender.

—¿Cómo?

—Lucas pudo contarle a Charles y...—miró al reloj de pared de la cocina—. Charles debe de estar por llegar.

—¿Vive aquí?

—No, pero se debe preguntar dónde demonios me metí. —Lo empujó al salón.

—¿Y qué tal si le decimos la verdad?

—¡Estás loco!— Exclamó horrorizada y volvió a la cocina.

Metió el salmón, el beicon y el queso *brie* en el refrigerador sin darle más explicaciones al español que se vistió rápidamente y de mal humor por el evidente cambio de su noche. Dudaba que Charles pidiera explicaciones, era una mujer adulta y por alguna razón no le gustó sentirse usado y se lo hizo saber.

—No quiero creer que te importe más lo que diga tu hermano.

—Miguel, evito que te mate.

—¡Oh, vamos!—Protestó negando con la cabeza, era tan absurdo lo que pasaba.

—¡Oh, sí! —Repuso Caris fue hasta él dándole el jersey y le dio un beso corto.

—Te prometo que mañana nos veremos, confía en mí.

Y de nuevo volvía a pedirle que confiara, no era las palabras más acertadas en ese instante. Saber que lo estaba echando y lo había usado como si fuera un gigoló lo hizo cabrear, se pasó la mano por el pelo y sin mirarla se despidió.

—Buenas noches.

—¡Miguel!

—Es tarde —asintió—. Estoy cansado y no quiero hacerte perder más tiempo —concluyó con cinismo.

Caris no quería que se fuera enfadado, quería entender su enfado, pero temía más que Lucas hubiera ido con el cuento a Charles y debía pensar en una buena excusa para todos. Lo rodeó por la cintura y lo obligó a mirarla.

—No quiero que te vayas, pero preferiría que Charles te conociera en otras circunstancias. — Miguel la miró y miró, no se la iba a poner fácil y menos por culpa de un hermano que nunca iba a aparecer.

—Pido algo a cambio— dijo Miguel y ella abrió los ojos y tragó saliva. —Mañana pasarás todo el día conmigo y eso implica las veinticuatro horas.— Caris quiso protestar y el español negó con la cabeza y se adelantó.

—Pasaré por ti sobre la doce.

Caris afirmó con la cabeza resignada, Miguel levantó su mentón y la besó, acorralándola en la pared más cercana, devorando su boca y con una mano volvió acariciar sus pechos con sutileza la levantó sosteniéndola entre su cuerpo y la pared y cuando vio que la había comenzado a excitar, se apartó.

—Buenas noches —Caris parpadeó confundida y él se encogió de hombros. — Querías que me fuera y cumpliré tu deseo, espero que me recuerdes toda la noche. —Abrió la puerta y se fue.

Durante los diez minutos siguientes se mantuvo en la misma posición, pensando en cómo había jugado con ella. Se enfadó por dejarse seducir tan tontamente y se enfadó aún más por cómo su cuerpo protestó por dejarla a medias y lo odió por eso.

La siguiente hora quería llamarlo y gritarle que era un idiota como todos los hombres, no deseaba volverlo a ver en la vida y a la siguiente hora, cavilaba cómo vengarse por dejarla en esas condiciones.

\*\*\*

Miguel quería pasar la noche conociendo a fondo a su pelirroja, no solo era sexo, quería que le contara todo lo que concerniera de ella y la pelirroja decidió por los dos. Durante el trayecto a casa de Lucas, pensó en todo lo sucedido y, para evitar cabrearse, optó por no comerse más el tarro.

Prefería dormir y esperar al día siguiente, abrió la puerta con las llaves que su amigo le había dejado para irse a dormir enseguida.

—¿Sabes, Miguel?—Desde el sillón donde estaba recostado a oscuras, dando un aspecto tenebroso, le habló Lucas.

Tal vez quiso intimidarlo y la jugada le había salido mal

—Me ha costado un mundo encubrirte a ti, como también a Caris. ¡Caris!— gruñó—. En cuanto la vea, ¡juro que la mataré!

—No sé si pedirte disculpas—respondió de inmediato—. O devolverte la despedida que me diste en el bar.

—Deberías besarme los pies, con ese puñetazo no es suficiente ante lo que me habéis metido.

—¡Qué buen amigo eres! —Ironizó cruzando sus brazos. No estaba de humor para tener que escuchar las advertencias y reproches de Lucas.

—Lo soy, suponiendo que de alguna manera acepté que vinieras a ligar a Caris.

—No negaré que he venido a conocerla y he venido arriesgándome, me gusta y...

—Y nada—interrumpió Lucas exasperado—. No quiero saber cómo demonios la has conocido y desde ahora me abstengo de cualquier paso que ambos deis.

Espero que la próxima vez que decidas utilizarme, tengas la decencia de avisarme para no quedar como un idiota. —Sin decir nada más se levantó y se fue.

Miguel suspiró en alto, ese gusanillo de arrepentimiento comenzaba a pulular en su mente y no quería tomar decisiones precipitadas.

Sin dar más vuelta al tema, se fue directo a la cama pensando la cara de Caris tras despedirse en el umbral de la puerta. Sonrió con malicia y segundos después se quejó debido a las consecuencias de su jueguito, que despertó a su miembro con un enorme tirón.

\*\*\*

Varias horas después, el timbre era tocado de manera insistente por una mano terriblemente molesta. Lucas se levantó y arrastró sus pies a la puerta.

—¡Es coña! ¿Verdad?—Asegurándose de que no era un sueño, palmeó varias veces su cara para saber que no lo era.

\*\*\*

Durante lo que quedaba de noche Caris se esforzó en no pensar en Miguel. De alguna manera debía

seducirlo, ningún hombre la había hecho sentir como él ni tampoco la había dejado a medias.

Debía vengarse por honor y para eso debía arreglar cuentas con su primo comprando su silencio. Recordó que había prometido enseñar la ciudad a Miguel y su imaginación de nuevo voló al pensar esconderse entre callejuelas.

Gimió frustrada, no podía permitirse eso, no podía dejar que la ilusión tuviera una mínima oportunidad, debía meterse en la cabeza que solo serían unas cuantas noches de muy buen sexo.

Una aventurilla de cinco días para luego ser un simple recuerdo. No, no iba a cometer de nuevo otro error.

Se levantó y decidió que pagaría su crueldad, abrió su armario en busca de ropa sexi y cuando ya había encontrado lo apropiado, se detuvo. Había olvidado que era domingo, el día libre de Charles y podía encontrarlo en cualquier lugar del centro.

Resopló acordándose de los antepasados de Miguel. Miró su armario y una idea vino a la cabeza, se duchó y vistió a toda prisa con la idea de comprar a su primo algo que no podría rechazar, pero se percató de que no tenía nada de dinero.

Creyó que los dioses celtas se burlaban de ella, respiró largo y tendido para imaginar alguna otra idea y de inmediato la obtuvo, corrió a la cocina y buscó el bote de monedas que tenía su abuela, reunió aproximadamente diez libras para un taxi e ir al *pub*.

Tocó varias veces y el chico de la limpieza se sorprendió al verla tan temprano.

Evitó dar muchas explicaciones y una hora después, llamó al timbre de Lucas, que abrió y la miró de arriba abajo, como si estuviera viendo un raro espécimen humano. Dijo algo en español y que no entendió, pero para ella lo más extraño fue cuando se dio palmaditas en la cara. Caris se mordió la lengua para evitar lanzar una de sus pullas envenenadas.

—¿Tenemos alguna reunión de disfraces? —Preguntó Lucas con una ceja levantada— Voy a cerrar la puerta y aparentar que ha sido un sueño o en su defecto eres de alguna secta extraña que no tiene otra cosa que hacer que ir vendiendo algún juguete sexual en promoción.

—¿Sexual?—Repitió incrédula—¿Acaso interrumpí algo?—Lucas pasó la mano por la cabeza y resopló.

—No puedo creer que te esté abriendo la puerta un domingo tan temprano, merezco un poco de paz. —Ella sonrió maliciosamente, a pesar de necesitar tener a su primo de su lado, fastidiarle y ser un grano en el trasero unos segundos, no estaba mal.

— Debería denunciarte por intimidar a las vendedoras de sex-shop que tocan con tanta ilusión la puerta. —Lucas pasó la lengua por sus labios y la miró pensando en alguna respuesta.

—¡Claro! Olvidaba que el mejor día de la semana para vender es el domingo. —Caris sonrió.

—Es ideal, todos los que llevan la batuta en la relación y los que son convencidos para pagar los artilugios generalmente están este día.

Lucas se cruzó de brazos y se recostó en el marco de la puerta, pensando, y debía responderle antes de que siguiera de impertinente.

Optó por el atuendo que llevaba, que a su parecer era sacado de alguna tienda de antigüedades que desconocía el servicio de la electricidad y es que un pañuelo en la cabeza junto a una especie de túnica y unas enormes gafas le daba a entender que... Enseguida fue al grano.

— ¿Por qué tengo la sensación de que anoche hubo más que palabras?

—¿Quieres detalles? —Lucas silbó como un globo desinflándose.

—No soy Charles, no me ganarás a fuerza de halagos, tú y yo debemos aclarar ciertos puntos.

—Me gusta ser parte del clan Cameron —ironizó la pelirroja. — Somos tan sutiles al tratar temas.

—¿Debo sospechar que es un halago?

—Puedes verlo como deseas—suspiró y no quiso seguir ese juego tonto.

— ¿Os habéis dado cuenta de en qué problema me habéis metido? — reprochó Lucas.

Por supuesto que lo sabía. Sabía que Charles mataría a Lucas por ocultarle información y no toda la culpa era de ella.

No era la que había viajado desde el continente con la intención de conocer a las vacas peludas y nunca pensó que esa simple amistad traspasaría fronteras.

—Lo sé — dijo resignada. — Ten presente que entre Miguel y yo solo existe una amistad.

Podría mentirle a otro, pero de lo que Lucas estaba seguro, era de que no se trataba de una simple amistad.

— Es mejor que finja por algunos minutos no ser un Cameron, ya que no te gustará mi respuesta.

— En tal caso, de adivinar tus pensamientos, seré franca contigo, es solo sexual. — Lucas entornó los ojos y decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—Pasa, hace mucho frío para seguir aquí. — Caris se inclinó para recoger una bolsa que al verla Lucas señaló.

—Debes de estar muy desesperada para ir hasta *Cuckoo's*, a por unos *cupcakes*.—Caris pestañeó coqueta.

—No te encubriré, me niego a hacerlo— dijo de nuevo en escocés. Caris abrió la bolsa para provocarlo con el olor y a la vez se hizo la ofendida.

—Interesada tal vez, pero desesperada no, además Charles no debe enterarse de que Miguel y yo...

—¡Maldita la hora en que acepté que Miguel viniera! — Indicó Lucas evitando que siguiera, se negaba a conocer cómo terminaron juntos.

— No aceptaré sobornos —sacó una de las deliciosas magdalenas y se la llevó a la boca. — Quiero mantener mis genitales en su sitio —concluyó mientras masticaba.

Caris no sabía cómo explicar en un minuto que su visita era en modo vengativo. Estaba tan decidida a seducir a Miguel que en el ascensor se le ocurrió quitarse los leotardos y las bragas para ir a por todas y comprendió; más que una venganza era la necesidad de satisfacer sus deseos más íntimos, y eso la tenía muy confundida.

Sus manos y sus besos la llevaron a un estado de embriaguez que en el momento que paró, horas antes, sus entrañas protestaron. Lucas se acercó a la oreja de Caris y le susurró percatándose que estaba perdida en sus pensamientos.

— Vas a tener que aprender a ser mi esclava para comprar mi silencio —alzó las dos cejas y rio diabólicamente.

Caris frunció el ceño dispuesta a cantarle las cuarenta cuando escuchó detrás unas chicas riéndose,ladeó un poco la cabeza y se percató que se fijaban en su primo y que él solo actuaba para dárselas de interesante.

—Soñar no cuesta nada —señaló tocando el pecho de Lucas, tratando que las chicas creyeran que le armaba una escena. — No tengo la culpa que la tengas.

Y con dos dedos gesticulo un tamaño. El escocés entrecerró los ojos, torciendo la boca. Las chicas volvieron a mirar de arriba abajo a Lucas y sonrieron de despedida al entrar al ascensor.

Una vez que se cerró la puerta y bajaron, la atención de Lucas volvió a su prima.

—Es la primera vez que las veo sonreírme como si fuera el plato principal — dijo guiñando el ojo a su prima. Caris entornó los ojos entró a su casa y cerró la puerta.

—Quieres una respuesta sincera.

—Viniendo de ti, no sé qué será peor.

—Estás en calzoncillos y... —se acercó hundiendo sus dedos de manera fuerte en los abdominales

de su primo, haciendo que protestara—. Esto apenas atrae.

—¡Apenas!—respondió de mal humor Lucas, tocándose donde su prima hundió despiadadamente sus dedos puntiagudos—. Pensaba que conocías mis horarios, ya que pasas el santo día dándome la lata por *WhatsApp*.

—¡Ya quisieras que estuviera pendiente de ti!

—Venga, Caris, ¿has venido a criticar mi pecho o despertar al capullo que tengo como amigo?

—Si lo que deseas es ligarte alguna de esas chicas, puedes irte a vestir, que por lo que vi irán al mercado artesanal.

—¿Cómo sabes eso?

—¿No te han dicho que lo último que está de moda para enrollarte es el mercado artesanal?

—Como siempre la reina de la sutileza —ella se rio a carcajadas y Lucas caminó a su habitación no sin antes preguntar—. ¿A cuál de las dos crees que puedo gustarle más?

—¡Hombres! ¡Siempre pensáis con la cabeza inferior!

—Lo dirás por él, que está en la habitación de la izquierda, deberías echar un vistazo y tal vez así cumplas tus deseos.

—¡Lucas Cameron!

—No soy el párroco de la iglesia de la Santa Cruz, soy un hombre joven y soltero, que un domingo temprano lo obligarán a irse de su casa para que otros mantengan la orgía que dejaron la noche anterior.

—¡Eres un degenerado!

—No, soy un Cameron.— Se frotó el cuello y esta vez sí hablaría seriamente.

—Lo diré una vez, cuando menos sepa cómo acabasteis enredados mejor. De esa manera Charles no me partirá las piernas—soltó el aire—. Me atreveré a darte un consejo, Miguel no es de relaciones largas.

—No me crees capaz de decirle adiós cuando se vaya.

—No. —Con eso entró a su habitación y Caris se quedó en el salón meditando en el consejo de su primo y el riesgo que estaba tomando.

No iba a echarse ahora atrás, había tenido sexo horas atrás y lo disfrutó como nunca y era consciente de la posición en que estaba.

—Te creía ya desatando tus más oscuros deseos —indicó Lucas diez minutos después.

—Es mejor que no responda — dijo Caris con cara de mala uva, Lucas sonrió de lado.

—He pensado que debería seguir tu idea — insinuó—. Hace frío y para combatirlo no hay nada mejor que una buena amiga que te ayude a combatirlo.— Sonrió de lado y se despidió con un beso en la mejilla.

Prefirió no juzgar a su primo, lo que estaba haciendo era peor y era mejor seguir preparando su entrada triunfal en el infierno.

Se apresuró para entrar a la habitación donde dormía Miguel y cuando lo hizo, evitó suspirar. El hombre que estaba en la cama dormía plácidamente y con medio cuerpo descubierto.

Dudaba si era mejor contemplarlo desde la distancia o tocarlo, pero se aferró al plan, aunque su cuerpo se oponía a la venganza.

Se acercó con sigilo y se sentó en el borde de la cama, volvió a observar cómo algunos mechones de su pelo caían en el nacimiento de su rostro. Las ganas de acariciarlo, otorgarle besos diminutos, nacieron y deseó darse de cabezazos por ser tan tonta y dejar que el deseo pudiera más.

Se acercó mordisqueando la oreja para acatar su plan sin pensar más en dejarlo a un lado o no y se alejó de inmediato, el español frunció el ceño y Caris volvió al ataque.

Esta vez bajó hasta la mandíbula y volvió a mordisquearle, Miguel abrió sus ojos y sonrió.

— ¿No quedamos que iría a por ti o no has tenido paciencia con lo que dejé a medias?

Caris estuvo a punto de cambiar el plan y darle un par de collejas por ser tan creído. Se quitó los zapatos y se subió a horcajadas y Miguel sin perder el tiempo se acomodó.

—Si así son los despertares en Edimburgo, creo que debo mudarme —Caris no se pronunció. Miguel llevó sus manos a la cintura de la escocesa y ella volvió al ataque bajando hasta la boca.

Su cuerpo quería sentir de nuevo el frote de las pieles, pero obligaba a su mente a pensar en su venganza. Mientras él llevó una mano a su culo y lo apretó y con la otra subió por toda la espalda. Caris sintió la excitación que comenzaba en él y se detuvo para levantarse precipitadamente.

—Ahora que recuerdo, desde esta mañana he sentido cierto malestar.

Una carcajada salió de la garganta de Miguel, sabía que le haría pagar lo de las horas atrás y con esa actitud lo enterneció, esa mujer lo estaba engatusando muy rápido. Caris lo ignoró, era evidente que su plan no funcionó, pero no iba a rendirse tan fácilmente e ideó una respuesta rápida.

— La última vez que tuve esos síntomas me diagnosticaron bronquitis vaginal.

—¿Qué has dicho? —preguntó sorprendido.

Había escuchado excusas, pero bronquitis vaginal era la primera vez en la vida que la escuchaba, estaba claro que tenía que ganarse el premio a la gran excusa del día.

—¿Te estás burlando de mí? —Sugirió para seguirle la corriente y la sonrisa que devolvió a modo de respuesta fue diabólica.

—Digamos que ojo por ojo. —Miguel abrió los ojos y esta vez no pudo dejar de reír.

—Levántate —exigió Caris, para poder mantener su orgullo intacto. — Necesitas una ducha y, por favor, no tardes, me muero de hambre, si espero mucho más, moriré de inanición.

—¿Desayuno? ¿Has traído desayuno?

—No era para ti, intentaba comprar el silencio de Lucas, pero decidió lavarse las manos como el de la Biblia, ¿cómo se llamaba?

La excitación se le bajó enseguida a Miguel, ¿en qué momento pasó de estar a punto de una sesión de sexo matutina para terminar hablando de personajes bíblicos?

—Poncio Pilatos —respondió de mala gana y la pelirroja rio un buen rato.

—¡Vaya! Aparte de ser pasable en el sexo, tienes conocimientos bíblicos.

Cogió el brazo de ella para empujarla a la cama de nuevo y tenerla acorralada para terminar lo que había comenzado en casa de la matriarca Cameron.

—Para que tus sueños se hagan realidad...—dijo Caris y Miguel supo que no iba cambiar de parecer.— Deberías levantarte conocer el mercadillo, parte de la ciudad y... —Miguel resopló y se levantó.

—Iré no porque tú quieras, sino porque te comprometiste a estar todo el día junto a mí.

—Eso del compromiso es discutible— respondió de inmediato mirando a cualquier lugar menos al español.

Estaba a punto de rendirse y lanzarse encima de él. Maldijo la hora que se le ocurrió entrar, no se esperaba que estuviera en bóxer.

—Digamos que fue una coacción en toda regla.

Miguel sonrió y la miró como lobo hambriento. Dio dos pasos hasta estar frente a frente, puso sus manos en su culo eliminando espacios entre ellos y que denotara así su dureza.

— ¿Por qué no lo pensamos mejor? —Caris se alejó como si hubiera visto un muerto.

—No, he venido con un propósito y lo he cumplido, ahora te esperaré afuera.

—¿Hablas en serio?

—Los Cameron siempre hablamos en serio.

Y con eso salió, cerrando la puerta y soltando aire, dándose palmaditas por su gran fuerza de voluntad. Sin embargo, Miguel no lo vio de esa forma y lo hizo saber.

—Los Cameron, tan originales como siempre.

Según la ciencia: [el enamoramiento evoluciona](#) a lo largo del tiempo.

## CAPÍTULO 7

Esos escasos minutos le daban a Caris tiempo para pensar, odiaba que ese gusanillo de emoción apareciera una y otra vez.

Odiaba desinhibirse con él y que se diera por enterado cuánto le gustaba, incluso comenzaba a temer que esa atracción terminara en enamoramiento.

No, eso sería la peor de las desgracias, no podía volver a revivir su pasado, y con esa conclusión, escuchó cómo Miguel abría la puerta y apareció a su lado.

—El café y los *cupscakes* están fríos —protestó para no enfrentarse a ese hombre que estaba removiendo su vida.

—No me importaría invitarte a desayunar —dijo encogiéndose de hombros.

— Es un poco tarde para eso. — Se atrevió a mirarlo a los ojos, al tenerla tan cerca Miguel quiso abrazarla, pero ella mantuvo la distancia dándole una excusa rápida y supuso que seguía queriendo torturarla un poco más.

— Conozco una cafetería ideal.—Elevó su dedo a la boca pensando.

— Haremos dos cosas a la vez— señaló la escocesa—. Comer y deleitarte con las leyendas de la ciudad, conozco la cafetería perfecta para eso.

Al español le daba lo mismo ir a cualquier cafetería, para él pasar el día con ella era suficiente, y se dio cuenta de ese detalle, que quería tenerla a su lado, y cuando volvió a observarla denotó cómo enroscaba en su dedo un mechón de su pelo.

No era experto en señales, pero sin lugar a dudas estaba nerviosa y algo le inquietaba y si tener que ir a una cafetería para escuchar leyendas lo ayudaba a que confiara en él, lo haría.

—Soy todo tuyo, pelirroja—dijo con sinceridad—. Iré adonde quieras. — Ella calló abrumada y de nuevo los sentimientos respondieron antes que la razón.

Dio paso a una genuina sonrisa que Miguel envió a su paraíso privado de recuerdos.

—Me tomaré la palabra —respondió sin titubear Caris y extendió el brazo para salir rumbo a la cafetería.

\*\*\*

—Es la primera vez en mi corta vida que veo una mujer comer de esa manera.— Chinchó Miguel, preguntándose dónde metía tanta comida. No es que fuera sumamente delgada, pero lo que había engullido su pelirroja era digno de campeonato.

Caris bajó sus gafas y lo miró con una fingida indignación y una vez más logró que se rindiera a ella. Era tan transparente, que podía saber qué paso daría al minuto siguiente, sin dejar de lado lo que más le divertía, las excusas que se ingeniaba.

Cuando le preguntó por las gafas y el pañuelo, el pretexto dado era de guion de película. Le gustaba que fuese distinta, que no le importase ir por la ciudad con ese aspecto tan singular, y esa actitud llenaba una parte que desconocía de las mujeres.

No quería adelantar acontecimientos, dejaría que los días sentenciaran el destino de ambos. El pañuelo rodó sobre su pelo varias veces mientras caminaban por el museo de Edimburgo y el contraste de color y su piel lo atraían a tal punto de querer detenerla para besar su cuello y mordisquear sus labios carnosos enrojecidos por el frío de ese día.

Era mejor centrarse en la conversación y no en lo que deseaba hacer.

—Mi padre no estaba seguro qué salía más económico, darme de comer o vestirme.— Miguel rio a carcajadas.

— Es evidente que es un debate a discusión y que se expondría a la cámara de lores.—Caris se detuvo, bajó sus gafas y lo miró enarcando una ceja.

—Eso es en Inglaterra —respondió ofendida.

—Perdón, mi querida pelirroja —dijo con sorna.— No he querido ofenderos sobre su lealtad a vuestro país.

Caris negó con la cabeza al darse cuenta que se lo había tomado a broma y prefirió seguir con el paseo pasando por la Torre del reloj del milenio.

Miguel se maravilló de la construcción, tenía una altura bastante considerable, y lo que más le gustó fue cómo hicieron un viaje a la historia del siglo XX así como estaba dividida, después de un aperitivo de historia y cultura caminaron hasta el castillo de Edimburgo.

Lo había propuesto como primera parada en su visita, pero la escocesa lo embaucó hasta que cedió para que lo dejara para después de su visita al museo. Denotó el recelo de Caris al estar cerca de la entrada, pensó que debía de ser parte de su personalidad, ese toque excéntrico, pero ya había cedido y le apetecía conocer el castillo.

Años antes vio un documental sobre el castillo y era imposible dejarlo pasar. Desde cualquier parte de la ciudad podía verlo imaginándose las historias que tenían esas murallas y dentro del castillo en sí.

Después de comprar las entradas y obtener un mapa, comenzaron el recorrido en silencio tal como indicaba el mapa, pero Caris se impacientó, se lo quitó de las manos y lo cerró.

—Vamos por aquí...—Lo arrastró escaleras arriba hasta llegar a una habitación pequeña, abrió el mapa buscando con su dedo el nombre del lugar.

—Como verás...—Comenzó ideando una explicación —en está habitación dormían los niños de los reyes y desde la ventana—dijo indicando sin mirar a sabiendas que su explicación era la más pobre y ridícula del mundo— se puede ver la ciudad.

Cerró el mapa, lo guardó y dio la vuelta dispuesta a salir de la habitación y recorrer otra parte del castillo.

—Devuélveme el mapa —exigió el español, curioso por el comportamiento de su pelirroja—. Debe explicar la historia de la habitación, por algo está expuesta.

—Acabo de hacerte un resumen—respondió rezongando la pelirroja, cogió su mano sin dar más explicaciones—. No perdamos el tiempo, lo mejor de la visita son las joyas de la corona, el resto es más de lo mismo.

—¿Cómo?—preguntó incrédulo—. No he gastado una pasta para entrar a un castillo soso y aburrido.—Extendió la mano a la espera que ella sacara del bolso el mapa.

Caris se cruzó de brazos y lo miró dando a entender que no cedería. Ni en sueños contaría el motivo de su apuro, que no era otro que pudieran reconocerla y tener que dar explicaciones de quién era Miguel y por qué de vez en cuando le rodeaba su cintura de esa forma.

Miguel levantó la ceja, sea lo que sea que pasara por la mente de su pelirroja, él sí o sí estaba dispuesto a recorrer el castillo.

Mantuvieron sus miradas enfrentadas por unos minutos, ninguno quería dar su brazo a torcer. La escocesa no quería ser descubierta y el español, sin conocer los verdaderos motivos, se aferró a seguir su visita como era debido.

—¡Eres de lo peor! —se quejó Caris. Abrió su bolso de nuevo y buscó el mapa para dárselo. No se había rendido, pero se dio cuenta de que perdían tiempo y cualquiera podía verlos. Miguel guiñó el ojo y

abrió el mapa de nuevo.

— ¿Qué tendrán los mapas que a los hombres los vuelve locos?

Protestó la escocesa caminando delante y el español negó con la cabeza por la premura que tenía.

En cuanto salieran del castillo, la arrinconaría y haría que confesase que ocurría. De momento la ignoraría, su interés lo centró en algún punto del mapa.

—Un momento —dijo y señaló el mapa— ¡Hay un cementerio de perros! Quiero saber por qué.—  
Siguió su dedo y abrió los ojos.

—¡Quiero ver la zona de prisioneros de guerra y la guarnición del ejercito! ¡Tienen mazmorras!

—¿Por qué has escogido lo más aburrido del lugar?— respondió Caris ante el entusiasmo de Miguel y él rio a carcajadas ante la insistencia de irse.

—¿Aburrido?—La observó y decidió fastidiarla un rato por lo borde que estaba siendo—. Deberíamos volver a la explanada y buscar el pozo de las brujas, ¿o te trae recuerdos? —Era la manera perfecta de atormentarla, Caris abrió la boca para darle una respuesta y no pudo, respiró profundo y decidió mirar a otro lado y volver a caminar.

—Ir a las mazmorras no es tan malo—repuso el español para atraer su atención—. Es interesante aprender de las torturas— Caris parpadeó sin creer lo que escuchaba.

—¿¡Eres un sádico!?!—indicó ofendida y a la vez curiosa por saber qué estaba pensando el español. La sonrisa socarrona de Miguel apareció, sonrisa que la derretía.

—Ni te imaginas lo que se puede aprender de la historia para tu propio beneficio—se acercó a su oído y susurró—. Por ejemplo: si llegarás a entrar un segundo en mi cabeza, te aseguro que la tortura que tendrías estando en mi cama sería peor que la que hacían antiguamente—Abrió los ojos, tragó saliva llegando a sonrojarse y Miguel se carcajeó.

—¡Serás imbécil! —Protestó dándose cuenta de que le había tomado el pelo y se reprochó mentalmente por las ideas que cruzaron por su cabeza.

Él por su parte la rodeó y la besó, mordisqueó su labio inferior y prosiguió con el lóbulo de la oreja.

—Dime qué prefieres ver, prisioneros de guerra o el cementerio de perros.

No se había dado cuenta a dónde había llegado cuando sintió la pared de piedras frías en su espalda, Miguel le quitó las gafas y las guardó en el bolso para seguir torturándola como sabía.

—¡Miguel!—dijo manteniendo la poca fuerza de voluntad que le quedaba—. Nos van a echar del castillo por espectáculo indecoroso—él rio mientras se alejaba.

—Si nos echan, alegaré que mi acompañante es una mala guía turística que ha preferido enseñarme cómo se hacen torturas sexuales y no la historia del castillo.

Caris frunció el ceño, se acomodó un poco la ropa y el pañuelo, se cruzó los brazos y levantó el mentón.

—Debe de ser que el turista está muy interesado en conocer lo que sucedió en estos muros. No sé qué le urge o le apetece descubrir...—Miguel no dejó que terminara cuando volvió a besarla con un beso urgido de necesidad.

—Tenemos algo que resolver —masculló Miguel separándose y dando un fuerte chupetón en el cuello, si seguía así tendría un grave problema para andar.

—¡Estás loco!—Lo empujó como pudo al cerciorarse de la fuerte succión—. Los chupetones van en contra de la humanidad— protestó la escocesa, toqueteándose el cuello y acomodándose el jersey mientras él reía a carcajadas de nuevo.

—Creo que...— comenzó a sugerir Miguel—. Es conveniente que vayamos a resolver nuestra pequeña diferencia o me veré forzado a dejarte otro enorme—. El silencio reinó entre ellos, Caris fue la

primera en dar el paso, se apresuró a caminar en busca de la salida, pero la detuvo.

—Pero primero veré el castillo...—Caris resopló—quiero ver las torturas, tal vez aprenda y luego lo lleve a la práctica.

Guiñó el ojo y prosiguió rumbo a las mazmorras, dejando a la pelirroja sin habla y sin saber qué demonios pasaba por la mente del español.

Parte de la mañana se centraron en la visita, descubriendo un país con grandes batallas e historias tenebrosas, sin olvidar el *One O'clock Gun* y su disparo diario.

Miguel vio cómo su pelirroja se relajó y decidió dar por terminada la visita. Cogió su mano dándole a entender qué venía a continuación, salieron del castillo, caminaron por *Castell Hill* entre las tiendas de suvenires y cogieron el primer taxi rumbo a casa de Agnes.

—No tienes que volver a entrar a escondidas —indicó con burla la pelirroja a lo sucedido la noche anterior. Abrió su bolso y con el tintineo de las llaves señaló.

Miguel bajó su mirada a la sonrisa pícaro que en ella destellaba.

—Y a qué esperas para abrir — La retó y supuso que la pelirroja protestaría y decidió interrumpirla con un beso rápido para quitarle la llave.

Caris olvidó protestar, sostuvo las solapas de la cazadora del español y se perdió entre el beso y el disfrute del mismo. Miguel abrió la puerta como pudo, y la condujo hasta la cocina susurrándole con voz ronca.

—¿Tienes helado?

Caris abrió los ojos desconcertada. Minutos antes Miguel se quejaba constantemente del frío que hacía y ahora preguntaba si tenía helado, su humor cambió al darse cuenta que solo era otro de sus juegos para torturarla.

— ¿Qué tal si lo dejamos para después? —Dejó caer para que olvidase el helado, y apartándose de él con morritos en sus labios.

—No — respondió el español manteniéndose a la espera de que indicara dónde estaba. Volvieron a enfrentarse con la mirada y Caris resopló frustrada a ver cómo su deseo se deshacía rápidamente. Abrió el refrigerador y buscó el helado de fresa.

—Interesante —indicó Miguel en cuanto vio el envase. Ladeó la cabeza y preguntó de nuevo.

—¿Tendrás chocolate en tableta? —Convencida de que solo quería fastidiarla, pensó en no dejar que viese cómo su mal genio comenzaba a aparecer.

—En realidad— dijo con voz pasiva— no me apetece comer helado ni ningún otro alimento.

Se sentó en la repisa de la cocina y con voz seria preguntó.

—Dime que excitar a las mujeres y dejarlas a medias no es un deporte o hobby para ti.—La sonrisa maquiavélica de Miguel hizo que supusiera la verdad.

—¡Has dado en el clavo! Es mi deporte preferido.

El semblante de Caris cambió, se había equivocado de mujer y se lo aclararía, pero Miguel se apresuró acorralarla, se inclinó a su oído.

—Solo quiero un tazón y el chocolate, lo demás lo tengo a la mano— dijo con una voz tan seductora que Caris inconscientemente se pasó la lengua por los labios ante la evidente sensación que tuvo.

Los nervios la traicionaron cuando intento acomodarse su pañuelo, que terminó en el suelo, Miguel lo recogió, lo dobló y lo metió en el bolsillo de atrás del vaquero.

—¿Miguel? —Caris se preguntó qué estaba pensando ese hombre ante esa sonrisa maliciosa que de nuevo aparecía, invitándola a caer en el juego.

—¿Sí? —Ese “sí” llenó de fantasías su mente y lo peor es que logró que su corazón se acelerara.

Por mucho que se aferrara a que solo era diversión y en un par de días se iría, comenzaba a querer

más. Con él veía la vida de otra manera, sus distintas conversaciones a través del *Skype* llenaron ese espacio que había sido arrebatado de una manera cruel.

A pesar de que Miguel no tenía idea de cuánto había estado hundida en la tristeza antes de conocerlo, bajó su cabeza confusa y con el miedo tocando su puerta.

—¿Caris? —Miguel levantó su mentón con su dedo y acarició su cara, obligándola a que lo mirase y con ese gesto decidió olvidar las consecuencias de los días posteriores.

—Me pregunto si el gusanillo de repostero se despertó en ti de repente—siguiendo el juego. Miguel volvió a sonreír y sacó el pañuelo de su bolsillo para cubrir sus ojos seguidamente.

— ¡Qué curiosa eres! —respondió de nuevo al oído y esta vez otorgándole un pequeño mordisco—. Deberías saber que las chicas buenas no preguntan. —Caris soltó un bufido.

—Entonces lo tendrás difícil— Miguel rio ante la respuesta que venía venir. La bajó de la encimera con cuidado y le quitó la túnica, el jersey y el abrigo, dejándola en sujetador, medias térmicas y el *culotte*.

La guio y la tumbó en la mesa de madera que la noche anterior estuvo a punto de ser testigo de su primer encuentro.

—No te muevas —susurró, y ella obedeció llena de curiosidad ante cada sonido.

Escuchó cómo los cajones de los utensilios de cocina eran revueltos y una risita se le escapó cuando Miguel maldijo.

—¿Dónde están los tazones?

—En el último cajón de la izquierda.

—¡Caris! —Protestó Miguel y ella rio recordando la noche anterior.

—Si te acercas podré indicarte.

Miguel volvió a su lado y la torturó en venganza por su burla, pasando su mano por su cuerpo. Caris se sentó, atrayéndolo y quitándole la chaqueta y el suéter, metió sus manos por debajo de la camiseta acariciando su abdomen firme.

Miguel sintió su miembro despertar y dejó que la tentación de seguir acariciando el cuerpo de la pelirroja se mantuviera. Sus manos bajaban y subían y la respuesta que emitía Caris lo tentaba.

— Llevo toda la noche deseándote—musitó Miguel.

Se deshizo de las medias polares con caricias sutiles desde el tobillo hasta el principio del muslo, despertando el vértice de su pasión, que exigió en protesta ser atendido con devoción.

Miguel la admiró, lo estaba volviendo loco y apenas habían pasado horas desde que se vieron por primera vez, parecía que hubieran pasado meses, los mismos meses desde que ella devolvió el toque en la red social.

Si pudiera tenerla siempre así, no lo dudaría, era como estar en algún lugar donde ellos dos se comprendían, donde él estaría horas admirando esa piel de porcelana recubierta con dos prendas que en cualquier momento dejarían de ser un obstáculo. Se centró en su plan, antes de que mandase todo por la borda.

—¿Dónde están los tazones? —Preguntó nuevamente.

—Si vuelves a hacerme sentir cuánto me deseas, te lo diré.

Miguel sonrió, le gustaba que fuese directa a lo que quería, a pesar de ver cómo tenía sus mejillas.

—Mmm.

Ese gesto dejó expectante a Caris y jadeó cuando las manos del español cogieron sus piernas arrastrándole hasta él. Un reguero de besos se hizo paso entre una de sus piernas hasta llegar a la parte interior de sus muslos y al segundo desapareció para subir por la otra.

Sus dedos le hicieron entrever la experiencia que tenían al seducir y quitar una de las dos prendas

que tenían. Caris subió el trasero para culminar la tarea.

—He cumplido —dijo Miguel alejándose de nuevo. —La cafetera —dijo entre titubeos, él soltó una risita entre dientes.

— ¿Por qué no terminas de una vez por todas? —protestó la escocesa.

— La paciencia es de sabios—recalcó Miguel abriendo el cajón.

—No quiero ser sabía en estos instantes. —El español volvió a reír y siguió con su plan.

—¿Dónde está el chocolate?

—¡Miguel! —Protestó Caris con el deseo al límite— ¡No puedo seguir esperando!

— ¿Dónde está el chocolate, mi pelirroja?— Preguntó el español de nuevo.

— ¿Para qué quieres chocolate? —dijo frustrada y a punto de quitarse el pañuelo, bajarse de la mesa y mandarlo a freír espárragos.

—Para comérmelo.

Caris apoyó sus codos en la mesa, estaba a punto de perder su libido ante esa respuesta. Quería que volviera a ella y sentirlo dentro de ella. Se sentó decidida a quitarse el pañuelo, pero Miguel llegó a tiempo para que no lo hiciera.

—Sé obediente.— Aconsejó el español.

— Es lo que menos he hecho en mi vida—repuso la escocesa.— ¿Te parece justo que sea la segunda vez que me dejas a medias y esta vez, es porque te apetece comer chocolate?

Miguel la acercó de nuevo y ella aprovechó y lo rodeó con sus piernas para desabrochar con sus manos el vaquero, él le quitó su sujetador mientras se apoderaba con exigencia de la boca.

Caris bajó los pantalones sintiendo su miembro duro excitándola aún más y con sus manos subió y bajó con firmeza, pero él la detuvo.

— ¿Dónde está el chocolate? —y con voz ronca indicó—. Te dije que quiero comer, pero no te he dicho cómo.—Caris dio un respingón ante la confesión.

—En la despensa —respondió mordiéndose el labio debido al ataque sorpresivo de Miguel a sus pechos, acariciándolos, venerándolos—. Licuadora... —dijo a duras penas.

Miguel se había alejado tras ese ataque y ella se recostó en la mesa intentando que sus piernas no delataran la urgente necesidad de su cuerpo. Escuchó abrir otro cajón y el microondas después. Los minutos pasaron y fueron una eternidad para ella, volvió a centrarse en los sonidos, el choque de algún cubierto con la taza y a Miguel acercarse.

— ¿Quieres que comience o no?

—Sí.

— ¿Sí, qué?

—¡Cristo! —Blasfemó—¡Miguel, por favor! —Rogó ante esa frustración y él rio de nuevo.

—Si no me explicas qué quieres, me comeré el helado sentado en el salón.

—¡*Glaikit!*[\[8\]](#)—Espetó Caris.

— Supongo que acabas de halagarme.

—¡Has dado en el clavo! —Respondió con ironía Caris y él volvió a reír.

Quería hacerla suya, la pasión que emanaba esa mujer cada vez que la tocaba lo tenía sumamente excitado. Cogió el tazón para comprobar si la mezcla estaba en su punto y con la cuchara dejó que cayera un poco el pezón de Caris y se deleitó.

La sensación que obtuvo la escocesa no pudo describirla, sentir el frío y calor junto a las caricias dadas por la lengua y labios de Miguel impedían que mantuviera la poca cordura que tenía. Hizo lo mismo en el otro pezón y cada jadeo de Caris era una lucha con su fuerza de voluntad.

Fue regando la mezcla hasta el ombligo de ella y subir lamiendo luego. Caris levantó sus piernas

batallando con sus propias emociones y Miguel siguió su camino saboreando cada parte de la piel de ella, sin poder contenerse mucho más se arqueó.

—¡Voy a morir! —Miguel no pudo contener una risita entre dientes, volvió a tortúrala con besos y lamidos y cuando vio que ninguno de los dos podía más paró.

—Si me dices dónde queda tu habitación podría saciar mis deseos, mi pelirroja.

—¡No te imaginas cuánto te odio en este instante! —El silencio se hizo paso y Caris volvió a romperlo sonriendo y claudicando.

Estaba excitada con las sensaciones a flor de piel, se sentía lujuriosa, no imaginó vivir ese instante, quería sentir la pasión que Miguel le otorgaba con todas las caricias que le hizo minutos antes.

—La segunda puerta —respondió como si estuviera a punto de quitarse un peso de encima, sin embargo no iba a perder la oportunidad de dar su opinión—. Te aseguro que mi venganza será cruel.

—Lo dudo —soltó con burla—. Ahora, el pañuelo fuera.

Con cuidado se lo quitó y al hacerlo Caris vio en sus ojos lo que había percibido en su piel. Miguel la alzó y la llevó de inmediato escaleras arriba, abrió la puerta y la dejó en la cama dispuesto a complacerla, pero ella lo detuvo.

—No...

Era momento de demostrarle cuánto también ella lo deseaba, bajó el bóxer sin dejarlo de mirar y con leves caricias lo llevó a querer explotar de inmediato, lo arrastró con ella y Miguel supo en ese instante que no quería dejarla nunca más.

*Según la ciencia: los corazones de los enamorados se rompen.*

## CAPÍTULO 8

Tres días después, Miguel poco apreció Edimburgo ya que sus salidas eran en extrañas circunstancias. Caris se las ingeniaba para salir a horas que la ciudad era poco transitada.

El recorrer la *Royal Mile* en horas muertas y a duras penas pasar de puntillas por *Victoria Street* comenzaba a parecerle extraño, él deseaba presenciar el ir y venir de las personas y ser parte de ellos.

Significaba tanto, pensaba que de esa manera te hacía conocer la ciudad o país que visitabas. Esas personas de a pie que te indicaban lugares que ninguna guía turística solía recoger o alguna anécdota que fuese fruto de lo más importante de la ciudad.

Y a pesar de no entender por qué se comportaba así, cuando le pedía salir a dar una vuelta, también pudo comprender que esos tres días fueron suficientes para conocer cuánta pasión y entrega estaba dispuesta a dar Caris y se inclinaba más a una sola idea.

\*\*\*

Caris evitaba a toda costa el centro de la ciudad en horas punta, inventando una y mil excusas, y era para no tener ningún encuentro con su hermano o persona conocida.

Esos tres días se había dado cuenta de que había pasado lo peor que podía pasar y era no querer que volviera a España, sin embargo no tenía el valor suficiente para decirle a Charles que mantenía una aventura con un hombre que había conocido de forma poco convencional.

Y mucho menos pedirle a Miguel que lo intentase, el fantasma de su pasado reciente era una herida profunda que no se había cerrado del todo.

También en esos tres días, Lucas evitó a toda costa a Charles, no quería responder preguntas peliagudas. Así como también trató de hablar con Miguel y al parecer el destino impedía que interrumpiera lo que su prima y el español vivían.

Miguel comenzaba a cansarse, quería invitarla a cenar en un restaurante que le recomendaron una vez. Sus vistas daban al castillo, el imaginarse esas murallas alumbradas con unas luces opacas, en medio de una oscuridad una construcción imponente, inalcanzable y él junto a Caris en una mesa a la luz de una vela tenue debía de ser increíble, un momento único para los dos.

Pero no, esa experiencia al parecer no podría vivirla, Caris tenía siempre una gran excusa para evitar lugares muy conocidos de la ciudad y algo en su interior indicaba que esa excusa tenía que ver mucho con él.

El cuarto día, cuando tocó la puerta de Agnes iba con un propósito, recorrer sí o sí el centro de la ciudad.

—Muy buenos días, mi pelirroja.

—Hola, he estado pensando que podíamos ir a *Stirling*, conocer alguna destilería de...—Miguel la interrumpió.

—No, hoy quiero ir al centro.

—¿Al centro? No te pierdes nada en especial.

—¿Qué tal la catedral?—Enarcó una ceja esperando que excusa daría.

—¿La catedral? No sabía que eras tan devoto.—Miguel se pasó la mano por el pelo.

—¿De quién diablos te escondes?

—¿Esconderme, yo?—Respondió posando su mano en su pecho.

—Sí, tú—dijo con rotundidad—. Conozco gran parte de las afueras de Edimburgo, el noroeste de Escocia, pero por el centro de la capital de Escocia he pasado de puntillas, por algo será.

—¡Qué tonterías estás diciendo!—respondió con disimulo la pelirroja. Miguel volteó los ojos y negó con la cabeza.

«¿Por qué? ¿Por qué?» se preguntó Caris, «reconócelo» volvió a decirse, «tiene razón». «Sin tan solo fuera una edimburguesa más» se dijo recriminándose.

Y no era así, sus padres tenían que casarse para que nacieran ella y su hermano. Sin contar que Charles, junto a sus primos, eran muy conocidos en la ciudad y daban la nota de vez en cuando, y a eso le añadía el éxito del *pub*.

Pero Miguel llevaba razón, se había empeñado esos días en ir a cualquier sitio menos al centro donde se cocía el día a día de la ciudad y podía disfrutar de recorrer las calles, conocer la catedral o el palacio de *Hollyrood*.

Se avergonzaba de confesar que era una cobarde y que no quería que nadie le preguntase o recriminase al descubrir que estaban juntos, cuando ni ella misma apostaba por ninguna relación.

—Tienes razón —afirmó resignada

—¿De qué te escondes? —No pudo fingir, soltó aire y lo miró con un leve rubor en las mejillas.

— Charles no es que sea excéntrico. Se le ha metido en la cabeza el patriotismo en cuerpo y alma. Piensa que la familia es un clan todavía y que debe defenderse con su vida.

— Quiero comprender eso de excéntrico, aun así no logro entender por qué te escondes de él.

—No me escondo de nadie —mintió—. Luego te explicaré, si te apetece ir al centro debemos irnos ya.

—No.

—¿No? —Preguntó incrédula ante ese cambio de parecer.

—Exacto —respondió con firmeza Miguel—. Quiero ir al centro cuando esté repleto, hacer el *tour* por la ciudad, besarte en la mitad de la calle de la *Royal Mile*.

Caminar con las manos entrelazadas, hacer el tonto con algún actor que simule ser un héroe de la ciudad o leer los versos de cada jardinera que sé que hay, lo vi en una página en la red y que encontremos a nuestro paso por *Rose Street*, incluso regalarte algún *suvenir*.

A Caris se le hizo un nudo en la garganta, se negaba a creer que esas palabras podían esconder promesas y se aferró aún más a que pronto se iría.

—No necesito ningún llavero —indicó evitando que las palabras de Miguel se quedaran marcadas en su corazón.

—¡Joder, Caris! Te empeñas en cerrar las puertas de momentos inolvidables.— Caris evitó dar una respuesta, no podía abrirlas de par en par, se harían mucho daño más adelante.

—Lo siento —dijo con cierta vergüenza.

—No tienes que disculparte — acarició su rostro—. Solo quiero disfrutar el poco tiempo que me queda aquí contigo.

Quisiera ir al *Princes Gardens* y murmurarte cosas morbosas en algún arbusto para ponerte a mil.

Subir a *Calton Hill* y si pudiera hacerte el amor ahí mismo no lo dudaría ni me importaría que luego los dioses celtas me maldijeran por profanar sus templos, pero me has dado tantas excusas que no sé qué pensar.

—No, eso no es cierto...

Cerró los ojos con tristeza en su corazón, no sabía cómo responder ni cómo actuar a lo que le acaba de decir. En un impulso, cogió el pañuelo se puso el bolso de medio lado, el abrigo y las grandes gafas.

—Me gustaría que conozcas un sitio especial en el mismo centro, bueno, no tan al centro de igual

manera, la gente siempre olvida *Canongate* y como sé que te gustan los castigos, deberías conocer cómo era la prisión. No solo en el castillo había prisiones —dijo con sorna.

—Aunque si prefieres ir a *Princes Gardens* no perdamos tiempo y te contaré la historia del monumento de Edimburgo, pero es mejor ir mañana a *Calton Hill*, pronto anoecerá y no lo apreciarías como deber ser.

Cogió su mano sin dejar que el español respondiera y salieron de la casa, Caris alzó la mano y detuvo un taxi.

—Confía en mí —pidió mirándolo a los ojos.

—Mi pelirroja, confío en ti, pero me pregunto: ¿confías tú en mí?

Sus pensamientos se detuvieron. Los sentimientos hacia Miguel crecían profundamente en su corazón, tenía miedo en volver a confiar, pensar que terminaría como su anterior relación lograba que el terror se apoderara de ella.

—¿A dónde se dirigen?—La interrupción la ayudó a pensar en una respuesta.

—A *Princes Street Gardens*. —Ladeó la cabeza a Miguel y lo miró.

—¿Qué me habías dicho antes?—Miguel la observó suspiró frustrado, lo había vuelto hacer, en algo se parecía a su prima, sabía esconder muy bien sus sentimientos.

—Nada.

Quiso disculparse, pero Caris decidió mantenerse en silencio, percibieron que nacía un punto de inflexión. En cuanto se percató lo cerca que estaban, le pidió al taxista detenerse y una vez ahí emprendieron el recorrido.

Ninguno quiso expresarlo, Caris tenía que acabar ese silencio aferrándose a lo cotidiano de la ciudad, le dolía cómo Miguel comenzaba a alejarse.

—En verano dan conciertos gratuitos, así la gente disfruta del parque y del buen tiempo.

—Interesante —respondió Miguel. Le había hecho daño y no sabía cómo enmendar su error y a pesar de sentirse frustrada, prosiguió.

—En diciembre hacen mercadillos e incluso instalan atracciones de feria.

Miguel miraba a todos lados callado y Caris decidió sacar a la luz uno de sus deseos más profundos a sabiendas de que se arrepentiría luego.

—Deberías venir en diciembre, es muy bonito, instalan tiendas de artesanía navideña y hacen mercadillos los fines de semana.—Vio cómo Miguel dibujó una sonrisa en los labios que ilusionó a su corazón.

—¿Me estás invitando?

—So... solo sugiero.—Tuvo miedo a decir que sí y supuso que su respuesta fue la peor que había podido dar, Miguel se detuvo cogió su brazo y rodeó su cintura.

—Sería bueno para los dos que comenzaras a explicarme qué es lo que te preocupa.

—¡A mí, nada!—Se defendió nuevamente escondiendo sus inseguridades.

—¿Quieres que vuelva? —Caris fijó sus ojos en los de él, quería que volviera y quería tener una verdadera relación, pero pesaba mucho más la experiencia vivida.

\*\*\*

Tardaba en responder y Miguel supuso que buscaba otra excusa, él quería decirle que volvería las veces que fuese, pero sus dudas indicaban lo contrario. Se imaginaba que tenían que ver con lo poco que se conocían y creyó que si llegaban a un acuerdo podían intentarlo.

Volvió a mirar al frente pensando cómo planteárselo y se percató de que a lo lejos venía alguien conocido.

—¿Ese no es tu hermano? —Caris se giró y Miguel vio cómo el poco color que mantenía en sus

mejillas había desaparecido. Sus nervios la traicionaron y Miguel no pasó por alto el cambio de actitud.

—No conviene que nos vea —dijo Caris.

—Pero... —Lo ignoró y observó a su alrededor. Habían dejado atrás la entrada al monumento de Edimburgo, hubiera preferido que conociera el monumento de otra forma, recorrer el jardín inspirador del romanticismo y dar un rodeo pasando por la hermosa fuente Ross, pero sus peores temores se hicieron realidad.

— Entra al monumento—indicó al segundo.

— ¿Para qué?

— No preguntes, espérame al lado de la estatua de David Livingstone y en cuanto me deshaga de Charles, volveré.— Miguel levantó una ceja a tanto secretismo.

— No sé qué pensar—sin dudar en decir lo que en su mente comenzaba a imaginar—. Si necesitas ayuda para mantener a salvo algún oscuro secreto, deberías contar conmigo. Aunque tengo suficiente con un allanamiento de morada.

Caris resopló y él prosiguió, quería llegar al fondo del asunto y si para eso tenía que fastidiarla lo haría.

— Y si a ese allanamiento de morada le añadimos seducción a un alma inocente.— Miguel la observó esperando una respuesta ácida ante su burla y no hubo, estaba claro que algo pasaba.

Caris quería darle una respuesta para ponerlo en su sitio, pero no tenía tiempo, si tardaba más su hermano podía encontrarla y pedir explicaciones.

—Debo irme, por favor, confía en mí.

Y de nuevo la frase volvía a los labios de Caris. Respiró profundo. Las conjeturas comenzaban a darse paso en su mente y no le gustaba.

—Vale. —Asintió sin más y se giró para entrar al monumento de *Scott*.

Le llamaba la atención su estilo gótico, pensó en subir todas las escaleras, tal vez tendría una vista maravillosa de la ciudad; pero se detuvo para preguntarse cuál de todas las estatuas era la que le indicó. Y cuando fue a preguntar, ya se había alejado.

Volvió a suspirar preguntándose qué rayos estaba haciendo en Escocia. Por un lado estaba pillado por ella, pero por el otro comenzaba a cabrearse por ese juego al escondite que mantenían. En la primera estatua buscó la leyenda evitando encontrar la verdadera respuesta a su pregunta.

\*\*\*

Caris se acomodó el pañuelo y las gafas; sacó su móvil del bolso para disimular que iba hablando, a más de un famoso le funcionaba esa actuación. Charles iba hablando cabizbajo con una chica que no conocía de nada. Él se detuvo, ladeó la cabeza mirándola fijamente y como acto reflejo hizo lo mismo y maldijo la conexión gemelar.

—¿No estabas enferma?

—Luego te llamo, July. —Siguiendo su plan guardo su móvil y sonrió— ¡Charles! ¡Qué casualidad!

—¡De eso nada!—Advirtió su hermano—. Te conozco y algo te traes entre manos.

—No entiendo de qué hablas —dijo fingiendo estar desconcertada—. Me apeteció dar un paseo.

—Llevas días excusándote y ahora...—Miró su aspecto de arriba a abajo y no dudó de decir lo que pensaba—creí que *Shrove Tuesday*[\[9\]](#) había pasado.

El pobre intento de Caris de reír se había ido al garete cuando su hermano se cruzó de brazos.

—Estás hablando conmigo, Caris—señaló Charles—. Y me planteo varias ideas.

—¡Ahh! Lo dices por el pañuelo y las gafas.

Fingió de nuevo una risita que tampoco fue nada natural y deseó haberle hecho caso a su madre cuando le sugirió hacer teatro de pequeña.

—Me cuido la piel y pelo.—Charles mantuvo la misma posición e indicando que estaba a punto de descubrir su plan.

—¿Y se puede saber de qué? Dudo que sea del sol, llevo días sin verlo —señaló su gemelo, las manos comenzaban a sudarle por verse acorralada. «Veintiocho años de vida y aún no logro engañarle» se dijo mordiéndose la lengua para no responder y dio las gracias a Dios cuando la chica los interrumpió.

— No es necesario que el sol aparezca, el frío también hace daño a la piel y al pelo—. La mirada cómplice de la chica logró salvarla antes de que su hermano volviera a contraatacar—. Soy Leslie.

—Hola, Leslie — respondió. Pensó que en un futuro muy cercano la invitaría a chupitos gratis durante dos meses, aprovechó esos segundos para cambiar la conversación a solo y esencialmente ellos.

—¿Y bien, que hacéis por aquí? —Charles y Leslie se miraron.

— En realidad —se apresuró a decir la joven— Charles y yo teníamos una conversación pendiente...— Él la interrumpió.

—No le des información. —Las mujeres miraron al joven que resopló —esconde algo, por cierto, ¿a dónde vas con esas fachas?

Caris sonrió diabólicamente al darse cuenta de que su hermano tenía un secreto y lo hacía vulnerable, pudiendo aprovechar la oportunidad. Inventaría cualquier excusa para volver con ellos hasta la entrada del monumento.

Charles y Miguel se encontrarían, Charles los presentaría y si Miguel volviera a Escocia su hermano creería que había sido a raíz de su presentación. No le gustaría, pero no protestaría ante la verdad, sonrió para sus adentros ante esa magistral idea por la que rogaba a los dioses que tuviera éxito.

—Iba al mercadillo —respondió con desinterés—. Y no sé por qué he cambiado de parecer. —La sonrisa ladeada logró que su hermano pasara su mano por la cabeza pelirroja y ella entrecruzó su brazo con el de Leslie ignorándolo y siguiendo su plan.

—Dime, Leslie, ¿qué motivo tan urgente debe tener mi hermano que necesita consejo femenino y no acude a su gemela?—imitó un perrito triste y Leslie rio a carcajadas, escuchando a Charles maldecir desde atrás.

\*\*\*

Miguel esperó durante diez minutos a Caris. Releyó varias veces el nombre de la estatua y comenzó a cabrearse. Cansado de esperar, decidió irse, miró al cielo, escuchando de vez en cuando el graznido de las gaviotas.

Contó hasta veinte acercándose a la estatua de la entrada dando así los últimos segundos para que Caris apareciera y cuando iba por el número quince una impertinente gaviota descargó su desayuno en toda su cara.

—¡Me cago en todos los pájaros del mundo! —Se limpió la cara y lo primero que vio tras ese lamentable accidente fue a Caris, Charles.

Caris contuvo el impulso de acercarse, quitarse su pañuelo y ayudarlo a limpiarse, ella y solo ella tenía la culpa y muy a su pesar debía mantener su plan.

—¿No eres el amigo de Lucas? —Preguntó Charles.

«¡Bingo!», pensó Caris, «ahora él dirá que sí y lo presentará y ella podrá fingir ayudarlo y decirle en voz baja que confiara en ella». Sin embargo, su plan falló en el momento que Miguel miró a Caris fijamente sin entender por qué estaba esquivando.

Leslie sacó de su bolso un paquete de toallitas húmedas para dárselo a Miguel, que hasta ese instante no se había dado cuenta que estaba con ellos. Caris observó la actitud comprensiva de la chica, cerró los ojos y apretó ambos labios, su sexto sentido le indicó que desde ese día nada sería igual.

—Estuvo el sábado en el *pub* —respondió su hermano, notando el gesto de Caris y prosiguió

tanteando lo que su mente imaginaba—. Recuerdo que le ofrecí *Jägerbomb* y no pude saber si se lo bebió completo... desapareció...

—¡Ahh!—Lo interrumpió Caris—. No recuerdo verlo en el *pub*—dijo con desinterés dejando a Miguel perplejo.

El español ladeó la cabeza en un último intento de que se retractara. Evitó seguir mirándolo para que sus reflejos no la dejaran en evidencia.

Charles, en cambio, observó con su ojo crítico al uno y al otro y trasladó su mirada inquisidora a su melliza que cogía con fuerza su bolso.

Ella bajó la mirada, por unos segundos deseó no ser del clan Cameron ni MacArthur y se preguntó por qué rayos su hermano había heredado la mirada inquisidora de su abuela.

En el momento que ambos se encontraran descubriría la verdad. De nuevo cruzó sus brazos dispuesto a seguir y ella maldijo en su mente.

—Recuerdo también...—Fijando sus ojos en Caris—que desapareciste al mismo tiempo.

—¿Yo?— Y de nada le sirvió fingir, Miguel se pasó la mano por la cabeza y volvió a maldecir a los pájaros en cuanto sintió en su pelo los excrementos de la gaviota.

Cabreado al sentirse despreciado y humillado la miró enojado. Charles se fijó en cada movimiento que hizo el español y sin perder más tiempo fue al grano.

—¡Desembucha la verdad! ¿O alguien me va a explicar qué ocurre? —Un pequeño gemido de su hermana logró que la supiese. Siempre que era pillada in fraganti explotaba de esa manera.

—¡Sabía que algo ocultabas!—Gritó.

—Puedo explicar...—Charles negó con una mano alzada.

—No quiero saberlo, dijiste que te dedicarías a ti y ya veo a que te referías.—Espetó lanzándole una mirada furibunda a Miguel.

A Miguel le hirvió la sangre, no sabía de qué diablos hablaban. En principio, Charles le agradó y en ese momento deseaba darle una patada en el culo. No tenía ni pies ni cabeza ese momento, ni estaba a disposición de saberlo.

Sintió que revivía el episodio con Esther y antes de mandar a todos a la mierda quiso comprobarlo.

—Me pregunto... —Caris abrió los ojos y apretó sus labios intentando que no siguiera y eso fue suficiente.

Por mucho que se sintiera terriblemente atraído, por mucho que el deseo de mordisquear y besar su cuerpo; y por mucho que la hora y media anterior la idea de una verdadera relación pasó por su mente, odiaba sentirse utilizado.

Era la segunda vez que pasaba en su vida y no lo iba a permitir. Su orgullo lo invadió y sin dejar de mirar a Caris cogió otra toallita húmeda, se la pasó por la cabeza y luego a Charles.

—¿Y qué pasa si Caris se enrolla con un desconocido?

—¡Maldita sea! —Bramó Charles apretando los dientes y caminando en círculos en el mismo sitio. Estaba cansado de tener que lidiar con las meteduras de pata de su hermana y esta vez se lo iba a hacer saber.

—¿No aprendes? —Caris unió su entrecejo indignada ante el ataque de su hermano en pleno parque.

—No sabía que tenías que dar explicaciones con la edad que tienes —señaló Miguel con ironía.

—Yo...—Se mordió el labio tratando de responder al ataque de los dos hombres. Sin respuesta alguna y viéndose en un gran lío, la mejor solución estaba en hablar con cada uno por separado, algo que veía imposible.

—Charles, puedo explicártelo más tarde.

— Si se acostó o no conmigo es asunto nuestro —apuntó Miguel para provocar aún más al escocés.

Cabreado e indignado ante esa lección que tenía que aprender y que no le gustaba para nada. No estaba de acuerdo y no iba a aceptar la putada que le estaba haciendo la vida. No se callaría aunque el destino se lo cobrara después.

—No sabía que en Escocia las mujeres tenían que pedirle permiso a sus hermanos para acostarse con quien le plazca.

—¡Voy a matar al *sassenach* [10]!—Espetó Charles.

Era una falta de honor que Miguel aireara en el *Princes Garden* la vida amorosa de su hermana. La humillación en Glasgow fue suficiente para ahora tener que aguantar que un extranjero tuviera la desfachatez de decirlo en alto.

Como si estuviera proclamando un poema de Walter Scott, estaba enfurecido con su hermana por volver a esas raras andanzas y decidió que era hora de que aprendiera.

—Como ha dicho el *sassenach* —llamando la atención de todos los involucrados—. Haz lo que te venga en gana y ten claro que no contarás con mi hombro cuando se vaya feliz de haber tenido cobijo en tu cama los días que ha estado en la ciudad.

—¡No soy un cabrón! —Se defendió Miguel frenético a punto de lanzarse encima del escocés.

Charles sonrió de lado dándose cuenta que el *sassenach* estaba a punto de perder los estribos.

—Mi hermana tiene una extraña atracción hacia hombres con ese estilo de vida, y no es por nada pero los amigos de Lucas han venido a Escocia a divertirse.—Esas últimas palabras las dijo elevando ambas cejas.

—Leslie, es hora de irse, no tengo nada más que decir.—La joven, que había estado apartada, afirmó y retomaron su camino.

Tanto Miguel como Charles tenían razón, y que ambos estuvieran cabreados era su culpa. Nadie debía interferir en su vida íntima e intentaba entender por qué se preocupaba su hermano, el reciente pasado de su vida amorosa.

De hecho, siempre le advirtió sin escucharle y finalmente tras cada batacazo él le daba su apoyo. Si le contaba cómo se habían conocido terminaría perdiendo el poco respeto que pudiera tenerle.

Miró a Miguel con culpabilidad, ese hombre había ido hasta Edimburgo a verla y no se merecía lo que acababa de vivir, ya que no tuvo el valor de ser sincera desde un principio.

Por primera vez sintió pena, una gran pena. Estaba más que segura de lo que iba a pasar cuando dijera la única frase que estaba en la punta de su lengua.

—Lo siento.

Miguel negó con la cabeza, no se arrepentía de los días que había estado junto a su pelirroja, era una gran compañera, reía a su lado y tenía iniciativa en algunas situaciones, pero seguía sin entender por qué la opinión de otros era más importante.

—Solo quiero saber la verdad —pidió por última vez.

Caris volvió a fijar sus ojos en los del español, no quería sufrir, no quería llenarse la cabeza de ilusión, no quería vivir en un enorme dilema.

—La verdad es que cuando algún hombre quiere dar un paso más de lo que estoy dispuesta —tragó saliva pensando la gran factura que le acarrearía en su vida esas palabras— me alejo.

No me gustan los compromisos, es mucho mejor para los dos, somos libres de acostarnos con quien queramos.

Todas expectativas de una futura relación se vinieron abajo para el español. No deseaba un compromiso de alianza, para eso no estaba preparado, pero mantenía la esperanza de que en algún momento darían un paso más.

Su pelirroja acababa de decirle que buscaba revolcones de vez en cuando, opción que había

eliminado de su vida, para enfrentarse a un nuevo reto. Volvió a maldecir al destino por darle ese tipo de lecciones.

— Si algún día vas a Madrid, avísame con tiempo, tal vez te hago hueco en mi agenda para un revolcón. —Sin decir nada más, se alejó.

*Según la ciencia: el amor es un impulso...*

## CAPÍTULO 9

Había pasado una semana desde que Miguel la había dejado frente a la estatua de *David Livingstone* en la zona este de *Princess Garden*. Una semana en la cual no envió ningún mensaje por *WhatsApp* ni había actualizado su estado.

Una semana que había desaparecido por su culpa.

Los primeros días trató de no darle importancia, los días pasaron y su ausencia se hizo evidente en su corazón y en su vida. Volvió al trabajo con la cabeza en alto, tratando de que su gemelo creyera que seguía siendo la misma, demostrándole que no se había enamorado del español, ni había metido la pata como él pensaba.

Sin imaginar cómo a Charles le dolía verla de nuevo hundida y fingiendo por orgullo. No iba a cambiar de parecer, pero tampoco podía dejar que siguiera escondiendo su pesar y pensó en la única persona que pondría las cartas sobre la mesa, su abuela.

Sin embargo, la curiosidad de otro escocés se adelantó, denotando la actitud de su prima y la desaparición de su amigo, dejándole un mensaje confuso.

—*Gracias por tu hospitalidad, espero verte muy pronto en Madrid, he descubierto que las vacas peludas me resultan muy complicadas.*

Trató de hablar por teléfono y Miguel evadió toda vía de comunicación. Juró que no quería saber nada de esa relación, no le quedó más opción que ir a la fuente del problema, usando tácticas manipuladoras y poco ortodoxas como la provocación.

\*\*\*

Caris había completado una vuelta en la piscina y se sostuvo de la pared para descansar, tragándose un gemido a la sorpresa inesperada.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó con la voz entrecortada debido a las brazadas.

—Vengo a nadar.

Caris no recordaba cuando había sido la última vez que su primo nadó, de hecho, estaba segura de que no estaba entre sus deportes habituales.

— Me han recomendado hacerlo para el *rugby*, ¡ya sabes, los músculos!...— Caris frunció el ceño fijando la mirada en él y vio su sonrisa torcida. Puso sus manos en el borde de la piscina cogiendo impulso para subir y dejarlo, no le apetecía hablar con nadie.

—¿A dónde vas? —Preguntó Lucas con una voz inocente.

—He terminado por hoy. —El bufido que soltó su primo la enervó. Lucas no se lo iba a poner fácil, vio cómo estaba, quería huir y optó aferrarse a su plan b.

—¡Creía que ya no te intimidaba! —Caris se giró levantando una ceja.

—¿De qué hablas?

—¡No puedo creer que lo olvidarás! —Lanzó su pulla—. Odiabas que te ganara cuando competíamos, quién hacía una piscina entera en el menor tiempo posible.

—¿Hablas de cuando íbamos en verano a las casas rurales?—Caris resopló —¡Por favor! —Su primo rio y la sangre comenzó a hervirle a Caris sin entender a qué venía ese recuerdo.

— Deberías buscar otra excusa para decirme que te da miedo que te gane—provocó Lucas nuevamente.

—¡Vete al infierno, Lucas Camerón! —De inmediato el pelirrojo se carcajeó y Caris se exasperó—. ¿A qué has venido?

— Te lo he dicho —respondió sonriente Lucas.

—¡Claro! —Su eventual sarcasmo salió a relucir— En Edimburgo solo existe un único centro deportivo y es el que está a veinte minutos de tu casa.— Lucas volvió a reír.

—¿Por qué te ríes? —Preguntó evitando demostrar su gran cabreo.

—Sabes que te ganaré, no busques excusas.

—¡Un cuerno! —Gritó sin darse cuenta de que había caído en el macabro plan de su primo.

—Demuéstramelo...—Sonrió Lucas y Caris sintió cómo sus genes MacArthur salieron de inmediato.

— Así que quieres una carrera, muy bien.— Movi6 sus brazos y piernas para evitar que se enfriaran los m6sculos.

— Tienes suerte de que acabo de hacer un par de largos y tendr6 ventaja para restregarte en la cara mi satisfacci6n de ganarte.

—¡Aja! Eso lo veremos —respondió burl6n Lucas.

—¡Eejit![\[11\]](#)

Caminaron al punto de partida. Lucas llevaba mucho tiempo sin practicar y de una u otra manera deb6 averiguar la verdad y esa era la parte m6s dif6cil de su plan, vio a un grupo de chicos hablando y los llam6 con un silbido.

—¿How are ye Pal?[\[12\]](#)—Grit6 y los chicos miraron y saludaron.— Estamos a punto de dar unas brazadas y queremos saber qui6n de los dos es el m6s r6pido. —Grit6 de nuevo y Caris buf6.

— Eso de que queremos, se puede poner en duda— insinu6 y Lucas sonri6 para seguir provoc6ndola y la vez volvi6 a dirigirse a los chicos.

—¿Qu6 tal si alguno hace de 6rbitro? —Sugiri6 Lucas.

—Aye[\[13\]](#) — dijo uno.

—Ser6 interesante ver a una mujer machacarte— grit6 una joven, el orgullo de Lucas fue herido inmediatamente.

—Yo no lo veo tan viejo —dijo otra.— M6ralo bien.—Caris entorn6 los ojos sabiendo c6mo a su primo se le subir6n los humos.

— Es mejor comenzar antes de que cambies de parecer—se6al6 Lucas a Caris.

—Para m6 es una p6rdida de tiempo —respondi6 con burla.

—¡Cobarde! —Aguijone6 Lucas y Caris solt6 otro bufido y los abucheos calentaron el ambiente.

—¿Media piscina o piscina entera? —Pregunt6 el chico.

—¿Qu6 dices, cari6no? ¿Podr6s ida y vuelta?

— ¿Me lo preguntas a m6 o a ti? —chinch6 la escocesa.

—¿No me crees capaz? —Caris no respondi6 y sigui6 el camino hasta el pelda6o de salida, Lucas la sigui6.

—¿Preparados? —Pregunt6 el chico y afirmaron. Lucas rog6 poder mantener el ritmo. En ese instante record6 que no hab6a hecho la apuesta y levant6 la mano. Caris puso sus brazos en jarras.

— He olvidado el premio.

— ¿Qu6 premio? —Pregunt6 Caris d6ndose cuenta de la trampa.

—Si pierdo—sigui6 Lucas— prometo pagar todas mis bebidas de ahora en adelante.

—¿C6mo? —Caris frunci6 el ce6o—¿Desde cu6ndo contribuyes con los desfalcos?— Lucas r6o.

—Desde siempre —Caris lo mir6 inquisitivamente.

—¡Su6ltalo!

— ¿De verdad quieres que sea sincero?

—Quiero saber si tienes huevos para decirlo. —Lucas volvió a sonreír de lado.

—Si gano me contarás qué sucedió.

—Lo sabía —lo señaló con un dedo—. Que quede constancia que por orgullo propio seguiré la competición, has jugado muy sucio. Si yo gano te olvidarás de que alguna vez pisó Escocia.

—Hecho. —Lucas alargó su brazo para estrechar las manos y volvieron a subir al peldaño esperando el silbato y una vez que lo escucharon se lanzaron al agua.

Las brazadas de Lucas eran más largas, pero con menor velocidad. Ninguno se percató en qué momento se congregó un público que aupaba a cada competidor. Lucas aleteaba lo más rápido posible, si ganaba, Caris le contaría y tal vez encontraría alguna solución, pero si perdía tendría que hacer un viaje improvisado a Madrid y no estaba por la labor. Lo malo de cada brazada era que costaba lo suyo.

Caris debía haberse negado a esa competición, conocía de sobra su primo y a pesar de que estaba cabreada por sus trampas, en el fondo agradecía su preocupación. Si llegase a perder tendría la oportunidad de desahogarse.

Dio la vuelta con media cabeza de ventaja y los ánimos de la gente lograban que la adrenalina fuera a más. Y de repente se preguntó de qué serviría contárselo si nada podía hacer.

Se había convencido de que era lo mejor que podía ocurrir, debía meterse en la cabeza que si alguna vez quisiera reiniciar su vida amorosa sería con alguien de su misma ciudad, y al recordar a Miguel sintió ganas de llorar.

En un último intento el escocés hizo tres brazadas más y tocó la pared, se quitó las gafas y miró el carril derecho donde había nadado su prima, el gesto cabizbajo de Caris le indicó quién había ganado. Sin embargo, la discusión de dos chicas llamó su atención.

—¡Que ha ganado el guapetón!

—Ganó ella por una uña.

—¡Qué estupidez! Se vio claramente que fue él. ¡Qué empeño con tu feminismo! —La chica abrió la boca sorprendida.

—¿De dónde coño sacas tamaña estupidez? Es la verdad, creo que te infravaloras de esa forma.

—¿Qué has dicho? —Lucas cogió impulso para subir para amansar a las jóvenes.

—Lo que has oído —dijo la joven cruzando los brazos.

—¡Oye! No te pases. ¡No suelo ir con paretas!

—¿Has visto la tableta del abdomen? —Hasta ese instante Caris no se había percatado de la discusión y se llevó las manos a la cara, no podía creer que estuviera presenciando una pelea de dos adolescentes por un hombre que les doblaba la edad.

—¡Olvídalo! No tienes oportunidad, está con la pelirroja.

—¡Lo dudo! Se le nota que le gustan con mejor aspecto.

—¡Qué! —Gritó Caris—. Esta pelirroja puede daros un baño a vosotras dos.— Y cerró los ojos maldiciéndose por caer en esa estúpida discusión.

—¿Ah, sí? Lo dudo, un hombre no viene a un centro deportivo para competir con una mujer un par de brazadas si quiere ligársela.

Caris abrió la boca para protestar, pero no tenía argumentos y Lucas, a pesar de que veía la situación graciosa, intervino antes de que su prima estrangulara a esas dos jóvenes. Jamás entendería el mundo de las mujeres, pensaba una y otra vez.

—¡Lassies![\[14\]](#) Mis preciosas damas, no es para tanto.— Las chicas lo miraron de arriba abajo.

—¿Has visto? —dijo una dándole codazos a la otra— ¡Vaya paquete!

Lucas creyó estar en algún mundo paralelo, era la segunda vez que tenía una situación tan rara estando su prima de por medio.

—Te dije que está para comérselo.—Alucinando por cómo hablaban esas adolescente de su miembro se sintió avergonzado.

—¡Estáis hablando de mí! —Protestó en un intento de detener la conversación antes de ser violado por dos jovencitas llenas de hormonas.—. Tened un poco de madurez.

—¿Comprobamos su tableta? —Volvió a sugerir la chica, pasando totalmente de él.

—O se lo pides tú o se lo pido yo.— Para Lucas era volver años antes cuando era un adolescente. Si en un principio se sintió halagado, en ese momento quería correr despavorido.

—Rebecca —la llamó el chico—. Pensé que me tomabas más en serio.

—*Bonnie* —respondió—. Mirar es gratis. —El joven frunció el ceño.

—Fue empate —concluyó el chico del silbato para zanjar el tema, ya hablaría luego seriamente con su chica.

—Él ganó por brazada —gritó de nuevo la chica.

—No — dijo el resto—. Fue ella la que ganó.

—¡Basta! —Gritó Caris. — Ha ganado él.

—¿Así que te he ganado?—Asintió alardeando y tratando de volver a la conversación inicial.

—Es lo que deseabas. ¡Enhorabuena! —respondió con la ironía habitual—. Y a pesar de que teníamos un acuerdo, lo he pensado mejor, no accederé a tu chantaje. Esa página se cerró desde el momento en que se fue.— Lucas parpadeó varias veces ante el trasfondo de esas palabras, unas palabras llenas de tristeza.

—¡Caris! —Advirtió—. Si quieres que te ayude, necesito saber que pasó.

—¡No te he pedido ayuda! —Lo miró a punto de llorar.

—¿Y cuál es el premio? —Preguntó una de las chicas, comiéndose con los ojos a Lucas.

Caris luchaba con el dolor que quería salir a toda costa. Una semana llevaba ocultándolo y haciendo un gran esfuerzo para mantener las apariencias, y en ese momento no pudo más, sin dejar de mirar a su primo dijo:

—Confesar lo miserable que ha sido mi vida desde que su mejor amigo desapareció.—Se giró quitándose el gorro con rabia y desapareciendo por la puerta que daba a los correspondientes vestuarios.

Lucas trató de retenerla y no pudo, sin perder tiempo, entró al de hombres para ducharse y vestirse lo más rápido posible.

Diez minutos después, la esperó en la entrada del centro deportivo, salía cabizbaja y en cuanto lo vio esperándola, lo abrazó terminando en un largo sollozo.

Durante la hora siguiente, Lucas escuchó toda la historia, se levantó del sillón rumbo a la cocina y desde ahí gritó.

—¿Quieres cerveza o un buen whisky?

—Lo segundo.—Volvió con su cerveza favorita y un vaso. Se acercó al minibar y sirvió cuatro dedos de la bebida amarillenta le dio el vaso a su prima y se sentó.

—Por lo visto el único problema que tienes es que no le contaste la verdad.

— ¿Te parece poco? —repuso la escocesa.— Por mucho que le dijese lo que ocurrió con Duncan, no funcionaría, está a miles de kilómetros.

Duncan estaba a una hora y el resultado fueron unos enormes cuernos en mi cabeza. ¿Qué puedo esperar de alguien que está mucho más lejos? Sin añadir tu advertencia sobre sus relaciones.

—Reconozco que lo dije —respondió culpable—. Me equivoqué, estaba cabreado por cómo me usasteis.

«Seré sincero, los últimos meses dio un cambio muy drástico, no supe a ciencia cierta qué fue lo que sucedió antes de ese cambio. Ha preferido pasar página y no soy quién para andar indagando, pero el

mensaje que me dejó supuse que se refería a ti, no a las vacas peludas.—La pelirroja abrió los ojos y respondió en Scottish.

—*¿Wit, he?*—«¿Qué tenían que ver las vacas en todo esto?» Se preguntó. Lucas bebió un trago de su cerveza.

— Me dijo que las vacas peludas eran muy complicadas.

— ¿Me ha llamado vaca?—Un gorgoteó salió de la garganta de Lucas ante el ataque de risa que le entró.

— No lo había visto de esa forma—respondió para aliviar un poco la conversación.

— No me hace ninguna gracia—espetó con enfado Caris.

— A mí sí— dijo Lucas deseando que Caris cambiara esa mirada triste.

— ¿Te alegras de mi desgracia? —Protestó y él tiró de ella para darle un achuchón.

—Es mejor cambiar de conversación, tu cabeza es un hervidero de malas ideas.—A veces no entendía cómo los hombres podían cambiar el chip de la cabeza tan rápido.

Estaba tan agotada para comenzar una discusión sobre eso, era mejor escuchar lo que dijese su primo, el cual tenía cero experiencias en relaciones de ese tipo.

—Se me ha ocurrido una idea. —Se levantó, buscó su portátil y lo encendió, espero los minutos habituales para que se cargara todos los programas y entró a la red.

—Necesito tus datos.

—¿Para qué?

—Miguel podrá ser de vez en cuando un capullo y hasta gilipollas —Caris lo miró sin entender ninguna palabra y su primo tradujo logrando que sonriera—. Pero si te presentas en Madrid sabrá que valió la pena su viaje hasta acá.

—¡Eso es una locura!—exclamó levantándose y negando con la cabeza—. No voy a humillarme, estoy segura de que no querrá verme. No, definitivamente no iré.

—Entonces, sigue con tu deprimente vida...—Indicó Lucas ante la indecisión y miedo de Caris.

—Me parece injusto que no le des la oportunidad de conocer la verdad, también tiene derecho a decidir.

—Él decidió — respondió esquivando Caris y Lucas resopló.

— ¿Cuándo será el día que los MacArthur dejen de ser tan orgullosos?

—¡Oye!—Protestó de nuevo la pelirroja—. ¿Por qué crees que solo pertenece a ese lado de mi familia?

—Por qué entonces Julieta sería adoptada —rieron a la cruel respuesta.

—¿Y si le pido a Julieta que me ayude?

—¿Estás cambiando de idea? — Tanteó Lucas fijando su mirada en ella.

La escocesa cerró los ojos pensando en sus opciones, era una locura ir hasta allí, pero si no lo hacía tendría esa espinita en su corazón para siempre.

—Tienes razón — dijo haciéndose la idea de que tendría que arriesgarse y se dio cuenta de sus inconvenientes—. Espera...—suspiró en alto y se sentó a su lado.

— Tengo tres enormes problemas, no sé dónde vive, no sé si estará y el peor de todos; mi español solo alcanza a un: Hola, gracias, ¡y vete a la mierda!

Lucas rio un buen rato, Caris se cruzó de brazos enfadada y es que la única que vez que tuvo la oportunidad de aprender el idioma, le pareció tan difícil que se dio por vencida.

Incluso las veces que estuvo en el país del flamenco lo que menos encontró fue gente que hablara español, a pesar de estar en las islas Canarias.

— ¿Qué harías sin mí? — dijo burlón.

Caris alzó el dedo del medio como respuesta y Lucas volvió a reír, después de un rato decidió darle ánimos y confianza.

—Te he dicho que ha cambiado su estilo de vida, tal vez tengas algo que ver con eso —guiñó un ojo. —Te daré indicaciones exactas de cómo pedir un taxi y algunas palabras importantes para que puedas comunicarte y en otro te escribiré la dirección y la darás.

En cuanto a que esté o no esté, me apuesto mis tragos del mes a que estará.

—¡Es de locos lo que me planteas! —Exclamó Caris mordiéndose el labio y acto seguido señaló — ¡Tú! Deja de pedir bebidas gratis en el *pub*.

Su prima buscaba cualquier pretexto para convencerse de que no era buena idea, pero él la conocía y el gusanillo de ir ya estaba ahí.

—¿Quieres ir a por todas o quieres vivir siempre con la incógnita?

Caris estaba aterrorizada y entendía por qué había nacido en el clan Cameron, todos, excepto Julieta, tenían el gen de la excentricidad en su ADN y cuando se refería todos, incluía a esos primos que no tenían la misma unión que mantenían Lucas, Charles, Julieta y ella.

Sus primos eran excéntricos, pertenecían a O.N.G mundiales captando más de una vez la atención de los medios reivindicándose. No podía comparar lo que iba a hacer con la forma en que sus primos llamaban la atención, pero si seguía negando que estaba enamorada de Miguel, su vida seguiría siendo el caos que se había convertido el día que le dijo adiós.

Buscó en su bolso el monedero, sacó su identificación y la tarjeta de crédito.

—No hace falta.

—¿Cómo que no hace falta?

—Míralo como el pago por todas las copas del *pub*.—Su vena sarcástica salió al aire de inmediato.

—No sé por qué tengo la sospecha de que todavía no sanearías la cuenta. —Lucas levantó la cabeza y sonrió.

—Mañana dejaré una generosa donación para evitar ser estrangulado por Charles cuando se entere.

No quería pensar en su gemelo, si lo hacía removería su conciencia. Y no, acababa de dar el paso y no podía mirar atrás. Sonrió a su primo y lo abrazó dándole un beso en la mejilla.

—Gracias.

—No lo hago por ti, lo hago por la humanidad, que prefiere mil veces a la chica sarcástica e impertinente y no a la que encontré en el centro deportivo.

*Según la ciencia: al hombre le duele más la infidelidad sexual mientras que a la mujer la emocional.*

## CAPÍTULO 10

Una semana había pasado desde que dejó a su pelirroja en el monumento de Edimburgo. Comenzaba a pensar que esa gaviota lo había maldecido, desde que había vuelto todo le salía mal y para evitar desquiciarse, se limitó a hablar con sus padres, algún que otro amigo o personas que desconocían su fracasado viaje, pero de quien no pudo librarse fue de Mónica.

Y no es que quisiera apartarse de ella, el problema consistía en que la veía todos los días. De ocho a cinco de la tarde y por mucho que quisiera evitarla, al final, terminaba descargando su frustración. Desesperado inventaba alguna justificación ante las continuas visitas a su despacho, solía decirse: «Es psicóloga, es su trabajo» cayendo en la triste realidad.

Por mucho que lo negase, su corazón se había enamorado de la escocesa y eso lo carcomía por dentro. Mantenía una mezcla de rabia y amor, pasaba el día preguntándose si había hecho bien en echarle en cara los revolcones para, en el minuto siguiente, concluir que ella fue quien primero lo hizo.

Y su mente traicionera revivía la imagen de Caris entre sus brazos maldiciendo una y otra vez su vida miserable. Se levantó en busca de su octavo vaso de café del día con la idea de eliminar esos recuerdos tan vívidos.

—El café no es un buen sustitutivo para evadir los problemas—indicó Mónica deteniéndolo sabiendo a qué iba.

—¡No la llamaré! —Su amiga volteó los ojos.

—Estoy de acuerdo y también pienso que existe una buena razón.

—Mónica...—advirtió Miguel con la mirada y ella lo ignoró.

Conocía de sobra el proceso en el que se encontraba su amigo. Todo proceso de ruptura llevaba su duelo, pero su profesión también le exigía saber cómo se encontraba Caris.

Su instinto indicaba que existía un trasfondo y debía mantener a su amigo a raya o la situación empeoraría. Convencida de que la escocesa se retractaría, intentó pensar en cómo hacerlo razonar, pero tenía un problema, no tenía ni idea cuándo Caris daría el paso.

— Tu mente y cuerpo reaccionan de diferentes maneras, a pesar de que el cerebro es el jefe —sabía que no aceptaría sus palabras y se adelantó a los hechos. — Deberías tranquilizarte y pensar fríamente.

— ¡Mónica! —Gruñó cansado que le diera la tabarra.

Conocía su mente y cuerpo. «Las mujeres» pensó... «son exquisitas, pero terriblemente egoístas».

—Miguel, lo digo por tu bien.—Fijó su mirada en ella.

— ¿Por qué no te ocupas de tu vida? —Volvió a su mesa de trabajo, cogió las llaves del coche y salió del edificio dando por terminada la jornada.

Pensó en llamar a uno de sus amigos para que lo hiciese titular en el partido de ese fin de semana y así su cuerpo y su mente estarían ocupados sin pensar en la pelirroja y recordó que había enviado el móvil al cajón. Soltó aire, lo que menos deseaba era tener que ver ese montón de mensajes acumulados y cogió rumbo al gimnasio donde hallaría la solución a su problema.

Si corría con la mejor de las suertes jugaría y luego se iría de juerga, había escuchado siempre que una buena marcha hacía olvidar hasta la mujer más tentadora que se cruzara en la vida.

Caris esperaba pacientemente sacar la pequeña maleta del compartimiento de equipaje, la idea

seguía siendo descabellada, pero no tenía otra opción, era la única forma de saber qué era lo mejor para los dos. Cerró los ojos y respiró profundo buscando la fuerza necesaria para no acobardarse a última hora.

Su escaso español no la ayudaba y por mucho que su primo le diera un papel con palabras e indicaciones, se sentía totalmente perdida. Estuvo a punto de llamar a Julieta y se arrepintió, comprendiendo que buscaba justificar lo nerviosa que estaba, podría decirse que entendía la famosa frase: temblar como un flan.

Siguió los movimientos de otros pasajeros ya que su cerebro entró en modo pánico. Cogió su pequeña maleta y los siguió. Dio su identificación al policía que la miró con cara de pocos amigos y tecleó.

—Puede seguir. —Se limitó a sonreír y continuar con lo planeado, buscar un taxi. Llegó a la salida de la misma manera que había decidido tomar y ahí se dirigió hasta la gran fila de coches blancos con rayas rojas que estaban a un lado de la terminal. Conforme veía a los pasajeros montarse en un taxi se apresuró a hacerlo.

El taxista cogió la maleta y ella entró al taxi nerviosa, sacó el papel y como si no fuera suficiente, su mente le hizo una mala jugada recordando a Charles.

Ni en sus peores pesadillas imaginaría lo que estaba a punto de hacer su gemela. Suspiró sintiéndose culpable y recordó que otro hombre tampoco tenía idea de que había cogido el primer vuelo hasta la capital de España.

—Buenas noches. ¿A dónde va?

—Buonas noches—dijo en un mal español, abrió el papel temblorosa y leyó el nombre que Lucas escribió.

—Trafaaa—se maldijo por no pronunciar bien, se secó una de sus manos que sudaban producto de los mismos nervios y volvió a pronunciar—.Traff— y volvió a equivocarse.

—Trafalgar—dijo el taxista.—Caris afirmó con la cabeza y una ligera sonrisa—¿Inglesa?— Preguntó el hombre en inglés.

—¡Nooo! ¡Por Dios! —Señaló ofendida y el taxista rio.

—Perdón si la ofendí, es que su acento es raro.

—El suyo también —respondió Caris y el hombre rio de nuevo.

—Hace años visité Irlanda durante un mes y aprendí un poco.

Caris afirmó de nuevo, evitando confesarle que su acento era horrible, no se atrevería a confesárselo por si la dejaba tirada en medio de la nada.

—Me dijo que íbamos a Trafalgar.

—Aye.—El hombre rio.

—Escocesa, entonces. — Escuchó al hombre y sonrió, los nervios se acumulaban en su cuerpo a medida que se daba cuenta de que estaba cada vez más cerca.

Necesitaba distraerse, no pensar en lo que sucedería en la próxima hora, ni las ganas de salir corriendo o incluso que su mente se quedara congelada por culpa de los malditos nervios que estaban a punto estallar.

— El whisky, los hombres con faldas.

Caris soltó un bufido, si bien no deseaba tener una discusión sobre sus tradiciones, de las que sentía orgullosa, aclararía ciertos puntos.

—¿La he ofendido en algo? —Preguntó el chófer.

—Sí —dijo con sinceridad—. Los hombres escoceses no usan faldas, usan kilt.

—Es cierto, perdone.—Caris sonrió por primera vez desde que se había montado.

—Discúlpeme, estoy nerviosa, mi llegada es improvisada.

—Quiere decir que dará una grata sorpresa.—Caris rio de nuevo sin ganas.

—Diría que en su momento critiqué su actitud y estoy haciendo lo que reproché.—El taxista la miró por el retrovisor por unos segundos.

— ¿Qué le parece si me cuenta qué le ha pasado? Los taxistas hacemos la función de curas y psicólogos, aunque no cobramos ni absolvemos pecados.— Caris sonrió de nuevo, necesitaba hablar, desahogarse.

Ignoraría cualquier consejo, lo único que deseaba era tranquilizar sus nervios y la sensación que envolvía su corazón.

—Verás...

*Según la ciencia: el mismo acto de enamorarse tiene un efecto calmante sobre el cuerpo y la mente de las personas.*

## CAPÍTULO 11

Miguel juró la noche anterior que, después del partido, se iría de marcha con alguno de sus compañeros y la realidad fue otra. Una vez terminado el partido se dirigió a las duchas y cuando estaba dispuesto a mantener su plan como sea, sintió remordimiento y se maldijo mil veces por eso.

Aun así, se vistió ignorando su conciencia y una vez estando el bar de copas, la extraña necesidad de volver a casa lo poseyó. Entró en una disputa interna que finalmente ganó su conciencia y volvió a maldecirse el camino de regreso.

Se desvistió y se puso un chándal junto a una camiseta vieja, abrió el refrigerador pensando qué comer y al verlo vacío recordó de nuevo la gaviota y deseó retroceder el tiempo, tener una escopeta y dispararle.

De mal humor buscó su móvil en el cajón, donde lo había lanzado, lo encendió y llamó a *Domino's pizza* y se atrevió a abrir el *WhatsApp* después de una semana. Esperando encontrarse con algún mensaje de su pelirroja y temiendo un montón de reproche de Lucas. Pero no hubo ningún mensaje de Caris, irremediamente sintió decepción aunque el mensaje de Lucas le dio que pensar.

—*Tienes mucha razón sobre las vacas peludas, son complicadas, lo que se te ha olvidado es que son escocesas y en vez de complicadas diría testarudas...*

A punto de contestar a Lucas se detuvo, lo interrogaría de inmediato. Dejó el móvil a un lado y encendió la tele buscando qué ver un viernes por la noche y una vez más, se maldijo por haberse enamorado de una pelirroja con la gracia de un hada de cuentos infantiles.

\*\*\*

Caris contó la historia mientras el taxista se mantuvo en un silencio que no ayudaba a los nervios de la escocesa, cuando divisó por la ventana un cartel con el nombre de la calle.

Su corazón de nuevo bombeó a toda prisa. Sintió el deseo de lanzarse por la ventana y coger el primer vuelo de vuelta, pero su primo la llamaría eternamente cobarde y la mentira que dijo a su familia se descubriría.

Cerró los ojos pensando que todas las mujeres de su árbol genealógico estaban muriendo de nuevo al humillarse de esa manera, pero sonrió, era una Cameron. Una más de la familia que se caracterizaba por ser distintos.

—Una historia como la suya daría para grandes debates —dijo el taxista, logrando captar su atención—. El orgullo siempre termina siendo el protagonista, es un gran defecto que hemos desarrollado muy bien. Estoy convencido de que muchas mujeres desearían dar el paso que está dando, pero el dedo de la sociedad es un látigo que prefieren no experimentar.

—¿Quiere decir que soy valiente? —El hombre afirmó con la cabeza.

—Por mucho que la persuadieran, solo usted tomaría la decisión de coger el toro por los cuernos. —Caris se rio.

—Espero no terminar corneada. —El taxista la miró por el retrovisor y sonrió.

—Es parte del apostar todo lo que se tiene.

Y con esas palabras, los nervios de Caris aumentaron. No tenía ni idea de qué diría, ni qué haría, ni tan siquiera si Miguel estaba en su casa.

Si todo salía mal, tenía una sola persona a quien acudir, su prima Julieta. El taxista aparcó y ya no

había vuelta atrás, con sus piernas temblando bajó y en ese instante llegó el repartidor de *pizzas* que aparcó junto a ellos.

—Si lo desea puedo esperar quince minutos —sugirió el taxista.

—No se preocupe, me queda algo de fe. — El hombre sonrió y Caris vio al repartidor abrir la puerta, era mejor no seguir perdiendo el tiempo antes del ataque de pánico que estaba a punto de tener y con un mal español gritó.

—Espere.—El chico alzó la mirada, Caris le dio las gracias y se dirigieron al ascensor tocando el mismo botón y sonrieron. Respiró varias veces, nerviosa a punto de desmayarse y cuando la puerta se abrió, obligó a sus piernas moverse, cada segundo eran más pesadas. Salieron y comprendieron que iban al mismo domicilio.

—¿Quién toca? —Preguntó el chico. Caris se tapó la boca para no soltar una carcajada producto de sus nervios. En cambio él frunció el ceño sin entender de qué se reía y ella se excusó.

—Lo siento—dijo— no comprendo.—El repartidor entornó los ojos y con señas indicó quién tocaba el timbre.

Caris se preguntó qué sería más fácil de asimilar para Miguel. Verla o pagarle al pobre chico que no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Era mejor que no fuera testigo de la humillación que viviría y lo señaló, el repartidor se encogió de hombro y tocó, no tuvo tiempo de esconderse cuando Miguel abrió la puerta.

—Has tardado en subir —se quejó.

—Culpe al ascensor — respondió y antes de que Miguel siguiera protestando prosiguió—. Son treinta con cincuenta y no llevo cambio. —Miguel gruñó, no tenía monedas sueltas y se negaba a darle nueve euros de propina.

—¿Has traído datáfono? —El repartidor negó con la cabeza y Miguel soltó un improperio.

—¿Por qué no le pregunta a la chica? —Sugirió el repartidor.

—¿Qué chica?—Y la señaló.

Caris deseó desaparecer. Miguel asomó la cabeza y de todas las personas que estarían a un metro de su casa la que menos imaginó era a su pelirroja.

Ninguno habló, ni se movieron, ni pestañearon, tenían los corazones a punto de salir de sus gargantas. El repartidor, que estaba algo apurado, los sacó del ensimismamiento.

—Necesito que me paguen, tengo otro servicio. —Miguel pestañeó varias veces y sacó dos billetes de veinte.

—Quédate con el resto. —El repartidor miró al uno y al otro y se metió el dinero en el bolsillo, no sin antes opinar.

—Me parece que la *pizza* no llegará a su destino. —Miguel vio al repartidor con el ceño fruncido y el chico no le importó, le entregó el pedido y se giró.

—Suerte, pelirroja —dijo con sorna. Cuando se cerró el ascensor el silencio invadió el lugar. Ninguno daba el paso, Miguel se preguntaba qué diantres hacía Caris en Madrid y ella se preguntaba si Miguel la ignoraría y cerraría la puerta.

—La *pizza* está quemando mi mano—dijo Miguel siendo el primero en romper el silencio y dejando la puerta abierta. Debía poner en orden sus pensamientos, se percató de que no lo seguía.

Y volvió a la entrada para verla, abrazándose a sí misma. Con la mirada perdida y deseó lanzar la *pizza* a un lado y correr a abrazarla. Se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos y se enfadó por tener ese sentimiento. Sea lo que sea que logró que viajara a Madrid, tendría que decírselo sin que los vecinos cotillas se enteraran.

—Entra y bienvenida a Madrid.

Caris sabía que no iba a recibirla con los brazos abiertos, había pasado la noche entera imaginando cómo sería ese encuentro, incluso lo que diría, y se había quedado sin palabras. No era de callarse tan fácilmente, pero ahí estaba, sin saber si lo que iba a hacer era lo correcto.

—¡Caris, entra, por favor! —Gritó Miguel—. Los vecinos son capaces de publicarlo en el *Hola*.

Aceptó la oferta ante la impaciencia del español y cerró la puerta. Una vez dentro, se sintió en la esquina de un cuadrilátero invisible. Ella pegada a la puerta para salir corriendo en caso de que las cosas fueran a peor y él de pie con los brazos cruzados esperando una explicación.

—Hola —fue lo primero que se le ocurrió—. Gracias por dejarme pasar.

—No iba a dejarte fuera, no tengo esa costumbre.

—Entiendo —respondió a la pulla que merecía—. Debes estar preguntándote cómo llegué a parar aquí.

— Es una de las preguntas que tengo en mente.

Sus manos temblaban y gracias a que las tenía aferradas al asa de la maleta, él no se percató de ello y para evitar verle miró a su alrededor.

El piso era acogedor, el salón estaba decorado con un sofá beis claro que destacaba entre las paredes de tono amarillo pálido junto a un cuadro de un paisaje bastante relajante, se fijó en la pequeña mesa en el medio, de color marrón, donde estaba el móvil y recordó cada vídeollamada que se hicieron,ladeó su cabeza a la izquierda y vio la cocina tipo americana.

Sonrió para sus adentros en cuanto la vio, era un desastre en comparación con lo que veía. Su abuela se rindió tras una lucha constante intentando que todo estuviera en su lugar, para ella había mucho más en la vida que ser obseso del orden.

—Eres ordenado...—Indicó tratando de empezar la conversación. Miguel frunció el ceño y respondió.

— Se podría decir que mantenía cierto estilo en mi vida.

— ¿Qué quieres decir? —Miguel se pasó una mano por la cabeza y se sentó en el sofá apesadumbrado.

— Quiero pensar que estoy en un sueño y que en cualquier momento despertaré. De lo contrario no podré dejarte ir.— Caris no deseaba irse tampoco.

—Para mí es muy difícil estar aquí.

— ¿Tu protector lo sabe?—Caris suspiró con tristeza ante ese golpe bajo, no podía recriminarle.

— Mi hermano tiene motivos suficientes para ser como es y me gustaría explicártelo.

—Soy todo oídos. —Lo miró por unos segundos cogiendo aire suficiente, no era fácil tratar con ese Miguel de mirada fría, pero era necesario desahogar lo que llevaba reprimiendo.

—No tengo buena puntería en cuanto a relaciones, varias veces me lo advirtió, pero como siempre, no lo escuché. —Fijó sus ojos en él—. Tienes razón, no tiene derecho a juzgarte y entiendo que estés dolido cuando ni siquiera te defendí cuando debí hacerlo.

— A ver si lo entiendo —respondió escueto—. Charles cree que todo aquel que se acerque a ti es un hijo de puta.

— Piensa que me he equivocado muchas veces —repuso Caris, intentando justificar a su gemelo—. Y él siempre ha sido mi balsa, mi apoyo.—Miguel respiró hondo, perplejo ante lo que acababa de escuchar.

— ¡Y yo pensé que eras mayor de edad! —soltó con sarcasmo.

La actitud de Charles era incomprensible, pero la de su pelirroja lo ofendía, no era una niña para que dirigiesen su vida, rogaba que no le dijese que estaba comprometida desde su infancia, ya que juraba

que vivía en un mundo moderno.

— Sé que es difícil de comprender que acepte que se entromete en mi vida, pero es mi hermano, si deseas reprocharme y necesitas descargar todo lo que piensas es el momento.

— Me mentiste— dijo sin reparos Miguel. Caris se mantuvo en silencio—. ¿Te has detenido a pensar todo lo que me dijiste? Yo lo recuerdo perfectamente cada día.

—Sé lo que dije y lo mantengo.— Esas palabras fueron una gran patada en el estómago de Miguel.

— No entiendo qué coño haces aquí —Soltó lleno de frustración.

Si había volado miles de kilómetros no era para decirle que quería seguir con un rollito de vacaciones, o él estaba muy desesperado en ceder o ella estaba demasiado pirada, y no iba a consentir otra mujer así en su vida.

Caris no se atrevía a confesar que se había enamorado de él, que su vida era un completo desastre cuando la dejó aquel día. Sin saber cómo y cuándo, solo que sucedió, así como también mantenía viva esa relación que terminó rompiendo a pedazos sus ilusiones y su corazón.

Y lo que había nacido entre ellos se asemejaba a esa que le había quitado todas las esperanzas de ser feliz. ¿Qué podía decirle sin que supiera sus verdaderos sentimientos?

— No quiero que desaparezcas de mi vida— dijo sin pensar. Miguel volvió a fijar sus ojos en ella, quería mucho más y ella lo deseaba.

—Caris...—Su tono reflejó cansancio. Una semana lamentándose y deseando volver a verla y el destino cumplió su deseo. — Me pides que no desaparezcas de tu vida, eso sí, quieres una relación sin compromisos.

Te parece lógico que mientras estés allá y yo aquí deseando besar tu cuerpo, meterte en la cama y tenerte para mí la noche entera un tío te invite a salir.

— Eso no pasará.

— ¿Quién me lo asegura?

— ¿Te parece suficiente mi palabra?

—Confíe en ti una vez.

—Lo sé, Miguel, lo sé...—Soltó aire frustrada— No sé ni qué deseo—dijo finalmente—. Quiero estar junto a ti y a la vez no quiero... porque tengo miedo.

Había confesado la verdad y sintió como si se deshiciera de un peso. Miguel volvió a pasar su mano por la cabeza.

—¡La madre que me parió! —Se levantó y sus manos sostuvieron su cara para que lo mirase fijamente—. Nunca esperé que cogieras un avión y te presentaras en mi casa.

—Bueno...—Lo miró a los ojos—. Entre nosotros dos, no ha sido la idea más original que he tenido.

Miguel rio y la abrazó con ansias y ella sintió su corazón acelerarse. Era quizás el reinicio de ese algo que no querían dar nombre, que se mantenía en la espera y que fue interrumpido por el quejido de su estómago. Miguel soltó una carcajada separándose y vio cómo sus mejillas se teñían de rojo.

— ¡Qué vergüenza!

— Extrañaba ese protestón.—Caris renegó con la cabeza y Miguel volvió a sonreír.

— Deberíamos hacerle caso.

Cogió su mano para ir a la pequeña mesa donde estaba la *pizza* y abrió la caja el olor penetró en la nariz de Caris y su estómago gruñó más. Deseó ser una chica normal y no tener un estómago tan maleducado.

— Te propongo un juego. —Ella alzó una ceja y con una sonrisa de lado atrapó la atención total de

Caris.

— Tengo la sospecha que tiene que ver con la comida, cuerpos y orgasmo.—Miguel rio a carcajadas.

—Tienes una enorme imaginación.

— Mi abuela me enseñó a no jugar con la comida—señaló con sarcasmo.

—¿ Y quién dijo que iba a jugar? —Miguel cogió un trozo de *pizza* quitando el *pepperoni* con la punta de los dientes y se lo pasó a Caris aprovechando morder su labio inferior.

Apenas pudo tragar, la sensación que experimentó hizo que se relamiera los labios, gesto que al español no pasó inadvertido.

— ¿Te gusta el juego? —Preguntó provocándola Miguel.

— Tengo uno mejor. —Indicó Caris.

Se levantó y se quitó el abrigo, extendió su mano y en cuanto Miguel se levantó asedió su cintura, Caris cerró los ojos sintiendo las caricias de él en su piel. Pasó su mano encima de la camiseta él tocando sus pectorales, apretujó la camiseta arrastrándolo al sofá, asaltó su boca y separó sus labios.

— Me gusta más tu juego. —Murmuró Miguel segundos después que le quitara el jersey y tomaba las riendas del momento.

*Según la ciencia: cuando nos enamoramos nos obsesionamos con la otra persona.*

## CAPÍTULO 12

Decidieron parar con la poca ropa que se dejaron encima de sus cuerpos. No deseaban arrepentirse más adelante, todavía tenían cabos sueltos que atar, pero las sensaciones cada vez eran más insuperables.

El cuerpo de Caris ardía con cada toque de Miguel, cada beso dado con posesión lograba que se rindiera a que le hiciera el amor una y otra vez.

Se mantuvieron abrazados para calmar la tempestad que había nacido gracias al deseo de sus cuerpos de rozarse y ser acariciados.

Miguel aceptó sentarse a hablar y llegar a un acuerdo, era la manera para que confiase en él y apostó todo para poder conquistarla definitivamente y apostar todo significaba que usaría cualquier artimaña de vez en cuando, tentándola para llevarla al límite.

Caris estaba aterrada por haber aceptado ese acuerdo, era inevitable no hacerlo o terminaría dejándose y le entregaría totalmente su corazón, pelear con sus sentimientos sería una batalla perdida.

Miguel la llenaba de una manera que nunca lo había logrado ningún hombre y la realidad chocaba con ese sueño, dándole una clara advertencia. El lunes sería la mujer más desdichada del planeta.

Ese viaje era con un solo propósito: ser honesta y debía contarle cómo había acabado su última relación y cuando estuvo a punto de hacerlo, Miguel decidió por los dos, cogió su mano y la acomodó encima de él.

—El pasado es pasado, no eres la única que ha tenido malas experiencias —acarició su rostro, la abrazó y besó su coronilla.— Ya que no puedo llevarte a la cama y hacerte mía el resto de la noche, ¿qué te parece si te duchas y nos vamos a dormir?

Estoy pensando que seré por un día y medio tu anfitrión, prometo ser un excelente guía turístico. — Caris enarcó una ceja, se estaba burlando de ella.

—Que yo recuerde, estudié administración de empresas y no turismo.

Miguel soltó una carcajada y acto seguido atacó siguiendo la promesa que se hizo de tentarla. Besó con ternura su mejilla siguió hasta sus labios y mordió el inferior. Caris trataba de ser cauta, pero Miguel se lo estaba poniendo difícil.

— Te tomaré la palabra— respondió Caris intentando levantarse, Miguel se frotó la nuca y añadió.

— Me parece que también necesitaré una.—Caris estaba de pie a espaldas de él, exhorta al beso que acababa de darle, se giró de inmediato ante las últimas palabras del español, conforme su mirada bajaba la línea de pelusilla corporal denotaba los músculos de su abdomen y cuando llegó al final... sus ojos subieron rápidamente evitando que el deseo naciera.

—En todo caso —dijo tragando grueso— es tu casa y sería mejor que fueras el primero en usar la ducha.

Miguel chasqueó la lengua y sonrió de lado. Se avecinaba un fin de semana lleno de tentaciones para cada uno. La mirada de Caris le dio a entender que tampoco sería fácil para ella.

Era frustrante, pero tenía que tener paciencia si quería que la relación saliera adelante y también necesitaba que fuera ella la que rompiera los obstáculos que la mantenían con dudas.

— He aprendido a esperar y tener paciencia.

Miguel se levantó y se alejó, no dormiría pensando en el cuerpo de su pelirroja y tal vez ese fin de semana sería un infierno, pero su propósito lo llevaría a cabo.

Escuchó cómo cerraba la puerta de la habitación, se sentó en el sillón resignada, sabía a qué se refería y no ceder era cada vez más difícil.

Diez minutos pasaron para que Caris se armara de valor y sincerarse, pero cuando Miguel salió, lo odió con toda su alma. De nuevo la tentaba al pasearse envuelto en una toalla con el pelo húmedo y algunas gotas alrededor de sus pectorales.

— ¿Quieres provocarme? —Preguntó sin rodeos.

— ¿Debería? —Respondió guasón.

— ¡Eres un capullo! —Miguel la miró con burla.

—Juntarte con Lucas es una mala influencia. —Caris bufó y se cruzó de brazos.

—Mi primo es el menor de los problemas. —Miguel fue a ella y cogió su mano empujándola a él.

—Quieres decir que soy un problema para ti —murmuró teniendo su boca junto a la de ella.

—Tal vez —respondió reprimiendo el jadeo que estuvo a punto de escaparse al estar rodeada por el cuerpo de ese hombretón. Como pudo, lo miró a los ojos y se pasó la lengua por su boca.

— Sabes cómo puedes solucionarlo —respondió con sorna Miguel.

—Y también sé que tengo otras soluciones —separándose de nuevo y recomponiéndose como si ese instante no hubiera alterado su corazón.

— ¿Dónde puedo dejar mi maleta? —Miguel sonrió ante lo rápida que había sido para deshacerse de él.

— En mi habitación, sígueme y te indico dónde. —Caris bufó de nuevo y se cruzó de brazos.

— Con señalar es suficiente.

Tenía que cambiar las reglas del juego de Miguel, antes de que cayera rendida totalmente, y lo mejor era hacerle notar que no estaba tan afectada cómo pensaba, lo miró con descaro de arriba abajo y negó con la cabeza—. Como no vayas por algo de ropa pillarás un resfriado y no podrás ser mi guía mañana.

Miguel soltó una carcajada, y si ella quería hacerse la dura, la pondría a prueba en ese instante. Le dio la espalda dejando caer la toalla escuchando al segundo una maldición por parte de la pelirroja.

Caris no podía creer que fuese tan desinhibido, si era capaz de quitarse la toalla para seguir su juego no aguantaría mucho tiempo. «Cuanto más rápido se lo cuentes, más rápido sabrás lo que realmente busca en ti» se dijo para sí la escocesa. Dos minutos después salió vestido con una toalla en la mano y le dio indicaciones.

\*\*\*

Al día siguiente, Caris fue la primera en levantarse, el cansancio la había vencido, pero sus músculos estaban entumecidos por culpa de la doble intención de Miguel en dormir en la misma cama.

Durante una hora se había negado a dormir separados y nuevamente su desparpajo la convenció con una breve explicación: «dormir es dormir». Para ella fue imposible, las ganas de que las manos de él se deslizaran por su cuerpo se hicieron insufrible, pero no iba a dejarse vencer y menos ante tales provocaciones constantes.

Después de ir al baño, entró a la cocina con la idea de sorprenderlo con un desayuno escocés. Revisó el ansiado refrigerador sin encontrar nada y lo mismo hizo con armarios y alzó una ceja pensando que la cocina parecía un anuncio de *Ikea*.

Armarios con detalles minimalistas que contrastaban con la barra americana y eran parte de la decoración de la casa, ya que por dentro no había nada. Suspiró en alto y pensó en la panadería que vio la noche anterior, dudó en ir, gracias a su nulo español, pero si con el repartidor pudo entenderse, en la panadería también lo lograría.

Volvió a la habitación sigilosa, buscó ropa sin imaginarse que Miguel estaba atento a sus movimientos.

En cuanto la escuchó ir a la cocina abrir el refrigerador y soltar alguna palabrota escocesa, tuvo tiempo de ir al baño y lavarse.

Dio gracias a que no lo pillara cuando estaba a punto de arrojarse de nuevo. La curiosidad de saber qué hacía su pelirroja lo invadió, abrió su maleta con cuidado, daba saltitos vistiéndose y finalmente se ajustó las botas.

Entró al baño dejando la puerta entreabierta y Miguel se levantó corriendo a su armario, sacó el primer chándal que vio junto a una camiseta. Escuchó la puerta del baño abrirse volvió rápidamente a la cama y su intriga fue a más cuando la puerta principal se cerró.

—¿A dónde demonios iré esa mujer?

Totalmente desconcertado se percató de que se había llevado sus llaves, así que tenía dos opciones seguirla o esperar, optó por la primera, abrió la puerta y bajó a toda pastilla las escaleras, al llegar a la planta baja la vio salir y la siguió.

Caris dudaba en enviar un mensaje a Lucas contándole su pequeño problema, pero quería asegurarse de qué decir en caso de que no entendieran las señas.

— *Mi muy querido primo*— dijo en cuanto Lucas contestó—. *Buenos días.*

—***Hasta hace escasos segundos creía que me libraría este fin de semana de esa costumbre que tienes de ser impertinente a primera hora de la mañana.***

— *Necesito un pequeño favor* — ignorando la queja de su primo.

—***Estás abusando de mi confianza*** —advirtió Lucas y Caris rio a carcajadas.

— *Voy camino a una panadería y necesito comprar pan en forma de bollitos, aparte de beicon y huevo.*

—***¿Miguel no te ha invitado a desayunar? ¡Maldito avaro!***

—*¡Qué mal pensado eres!*—dijo riéndose—. *Quiero darle una sorpresa.*

—***¡Qué bonito es el amor!***— respondió con ironía.

—*He de reconocer que esperaba ese tipo de respuesta de tu parte* —señaló la escocesa con una sonrisa en la boca.

— ***Cuando llegues me pasas al dependiente.***

— *¡Estás loco!* —protestó.— *Creerán que soy tonta, solo dime qué decir.* —Lucas soltó un bufido y le explicó.

Desde lejos Miguel observaba a Caris reír mientras hablaba por el móvil, los celos nacieron en él, sentimiento que nunca había experimentado.

Una vez más se preguntaba qué se traía entre manos y con quién hablaba tan temprano. Caris entró en la panadería y se detuvo esperando su turno. A su vez, un hombre joven entró también, Miguel se asomó por la puerta y lo que escuchó hizo que malinterpretara la salida en secreto de su pelirroja.

—¿He llegado a tiempo? —dijo el hombre, Miguel vio una cabellera roja moverse de un lado al otro en brazos del hombre. Sin medir las consecuencias entró.

—¿Podrías explicarme qué está sucediendo?

Una chica a la que confundió con Caris y el desconocido miraron sorprendidos la panadería, que estaba concurrida ya que el barrio estaba de fiesta.

Trafalgar estaba invadido de carteles publicitarios incluyendo la panadería que en ese instante lo vio su cara era un poema, había olvidado por completo los festejos.

—¿Lo conoces?

—*¡En mi vida lo he visto!*— Respondió la chica con cierto nerviosismo. —Miguel se había metido en un lío por culpa de sus impulsos y la única manera de explicarse era encontrar a su verdadera pelirroja.

Caris al entrar a la panadería se sorprendió al verla tan concurrida y tuvo un ataque de timidez. No era lo mismo darse a entender a través de señales con una o dos personas a tener la panadería abarrotada.

—*¡Mi plan se irá al garete!*—Se quejó a Lucas.

—*¿Qué sucede?* —Caris volvió a mirar a su alrededor y frustrada resopló.

—*Es como si estuviera en Patisserie Valerie*[\[15\]](#) *a las tres de la tarde.*—Lucas se carcajeó.

—*No es normal que esté llena una panadería un sábado tan temprano en Madrid, ¿no será que han avisado de que ibas?*

—*Estoy pensando en llamar a Charles y decirle quién me persuadió a venir.* —Lucas protestó y Caris lo ignoró en cuanto escuchó la voz de Miguel.

—*¿Qué demonios hace Miguel aquí?*

—*¡Ostias!, ¡sí qué lo has calado!*—Respondió riéndose a carcajadas el escocés.

—*No estoy para bromas*—advirtió la pelirroja—. *Estoy segura de que estaba durmiendo.*

—*No bromeo, primita, es la primera vez que...* —Caris no escuchó, siguiendo cada movimiento.

Miguel se enfrentaba a otro hombre, su sexto sentido le indicaba que estaba a punto de una gran pelea y sospechó que no le iba a gustar saber qué estaba de por medio.

—*¡Caris!*—Gritó Lucas al percatarse que lo había dejado hablando solo.

—*Estoy aquí*— dijo susurrando.

—*¿Por qué hablas así?* —Se dio cuenta de que Miguel la buscaba y se inclinó.

El hombre atrajo una chica pelirroja hasta su pecho y la besó con posesividad, la mujer se separó indignada.

—*¿Pero qué te pasa?*—Gritó.

—*¡Y todavía lo preguntas!* —La mujer frunció el ceño y lo señaló con el dedo.

—*Te he dicho que no lo conozco.*

Miguel quiso zanjar el tema antes que se desmadrara, no le gustaba nada la actitud del hombre que tenía al frente y no quería broncas.

—*Lo miras como si fueras un filete recién servido*—aseguró el joven.

—*¿Qué?!*— Respondieron Miguel y la desconocida.

—*¡Serás cabrón!*—Espetó la mujer colérica.

—*Disculpa...*—Interrumpió Miguel. Un sinfín de desconocidos los observaba imaginándose cualquier tipo de historia—. *Me he equivocado, buscaba a una amiga*— sin darse cuenta de que la panadería se había quedado en silencio y Caris pudo escucharlo.

Solo bastó eso para que las dudas la asaltaran. Era evidente de que era otro aviso para el error que iba a cometer. Debía volver a su firme decisión, una decisión dolorosa, pero necesaria para ambos y para eso tenía esa conversación que se había postergado.

—*Si me hablaras de una pelicastaña podría creerlo, colega*— dijo de malas formas el hombre—. *Dime cuántas pelirrojas de verdad viven en Madrid.*

A punto de mandarlo a tomar vientos, la casualidad logró que, en ese instante, encontrara a la pelirroja que buscaba, pero debía dejarle claro al impresentable que tenía delante cómo tenía que tratar a las mujeres.

—*Sigo esperando una explicación.*—Reiteró el desconocido.

—*¡Que te den, Nacho!* —Vociferó la chica—. *Y tú*—señaló a Miguel—. *Eres igual que él, desconfiando siempre de las mujeres, pobre la chica a la que buscas.* —Le dio un empujón y salió maldiciendo a los hombres, Miguel se tapó la cara avergonzado, debía buscar a su pelirroja, pero había desaparecido de su ángulo visual.

—¡Caris Cameron!—Gritó agobiado y con ganas de salir de esa panadería para no volver nunca—  
¡Deja de jugar al escondite!

Caris había bajado la cabeza cuando escuchó cómo discutían y pidió que no terminaran con las sillas volando por el lugar, pero cuando escuchó la voz de enfado de Miguel se hizo a un lado y todas las miradas recayeron en ella que de inmediato sintió el rostro arder.

Se cruzó de brazos haciéndose la valiente y con sus ojos azules como el mar lo desafió.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó a Miguel en dos zancadas fue a ella.

—Esa pregunta debería hacerla yo, ¿no crees?

La escocesa levantó una ceja ante esa posesividad repentina y Miguel comprendió que estaba comportándose como el mayor imbécil de todos y se odió por eso.

Nunca había sido un hombre controlador, le gustaba que las mujeres fueran independientes y con su pelirroja todo era al revés.

—¡Oye, colega!—Grito Nacho—. Si ya tenías a una pelirroja, ¿qué haces mirando a otra?

—¡Déjate de historias! ¡Fantasma! —Vociferó Miguel harto sin medir de nuevo las consecuencias, al segundo tenía al desconocido a su lado.

—¡Dímelo a la cara!— Miró de arriba abajo a Caris y sonrió de lado—. Tu pelirroja está más buena que la mía.

Afirmó con retintín llegando al límite de la paciencia de Miguel.

—¡Piérdete! —Advirtió entre dientes.

El desconocido volvió a sonreír de lado, se alborotó el pelo y luego se pasó la mano por el mismo buscando el estilo que usaba y cruzó los brazos para que se hiciese denotar los pequeños bíceps que tenía, la miró de nuevo y le guiñó el ojo.

A Caris le pareció patética la forma cómo se estaba exhibiendo.

No era de criticar el estilo, tal vez si se comportara de otra forma le hubiera llamado la atención, pero por muchos tatuajes sexys o ese piercing en la ceja, odiaba la actitud que tenía. Lo ignoró, no deseaba hacer una escena, desde el tren se había prometido no volver hacerse de notar. El hombre se acercó más de lo previsto a Caris, y volvió a sonreírle con chulería.

Esa actitud la cabreó, pero de nuevo se contuvo, tenía que distraerse con algo y se acordó que seguía su primo al móvil, lo llevó a su oído poniendo distancia entre ambos.

—*Tengo un tocapelotas al lado*—dijo en Schottisch y con ironía.

—**¿Dónde está el héroe?**

—*Se podría decir que tengo a ambos más cerca de lo normal.* Lucas tuvo un ataque de risa, incrédulo, su imaginación voló con lo que estaba escuchando. Caris colgó, tenía suficiente con el idiota que tenía al frente para también escuchar a su primo burlarse y la situación fue a peor cuando vio a un Miguel con cara de pocos amigos.

—¡*Beautiful!*—dijo en un mal inglés el hombre.

—Es mi segunda advertencia—respondió Miguel con la mandíbula tensa—. Déjala en paz o te ganarás una hostia.

— ¿Tú y cuántos más? —Inquirió el bravucón alzando el mentón y acercándose más de la cuenta. Caris se tapó la cara negándose y maldiciendo a su suerte por siempre estar en situaciones vergonzosas. Nacho vio que Miguel era más alto y corpulento, pero no se dejó amedrentar, al contrario, se vengaría, por su culpa no tendría plan en la noche.

— Si me da la gana me la ligo y te jodes. No porque creas que eres modelo *Men's Health* tienes la de ganar. Me la soplan tíos como tú.

Eso era la gota que había colmado la paciencia de Miguel, levantó el brazo formando un puño, Caris

se tragó un gemido miró a los lados y creyó encontrar la solución para evitar esa pelea.

—¡Me cago en la mar!—Gritó Miguel—. No era a mí a quien debías tirarle el café.

Sabía que su puntería era pésima, pero estando tan cerca dudaba que no pudiese acertar y se equivocó. Avergonzada buscó servilletas intentando limpiar a un Miguel bañado en café.

—¡Déjame! —Espetó enfurecido y no fue el único que protestó, la mujer a la que le habían arrebatado el café también lo hizo.

—¡Eres tonta! —Señaló con el dedo, pero se fijó cómo Miguel se quitaba la sudadera dejando al descubierto lo bien que estaba y olvidó a quién iba su reclamo.

—Si necesitas ayuda soy toda tuya—expresó la mujer con una sonrisa algo extraña.

Enmudecido ,observó a la mujer que terminó guiñándole el ojo. Dio la vuelta para salir de la panadería dando por finalizado el *show*, la situación le sobrepasaba.

—¡Vaya novia te gastas!—Gritó Nacho riéndose. Miguel lo ignoró antes de perder totalmente los estribos.

—Soy Ignacio—se presentó—. Para mis amigos Nacho y para ti, lo que quieras. —Miguel maldijo una y otra vez en la entrada de la panadería y salió como un tornado.

Caris percibió cuán ofendido estaba su español, había sido culpable de ese deplorable espectáculo y trató de seguirlo, pero no pudo.

—Mira, pelirroja, a lo mejor estás cabreada con tu novio—indicó la mujer—. Pero alguien me debe un café y esa eres tú.

—*I' sorry, but I 'not speak Spanish.*

—¡La madre del cordero!— exclamo la mujer—¡Vaya comienzo de día! —Movi6 los dedos de la mano y a la vez decía: Money, pelias, euros, café.

—¿Pelias?— Preguntó Caris.

—Preciosa—interrumpió de nuevo Nacho con su patético inglés y lanzando su último cartucho de ligar—. Pagaré el cafelito a cambio de tu número de móvil —Caris no necesitó traducción, frunció el ceño, se giró dispuesta a irse.

—¡Oye, bonita!— advirtió Nacho—. ¡No te haré la pelota!

Caris no entendió, se detuvo y fijó los ojos en la mujer a la que le había robado el café y con un mal español indicó.

—El amigo, paga café.

Y salió escuchando a Nacho decir algunas palabras que prefirió no saber qué significaban.

Por el camino no encontró a Miguel y su frustración se hizo evidente, se detuvo y miró al cielo. «¡Solo fui a por pan!»

Tal vez era otra señal, deseó con ganas llegar al edificio y cuando lo hizo, lo vio sentado en un pequeño escalón que había en la entrada, se sintió sumamente culpable por lo desastroso que se encontraba.

—Lo siento—repuso—. Tengo mala puntería.

—¿Crees que te he estado esperando para una disculpas?

—Pensé que...— Miguel con su ceño fruncido respondió.

—¡Tiene mis puñeteras llaves! Y no tenía otra opción que esperarte como el gilipollas que soy.

—¡Miguel! Solo iba a por pan —dijo avergonzada. El español soltó aire y fijó sus ojos en ella y su semblante cambió.

— Ruego a Dios no estar cerca, el día que tengas un fusil en la mano. —Caris abrió la boca para protestar y no pudo más que reír, esas eran las ocurrencias que atrapaban su corazón. Se inclinó para estar a la misma altura.

—Mi intención era prepararte un desayuno sorpresa, no quise preocuparte y el plan salió mal.— Miguel se quedó embobado con el rostro de su pelirroja.

Sus ojos azules le invitaban a perderse en ellos y su boca lo atraía para que no la dejase de besar jamás y las pequeñas pecas esparcidas en su cara jugaban a esconderse invitándolo a que las encontrara con paciencia y dedicación.

—Con razón perdimos el paraíso.—Concluyó.

Caris evitó preguntar a qué se refería y a cambio, tendió su mano y juntos se pusieron de pie para entrar al edificio, olvidando su bochornosa intrusión a una panadería en Trafalgar.

Se cambió rápidamente y antes de que el estómago de Caris protestara, la invitó a la churrería San Ginés. Seguidamente fueron a Plaza Mayor, el Palacio Real y la Catedral de la Almudena; pararon en el mercado de San Antón para que la escocesa apreciara las tapas típicas españolas.

Caris, más que fascinada por el recorrido, estaba encantada por el hombre que estaba a su lado. Cada vez dudaba más qué hacer, los sentimientos hacia él crecían a cada instante, pero seguía presente que volvería a Edimburgo y en cualquier momento el cuento se convertiría en pesadilla. Al salir de los jardines de Sabatini, Miguel se encontró a un amigo.

—¡Qué pasa, tío! Te hacía con la...—Miguel lo interrumpió al saber a quién se refería.

—Te presento a una amiga de Escocia. —Nuevamente Caris volvía escuchar la palabra amiga y de nuevo aparecía otra señal de advertencia. Tendió la mano y con una sonrisa diplomática se presentó.

—Caris.—El amigo de Miguel devolvió la sonrisa con cierta malicia mirando de reojo al español y Caris no pasó desapercibida la actitud, presintió que ocultaban algo.

—Carlos —dijo presentándose y se dirigió a Miguel con mala intención—¿Dónde la tenías escondida? Ahora entiendo por qué te fuiste tan rápido.

Miguel estaba imaginando alguna forma de hacerle pagar a su amigo esa putada, lo metía en un apuro, pero mantuvo su tranquilidad al recordar que Caris poco entendía español.

—Llegó anoche y apenas ha tenido tiempo de conocer la ciudad, así que déjate de historias. — Carlos volvió a sonreír y Caris intuyó que el español se estaba riendo de ella.

Frunció el ceño y Carlos vio el mosqueo de la escocesa, decidiendo chingar aún más a un Miguel que tenía guardado ese jugoso secreto.

—Hemos quedado hoy en el restaurante de siempre, ya sabes, plan copas y lo que nos ofrezca la noche.—Miguel se pasó la mano por el pelo. Si aceptaba ir, perdería un valioso tiempo con su pelirroja y si decía que no, el cachondeo sería durante semanas.

—No creo —respondió sabiendo las consecuencias.

Carlos no aceptó la excusa. Ese no era significaba que lo que se traía con la extranjera era más serio de lo que creía y para no perder tiempo le preguntó directamente a Caris.

— ¿Te gustaría salir y divertirse esta noche? —Caris pidió a Miguel que le tradujera y este lo hizo de mala gana.

—Nos está invitando a cenar y a un par de copas. — Carlos guiñó el ojo aguantando la risa, ni en sus más remotos pensamientos se hubiera imaginado encontrarse con ese panorama. Caris tenía claro que su español no estaba cómodo y quería saber por qué evitaba salir en la noche.

—¡Yep! —Miguel abrió los ojos y la miró fijamente, había apostado todo el dinero que llevaba, a que diría que no.

—¿Quieres ir?—Preguntó sorprendido.

—¿Por qué no? Conoces los lugares que frecuento.

Miguel no estaba seguro de si esa sugerencia tenía una doble intención. Tenía razón, la semana anterior conoció parte de la vida de Caris y era de esperar que tuviera curiosidad. «¿Y por qué tengo que

preocuparme?» se dijo, miró a Carlos, pensando que se la cobraría más adelante.

—Nos vemos a la misma hora—cercioró Miguel.

—Y en el mismo lugar—sugirió Carlos con una sonrisa de medio lado—. Ha sido un placer conocerte—dirigiéndose a Caris con el poco inglés que sabía y se fue.

Caris no estaba muy segura de si había hecho lo correcto, tenía la intuición de que haría descubrimientos y también se percató de que no tenía nada apropiado, así como también que seguía con un asunto pendiente.

—Miguel, no sé cómo decirlo...

—Si no quieres ir, dímelo y lo llamo.—Caris unió su entrecejo ante la respuesta apresurada.

—Deseo ir —segura de que algo no iba bien.— Mi único problema es que no tengo nada para la ocasión. —Miguel mantuvo su silencio, la mirada de su pelirroja era inquisidora y rogó que no se lo tomara a mal y volvió a sonreír nerviosamente.

—Te llevaré a un centro comercial.

—Gracias, también quisiera que hablásemos sobre...—La interrumpió.

—Caris, te he dicho que nos merecemos comenzar.

—Pero Miguel, necesito que... —El español estaba más preocupado por lo que pudiera pasar en la noche, que esa conversación del pasado.

Había dejado a sus amigos tirados la noche anterior y el bar adonde irían solía ser su punto de ligue. Por otro lado, ese afán que tenía Caris sobre su pasado lo estaba cansando. Debía hacerle entender que deseaba un nuevo comienzo para ambos. La asedió por la cintura y acarició su mejilla.

—Pasa página y vive conmigo este presente—. Se acercó aún más para besarla y esta vez lo hizo con pausa y cuidado, logrando que se rindiera ante esas caricias y dejando para otro momento su conversación.

*Según estudios: cuando te enamoras aprendes a tener paciencia, pero mucha paciencia.*

## CAPÍTULO 13

Miguel cumplió su promesa, y la llevó a comprar un vestido, zapatos y complementos para la noche, pero al volver a casa la tentación se hizo evidente. Para combatirla no tuvieron mejor idea que ver la tele, poco a poco sus cuerpos se buscaron, Miguel la miró de reojo y pudo ver cómo también se esforzaba por mantenerse distante.

«¡Al diablo el acuerdo!» se dijo «solo tengo horas para tenerla a mi lado y hacerla cambiar de parecer» sin pensar en las consecuencias, la cogió de un brazo y la sentó encima de él. Caris se tragó un gemido y con los ojos abiertos lo miró.

—Miguel...— dijo tragando saliva.

—Sé que lo deseas, lo veo en tus ojos.

—No intentes adivinar qué deseo—respondió esquiva.

—No tengo que adivinarlo, mi pelirroja.

Los ojos de Caris se clavaron en los de él. No solo lo deseaba, lo necesitaba y cada minuto se le hacía cuesta arriba al posponer esa ansiada conversación.

Miguel siempre buscaba alguna excusa y Caris necesitaba que entendiera su temor, su renuencia y la decisión que volvió a retomar.

Por unos instantes creyó estar de nuevo con Duncan, él había encontrado la manera de que siempre aceptase lo que le convenía. Miguel vio el titubeo de Caris a pesar de que su cuerpo pedía a gritos que lo acariciase, pero sus ojos reflejaban esas dudas.

—Dime que no y te dejaré en paz.

Le daba la opción de escoger cuando ella no le dio esa oportunidad la semana anterior y quiso creer que Miguel estaba siguiendo lo acordado. Quiso creer que siendo hombre había aceptado lo más práctico, sexo sin ataduras, aunque su corazón indicaba que no.

Sus pensamientos fueron interrumpidos al sentir la mano de Miguel por debajo de la camiseta, la cabeza de él se apoyó en su pecho y fue subiendo con besos llenos de lujuria hasta su cuello atrapando el lóbulo de la oreja.

La estaba dejando de nuevo desarmada y, para qué negarlo, lo deseaba y no solo en ese instante, deseaba que esas sensaciones se alargaran a lo largo de los siguientes meses. Él se acomodó en el sillón dejándola arriba, pasó sus pulgares por sus mejillas para atrapar su labio y chuparlo y luego pasó su lengua adentrando en su boca y de nuevo Caris olvidó lo que era mejor para los dos.

Se quitó la camiseta y Miguel desabrochó el sujetador y la atormentó como mejor sabía.

—¡Oh, Dios!— dijo Caris, cuando sintió descargas de deseo por todo el cuerpo—. ¡Te juro que te mataré por chantajista!

—No lo harás—respondió con voz ronca—. Si quieres que pare, lo haré. —Se separó y sus manos acariciaban en círculos los lados de su cintura, el silencio se mantuvo, Caris cerró los ojos y fue ella la que buscó su boca y lo besó.

Cogió la cabeza de él y lo guio para que siguiera con sus caricias, Miguel atrapó su labio de nuevo arrancándole un suspiro y Caris hizo un ligero movimiento de cadera acoplando sus cuerpos aún más.

—Por última vez, ¿quieres que pare?

El frenesí del deseo no le permitía pensar claramente, ni siquiera cuándo bajó sus pantalones y logró

quitar los de él, sintiendo como su miembro le urgía ser parte del juego.

Movieron sus caderas en un ritmo que solo disfrutaría si dejaran a un lado la poca ropa que les quedaba y lo aceptó, Caris estaba perdidamente enamorada y aun sabiendo cuánto lo quería y lo necesitaba, los contras ganaban la partida.

No quería revivir lo que era el dolor de una ausencia y podía dar por hecho que ese sería su último encuentro, Miguel tendría una profunda decepción que con el tiempo comprendería.

De los dos, era la que conocía las grandes consecuencias, se mordió el labio de nuevo al sentir el hormigueo, producto de la tortuosa lengua del español que iban acompañadas de caricias «solo será una vez más» se dijo, tratando de justificar el error que nuevamente cometería.

—No te detengas —pidió finalmente.

Miguel la levantó y la llevó a la cama, le quitó sus bragas y él se desvistió y finalmente se hundió en las profundidades del deseo mutuo.

\*\*\*

—¿Mi pelirroja, de verdad quieres ir?—Preguntó remolón.

Buscaba cualquier excusa para no separarse de ella. Acariciaba su espalda, tratando de tentarla de nuevo y que sucumbiera a los encantos del placer y así olvidase por completo ese compromiso.

—Sí —respondió. No podía seguir estando a su lado más tiempo.

El remordimiento de conciencia se hizo presente ante lo que llamó uno de los peores errores que había cometido en su vida.

Miguel torció su boca, no quería dar detalles a nadie de qué tipo de relación mantenían, lo único que tenía en mente era luchar por lo que para él existía entre los dos.

—Iré a la ducha. — Caris se giró y en un gesto tierno con su mano acarició su rostro, pasó sus dedos por la barba de días, no quería borrar de su mente su rostro.

Miguel era un hombre guapo, sus grandes pestañas lograban que sus ojos captaran la atención necesaria, su nariz recta y su mandíbula muy masculina la dejaba muchas veces sin habla.

—No sigas— la regañó—. O te llevaré conmigo. —Caris se detuvo y el español la miró con una sonrisa de lado.

— Ganas no me faltan.— La cara de susto de Caris lo hizo reír, le dio un beso, se levantó y Caris se maldijo de nuevo por dejarse llevar por los sentimientos.

Miguel admiraba el contraste de su piel y sus cabellos esparcidos en las sábanas oscuras. Lo invitaban a no dejarla ir y volver a perderse en su cuerpo.

Caris se mordió el labio, dando tiempo a retomar toda su fuerza de voluntad, ladeó la cabeza, quitándose el pelo de su rostro vio cómo la miraba y se sintió más culpable. Miguel volvió a su lado, la giró del todo dejando al descubierto su desnudez y de nuevo la admiró.

—Eres una tentación demasiado apetecible.—No quiso esperar, vio que era la ocasión perfecta para ser honesto con los dos—. Quédate unos días más.

Esas palabras fueron suficientes para que Caris despertara del embrujo. Lo empujó para ponerse de pie, se tapó la cara evitando mirarlo, había llegado el momento y aun así, no se atrevió a encararse y se refugió en una excusa que le diera tiempo de recuperar las fuerzas necesarias para enfrentarse.

—Se nos hace tarde —ajustó la sábana que se enredó en su cuerpo y se dirigió a su equipaje. Miguel quedó confundido ante su comportamiento y creyó que era mejor darle su espacio.

—Iré a la ducha—Caris se irguió se giró y lo miró.

—No puedo seguir dándole largas. — Miguel soltó aire y se sentó en la cama.

No quería escuchar de nuevo alguna historia de relaciones pasadas. Odiaba que lo comparase, no le importaba qué hubiera pasado, lo único que le importaba era que entendiera que quería intentarlo. Caris

acomodó la sábana y se sentó a su lado.

—No es fácil para mí tener una relación como la que deseas, una vez la tuve y fue peor de lo que se puede imaginar. De su propia boca escuché cómo me ponía los cuernos —sonrió de mala gana y prosiguió—. Al parecer, aquella doña pechugona le ponía más.

—Caris...—Intentó hablar Miguel y no lo dejó.

—Sé lo que deseas y no creas que no quiero, pero una relación a distancia no es buena para mí.

En ese instante entendió qué era a lo que se enfrentaba, por mucho que le jurara que tendría su lealtad, siempre tendría la duda rondándole. Se tapó la cara de frustración, quería a esa mujer en su vida y no tenía ni la menor idea de cómo asegurarle de que con él no iba a suceder. Entre ellos había una realidad de miles de kilómetros.

Caris vio el gesto y supuso que había entendido, esperó pacientemente y no se pronunció. Se levantó con pesar y volvió a su maleta con el mismo sentimiento de dolor que tuvo cuando la dejó en Edimburgo.

—No ha debido de ser fácil —admitió Miguel. Caris se limitó a mantener su mirada entre la ropa—. ¿Y si te dijera que jamás haría algo parecido?

Soy consciente de que apenas conocemos, pero de todo lo que ha sucedido solo tengo seguridad de algo y ese algo es que sencillamente te quiero.

Era lo último que deseaba escuchar, se mordió el labio evitando que sus sentimientos siguieran exteriorizándose.

—Quiero creer que no pasará— respondió Caris con voz serena—. Pero también sé que es mejor para los dos, evito un daño a largo plazo.

Estaba decidiendo por ambos de nuevo. Daba a entender que no estaba dispuesta y le dolió que se rindiera tan fácilmente.

—Veo que vuelves a decidir —se levantó de manera precipitada dejando a Caris en la misma posición que estaba con las manos en su maleta evitando ir detrás de él—. Te dejaré para que te duches, iré a comprobar mi diseño.

Se puso un pantalón de deporte, se detuvo en la puerta y sin mirarla dijo.

—Lo bueno de las noches madrileñas es que puedes estar hasta altas horas de la madrugada, enrollarte donde sea y seguir la fiesta en una buena cama y con eso, te anticipo que disfrutarás de tu última noche en Madrid.

Cerró la puerta sin importar el golpe y entró a la cocina pensando que la vida no podía ser tan cruel, al darle en bandeja a la mujer perfecta y quitársela de esa forma tan irónica.

Odió a Caris por ser tan cobarde y odió aún más a ese miserable que sin conocerlo volvió a meterse en su vida.

Caris se sentó en la cama, abrazándose a sí misma, había sido honesta, supuso que era conveniente dejar que reflexionara y comprendiera sus razones.

Se levantó de nuevo, dejó caer la sábana y vio la cama donde horas antes la había amado y hecho sentirse más viva que nunca. Cerró los ojos dejando que una lágrima se escapara y haciéndose la idea de que sería la última noche que pasaría junto a él. Sintió de nuevo ese dolor en su corazón, se limpió con la palma de la mano su rostro y entró al baño metiéndose en la cabeza que había sido la mejor decisión.

Miguel se vistió en el baño tratando de mantener la distancia, estuvo a punto de pedirle que se fuera en taxi, pero se arrepintió. No era tan miserable y apoyó su cabeza en el respaldo del sofá cerrando los ojos, no podía dejar que se fuera así como así.

Para Caris cada instante era más difícil. Se puso el vestido rojo junto a las medias largas negras y

los *stiletto* de quince centímetros que él mismo se había empeñado en regalarle, y se maquilló. No quiso mirarse en el espejo para evitar el reflejo de lo que realmente podía denotar y cuando salió de la habitación la mirada que le otorgó Miguel la hizo sentirse peor.

La ansiedad la consumía, el cambio del español era notorio. Reservado y distante durante el trayecto que los llevaba al lugar de encuentro. Se justificaba una y otra vez, pero no era lo que su corazón quería, días antes lloraba y ahora que estaba a su lado se convertía a pasos agigantados en una desconocida.

Llegaron al restaurante cerca de la estación Nuevo Ministerios, un lugar minimalista con una gran versatilidad en platos. Fue presentada como la prima de Lucas, corroborando una mayor distancia entre ellos.

Esa noche sería una de las peores de la vida de Miguel, la recordaría amargamente y como si fuera el muñeco del destino, vio a Alba aparecer. Si era un castigo por sus noches de desenfreno, había escogido la noche perfecta.

Un par de años antes terminó enrollándose con Alba, las copas hicieron de las suyas, fue lo que siempre justificó la primera noche, pero las noches siguientes Miguel creyó que se basaron en satisfacer su necesidad primitiva.

Hasta que un día a través de un correo electrónico, Alba dejó claro que el sexo entre amigos no era bueno si alguno de ellos sentía algo más que el otro.

Alba sonrió, supuso que todo estaba olvidado y creyó que era la oportunidad para que Caris se diera cuenta de lo que estaba perdiendo. Le pidió a un amigo que le cambiase el puesto y se sentó al lado de Alba, dejando que Caris se las ingeniera para encontrar un asiento vacío.

Esa noche aparecería de nuevo el gran *Mihulk*, disfrutarían sin importar qué hiciese ella y si luego quería otra sesión de sexo, se la daría siempre y cuando rogase y de tal forma que no la olvidaría en su vida.

Cegado por él daño que sentía, optó por darle la razón a que una relación a distancia no funcionaba. Entre plato y plato, Caris reía con Juan, quien hablaba perfectamente inglés y estaba a su lado, un punto que había pasado por alto Miguel y que no le gustó nada.

—Miguel —lo llamó Alba—. ¿Por qué has dejado que se sentase con Juan?

Miró a Alba para darle una respuesta y la risa de Juan y Caris lo distrajo, acumulando los celos en su cuerpo.

—¡Oye, Juan! —Indicó para atraer su atención—. Ten cuidado, Caris tiene buen paladar en todos los sentidos. —Sus amigos lo miraron sorprendidos. Alba cogió su brazo atrayendo su atención, las miradas seguían en la extranjera que hicieron mella en ella al no comprender qué había dicho.

—No me preocupa su paladar— respondió con una sonrisa de lado Juan. Seguidamente explicó a Caris el comentario y ella sonrió.

La respuesta que dio solo fue escuchada por Juan, que rio a carcajadas, pasó la mano detrás de la silla de Caris y miró con desafío a Miguel. Ella bebió un poco de vino para disimular la amargura que sentía, si quería castigarla con pullas humillantes no lo lograría.

—La has cagado —susurró Alba—. No sé qué pasa entre vosotros, su mirada indica que te mandará a la mierda.— Miguel bufó.

—Mañana se irá y buscará a otro que la satisfaga. —Alba volvió a cogerle el brazo y Miguel entornó los ojos.

—Me imagino que lo dices como el maestro que eres.

Sus palabras cayeron como agua fría, acababa de darse cuenta de lo capullo que estaba siendo, bajó la mirada tratando de centrarse y recapacitar.

—Es hora de crecer —murmuró Alba y volvió a mirar su plato sin decir nada más.

—Alba —dijo arrepentido Miguel—. Siento mucho lo de hace tiempo.

—Y yo —respondió sin mirarlo—. He aprendido de esa experiencia, debería aprender de esta. — Miguel miró a su amiga y soltó aire y le resumió lo que sentía por Caris, de alguna manera pudo desahogar su pena.

El resto de la velada se ignoraron, a pesar de estar continuamente atentos a lo que hacía el uno o el otro.

Después de cenar caminaron hasta un bar de copas, Caris se sentía cada vez más humillada. Esa intimidad que había entre Miguel y Alba la estaba resquebrajando por dentro y estuvo a punto de irse, pero Juan la animó y empujó a quedarse.

Una vez dentro, la música calentaba el ambiente y a su mente volaron los recuerdos del día que se conocieron en persona. La confusión que tenía en su cabeza era de dimensiones estratosféricas, solo tenía algo claro, estaba enamorada de él y sufría más de lo que imaginaba.

Miguel estaba en la barra pidiendo otra bebida cuando cruzó miradas con Caris y lo que sintió lo incitó a no desistir, obligarla a que entendiera que lucharía por esa relación sea como sea. Deseaba tenerla a su lado, gritar a todos que era su chica, su mujer y cuando le apeteciera irse, arrinconarla y devorar su boca y su cuerpo.

Se negaba a que fuera su última noche, a que ella no estuviera presente en su vida. Decidió cogerla de un brazo y sacarla del lugar, pero su pesadilla aún no había comenzado.

—¡Miguel!—dijo la voz de Esther— ¡Creí que nunca te volvería a ver!

—Esther...—Apenas pudo pronunciarse a ese inoportuno encuentro, era lo peor que podía sucederle. Esther metió sus dedos en la trabilla del pantalón acercándolo tanto, que sus bocas casi no podían diferenciarse.

—Por lo que veo, estás solo—dijo ronroneando y metiendo su mano por debajo de la camiseta—. Y tienes suerte, también lo estoy, encontrarte ha sido lo mejor de mi noche. —Deseó que su pelirroja no lo viera y no se cumplió.

—¡Mihulk! —Volvió a llamarlo y sin dejar que respondiera lo besó. Beso que fue suficiente para Caris. Miguel empujó a Esther que al alejarse lo mordió rompiéndole el labio.

—¿Pero qué coño te pasa?

—¿Cómo qué me pasa? Te conozco y sé que te gustan estos juegos.

—No me conoces...—Sintió el amargo sabor de la sangre, buscó una servilleta para limpiarse y de inmediato miró hacia donde debía estar su pelirroja.

Alba se percató de todo y le indicó con señas por dónde se fue. Se apresuró a seguirla, preguntándose cómo se explicaría. «Mi pelirroja, no pienses mal, Esther es una pirada» y maldijo mil veces a la vida. Ni él se creía esa historia, la noche culminaba perfecta ante el castigo impuesto por el puñetero destino, meditó sin importarle con quién tropezaba hasta que se topó frente a frente con Julieta.

—¡Miguel!—«¿Qué más podía pasarle?», pensó. Caris le hizo jurar que no le contaría a nadie de su familia su estancia y ahí estaba entre la espada y la pared.

—¡July! Te hacía entre vendas y radiografías.

— ¡Qué gracioso! —Respondió con un mohín—. Al parecer la noticia que me llegó de tu reclusión es falsa.

Miguel no respondió, buscaba a su pelirroja entre la oscuridad y muchas cabezas. Julieta esperó paciente una respuesta y en vista que no la dio se limitó a ver qué era lo que lo tenía distraído.

—¡Ahí está!— dijo en alto, sin recordar quién estaba a su lado. Julieta giró y creyó ver la silueta de una pelirroja que reconocería en cualquier sitio. Miguel dejó a un lado a Julieta para ir detrás de Caris y

se detuvo notando la mirada de una Julieta confundida y a su vez, Alba se acercó preocupada.

—Traté de detenerla.—Julieta lo miró ceñuda, esperando una buena explicación. Estaba al tanto de que Miguel había ido a Escocia y estaba segura de que esa era su prima.

—Juraría que era... —Julieta cerró la boca esperando una confesión y Miguel agradeció que fuera reclamada por otra persona, que se la llevó de un brazo.

Ya imaginaría alguna excusa más adelante, Julieta no lo pasaría por alto, de momento estaba dispuesto a ir por su pelirroja.

— Se fue con Juan— indicó Alba.

— ¿Qué?

— No sé quién esa chica que te besó, pero a veces nuestros actos nos pasan facturas. —Miguel fijó sus ojos en Alba y miró después por donde había visto por última vez a Caris y se negaba a aceptar que ese era el final de la relación.

*Según la ciencia: Los amores prohibidos son los más queridos.*

## CAPÍTULO 14

Caris tropezaba con su hombro con todo el que estaba por su paso, daba por terminada la noche, se había prometido que ningún hombre volvería a humillarla y había pasado todo lo contrario.

Se detuvo para volver y encararse y en ese instante lo vio con otra. Indignada ante esa crueldad por parte del español, era momento de no malgastar más su tiempo. Retomó el camino, tenía que buscar un hotel y recoger su ropa al día siguiente, negó mentalmente lo último, le dejaría su maleta como recuerdo. Un brazo la cogió del codo y se giró dispuesta a gritar y se contuvo al ver a Juan.

— Tranquila.

— Estoy tranquila —Juan sonrió de lado.

— No hay que ser muy inteligente para saber que entre tú y Miguel hay rollito.—Caris apretó los labios.

— ¿Qué te parecer si vamos a otro lado? —sugirió Juan.

Caris no estaba dispuesta a dejarse llevar por muy dolida que estuviera. No era una adolescente para pagarle con la misma moneda y estaba harta de lidiar con españoles al no tener idea de qué demonios insinuaban.

—Mira, Juan, no quiero cortar la noche a nadie.—Juan rio.

—No te preocupes por mí, intento ayudarte. —Caris lo miró por unos segundos.

—Si de verdad quieres ayudarme, necesito salir de aquí, en cambio, si lo que buscas es liarte conmigo, tienes dos segundos para dar la vuelta antes de conocer a una escocesa realmente enfadada—Juan rio a carcajadas.

—Eres directa, pelirroja. — Eso la hizo rabiar, Miguel había tomado ese apelativo como suyo y no iba a permitir más zalamerías por otro hombre. Juró en ese instante odiarlas con toda su alma.

—Puedo arreglármelas sin tu ayuda—dio la espalda sin rumbo fijo.

—Espera, espera —deteniéndola de nuevo Juan—. Es evidente que no hablas español y eso es muy malo en esta ciudad. A no ser que vayas diciendo por ahí: *A relaxing cup* of café con leche.—Juan rio a carcajadas y Caris lo miró sin entender.

— Olvídalo, lo decía para que te calmes un poco. —Se apresuró a decir ante la cara de mosqueo de la escocesa.

—En resumen, que es de noche y no conoces la ciudad, te estoy ofreciendo mi ayuda sin compromiso alguno.

Necesitaba cinco minutos de paz y era cierto lo que Juan indicaba, no conocía la ciudad, no hablaba el idioma y eso la frustraba.

—Me conformo con salir de este perímetro, ya veré más adelante.

—No irás con él a ningún sitio —retumbó la voz de Miguel detrás de ella.

Creyó verse en una encerrona por parte de Juan, lo miró con desprecio y giró para encararse a Miguel y dejarle bien claro lo que pensaba.

—No eres nadie para imponerte por encima de mis decisiones.

—¡Joder! Esa mujer me cogió con la guardia baja.— Caris apretó los dientes indignada.

—Tampoco te esforzaste en quitártela de encima—siseó.

Miguel no respondió, tenía razón, Caris no deseaba más explicaciones. Una vez más le hizo saber el

porque no era bueno una relación entre ellos

—¿Entiendes mis razones o necesitas alguna otra prueba?—Se giró de nuevo con pasos apresurados y esta vez con la idea de ir al único sitio donde estaba segura de que podría explicarse sin problemas.

—¡Caris!— Grito Miguel—. No me hagas rogarte.

—Ahí dentro seguro encontrarás una que no necesita que le ruegues y tal vez te pueda morder en otro sitio que te guste.—Gritó en respuesta, vio un taxi levantó la mano y entró.

—Bounas noches—dijo en un mal español—. Al aeropuerto—. El taxista puso la tarifa y no pudo acelerar cuando escuchó la puerta.

—Ella no va a ningún lugar.—Caris, a punto de estallar a la persistencia de Miguel. «¿Qué más quiere?»

«¿No le ha bastado la humillación durante la noche?». Se preguntaba una y otra vez, supuso que si se serenaba podría persuadirlo para que saliera y la olvidara para siempre.

—Tenemos dos opciones —sugirió la escocesa—. O te bajas o me bajo.

—Todo tiene que ser como lo veas o digas. — Caris abrió los ojos y la boca para mandarlo al cuerno y él se apresuró a seguir hablando, aunque ella no quisiera escucharle, lo haría.

— Esto— señalándose con el dedo y luego a ella—. No puedes mandarlo a la mierda porque te dé la gana. —Caris tensó su mandíbula y descargó su dolor.

—Durante todo el día me he preguntado por qué Carlos sonreía de forma irónica o tu evasiva de venir y he tenido que verlo... Ver tu verdadero yo.—Lo miró a los ojos con frialdad, dispuesta a decir las últimas palabras.

—El día que una oveja bata el récord de ser la más rápida del mundo, volveremos a estar juntos.

Miguel abrió los ojos, sin estar seguro de cómo tomarse esa respuesta. Caris dio por terminada la discusión y se dirigió al taxista.

—Pagaré el triple si lo echa. —Quería que saliera del coche y así poder irse de ese país que nunca debió pisar.

—¡Santo Dios!— Exclamó el español sorprendido ante la gran pataleta montada por su pelirroja— ¿Cuándo ganaste la lotería?

— Mi fondo financiero no es tu problema— respondió con rudeza la escocesa, manteniendo la mirada al frente.

— Mi pelirroja, por favor.

—¡Deja de llamarme así!—dijo entre dientes y explotando de rabia—. Odio que lo hagas, siempre lo he odiado y lo odiaré.

Miguel tenía los ojos abiertos de par en par. Creyó que esas palabras eran producto del enfado descomunal que cargaba encima, sin embargo, denotó que decía la verdad, tragó saliva y fijó su mirada en ningún punto en especial.

—Parece ser que este viaje ha abierto la puerta de la sinceridad.

—¡Al fin, lo has entendido!—repuso Caris sin mirarle a la cara, cerró los ojos y con la voz cansada le rogó.

—Por última vez, te pido que te bajas, se acabó. Debemos volver a la realidad, tienes una vida a la cual se nota que no renunciarás y un montón de chicas que te puedes llevar a la cama cuando te plazca.

A Miguel le dolieron esas palabras, lo estaba llamando Pichabrava. Antes de conocerla le gustaba ligar, era joven y le gustaba disfrutar del sexo, pero todo había cambiado y no podía creer que tuviera tan mal concepto de él, era obvio que no había nada de qué hablar. Estaba más que harto de que fuera de víctima, abrió la puerta, no sin antes decir lo que pensaba hacer.

—Tienes razón, todavía hay tiempo para entrar y liarme con la primera chica que vea. Gracias por

tu maravilloso consejo, lo llevaré al pie de la letra y para que veas que hablo en serio te mandaré la foto cuando estemos en la cama —cerró la puerta de un golpe.

— ¡Maldita la hora en que se me ocurrió darte un toque!

Gritó sin dirigirse a nadie en particular, Caris cerró los ojos y apretó sus labios.

—¿Al aeropuerto? —Preguntó el taxista. Afirmó con la cabeza y cuando el coche aceleró, dejó por fin salir las lágrimas que tenía acumuladas en un llanto desconsolador.

Miguel vio cómo el taxi se alejaba, se pasó la mano por la cabeza y lanzó unas cuantas maldiciones a la nada.

—Necesitas una copa—aconsejó Juan.

—¡Déjame en paz!—Advirtió Miguel.

—¡Ehh, para, macho! No es para tanto, en un par de horas te llamaré. ¿De dónde coño la has sacado? Es evidente que te la follaste y no es para menos, ese vestido dejaba entrever lo buena que está, a pesar de que es...

Juan trató de no perder el equilibrio, cayó al suelo estrepitosamente debido al empujón que Miguel le había dado.

—No eres más gilipollas porque tu cuerpo no aguanta tanta idiotez junta.

—¡Hostias, Miguel! ¡Qué te den!—Señaló Juan tratando de levantarse. Miguel lo ignoró, vio un taxi y lo paró.

—Al aeropuerto— y antes que el taxista acelerara Miguel con resignación dijo.—Perdón, a Trafalgar.

\*\*\*

El *pub The Cameron's*, estaba lleno como los últimos meses, y a pesar de ser la noche perfecta para conocer nuevas caras, nada podía quitar el mal humor de Lucas.

Hubiera apostado su coche a que su noche estaba resuelta y la realidad era que sus planes se desbarataron. Comenzaba a entender las numerosas veces que su hermana le advirtió que un día se la jugarían y eso le cabreaba aún más.

Volvió a la barra sin ver por dónde iba y tropezó con una chica derramando su copa.

— ¡Maldita sea! —Protestó Lucas, pensando que su noche iba a peor. La chica trataba que no se pegara al cuerpo la camiseta totalmente empapada.

— ¡Has arruinado mi ropa! —Se quejó.

— Cuánto lo siento—dijo avergonzado—¿Cómo puedo recompensarte? —La chica echó un vistazo y sonrió enseguida.

—Siendo mi esclavo.

— ¡¿Qué?! —Preguntó tratando de saber si había escuchado bien.

— Bromeaba —dijo riéndose. — Es lo mejor que ha podido pasarme, no estoy para diversiones y he intentado inventar mil excusas, pero mi amiga no me deja escapar. El idilio que mantiene con uno de los dueños va a terminar con mi vida social.

Lucas levantó una ceja ante el desahogo de la chica. Charles evitaba que opinaran sobre su vida íntima, estaba al tanto de que una chica traía su mundo de cabeza y no pasó desapercibida la sinceridad de la que tenía frente a él, sin dejar a un lado su atractivo.

—Puedo llevarte a casa, mi coche está aparcado cerca.

—¡Ja!—dijo con ironía. — Conozco ese truco y tendrás que esforzarte con algo mejor. — Lucas sonrió pensando que su noche había cambiado.

— ¿Y qué tal si me presento? —volvió a la carga—. Lucas.

La chica sonrió inclinando la cabeza a un lado y con picardía contestó.

— Leslie.

— Leslie, ya que te he derramado la copa, ¿podré invitarte a otra? —Leslie entrecerró sus ojos y volvió a sonreír.

—Te tomaré la palabra, pero iré al baño a secarme un poco.

— Te esperaré afuera, no vaya ser que otro te persuada y cambies de opinión. —Leslie rio a carcajadas y aceptó que la siguiera.

Minutos después volvieron a la barra, más cercanos de lo normal y Charles en cuanto los vio, silbó.

— Leslie, no es por nada, pero ese—dijo señalándolo— no es de fiar.

—¡Serás cabrón!— Respondió Lucas riéndose.

—Gracias por la advertencia—indicó Leslie sonriendo—. No es que quiera meterte miedo, pero he aprendido a defenderme gracias un par de hermanos. —Charles rio mirando a su primo y Lucas viró los ojos.

—Llámame como quieras— prosiguió Lucas sacando pecho de orgullo—. Charles siempre ha sido un poco envidioso, sabe que soy más guapo que él.

Leslie y Charles rieron a carcajadas, pero Rosslyn, la chica por la cual Charles estaba perdiendo la cabeza, escuchó en silencio.

— Es imposible no darse cuenta—intervino muy seria quitándole la sonrisa a Lucas—. Lamento ser la excepción de la regla, Charles me gusta mucho más.

Charles se carcajeó de nuevo y ella guiñó el ojo a Lucas

—No pierdas la esperanzas, *Bonnie*, es sábado y estás en uno de los mejores *pub* de la ciudad y quizás conozcas a la chica que te haga suspirar.—Rosslyn miró a Leslie con descaro y ella se sonrojó y achacó esa respuesta a las copas de más.

— ¿No te han dicho que eres la sutileza en perfume grande?—la chica rio y Leslie siguió—. Si hablas de mí, será difícil, nuestro primer encuentro comenzó con una copa derramada.

—¡Oh! Debería agradecértelo —se burló Rosslyn—. Has estropeado su camiseta favorita, he pensado muchas veces cómo deshacerme de ella, me has hecho un enorme favor.

—En ese caso... —respondió Lucas siguiendo la corriente.— Si para tener su perdón tengo que comprar otra, lo haré. —Leslie lo miró con una sonrisa de medio lado.

— El perdón pueda arreglarse de otro modo.

Sugirió la escocesa y con esa respuesta logró atraparlo. Cuando decidía pedirle ir a otro lugar su móvil vibró en su bolsillo, lo sacó y vio el número reflejado, maldijo por lo bajo sabiendo que no era nada bueno.

— *Dime que te vas a quedar a vivir allí.*

— *Necesito que me ayudes a encontrar un billete para el primer vuelo que salga a Edimburgo.*

—*¿Qué ha pasado, Caris?*

—*La realidad chocó más rápido de lo que me pude imaginar.*

*Según la ciencia: el enamoramiento evoluciona.*

## CAPÍTULO 15

Lucas se pasó la mano por la cabeza ante el desastre que se avecinaba, su prima lloraba en otro país en el que se encontraba sola. A su amigo lo mataría o en su defecto lo mataría su...

— *En cinco minutos te llamaré.*—Colgó y sintió la mirada furibunda de Charles.

— ¿Dónde coño está mi hermanita?

— Que yo recuerde, en Glasgow —Charles soltó la copa y se cruzó de brazos.

— Tienes cuatro segundos para cantar o de lo contrario cogeré el coche e iré a Glasgow y como descubra que me habéis mentido os arrepentiréis.

—Charles...—Intervino Leslie—. Si no me equivoco creo recordar que es mayor para saber qué...

Charles le indicó con la mirada que no se metiera. Lucas resopló, no tenía salida, aunque siguiera negando que no tenía idea tarde o temprano lo descubriría.

Caris estaba en apuros y Charles lo mataría por ser el culpable de que su gemela estuviera en esa disyuntiva y si quedaba vivo, volvería a intentar asesinarle por habérselo ocultado. Cogió el vaso bebiéndose el trago sin respirar.

— Está en Madrid— dijo bajando la cabeza.

— ¡VICENT!—Gritó el escocés manteniendo su mirada en su primo—. Te encargarás de cerrar, Lucas y yo tenemos una larga charla con grandes confesiones.

\*\*\*

A las diez de la mañana tras pasar toda la noche en el aeropuerto de Madrid, atravesaba el control del aeropuerto de su ciudad natal. Era evidente que algo había sucedido, su rostro lo reflejaba y el policía lo notó.

— ¿Tiene algún problema? —Caris se limitó a sonreír.

Tenía un enorme problema, sería muy difícil que Miguel desapareciera de su corazón cuando ella lo había echado de su vida.

— No, sí... este...—el policía la miró detenidamente.

Su cabeza no da para más, debía inventar una respuesta rápida, deseaba salir del control dirigirse a la salida y en cuanto viera a Lucas, pedirle que no preguntara y que la llevase a su casa, el único sitio donde nadie pediría explicaciones.

—Anoche mi perrito murió —el hombre frunció el ceño. Era una enorme estupidez mentirle a la policía, pero ya lo había hecho y valientemente prosiguió—. Estaba junto a mí desde hace quince años y en cuanto me avisaron cogí el primer avión.

Al recordar su triste noche, se sintió más miserable que nunca. Estando atrapada en el aeropuerto pudo observar a muchas personas a la espera de coger su vuelo dormir en lugares incómodos.

Mientras ella con un minivestido y abrigo se encontraba en la silla más apartada, sola y en un país desconocido.

Evitó llamar o enviar mensajes. Su batería estaba bajando a pasos agigantados y era lo peor que podía pasarle. Cuando Lucas le pasó el correo electrónico con la referencia del vuelo supo que no volvería a ver a Miguel, estaba ante otro fracaso más en su vida y se echó a llorar.

El policía la miró, cogió el teléfono habló en voz baja y dos minutos después apareció una joven mujer.

— Si es tan amable de acompañarme.

Aceptó sin oponerse, entraron a una oficina con paredes blancas, donde había algunas sillas y un escritorio con un pequeño archivador, un teléfono y en una esquina un dispensador de agua con un cuadro de las *Highlands*.

— Nos gustaría saber qué ha sucedido —preguntó la mujer al sentarse y pedir que lo hiciera—. Si ha sido violada o maltratada, la ayudaremos.

— ¿Cómo dice? —Preguntó sorprendida.— Nadie me ha maltratado ni mucho menos violado, solo... solo que...— Sus ojos se llenaron de lágrimas, la joven agente se levantó y sacó del archivador varias servilletas y se las entregó.

—Gracias — dijo Caris. La policía respondió con una sonrisa de lado y esperó que se tranquilizara. Caris se aclaró la garganta para dar seguridad a la versión que daba.

— Lo que digo es cierto, no sucedió nada grave, ¿puedo hacer una llamada? Mi móvil se quedó sin batería y mi primo debe de estar afuera esperando.

—Dígame el número— le indicó y Caris se lo dio.

—*Buenos días, le habla la oficial Crane de la unidad de control de entradas del aeropuerto, ¿es el teléfono de...?* —La mujer separó el móvil de su oído y Caris cayó en la realidad se tapó la boca y comenzó a reír.

—Lo siento, es que todo es surrealista, se llama Lucas Cameron.

— ¡¿Lucas Cameron?! — Preguntó la policía con una ceja levantada mirando a Caris detenidamente. — ¿¡Por qué justamente él!?

—*Creí que no volvería a saber de ti y por ironías del destino nuevamente nuestros caminos se cruzan.*—Caris desconcertada a esa respuesta se mantuvo en silencio.

—**¿Aila?** — Respondió Lucas sorprendido a la llamada. La agente no quiso entrar en detalles y fue al grano.

—*Tengo a una mujer que dice ser tu prima, sentada frente a mí. Hemos decidido trasladarla a la oficina de narcóticos por la apariencia que tiene y las respuestas nada adecuadas que nos da.*

— ¿Qué? —Gritó Caris— ¿Creéis que estoy drogada? ¡Por el amor de Dios! —Exclamó indignada. —Solo una vez probé un maldito porro y me dio por limpiar toda la casa de mi abuela con fervor. Después de eso, juré nunca probar ningún tipo de drogas. ¿Queréis saber que me sucedió? ¿Por qué vengo de Madrid con un vestido de fiesta y maquillaje corrido?

Porque me enamoré, porque estoy perdidamente enamorada de un hombre, que al final ha sido como todos los que me he topado en la vida.

Un hombre que me dijo que jamás me traicionaría y un par de horas después se besaba con otra y porque desde un principio supe que no iba a funcionar.— Terminó diciendo con la voz entrecortada, Aila la miró en silencio, tragó saliva.

—*Lucas* —dijo Aila. — *La acompañaré a la puerta de salida, me ha dicho que estarás esperando.*

—**Es cierto.**

La verdad pesaba en Lucas, pero Charles le aclaró que ya había ayudado suficiente. La agente se despidió de Lucas y se levantó e invitó a Caris seguirla por un largo pasillo manteniéndose en silencio y antes de salir se detuvo.

—No tengo nada en contra de Lucas, hace dos años lo conocí y era un inmaduro — mantuvo su mirada en ella.— Todas pasamos por situaciones parecidas, pero las mujeres estamos hechas de fortaleza.

—Dudo que vuelva a sucederme —respondió con tristeza y sus ojos llenos de lágrimas—. Le pedí

que se olvidara de mi existencia.

Sabía que al cruzar la puerta, tendría que cerrar otro capítulo de errores y que debía reanudar su vida dignamente, pero lo primero que vio al salir hizo que cerrase los ojos con resignación.

—¿Qué has hecho para venir acompañada de la policía?—Preguntó su hermano con rudeza.

— Gran fallo el mío de no suponer que Lucas hablaría al final—respondió de la misma manera.

— ¿Y por qué no piensas que no es la primera vez y que me olía que terminarías de nuevo como estás en este momento?

—Veo que estás en buenas manos —indicó Aila cerciorándose del parecido entre los gemelos.

Caris rio con resignación y antes de que Aila se fuera le hizo una petición.

— En cuanto mi confesión, por favor, espero que nunca quede reflejado en el expediente, Agnes Cameron no debe enterarse jamás. —Aila rio y se alejó.

— ¿Qué coño has hecho? —Preguntó de nuevo Charles acercándose para abrazarla.

Abrazo que Caris negó y dejó desconcertado a Charles dando pie a que no tuviera piedad alguna.

—Quiero toda la verdad o iré a comprar en este instante otro billete para partírle la cara a ese maldito *Sassenach*.

—Charles—dijo cansada de tanto embrollo—. No debiste venir, sé resolver mis problemas.—Su hermano lanzó un bufido exagerado.

—Estás en estas circunstancias por no escucharme y de nuevo estoy recogiendo lo que han dejado de ti.

Agotada mentalmente, lo que menos deseaba era escuchar sus reproches y elevó sus ojos a su hermano.

—No te pedí que vinieras —dijo con voz cansada—. Al único que le pedí ayuda fue a Lucas y decidió desaparecer.

— Lucas tiene un problema muy gordo con la familia, no debió ayudarte con tu capricho y le advertí que no se entrometiera.

Eso fue suficiente para Caris, no era una niña tonta que tenía que buscar a su hermano cuando se metía en problemas, había asumido su responsabilidad, solo quería regresar a su país y llevar su dolor en silencio.

Ninguna de las veces que la había ayudado le había hablado de esa forma y le dolía que siendo él, su hermano, jamás se hubiera detenido a comprender su situación. Rabiosa lo miró y se encaró.

— ¿Quién te crees para estar dándole órdenes a todos? Tienes tan asumido eso de don perfecto con la relación perfecta que hasta ahora no te has atrevido a presentarme por sentir vergüenza de mí.

—Nunca he sentido vergüenza de mi hermana, deja de escudarte en mi vida por los errores que cometes, sabes que es cierto.

—No, no lo es —alzó la voz Caris—. Para ti, todo lo que hago está mal y estoy harta de eso también, no te necesito, ya me las arreglaré como pueda.

—Siempre dices lo mismo y siempre termino resolviendo tus meteduras de pata.—Caris apretó los dientes y con rabia lo miró.

—¡Vete a la mierda, Charles!

Por primera vez se sintió libre, salió en busca del autobús que la condujera a la ciudad pensando que tenía una única tarea, demostrarle al mundo que saldría adelante con la cabeza en alto.

*Según la ciencia: la mayoría de las personas que dicen estar enamoradas aseguran que es imposible controlar lo que sienten.*

## CAPÍTULO 16

El lunes a primera hora Miguel estaba sentado frente a la mesa de Mónica, mirando cada segundo su reloj de muñeca. El día anterior fue un infierno en toda regla.

Cada minuto la echaba de menos, sin olvidar la maleta que estaba aún lado en su habitación. Pensó que la había dejado para torturarlo y cuando no pudo más, llamó a Esther y quedó con ella después de disculparse varios minutos.

Creyó que sería la única que lograría que olvidase a su pelirroja y cinco manzanas antes de llegar a casa de Esther, dio la vuelta maldiciéndose por caer tan bajo.

Entró a su casa hecho una furia, caminó de un lado a otro y volvió a su habitación, donde el recuerdo de su pelirroja se hizo presente. Se dejó caer al suelo entre la cama y la maleta, deseando hacer tantas cosas.

Desde llamar y gritarle, hasta quemar su ropa y cuando vio que ninguna era buena idea, se enfocó en lo único que podía hacer, guardarla en un sitio en el que estaba seguro de que no la volvería a ver

Buscó una mochila, metió algo de ropa, cogió la maleta y media hora después, abrió la puerta de casa de sus padres. Les pidió que no preguntasen y permitieran que se quedara esa noche allí.

A las nueve en punto, Mónica abrió la puerta y lo primero que vio fue a un Miguel hecho polvo. Sin preguntar, dejó su bolso a un lado se acercó y apoyó su mano en el hombro de él.

—¿Te apetece salir a tomar un café?

Caminaron varias calles hasta llegar a una pequeña cafetería y se sentaron. Mónica esperó que el camarero se acercara y, como conocía ya los gustos de su amigo, pidió por los dos.

Se quedaron en silencio, no tenía idea de qué había ocurrido, fuera lo que fuera, su amigo estaba a punto de tocar fondo e incluso podría afirmar que Miguel acaba de dejar atrás el Peter Pan que llevaba dentro. Los cafés fueron servidos y cuando el camarero se fue, Miguel se desahogó.

—¡El peor fin de semana de mi vida! — Reveló—. La tuve junto a mí y la dejé ir por idiota.

—¿¡Qué!?

Mónica estaba sorprendida ante la revelación. La escocesa por la cual su amigo estaba perdidamente enamorado había estado en Madrid. Dejó que Miguel contara sus penas y mientras lo hacía, supuso que ese fin de semana terminó como el rosario de la aurora.

Era de esperar que terminasen así, diferentes idiomas, costumbres y manera de pensar e incluso el modo que se conocieron no era de lo más normal y una relación así no tendría final feliz.

La entristecía ver a su amigo derrotado, si hace meses no hubiera tocado su puerta por lo de Esther, hubiera creído que era un hombre más de los que solo buscaba sexo sin ataduras, y Miguel no era así.

En sus múltiples conversaciones había llegado a la conclusión de que tenía la esperanza de encontrar una mujer perfecta y vivir el tiempo que fuera posible a su lado. Quería saber qué era estar enamorado y verlo a punto de echarse a llorar le partía el corazón.

—¿Dónde has dejado su equipaje?

—En el trastero de casa de mis padres.

—¿Y si se lo envías? — Miguel rio con amargura.

—No soy tan imbécil para seguir detrás de ella.

—Sé que no lo eres y sé que en momentos de rabia soltamos palabras hirientes, tal vez esté arrepentida. —Miguel negó con la cabeza.

—Se acabó, que busque a otro que acepte sus condiciones.

—Si bien entiendo, lo que buscaba era no hacerte daño, no creo que sea una mujer con exigencias.

—Esa decisión no le correspondía solo a ella y si sigues justificando su actitud me levantaré y me iré. —Mónica volteó los ojos y suspiró.

—Está bien, comprendo cómo te sientes, solo te pido que no enfoques tu dolor en comportamientos de los que te puedas arrepentir más adelante. —Miguel sonrió y la miró.

—Disfrutaré la vida como debí hacerlo desde hace meses, seguir tu consejo fue lo peor que pude hacer y se acabó, eso de “felices para siempre” solo es para cabronazos.

Se levantó sin que Mónica pudiera replicar, pagó la cuenta y salió por la puerta sin mirar atrás. Lo vio alejarse y concluyó que solo el tiempo lo ayudaría a pasar página de esa historia.

\*\*\*

Cuatro meses habían pasado desde esa noche que había visto por última vez a Miguel. Cuatro meses donde reflexionó y tomó varias decisiones.

La primera fue dejar *el pub* y buscar otro trabajo, que encontró gracias a sus ideas innovadoras en *The Cameron's*. Se cortó el pelo para cambiar su imagen, recicló viejas amistades y por último; contó a su familia lo que había sucedido.

Pidió que aceptaran cada una de sus decisiones, y a pesar de creer que podría seguir adelante, la realidad era otra. Se arrepentía de no haberse arriesgado y se arrepentía aún más de creer que un clavo sacaba otro clavo.

La huella de Miguel se mantenía presente en sus pensamientos y en su piel, Se estaba convirtiendo en un conflicto para que otros hombres entraran en su vida.

Cuatro meses habían pasado desde que su nieta mayor había ido en busca de un hombre. Agnes se escandalizó al enterarse de lo que había vivido.

Su ex nuera, la madre de Caris, culpó a los Cameron por dejar que viviera esa situación tan lamentable.

Esas acusaciones no las tomó en cuenta y, en cambio, le recordó su propia historia de amor. Y a pesar de solventar y tomar medidas para evitar más dramas familiares, observaba callada el pesar de su nieta.

Cansada de ver cómo se resquebrajaba por dentro y viviera como si no hubiese sucedido nada y como la matriarca de la familia, decidió intervenir de la única manera que sabía.

La esperó a que regresara del trabajo, preparó *cranachan*, su postre preferido, junto a otra sorpresa. Sería cruel, lo sabía y cuando Caris abrió la puerta la llamó.

—Hola, cariño, ¿puedes venir?

—Hola, Granma. ¿Es muy importante? Estoy cansada, voy a ducharme y dormir. —«La excusa que se había hecho habitual para no dar explicaciones» se dijo Agnes.

—He estado toda la tarde preparado *cranachan*— dijo con voz fingida de tristeza. Caris unió su entrecejo.

—¿Se celebra algo?

—¿Celebrar?— Respondió con inocencia disimulada.

—¿Qué pasa, Granma?— A Caris la vida le había enseñado ir con cuidado cuando su abuela era misteriosa.

—¡No hay quién entienda a mis nietos!—Se quejó teatralmente—. Cuando uno tiene un detalle

cariñoso desconfían como si luego los llevara al patio de fusilamiento.

—¡Abuela, te conozco!...— Indicó Caris.

—¡Mira, jovencita!—Señaló con el dedo— Las canas que llevo en mi pelo no son una moda.

Caris no tenía ganas de discutir, no tenía ganas de preguntar ni de hablar, quería seguir viviendo aislada de todo, recriminándose por haber sido tan cobarde, pero ese día su abuela no se lo estaba poniendo fácil.

—Muy bien, en cuanto me duche, bajaré— respondió a punto de ir a su habitación.

—De acuerdo, te esperaré, también hice una receta que vi en el canal de cocina. — Caris ya tenía un pie en la escalera y resopló, ahí estaba la clave, la usaría como conejillo de indias.

—En diez minutos bajo para probarla— señaló para no darle más importancia.

—Me he esmerado en hacerla semejante a...

Caris ladeó la cabeza llena de curiosidad ante la insistente Agnes.

La observó entre los mechones que cayeron en su cara, adoraba ese corte, ocultaba parte de su rostro y podía ocultar su dolor.

Agnes se quejó en cuanto la vio aparecer con su nuevo look. Se veía dura y distante, le explicó su abuela, haciéndole entender que ella no era así y desde entonces no ha dejado de protestar hasta ese día, que en vez de reclamarle, sonrió ante la incertidumbre de Caris.

—Tal vez...—dijo juntando sus manos y dando pequeñas palmaditas—. Julieta pueda darme su visto bueno la próxima vez que nos visite y ahora que recuerdo, debo hacerle una llamada, esa niña cada vez inventa más pretextos para no venir.

En todo caso, ya que no está, podrías ayudarme en saber si di con el punto exacto de la sazón española.

Caris abrió los ojos, quería cantarle las cuarenta y a cambio, se sentó en la escalera se quitó el jersey y para que su abuela no viera como sus manos temblaban.

Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y se aferró a la prenda como si fuera la única que tenía.

— ¿Por qué me haces esto?

Una lágrima hizo su aparición y por primera vez en cuatro meses, aceptó la necesidad de exteriorizar lo que sentía.

— Me duele el corazón cada vez que respiro.

Se tapó la cara con sus manos y se sumergió en un llanto incontrolable, Agnes se acercó y la acunó dejando que soltara toda la tristeza.

—Llora, Bonnie... llora—le dijo—. En la vida siempre existirá aquella persona que amemos con todo nuestro corazón.

\*\*\*

En agosto Julieta los visitó y la obligó a que la acompañase a *Portree*, en la isla de *Skye*, un fin de semana. Cuando llegaron al hotel y se acomodaron, decidieron dar una vuelta y pensaron en ir a Fort Willians o quedarse y ver si tenían la oportunidad de ver focas o delfines.

Las noches veraniegas eran un poco más cálidas, les invitaban a dar una vuelta por el pueblo, desde *Scorrybreac Road*, hasta llegar al puerto, y se detuvieron a tomar un par de copas. Su prima fue la primera que atrajo las miradas, el contraste de sus ojos con su piel aceitunada lograba hacerse notar en el lugar.

Pero ninguna de las dos estaba por la labor de coquetear y mucho menos se percataron de cómo un escocés de pura cepa se fijó en Caris y en cuanto ella lo vio acercarse, su corazón comenzó a palpitar rápidamente.

—¡Santo Dios! Se parece a...—Señaló Julieta, callándose al segundo. Escucharon el saludo,

trayéndolas de nuevo a la realidad y Caris volvía a esconder sus ilusiones más profundas.

—¿Qué hacen dos bellezas tan solas? —Preguntó el desconocido. Las dos Cameron se miraron, Julieta fue a responder y Caris se le adelantó.

—Vivir la vida...—El escocés se acercó pensando que tenía la noche resuelta—. Lamentablemente no estás invitado.

Repuso la pelirroja cortando de tajo cualquier sugerencia. El hombre bebió de su botella de cerveza, miró a ambas mujeres, se encogió de hombros y busco otro grupo de chicas que estaban diez metros más alejadas.

Julieta, desconcertada ante la respuesta y su comportamiento, recordaba todo lo que había vivido su prima y lo que ella fue testigo sin saberlo. La noche cuando se tropezó con Miguel y dudó si era Caris, enterándose las semanas siguientes de la verdad y de cómo Lucas estuvo a punto de ser estrangulado por Charles por intentar salvar el pellejo de su amigo.

Así como de la intervención de Agnes para que Caris exteriorizara todo lo que sentía, sin dejar de lado la repentina desaparición de su amigo.

La necesidad de ayudar a su prima nació, recurrió a una pequeña mentira para entrar en conversación.

—Hace una semana estaba de copas en Madrid por Nuevos Ministerios y me encontré a un viejo amigo.—Caris que tamborileaba la mesa, dejó de hacerlo y Julieta sonrió para sus adentros.

—No sé qué es Nuevo Ministerios —respondió de inmediato.

—Hablas con Julieta Cameron ,no con Adela Mackenzie.

Caris se echó a reír ante la comparación. Adela criticaba constantemente a Julieta por no aprovechar lo que la naturaleza le había dado. Su prima la miró a los ojos, tarde o temprano Julieta le preguntaría.

—Solo fue un rollo de un par de noches en la que ambos disfrutamos.

— ¡Caramba! —Respondió con ironía Julieta. — Te felicito, Caris Cameron, me gustaría ver la vida de esa forma. — Caris volvió a sonreír tristemente y sin mirarla respondió.

—Algunos dicen que vale la pena y yo creo que con el tiempo te cansa. Vivir de esa manera termina demostrándote que el amor no existe y no vale la pena luchar por él.

Julieta decidió no indagar más y Caris recurrió a lo mejor que podía hacer, en cuanto escuchó anunciar música en directo, ir a bailar.

\*\*\*

Al cabo de tres semanas, Miguel se atrevió a entrar a la red social y lo primero que vio fue una foto de Caris con su nuevo corte de pelo, un gran cambio para lo que estaba acostumbrado.

Era como si hubiera perdido para siempre esa hada de bosques que lo había hechizado. Hecho trizas, cerró el perfil para convencerse de que era tiempo de rehacer su vida.

Tres meses después, se obligó a buscar alguna sustituta y reabrió su perfil en las redes sociales, no le importaba si se daba cuenta de sus andanzas, era hora de que todos se enteraran de que *Mihulk* había vuelto.

Al cabo de unas semanas, sus compañeros de equipo habían subido fotos del anterior partido, entró por curiosidad y se llevó una sorpresa, Caris lo había etiquetado en una foto que se habían hecho en Edimburgo.

Una foto donde ambos sonreían y él la abrazaba, una foto que le hizo recordar su cuerpo y su entrega, una foto que no deseó ver y que lograba que le costase asimilar si era el comienzo de una tregua.

— ¿Qué demonios hago? — Dijo en alto.

Cada día trataba de olvidarla, pero le era tan difícil, dio un vistazo a su perfil, convencido de que

había pasado página y lo que encontró fueron fotos de su trabajo.

Se llevó las manos a la cara, estaba tan cansado de fingir una vida que no quería y la duda de responder o no, lo invadió.

\*\*\*

Charles en cuatro ocasiones intentó fumar la pipa de la paz con su hermana y no fue hasta agosto, gracias a la obstinación de Agnes, que logró ser perdonado.

Juró que no se entrometería en su vida y pidió que volviese al negocio familiar donde todos la echaban de menos. Caris lo hizo y el primer día que pisó *The Cameron's* volvieron los recuerdos.

Fue honesta con ella misma, lo echaba de menos y era hora de sincerarse con los dos. Consciente de que sería imposible volver a tocar la puerta del corazón de Miguel, dejó actuar por última vez a sus sentimientos por medio de una foto que para ella dejaba entre ver lo que anhelaba su corazón.

Pasaron los días y no hubo ninguna reacción, se obligó a olvidarlo sea como sea y como si hubiera sido escuchada por un ser supremo, su viejo amigo Keith apareció y sus días comenzaron a ser más llevaderos.

Keith le confesó que se había asociado con un amigo para comprar un bar de copas en Londres. Fascinado con el cambio de *The Camerons*, inició la tarea de convencerla para que lo ayudara y de esa manera atraerla a su terreno.

Caris necesitaba alejar los recuerdos de Miguel y aceptó, creyendo que era la solución perfecta para sus problemas, y cuando creía que retomaba su vida, sus deseos más profundos se hicieron realidad con una respuesta que Miguel dejó por medio de un mensaje

«*Recuerdo ese día y lo mala guía turística que eres*».

Se llevó una uña a su boca mordisqueándola como adolescente y sonrió. Una sonrisa cargada de la ilusión que evitaba que renaciera, barajó la posibilidad de responder y que no malinterpretara.

«*No estudié turismo, soy una modesta contable con una carrera frustrada de diseño interior, espero que te encuentres bien*».

Pasó una semana de esa respuesta y Miguel no dejó de sonreír. De alguna forma la vida quitaba y devolvía de nuevo personas en el camino.

Caris estaba en Londres observando el local de Keith y pensando en ideas para un cambio. Su móvil vibró en el bolsillo de atrás de su vaquero y sus manos temblaron ante tantos números seguidos. Para evitar que la viera nerviosa se excusó con lo primero que le vino a la mente.

—Agnes está llamando y ya la conoces.—Keith sonrió.

—Envíale saludos y dile que espero mis *haggis*<sup>[16]</sup>.

Ella afirmó con un gesto, se alejó rápidamente y antes de que se cortara la llamada respondió.

—*¿Sí?*

—*¿Es el número de una pésima guía turística?* —De nuevo Caris sonrió con el corazón.

—*No* —dijo siguiéndole la corriente.— ***Habla Scarlett Johansson.***

—*Entonces me equivoqué de pelirroja.*

Escuchar de nuevo llamarla así, removié los pocos sentimientos que mantenía escondidos y pudo aceptar lo que tantas veces escuchó, el revolotear de mariposas en el estómago.

Era tan absurdo pensar en eso, pero no podía describir la sensación que experimentó en ese instante.

Miguel esperó una respuesta y rápidamente, no quería dar un paso en falso, se aferró al truco más viejo del mundo.

—*Tierra llamando a Houston...*—Caris sonrió y Miguel lo percibió, calmando esa ansiedad que había nacido.

—**Perdona mi silencio, si te soy sincera no esperaba la llamada.**

—*Suelo ser un poco impredecible.*

— **¿Un poco?** —Miguel se carcajeó ante la ironía de Caris.

—*Tienes razón, un poco no es la palabra.* —Caris volvió a reír y el silencio volvió entre ellos, tenían tanto que decirse que ninguno daba el paso.

— Debemos seguir —dijo Keith al acercarse. Caris vio la oportunidad de cortar y pensar en cómo sobrellevar este nuevo contacto.

— **Tengo que irme.**

— *¿Qué te parece si hablamos por la noche?* —Preguntó de inmediato el español. Caris vio a Keith esperando y se mordió el labio. «¡Oh, Dios! ¿Qué respondo?», se preguntó.

—**No tengo ningún problema.**

—*Muy bien, a las ocho espera mi llamada.*

Miguel no quería asegurar nada, pero su intuición le indicaba que esta vez sería distinto. Caris trató de seguir como si esa llamada no hubiera alterado su ser.

Keith hablaba y hablaba sobre lo que tenía pensado para su bar de copas y ella trató de seguir el hilo de la conversación, pero fue en vano.

—Pensaba que era el único hombre en tu vida. —Caris se giró avergonzada por ser pillada.

— ¿Por qué crees que es un hombre quién llamó?

— Porque estás preguntando.

— ¡Keith! — Él rio a carcajadas cuando las mejillas de Caris se encendieron.

—Es la primera vez que te veo sonrojarte, así que he dado en el clavo.

—No negaré que ha sido un hombre, pero solo es un viejo amigo.

—Cariño, somos libres. —Esa respuesta ambigua confundió a Caris.

— ¿Qué quieres de...? —Keith se acercó y la silenció con un dedo en los labios para luego besarla.

Un beso que tomó a Caris desprevenida y se alejó de inmediato totalmente confundida.

—No estoy interesado en una relación seria— confesó en su defensa Keith—. No tengo tiempo para eso y sé que tampoco la deseas. —Caris quería dar una respuesta coherente, pero no podía, para ella era todo inverosímil.

—Pero yo...—Y el móvil del escocés vibró en el bolsillo de su camisa, lo sacó y pidió a Caris que esperara.

¿Cómo había llegado a esa situación? No podía dejar que creyera que aceptaba su propuesta, no podía contarle que volvía a tener contacto con Miguel, eso llegaría a oídos de su familia y sería lo peor.

«Maldita sea» dijo para sí, en qué problema se estaba metiendo mientras pensaba qué hacer, Keith volvía a su lado con una sonrisa en los labios.

—Debo irme, tengo compromisos con proveedores, ¿estarás bien?

—Debemos aclarar lo sucedido.

— ¿Qué te parece si hablamos sobre las nueve cuando te recoja para cenar? Y no te preocupes por tu amigo, no soy celoso. — Le dio un beso en los labios dejando a una Caris desconcertada ante lo que acababa de suceder.

*Según la ciencia: Los pequeños detalles son lo que cuentan.*

## CAPÍTULO 17

El resto de la tarde Caris no pudo concentrarse en el trabajo que tenía por delante. Su intuición le lanzaba señales de que estaba metida en un lío.

No se hacía ilusiones con Miguel, a pesar de que su corazón daba saltos de alegría por ese acercamiento inesperado, pero tampoco quería una relación con Keith.

En vista de que no podía dejar de pensar en ninguno de los dos, salió del despacho que le habían concedido para trabajar, ya que su mente no se centraba.

«A buena hora acepté ayudarlo» se dijo. Optó dar un paseo por *Picadilly Circus*, a lo mejor al caminar lograría hallar una solución y no cometer otro error en su vida.

De lo único de lo que estaba segura, era de que al escuchar la voz de Miguel su cuerpo despertó de un estado catatónico.

\*\*\*

Miguel mantenía su sonrisa tras hablar con Caris, acababa de dar el paso nuevamente, no sabía qué se encontraría, pero su pelirroja había contestado la llamada y eso era un buen indicio.

Mónica notó de inmediato que su amigo algo se traía entre manos. Se sentó en su puesto como si hubiera sido ascendido o ganado la patente de un invento.

Los últimos meses su amigo actuaba de manera estúpida y no quería llegar a la conclusión de que estaba enrollado con la nueva recepcionista. No es que estuviera en contra, al contrario, era una joven guapa y sin ningún problema psicológico que afrontar.

Pero Miguel no tenía una buena época y pensar que era la mejor solución para olvidar a la escocesa, no era lo ideal.

Siempre terminaban hiriendo a otros y no deseaba tener otro enfrentamiento como el de hace meses, lo apreciaba, se había convertido en una persona importante en su vida y prefirió mantenerse al margen de las decisiones que tomaba.

Esperó varios minutos por si se levantaba de nuevo, pero no lo hizo, en cambio, se concentró en su proyecto y eso le llamó aún más la atención.

Se acercó fingiendo interés en ese programa que terminaba de diseñar, precisamente ese talento era el que más admiraba, era muy bueno en lo suyo. Creaba programas para ser manejados por cualquier tipo de persona con los máximos detalles y utilidades.

—Me ha dicho el jefe que está muy contento con el resultado del último programa.

—Sí, han sido meses de duro de trabajo —ladeó su cabeza con una ceja levantada—. No me hace falta ser psicólogo para saber que para eso no has venido. —Mónica evitó sonreír y no darle la razón y cambió de tema.

—Hace meses no tenías problemas para invadir mi espacio privado, no sé por qué ahora te molesta, no fui la que me alejé de todos...

Miguel volteó los ojos, no quería traer de nuevo esa conversación, Mónica tenía razón, él se había alejado y si no fuera por el paso que dio ella a darle la noticia de su estado de buena esperanza, hubieran seguido distantes.

Lo que sí tenía claro era que no tendría otra vez la voz de la conciencia andante. Y se dio cuenta de que era irónico lo que ocurría, era como si las mujeres tuvieran un poder sensorial. Mónica estaba muy

interesada por su programa el mismo día que había decidido hablar con Caris.

—¡Vale, vale! —se excusó evitando ese tema—. Me encuentro de buen humor para cambiarlo rápidamente—chasqueó la lengua al saber que había hablado de más.

— Ya veo que estás de buen humor —repitió con burla, Miguel suspiró profundo evitando responder—. Eso lo noté en cuanto te vi —aguijoneó Mónica esperando que soltara más prenda.

—La sonrisa que mantienes en tu boca no es normal.

— ¡Joder, Mónica! —dijo riéndose.

Pasó la mano por la cabeza para despejar su cara de algunos mechones que habían caído en ella, estiró su polo verde y a su vez, alargó las piernas para fingir comodidad y enfrentarse a su amiga.

—Si te preocupa la recepcionista, puedes dormir con tranquilidad, está saliendo con José, si te preocupa mi sonrisa, lamento decirte que no te diré a qué se debe. Esta vez quiero hacerlo a mi modo.

Vio su reloj de muñeca y decidió que ese día debía irse más temprano de lo habitual. Si se quedaba un minuto más, Mónica lograría sacarle todo. Se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Miguel, ¿qué quieres decir con esta vez?

—Nos vemos mañana —señaló el vientre de su amiga que comenzaba a ser abultado e ignoró su pregunta—. Si su madre no deja de preocuparse por los demás, este chaval no saldrá a su padre y no quiero problemas con picapleitos.

—¡Hay días que eres detestable!—Concluyó Mónica.

—También te quiero, guapetona.—Se despidió pensando cómo lograr volver a ver por vídeollamada a su pelirroja.

\*\*\*

Sobre las siete y cincuenta y cinco, Caris caminaba en círculos en la habitación del hotel. Nerviosa, se mordía la uña, era innegable el poder que ejercía Miguel en ella. El paseo le hizo reflexionar en la cena que tendría con Keith dos horas después, sería franca y así evitaría enredos. Miguel vivía en Madrid y ella en Edimburgo y volver a retomar la comunicación no significaba una relación amorosa.

Gimió llevándose las manos a la cabeza de impaciencia, no sabía si era una oportunidad y no quería desaprovecharla. Esta vez no, y a las ocho en punto, la melodía del móvil consiguió darse cuenta de lo que iba a suceder. Cogió el móvil con rapidez y respiró profundo.

—*Buenas noches, pelirroja.*

—***Buenas noches, había olvidado que llamarías.***

—*¿Ocupada? Puedo llamar otro día.*

Respondió siguiéndole el juego. Caris hizo un mohín odiándolo por conocerla tan bien.

—***Terminaba de vestirme, tengo una cena en el palacio de Buckingham.*** —Miguel rio.

—*En pocos meses, cómo cambian nuestras vidas, ahora tienes amistades en la monarquía.*

Los dos rieron a la vez y los dos echaron de menos sus habituales conversaciones. Echaron de menos el estar uno al lado del otro y se encontraron con que necesitaban sentir el roce de sus pieles. Caris fue la primera en cambiar la conversación y lo hizo antes de que sus sentimientos se apoderaran totalmente de la razón.

—***¿Y qué tal el día de trabajo?***

—*He terminado un programa de diseño y edición* —se echó a reír recordando la respuesta que había dado sobre la carrera frustrada de diseño de interior y Caris entendió de inmediato de que se reía—. *No creo que lo necesites*—sugirió con guasa.

— ***¡Qué gracioso!*** —Protestó Caris con una sonrisa que Miguel pudo intuir.

—*Entonces, estás en Londres, si en algún momento vuelvo a la ciudad del Big Ben, no me gustaría coincidir contigo, no quiero terminar en Manchester* —dijo con burla.

—**Voy a colgar la llamada como sigas machacándome con mi patética carrera de guía turística.**

—Volvieron a reír. Caris aprovechó para contarle qué hacía en Londres y Miguel escuchó con interés. Le dio la enhorabuena recordando el fantástico resultado de *The Cameron's*. Prosiguieron la conversación evitando cualquier tema que llegase a lo que vivieron con intensidad.

Caris fue la primera en darse cuenta de que llevaban media hora hablando y en cualquier momento tocaría la puerta Keith, así que se apresuró a terminar la llamada.

—**Debo irme.**

—*Olvidaba que tienes una cena con la monarquía.* —Ella rio y Miguel deseó por un segundo volver a verla sonreír.

—*¿Quieres que te llame mañana?*

—**Estaré de regreso a Edimburgo, en cuanto pueda te llamaré.**

—*Está bien, mi pelirroja* —respondió paciente. No le importaba que odiase ese apelativo, para él es y sería su pelirroja.— *Esperaré con ansia la llamada.*

—**Te llamaré, te lo prometo.**— Y con esa promesa cortaron.

Caris mantenía los ojos cerrados reteniendo las sensaciones percibidas. Estaba claro que tenía que enfrentarse a medio mundo si era preciso, pero no quería que se fuera nuevamente de su vida.

Los días se pasaron volando y las llamadas pasaron a ser de nuevo vídeollamadas, a pesar de no ser diariamente.

En la cena que mantuvo con Keith, se sinceró sin mencionar a Miguel, pero no le contó que Charles le había advertido sobre las fallidas relaciones que había tenido.

Keith creyó que hablándole del trabajo la acercaría y para cuando se dieran cuenta estarían juntos, por esa razón intentaba discutir ideas sobre las reformas, aprovechando para hacerle una contraoferta por sus servicios.

Cuando él hizo la contraoferta dudó si era con alguna intención.

No era diseñadora de interiores y no entendía por qué deseaba pagarle tanto, pero la explicación de cómo se ahorraría dinero ofreciendo su casa sin compromiso para vivir el tiempo que estuviera en Londres la tentó, al final eran buenos amigos.

Tras mucho meditar Caris le envió un mensaje con una respuesta afirmativa.

Tenía razón, eran buenos amigos y si Keith lo había comprendido ella debía dejar de pensar tonterías, en mes y medio sería la inauguración y una vez hecho el trabajo volvería a su vida y sería libre para ser feliz.

Sus viajes a Londres se hicieron constantes, así como los vídeo chats con Miguel, que pudo conocer el nombre del local y algunos que otros progresos, gracias a las fotos que Caris le pasó, y de nuevo pensó en sorprenderla.

Logró que le confirmara que estaría en la inauguración explicándole que tendría poco tiempo para conectarse, buscó billetes y hotel para un fin de semana en Londres y sin decir a nadie, se aventuró.

Llevaba tres días sin hablar con Caris, ella había enviado varios mensajes disculpándose por el ajetreo que tenía y Miguel le respondía que se centrara en terminar su trabajo. En el último mensaje le recordó la última noche que se atrevieron a jugar con fuego.

Caris llevaba un top palabra de honor dejando ver parte del torso y cuello. Acababa de ducharse y Miguel lo notó llevando a la mente el recuerdo de cuánto había besado y acariciado su cuerpo.

—**Buenas noches, mi pelirroja.** —El español suspiró profundamente y a Caris no le pasó inadvertido ese gesto.

—*Buenas noches, ¿ocurre algo?* —preguntó sin tener idea de que su atuendo había hecho mella en el español.

—**Nada** —respondió llevándose la mano a la cabeza tratando de olvidar los pensamientos que inundaron su mente. Solía ser él quien hacía las primeras rondas de preguntas y ese día estaba callado, y Caris se mordía la lengua para preguntar qué le sucedía realmente.

Buscó el pantalón pijama para ponérselo e ir a la cocina por algo de comida. Por alguna extraña razón, ese día Miguel había llamado veinte minutos antes, cogiéndola desprevenida.

Solía llamar cuando estaba terminando de hacer la cena y ambos se acompañaban contándose el día a día. Suerte o no, nunca coincidía con Keith, y eso lo agradecía, no quería dar explicaciones. Había mentido y sabía que estaba mal, contaba con estar un par de noches más en Londres y luego se enfrentaría a todos por Miguel, el hombre que quería.

En cuanto llegara a Edimburgo, contaría lo que tenía propuesto, tenía terror al futuro y no sabía si él estaba dispuesto a otra oportunidad, pero desde que había vuelto a su vida se sentía dichosa.

El esfuerzo de ponerse el pijama con una sola mano le estaba costando más de lo normal y decidió dejar el móvil en la cama no sin antes advertirle.

—*Miguel, voy a dejarte en espera diez segundos.*

—**¿Por qué?** —Preguntó lleno de curiosidad por los raros movimientos que hacía.

—*Es incómodo ponerse un pantalón con una sola mano.*

Miguel no dijo nada aunque su cara reflejaba lo que estaba pensando y Caris comprendió enseguida, sin pensarlo se dejó llevar por lo que le apetecía en ese instante, miró en donde podría dejar el móvil para dar una buena visión.

Lo acomodó en la mesilla de noche, que era un poco más alta de lo normal, y se sentó en la punta de la cama alargando una de sus piernas desnudas, Miguel rio ante la iniciativa de su pelirroja.

— **Eres una chica mala** —señaló acomodándose mejor, Caris mostraba poco a poco su cuerpo y cuando la vio en *cullotte* junto al top, su garganta se secó—. **Me estás haciendo sufrir** —Caris fue más sugerente.

—*Sabes que desearía que estuvieras aquí* —dijo la pelirroja arriesgándose por primera vez.

Las esperanzas que Miguel mantenía detenidas salieron del cascarón ante esa sugerencia. Se mantuvo en silencio y quien respondió por él fue su miembro cuando paseaba su vista de arriba abajo sobre el cuerpo de ella.

— **¡Hostias, mi pelirroja! Me siento como un adolescente viendo una película porno.**— Ella volvió a sonreír maliciosamente.

— *¿Quieres jugar?*— Miguel alzó una ceja ante la invitación.

—**Me encantaría.**

Poco a poco se quitó el top, mordiéndose el labio inferior, una imagen tan provocativa que tenía hipnotizado a Miguel.

—**Cierra los ojos**— dijo de inmediato el español, queriendo saber hasta dónde serían capaces—. **Piensa que te acaricio y jugueteo con tus pechos.**

Caris los cerró e intentó seguir la orden, pero un borboteo salió de su garganta y se tapó sin dejar de reír.

—*Lo siento*—dijo entre risas—. *No creo que pueda llevarla a cabo sin dejar de reír.* —Miguel se cruzó de brazos con una ceja levantada.

— **¿A ti no te han enseñado que a los hombres no puedes dejarlos así?**

— *Cuánto lo siento, de verdad.*

Juntó sus manos disculpándose, Miguel sonrió y deseó más que nunca tenerla en sus brazos.

—**No pasa nada. ¿Tienes todo preparado?**

Tratando de demostrar que no estaba afectado, aunque su miembro terminaría con un terrible dolor.

Caris sintió vergüenza por su comportamiento inseguro, quería seguir el juego y tal vez si lo hubiera mentalizado, hubiera explorado algo nuevo entre ellos.

Se sintió culpable, quiso dar un paso atrás, pero el español alivió su pesar. Miguel, viendo cómo se sonrojaba, tuvo la necesidad de confesar lo que tenía pensado hacer y al final decidió mantenerlo en secreto, las ganas de volver a verla crecían a cada minuto.

—*Estos días serán una locura...*—Confesó Caris, que prosiguió a contarle al detalle.

\*\*\*

La noche de la inauguración estaba nerviosa, no era lo mismo el *pub* familiar que estar en *Albermarle St* cerca de *Picadilly Circus*. Se duchó y gracias a que su pelo había crecido, se hizo un moño, y se puso un vestido que había comprado apresuradamente el día anterior.

Había olvidado por completo llevar uno para la ocasión, al percatarse de ello recorrió *Harrods* en busca del apropiado, que terminó siendo de color azul cobalto con pedrería, la espalda descubierta, logrando un contraste con su melena y junto con unas medias negras y stiletto de más de quince centímetros, la hacía verse perfecta para la ocasión.

En cuanto se vio en el espejo, recordó aquellos zapatos que Miguel le había regalado y que se mantenían escondidos en lo más profundo de su armario. Al pensar en ello, anheló tener a Miguel al lado.

En cuanto llegó al lugar, Keith la aferró a su lado, presentando a sus amigos y conocidos. Mantenía la cortesía, pero las ganas de ir a un lugar privado y llamar a su español preferido crecían, hasta que su atención recayó en una conversación sobre una oveja veloz.

— ¿Podrías explicarme dónde y cómo fue?—Preguntó sin creerlo. A los dos hombres les pareció extraño el interés sobre un tema que hablaban de puntillas.

Caris quería buscar algún sitio para coger aire, tenía que ser una eventual casualidad. Se llevó la mano a la boca para evitar reír y pidió por primera vez a todos los dioses celtas que no se tomaran en serio sus palabras.

Deseaba volverlo a ver, no iba a negarlo, y comenzó a preguntarse si de verdad estaba preparada. Su corazón bombeó con fuerza, caminó meditando ese sentimiento que la invadió y a pocos metros de la salida sus ojos se encontraron con los del español.

\*\*\*

Pasada las cuatro de la tarde, Miguel pisaba suelo londinense junto con la maleta que Caris había dejado en su casa, era la excusa estúpida que le daría cuando le preguntase qué demonios hacía en Londres.

No quiso pensar más en los pros y contras, y una vez más dio gracias a internet por poder comprar una entrada para la fiesta de inauguración. Hacía frío y vinieron a la mente los recuerdos de la noche que conoció a su pelirroja.

Se duchó y rápidamente se vistió con un pantalón mostaza, una camisa blanca y un jersey negro junto a su cazadora. Cogió un taxi e le indicó a dónde iba, y mientras recorría la ciudad escuchó hechos curiosos en la radio.

Los comentaristas se reían hablando sobre la oveja que había batido el récord de velocidad.

Por un momento pensó que era una broma del programa de la radio, y la curiosidad le invadió, sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y buscó en la red, se frotó la nuca y se echó a reír.

La probabilidad de que pasara era escasa, y nuevamente rogó que Caris no se enterara. Por alguna extraña razón, atraían situaciones extrañas cuando se reencontraban.

Llegó al *pub*, abarrotado de gente, y en el instante que entraba, sintió cómo el suelo se movía, esa noche estaba más hermosa que nunca.

— ¿Caris? —Ella abrió los ojos y al segundo se desvaneció, si no fuera por su instinto no hubiera

tenido tiempo de sujetarla y llevarla a un lado.

— ¡Alguien puede traer agua! —Gritó. De nuevo se había equivocado al sorprenderla. Un camarero se apresuró para ayudarlo y él aprovechó para acariciar su rostro.

— Caris, cariño.

— ¡Santo Dios! ¿Qué le ha hecho? —Gritó Keith que apareció ante la multitud de gente.

— Nada —respondió Miguel sintiéndose culpable.

— ¿Cómo qué nada? —Reprochó acercándose para sustituir a Miguel, pero este lo impidió, no estaba dispuesto a dejarla.

— ¿Podría? —Indicó Mac impaciente—. Viene conmigo.

— Lo siento — dijo el español, preguntándose quién era el hombre que tenía al frente—. No la dejaré hasta que se recupere.

Keith notó cómo Miguel miraba a Caris, una mirada que solo podía salir de un hombre enamorado. Caris escuchaba los latidos de su corazón y el *after shower* de Miguel entraba por su nariz recordándole cada momento que estuvo junto a él.

No podía ser cierto, no podía estar ahí, pero tampoco estaba soñando, lo había vuelto hacer. «¿Por qué?» se preguntaba una y otra vez. Tenía miedo de abrir los ojos y que todo fuera producto de su imaginación, pero su cuerpo quería seguir así en sus brazos, sin embargo, tenía que enfrentarse a la verdad, escuchó a los dos hombres hablar con cierto retintín, debía bajar los ánimos o irían a peor.

— Perdón si los he asustado, me encuentro mejor.— Miguel la ayudó a sentarse y se apartó esperando su reacción.

— ¿Segura? —Preguntó el escocés, que aprovechó que Miguel se había alejado para besar sus manos sabiendo que Miguel veía cada gesto—. Podemos volver a casa—dijo provocando más confusión en el español.

— Estoy bien —respondió sin mirar a nadie. Lo que había evitado, sucedió de una forma violenta y no sabía cómo afrontarlo—. Alguien que está más arriba de todo lo visible tiene un juego macabro.

No pudo reprimir su reproche al destino, para ella sus deseos más profundos se habían materializado. Miró a Miguel con nostalgia y apretó ambos labios y se tragó un suspiro. Keith frunció el ceño ante las miradas que se dieron, que no le pasaron desapercibidas.

— Gracias — le dijo a Miguel con una pequeña sonrisa y centró su atención en el escocés—. Creo que es mejor que te quedes, eres el anfitrión.

Cada vez más incómodo por la confianza e intimidad de ellos, evitaba sacar conclusiones, esperando que Caris se las diera y ella pensaba en encontrar alguna solución, estaba en un buen lío, lo sabía y se arrepintió por no contar la verdad.

— A mí no me parece que la vida sea macabra —respondió Miguel rompiendo el silencio que había y buscando saber la verdad de una vez por todas. Se acercó sin importar quién estuviera y la atrajo aún más a él.

— Estoy convencido de ello y es por eso por lo que he venido a recuperar lo que dejé ir en Madrid.

Sin decir nada más la besó. Caris cerró los ojos y no opuso resistencia, su cuerpo y alma estaban esperando ese instante. Miguel necesitaba volver a tocar su piel y amarla, muchas veces había negado que sintiera algo por ella y era imposible sacársela de su corazón.

Ella abrió la boca dejando que metiera su lengua como si pudiera de nuevo poseerla, y durante esos escasos segundos sintieron cómo sus cuerpos se unían. La aferró más a él y Caris suspiró ante esa cercanía.

Sin embargo el agarre violento del brazo de Miguel cortó esa necesidad de sentirse juntos. Fue empujado y el puñetazo en la mandíbula lo llevó a revivir la primera noche que estuvieron frente a frente,

y desconcertado miró a Keith.

— ¿En tu país no enseñan a respetar las chicas de otros?

Miguel se negó a creer que eso fuera cierto, era inverosímil volver a pasar por lo mismo.

—Caris, dime que no estás con...

— ¿Qué?

Caris, confundida por la actitud de Keith, se sorprendió aún más cuando Miguel le hizo esa pregunta tan directa. Comenzaba a preguntarse si siempre sería así, hasta la naturaleza se pondría en contra.

—Me parece que no sabes quién soy —dijo Miguel masajeándose la mandíbula y retando al escocés.

— Eres tú el que no sabes a quién te enfrentas —Keith levantó el mentón y dispuesto a enfrentarse de nuevo.

—Señor, ¿tiene algún problema?— preguntó uno de los encargados de la seguridad del club.

Miguel tenía ganas de bajarle los humos al escocés, pero debía mantener su atención en el único propósito por el que había hecho ese viaje, su pelirroja.

—Sí—respondió Keith—. Este hombre busca problemas con los clientes. Incluso nuestra asesora acaba de vivir un momento humillante.

—¡Qué!—Gritó Caris.

El escocés la cogió de la mano para atraerla a su lado y luego pasó su brazo por la cintura con posesión.

Miguel arqueó una ceja y miró fijamente a Caris esperando una gran explicación y no la dio. Soltó aire, alguno tenía que decir de una vez por todas lo que pasaba y de nuevo los empujó a responder.

— Dudo de que vuestra asesora se haya sentido humillada, estoy seguro de que lo deseaba.— Keith tensó la mandíbula, soltó a Caris y empuñó sus manos.

—¿Quiere llamar a la policía?— Preguntó el hombre de Seguridad de nuevo.

—No creo que sea necesario, le doy cinco minutos para abandonar el club. —Giró su cabeza y acarició el rostro de Caris provocando a Miguel—. Nena, ¿quieres que te acompañe a la oficina? Sé que debes estar consternada.

La paciencia de Caris se acabó en ese instante. Odiaba que Keith hablara de ella como si fuesen pareja y odiaba que Miguel también sacara conclusiones precipitadas, solo faltaba su hermano para completar la escena.

— ¡No me llames así! —Advirtió Caris a Keith.

Miguel se lo había visto en los ojos, había podido percibir que ella también sentía lo mismo, la observó por última vez y luego al hombre que se mantenía como un águila a su lado y se sintió de nuevo engañado.

— Necesito saber la verdad. —Caris abrió los ojos ante la duda y lo señaló a Miguel.

—El que vuelvas a aparecer en mi vida, no te da derecho de creer que sabes lo que siento.

Ninguno tiene derecho sobre ella, es mi vida y si tengo que gritarlo en pleno *Hyde Park* lo haré.

— Ella está conmigo—dijo el escocés sin remordimiento.

—¡No es cierto!—Gritó sorprendida ante la poca vergüenza de Keith.

— Todos saben que duermes en mi casa.

Miguel cerró los ojos y soltó aire, había escuchado suficiente, sin nada más dio la espalda y se fue.

Caris abrió la boca para defenderse pero no pudo. Keith tenía razón, los empleados estaban al tanto de que residía en su casa cuando estaba en la ciudad y se sintió estúpida ante la trampa que le había tendido.

— ¡Eres un capullo!—gritó llena de rabia—. Nunca te lo perdonaré.

Debía aclarar el malentendido, no iba a permitir perder de nuevo a Miguel, salió empujando a todo el que se atravesaba, sin importar si se quejaban o no, su único pensamiento se centraba en que otra vez viviría la misma situación.

Había sufrido mucho por no arriesgarse y si él estaba ahí era porque también sentía lo mismo. Vio la larga fila para entrar y estiró su cuello para tratar de ver si estaba entre las personas aglomeradas, maldiciendo a la vida al poner tantos obstáculos para conocer la felicidad.

Pero no estaba, anduvo un par de metros y lo vio caminando rumbo a *Picadilly Street*, sin dudarlo fue detrás.

Seguía cabreaba con las intenciones de Keith y se sentía culpable en haberle mentido de nuevo a Miguel. La relación que mantenían era tan frágil, que tenía miedo de que se alejara definitivamente.

Quería luchar por lo que su corazón deseaba y veía que Miguel se alejaba cada vez más. La frustración se hacía evidente, tenía una sola opción y con los quince centímetros que llevaba puestos comenzó a correr.

Se había jurado no volver a hacer escenas bochornosas, pasar inadvertida, ser una chica corriente y parece ser que el destino se negaba a que fuese así, viendo que era poco útil, se atrevió ir más allá.

—¡MIGUEL! —Gritó.

Deteniéndose al no poder seguirle el paso y ahí estaba, siendo el centro de todas las miradas en una calle cercana a *Picadilly Street*. Si él se detenía le diría la verdad, lo que siempre había ocultado y se había negado, que lo amaba y no quería perderlo de nuevo.

*Según la ciencia: la fórmula del amor existe.*

## CAPÍTULO 18

Una vez en la calle, Miguel se ajustó su cazadora y acarició de nuevo la mandíbula, maldiciendo al imbécil que estaba con Caris y una enorme decepción ocupaba su mente, su pelirroja lo había engañado de nuevo.

La primera y única vez que le preguntó dónde se hospedaba, Caris le explicó que se quedaba en casa de una amiga, el problema era que se había convertido en amigo durante esa noche.

Decepcionado, estaba dispuesto a borrarla de su vida, enfadado consigo mismo por hacerse ilusiones donde no las había y por sentirse el hombre más calzonazos de mundo, si dieran trofeos, se lo llevarían todos.

Bufó para sus adentros pensando en los meses anteriores, todas las oportunidades que tuvo para estar con esas mujeres que se le insinuaron y que hubieran podido hacer que olvidase a su pelirroja.

Pero tenía que aparecer de nuevo para que su mundo se pusiera patas arriba, dando por perdida la batalla, escuchó su nombre.

Se giró y la vio corriendo con esos tacones, parte de sus mechones sueltos que se movían de un lado al otro y a la vez peleaba con el vestido que se le subía más arriba de sus muslos.

Si bien para algunos era una imagen bastante surrealista, el deseo de abrir sus brazos para que ella se refugiara en su cuerpo nació, sin embargo, su orgullo estaba herido y se limitó a esperar para saber con qué le saldría esta vez.

— ¡Miguel! —volvió a llamarlo—. ¡Debemos hablar!—gritó su pelirroja, mientras la gente se detenía para darle paso y observar a quién llamaba con tanta desesperación.

— ¡Debemos hablar! — Repitió, respirando rápido en cuanto estuvo frente a él—. No te vayas— cogió otra bocanada de aire.—No debiste ocultarme que vendrías a Londres.

Era lo primero que se le ocurría decir, tratando de retenerlo. Miguel arqueó una ceja.

— Me gustan las sorpresas—respondió irónico.

— ¡A mí no! —Protestó Caris.

—Si has venido corriendo desde el local de tu novio para reprocharme, es mejor que te vuelvas, ya me has humillado bastante.

— ¿Qué? ¡Ha mentido! — Caris maldijo mil veces más a Keith por habérsela jugado. Miguel negó con la cabeza.

— No sé qué creer, solo sé que he hecho el papel del cabrón del año escuchando a ese gilipollas alardear de que dormías en su casa.

— Estoy diciendo la verdad —dijo Caris casi en súplica. Se llevó la mano a la cabeza, sabía que tenía que ser sincera.

— Si —dijo apesadumbrada—. Duermo en su casa, pero no en la misma habitación. Me dijo que el tiempo que estuviera en Londres me podía quedar allí para ahorrarme dinero.

— Me mentiste —reprochó Miguel —. Me dijiste que estabas en casa de una amiga.

— No quería más líos.—Miguel cruzó los brazos.

Caris pasó la lengua por sus labios, veía que se abría un abismo entre ellos y eso la estaba llevando al filo del desespero.

— Estoy desbordado y necesito estar a solas. — A Caris el miedo la invadió y se sinceró.

— No quiero perderte.— Miguel la miró a los ojos, escucharle lograba que naciera una pequeña esperanza, dejaba que sus sentimientos hablaran, pero su atención recayó en el escocés que venía detrás.

— Y llega el invitado de honor —soltó con ironía. Keith lo ignoró y se acercó a ella rodeándola por detrás con un abrigo.

— No te rebajes, recuerda lo de hace un par de meses.

— ¡Déjala en paz! —Advirtió Miguel ofendido por que supiera su historia. El escocés percibió que podía hacerle daño y sonrió de lado.

— Te daré un consejo —comenzó diciendo—. No la persigas más.

— Y yo te aconsejo que te largues—respondió Miguel entre dientes.

—Mira...— Volvió a atacar Keith con tranquilidad, viendo que Miguel estaba a punto de perder los estribos—. Si de verdad la quieres déjala en paz.

Vives en España y ella en Escocia, es suficiente impedimento. Además, ¿qué seguridad puedes ofrecerle cuando no esté contigo?

Nuevamente aparecía el mismo dilema de meses anteriores, cada uno tenía su vida en los distintos países y alguno al final tendría que ceder, dejar todo por seguir al otro o, de lo contrario, alguno terminaría lastimado y lo que menos quería era que su pelirroja sufriera.

Entendió perfectamente lo que ella le dijo meses anteriores, miró a Caris sabiendo que le dolerían profundamente las palabras que saldrían de su boca.

— No creo poder soportar tenerte lejos mucho tiempo y pensándolo bien, implicaría un enorme compromiso que no sé si soy capaz de mantener.

— Miguel... —Caris se apresuró a responder, él debía saber que estaba dispuesta a darle otra oportunidad, dejar todo y luchar por lo que sentía y reconocer que su razonamiento era equivocado—. Podemos llegar a un acuerdo.

—Nena, no insistas—repuso el escocés.

— ¡No te metas! —Gritó Caris frustrada—. Has metido las narices sin ser invitado— Keith metió sus manos en los bolsillos de su abrigo y sonrió angelicalmente.

— Piénsalo, cariño —insistió—. Desde un principio te ofrecí una relación abierta. Vivo en Edimburgo y venir de vez en cuando a Londres no sería problema, sin añadir lo bien que me llevo con tu familia.

Caris, sorprendida ante el chantaje que Keith acaba de hacerle, se quedó sin palabras. Volvió a mirar a Miguel, que suspiró pesadamente, no quería empujarla a los brazos de ese mequetrefe, pero era lo mejor para ella.

— Lo tienes fácil, vive en la misma ciudad. —El corazón de Caris se partió en trozos al escucharlo.

¿En qué momento habían cambiado los papeles? Observó a los dos con rabia, era hora de dejar bien claro lo que deseaba Caris Cameron MacArthur.

—Escucha bien...—señaló con el dedo al escocés—. Nunca tendría una relación contigo. Esta noche me has demostrado qué clase de hombre eres. Te enviaré las llaves de tu casa en una hora, no quiero volver a verte.

Miró a Miguel con dolor y por primera vez se sintió en su piel, apretó sus labios para evitar que una lágrima demostrara cómo se sentía y Miguel tragó saliva, para él era lo más duro que podía hacer, dejarla ir.

— Mi pelirroja, no lo hagas más difícil.— Caris levantó la mano interrumpiendo lo que fuese a decir.

—Durante todos estos meses me he llamado cobarde por no luchar, me reprochaba por haberme equivocado, no tienes idea cuán arrepentida me he sentido. No debí omitir detalles, ni mentir ni hacer

meses ni hace un par de semanas.

Tenía tanto miedo de perderte de nuevo y acabo de aprender que no vale la pena creer en las nuevas oportunidades que te da la vida...—la lágrima brotó y con dignidad se la limpió sin apartar la mirada terminó diciéndole—. No existen...

De mala gana le dio el abrigo a Keith, dio un par de pasos hasta la acera, miró a ambos lados y cruzó la calle para perderse entre los transeúntes y de nuevo Miguel vio como Caris se iba de su vida.

—Hiciste lo mejor—señaló el escocés—. Cuando vuelva a Edimburgo hablaré con ella.

—Espero que la patada que te dé en el culo te duela de por vida.—Keith se rio.

—Ya lo veremos.—Miguel lo ignoró retomando su camino sintiéndose el ser más miserable del planeta.

*Según la ciencia: el amor es como una droga difícil de alejar.*

## CAPÍTULO 19

Había llegado el último mes de ese horrible año para Miguel. Algunos días pensaba en que era la manera que la vida le hacía pagar su etapa de golfo, sin embargo, otros la maldecía desde que se levantaba hasta que se iba a dormir y otros simplemente vivía ese día como si fuera el último.

Y precisamente, ese día cargaba un fuerte dolor de cabeza por culpa de una resaca. La noche anterior estuvo de copas intentando olvidar a la pelirroja que se había prendado en su corazón.

Intentó olvidarla como fuese, se inscribió en el gimnasio en donde muchos de sus amigos solían ligar. No iba a negar que conoció un par de chicas, pero no pudo ir más allá de un coqueteo entre las máquinas de hacer pesas. Por tanto, el poco tiempo libre lo distribuía entre sus partidos, el gimnasio y las marchas cuando le tocaba banquillo.

Una medida desesperada para llenar el vacío que dejó su pelirroja, y es que ese vacío comenzaba a afectar a todos los aspectos de su vida. Su rendimiento en el trabajo no era óptimo y le estaba trayendo cierta supervisión.

Lo único que le ayudaba a creer en que la vida valía la pena, era el nacimiento adelantado de un pequeño del que se había comprometido a ser su padrino.

Ese sábado, cercano a Navidad, estaba más cansado de lo normal, la noche la pasó evitando a la hermana de un conocido que se insinuaba con total descaro, por alguna razón ese día no le apetecía seguirle el juego y eso lo enervaba, necesitaba terminar como fuese con ese celibato absurdo.

Llegó a los vestuarios hecho polvo y arrepintiéndose por aceptar ese partido y es que, a última hora del día anterior, lo llamaron para que sustituyera a un compañero con gripe estomacal.

Supuso que no tendría problema en mantener sus planes a sabiendas de que el partido era por la tarde. La realidad recayó en una resaca cruda que no pudo aliviar ni con dos buenos calmantes. Entró para cambiarse y un compañero se acercó, viendo el semblante que tenía.

— ¡Vaya cara, tío! Como perdamos por tu culpa...—El martilleo que sentía en su cabeza, más ese comentario, terminó poniéndolo de muy mal humor.

— ¡No te enteras, chaval! —Respondió Miguel a punto de mandarlo a la mierda—. Gracias a mí, no estamos en la cola, lo que recuerdo lo paquete que eres.— El hombre lo miró frunciendo el ceño.

— ¡Relájate, macho! ¡No es para tener esa mala leche! Si te vieras...

— Me importa un rábano mi aspecto— espetó Miguel.

— ¡Vale!;Tú mismo! —Dijo el chico y le dio la espalda para dejarlo solo. Prefirió no contestar y terminó de vestirse.

—Miguel —dijo otro—. Acabo de ver un pelirrojo parecido a tu amigo escocés. — Miguel se levantó de inmediato y salió para toparse de frente con Lucas, que estaba en el equipo contrario.

— ¿Qué demonios haces aquí?

— Tanto tiempo —respondió con sorna Lucas.

Ninguno necesitaba explicaciones, se conocían perfectamente, el silencio que hubo hizo que Miguel negara con la cabeza y lo señalara.

— ¡Eres un tocapelotas! —Lucas sonrió— ¿Cómo has logrado entrar?

— Me comprometí en salir con la hermana de Fran.—Lucas se frotó la nuca—¿La recuerdas?

Miguel sonrió de lado. La chica llevaba años detrás de Lucas, debía de ser importante lo que tenía

que decirle para que aceptara semejante chantaje.

—¿Qué quieres?

—Recuperar al capullo que tengo por amigo y que me evita desde hace meses—el español suspiró largamente y lo miró meditando.

Tener la poca vergüenza de presentarse en ese partido, chantajear alguna que otra persona, decía mucho de Lucas, cruzó los brazos en su pecho, se frotó la barba incipiente y sonrió.

—Nos vemos a las nueve en el lugar de siempre.

—¡Vaya! ¿Quieres una cita conmigo?

—Que yo sepa quien venía con ese propósito era otro.

—¡Maldición! ¡Me has descubierto! —Rieron y se fundieron en un abrazo de despedida.

\*\*\*

Los primeros treinta minutos de la cena se basaron en sus vidas profesionales y cuando llegó el momento, Lucas se quedó esperando que Miguel desahogara sus frustraciones. El español se pasó la mano por su pelo y resopló.

—¡La confianza da asco! —Lucas sonrió y respondió.

—He intentado salvarte el pellejo en varias ocasiones incluso la última, sin tener idea que sucedió.

Tuve que ingeniármelas para justificar la maleta que llegó un lunes a primera hora.—Miguel levantó una ceja, mientras su amigo fijaba la mirada en él.

—¿A quién se le ocurre? —confesó con guasa—. Charles y mi abuela se lo tomaron mal, para ellos la has humillado.

—Quería cerrar ese capítulo de mi vida y pensé que le harían falta sus pertenencias.

—¿Y lo has cerrado?—Preguntó Lucas, ignorando la pobre justificación. Bebió un poco de vino dándole tiempo a pensar.

Miguel contuvo la mirada de su amigo durante breves segundos y resignado, negó con la cabeza, y Lucas había acertado.

Se sinceraría al igual que su prima lo hizo cuando tuvo la oportunidad, entendía las dos posiciones, pero ver a su amigo tan derrotado y a Caris de la misma forma, ablandó su corazón.

Tuvo una idea, debido a los problemas de trabajo que acababa de contarle, había escuchado que la empresa en la que trabajaba acababa de asociarse con otra extranjera.

Según los rumores, comenzarían la búsqueda de nuevo personal, no sabía si lanzándole la caña Miguel caería, pero no iba a quedarse con la duda.

—Si no quieres hablar, no te agobies, me preocupa qué harás con el trabajo—Lucas prefirió adelantarse antes de que Miguel rechace su idea—. Ahora que recuerdo, escuché que *Softing* comenzará la búsqueda de diseñadores de software.

—¿Qué quieres decir? —Lucas volvió a beber de su copa, para que Miguel cayera en su trampa.

—Con todo lo que me has contado, ¿no crees que es hora de cambiar de aires? — Miguel rio y rio durante un buen rato.

—Y piensas que es buena idea que yo pueda entrar en una empresa escocesa.

—¿Y por qué no? Que sea escocesa no quiere decir que vayas a vivir a Escocia. ¿Has olvidado las sedes que tiene en España?— Miguel se reclinó en la silla mirando a su amigo con una sonrisa de medio lado.

—Es mejor que paguemos la cuenta, antes de que me propongas matrimonio— soltó Miguel con sorna—. El bar de copas se llenará y a lo mejor con varios cubatas me arriesgue a aceptar la propuesta que has hecho, y quién sabe si esos cambios de aires servirán para crear nuevas oportunidades.

La semilla de la curiosidad la había sembrado, pensó el escocés, y ahora tendría que armarse de

paciencia hasta que volviera a tocar el tema.

Pagaron la cuenta y se aventuraron al bar y una vez ahí, unas conocidas de Miguel se acercaron, insinuándose al escocés, que decidió por una noche tomar al pie de letra lo que reiteradas veces le recalcó Leslie sobre la relación que mantenían... Sin compromisos ni entrega.

Miguel fue testigo de cómo Lucas se ligaba a una de las muchas mujeres que estuvieron rondándole meses anteriores, algo le decía que no terminaría bien, pero no era momento de preguntar.

Una morena que quería que su atención se centrara en ella no lo logró, el saber que una empresa con gran nivel internacional buscaba nuevos diseñadores no le era de todo indiferente.

Su amigo tenía razón, era momento de cambiar. Sonrió a la morena para que no se sintiera ofendida, buscó a su amigo, que estaba muy entretenido con otra chica y lo llamó.

—¡Hey, Lucas! Estoy cansado y me iré a casa. —La morena se mordió en labio y acarició sutilmente el brazo.

—¿Quieres compañía? —Miguel sonrió de lado.

—Gracias, preciosa, pero no.—La dejó a un lado dando un par de pasos para despedirse de su amigo—. Me imagino que te quedas.

—La duda ofende — respondió Lucas.

—Entonces, hablamos luego. — Estrechó su mano y salió del lugar, necesitaba pensar fríamente una decisión.

*Según la ciencia: la sensación del corazón partido es real.*

## CAPÍTULO 20

Había pasado un año desde que vio a Miguel frente a frente por primera vez y por eso esa semana se le hacía difícil entrar a *The Camerons*.

Era como si reviviera una y otra vez ese instante, siendo consciente de que no volvería a verlo. Gracias a las buenas referencias, tenía más trabajo para rediseñar *pubs* en el interior del país. Agradecía a la vida por darle al menos un motivo para levantarse cada día y mantener su mente ocupada.

Después de la copiosa comida en casa de su abuela, como cada domingo, y en la que su familia hacía un esfuerzo para animarla manteniendo una conversación banal, Charles hizo referencia a un hecho curioso que sucedería la siguiente semana.

Lucas siguió la conversación con cierta guasa, mientras ella se mantuvo en silencio, pensando que cada vez que sucedían situaciones de ese tipo aparecía Miguel.

Era imposible, ambos se bloquearon en las redes sociales y por tanto, no sabía nada de él y desechó la idea tratando de calmar su corazón, que galopó como un caballo desbocado desenterrando ilusiones sin fundamentos y se aferró a planificar un viaje corto por las tierras altas ante la esperada visita de su prima Julieta.

\*\*\*

Miguel había llegado a Edimburgo acompañado de una Julieta con sentimientos encontrados ante un hombre que había sido su paciente. Se llamaba Pablo, pero las situaciones que había presenciado dentro del avión, en el aeropuerto y durante el trayecto a casa de Lucas lo tenían sorprendido.

Al llegar, felicitó a su amigo por su nueva casa sin perder la oportunidad de tomarle el pelo al encontrarse de nuevo el horrible armario. Tampoco dejó a un lado los secretos que los hermanos Cameron Trejo intentaban ocultar y que él trataba de que salieran a la luz, liberándose de un interrogatorio que estuvo a punto de tener.

Durante la siguiente media hora intentó que uno u otro hermano se sacaran los ojos, pero la menor utilizó el arma más cobarde para deshacerse de ese interrogatorio, huir, y en vista de que no había más diversión con los Cameron, Lucas lo invitó a un par de copas.

Que le hicieron lamentarse al día siguiente, y es que esa noche fue de confesiones y de advertencias, que se repitieron reiteradas veces hasta quedarse grabadas en su memoria a tal punto de ser lo primero que recordó al despertarse. «Cualquier plan que tengas en mente, quiero estar fuera».

Se sentó en el borde de la cama meditando que no era el único que no tenía ni idea de qué hacer. Julieta escondía sus sentimientos y la frustración de Lucas, que seguía sin saber cómo Leslie, la chica por la que su amigo bebía los vientos, de alguna forma se había enterado de la noche que Lucas ligó en Madrid, y ese pequeño desliz trajo sus consecuencias.

Las horas que estuvieron juntos escuchó y escuchó a su amigo sentirse culpable y a la vez, quejarse de no comprender a las mujeres, mientras él comprendió que no tenía la menor idea de cómo reaccionaría Caris cuando lo viera.

Repasó cada palabra que durante esos meses había pensado y se dio cuenta que no servirían de nada. Se levantó para ir a la ducha y tener la mente despejada ante un día que sería decisivo en su vida.

Entró al baño y se desnudó, abrió el grifo, la puerta se abrió entrando Julieta sin percatarse de su presencia y se miraron sin saber qué hacer. La cara de su amiga enrojeció y Miguel aprovechó para

tomarle el pelo un rato y de esa manera, su humor mejoró.

Al entrar en la casa de la matriarca de los Cameron nada tenía sentido, Lucas era otro. Su amigo estaba comportándose como un completo animal, sin olvidar la acusación de Agnes en cuanto lo vio.

Se preguntaba cómo pudo reconocerlo si nunca lo había visto, luego se imaginó que tal vez la abuela se las había ingeniado para dar cara al español que metió en aprietos a su nieta, en tal caso, sus palabras lo hicieron sentirse parte de una novela trágica.

Había afirmado cómo sería el comportamiento de la matriarca en cuanto lo viera, gritaría, lo echaría o le daría una patada en el culo, pero como todo lo que pasaba en su vida no fue así.

Julieta empeoró la situación. Ese beso en la boca dejó a todos y a él desconcertados, metiéndolo en un buen lío. Le preocupaba qué pensaría su pelirroja, después de ver como su prima entrelazaba las manos de los dos y se preguntó por qué siempre que se encontraban terminaban en un completo caos.

Tenía que aclararlo cuanto antes, pero también estaba Julieta, era más que una amiga, era como su hermana y no dejaría que Pablo malinterpretara lo que vio.

Conocía por qué había actuado así y debía hacérselo saber a Pablo, así como también, vio que era el momento preciso para dar su punto de vista a la matriarca de los Cameron.

—Caris es adulta para saber dónde se metía.—Aclaró en el umbral de la puerta esperando las represalias que llegaron al segundo.

— ¡No vuelvas a pisar mi casa! O de lo contrario...— Respondió Agnes indignada y Miguel aceptó las palabras llenas de rencor.

Era de esperar que parte de esa familia lo detestara y por tanto optó por dar a todos unos minutos de descanso, reflexión y asimilar que había vuelto. Se llevó consigo a Pablo pensando cómo desvelar todo lo que sabía sobre Julieta.

Llegaron a *The Cameron's*, era una locura, si Charles lo viese entrar por la puerta quién sabe de lo que sería capaz, pero la suerte le dio una tregua, y el escocés retrogrado no estaba por ningún lado.

Pidió dos pintas para entrar en calor y evitó mencionar cómo había conocido a Caris, explicarle que las numerosas vídeollamadas podían catalogarse como cita, no era una buena idea, y menos a un Pablo que se veía desbordado.

Trató de hacerle entender qué escondía Julieta; y recordó la burla de ella la noche anterior sobre una diana con su foto, miró a su alrededor y suspiró resignándose a que no bromeaba ante ese linchamiento diario

\*\*\*

Caris estaba confundida con la presencia de Miguel, después de meses sin contacto, llegó a pensar que estaba soñando. Subió a la habitación de invitados para calmar sus nervios y fue seguida por Julieta, que le contó la verdad.

La pelirroja confesó que aún seguía enamorada de Miguel y a la vez pensaba que nunca podría sacarlo de su corazón, se había hecho la idea de que jamás volvería verlo. Su corazón palpitaba rápidamente recordando los minutos atrás y es que no había cambiado, seguía siendo tan atractivo como cuando lo vio la primera vez.

Pero el grito de su abuela la obligó a enfrentarse a la realidad de nuevo. De nuevo bajó y escuchó las protestas de Agnes, mientras Julieta intentaba defenderse. Se preguntaba una y otra vez por qué había vuelto, por qué tenía que remover sus sentimientos, sus recuerdos, sus sueños y deseos... Pero las acusaciones de Lucas hacia su hermana la despertaron de ese instante hipnótico.

Si alguien le hubiera dicho que ese hombre que estaba en el salón en el que crecieron, se pelearon, se abrazaron, fue un gran apoyo el año anterior e incluso rompieron objetos apreciados por su abuela, era el mismo que estaba menospreciando a su prima no lo hubiera creído.

Poco a poco se dejó llevar a lo injusto y grosero que estaba siendo con Julieta, creyó estar frente a Charles y no lo soportó.

Y Agnes observó a sus nietos y cómo Caris cambiaba su rostro comprobando que estaba escapándose la situación de sus manos y decidió coger las riendas. A cada uno le dio su dosis de medicina reflexiva y madurez.

Sabía esperar pacientemente las duras palabras de Agnes, desvió su mirada al suelo perdiéndose en sus pensamientos para aceptar lo que decidiera aunque le doliera.

Y Agnes Cameron vio que los ojos de su nieta mayor brillaban, no estaba segura si sería lo correcto, pero necesitaba saber qué hacía ese hombre en Edimburgo y le dio una oportunidad a Miguel y empujando a su nieta a no desaprovecharla.

Caris salió apresuradamente en busca de Lucas, que había aceptado su derrota en cuanto la vara de la justicia Cameron cayó en él, no le extrañaría que estuviese avergonzado y lo más probable era que se rehusara a ayudarla, y no se equivocó.

Se negó una y otra vez a traer de vuelta a los dos españoles que un domingo cualquiera invadieron la vida de los Cameron y el destino se puso a su favor cuando tuvo que pedirle ayuda.

Sabía que los hermanos de Leslie lo buscaban e incluso ofrecieron recompensa si alguien les chivaba dónde diablos se había metido, sin saber por qué, uno de ellos apareció a pocos metros de ellos. Caris no desaprovechó el momento y lo chantajeó.

\*\*\*

Miguel recibió la llamada de su amigo dejándolo sin palabras, Agnes Cameron pedía que volviesen. Dejó a Pablo con sus dudas a pesar de que le hizo llegar la invitación.

Por el camino meditó en cómo actuaría en cuanto viera a su pelirroja, se pasó la mano por el pelo y sonrió como un tonto, su mente era un hervidero de ideas, se frotaba las manos nervioso una y otra vez. Llegaba la hora de la verdad, dio unos pasos más y tocó el timbre.

Escuchar el primer timbrazo hizo que Caris dejara de respirar, se aferró a su orgullo para sacar fortaleza ante lo que pasaría, y la realidad era que estaba como un flan. A cámara lenta, Lucas se levantó, abrió la puerta, mientras su corazón palpitó tan rápido que llegó a creer que le daría un paro cardíaco.

Miguel, en cuanto entró al salón, se disculpó por la ausencia de Pablo, rompiendo ese silencio tenso que percibió. Su mirada recayó en su pelirroja, sin pasar desapercibida la decepción en el rostro de Julieta, pero había llegado hasta allí por otra mujer.

Una pelirroja que consumía su vida, seguía pareciéndole un hada de cuento, y cuando la vio sonrojarse lo cautivó aún más. Ninguno hizo el amago de iniciar una conversación, poco a poco se fue acercando sin saber que los habían dejado a solas en el salón de los Cameron. Un salón que le trajo recuerdos de cómo la amó, deseando besarla y abrazarla sin soltarla jamás.

El timbre de nuevo sonó, Miguel pensó que Caris aprovecharía esa distracción para darle cualquier excusa, pero no lo hizo, se mantuvo de pie en el mismo sitio y una vez más vinieron a la mente el sabor de sus labios y la suavidad de su piel. Sin perder más tiempo dio el primero el paso.

Acarició con la palma de su mano el rostro de Caris y solo ese contacto fue suficiente para saber que era una realidad y que pronto la tendría en sus brazos de nuevo.

Caris cerró los ojos, manteniendo ese instante tan íntimo en su memoria, esa caricia que su cuerpo anhelaba con tanto ahínco y que estaba pasando.

Quiso alejarse, no quería que ese nuevo encuentro fuera tan fácil para él y no pudo, el deseo de estar en sus brazos era mayor.

Con su otra mano, Miguel la atrajo más, quería volver a reencontrarse con esos labios, lamerlos mordisquearlos y cuando estuvo a punto de hacerlo, se escuchó el grito de Julieta.

Se separaron rompiendo la magia, corrieron a la cocina y encontraron a Pablo en el suelo inconsciente. Miguel no sabía si reír o maldecir a la oportunidad que perdía por culpa del destino que jugaba de nuevo con él.

¡Y vaya si jugaba! La siguiente hora terminaron en el lugar que menos imaginó, el hospital.

Encontrar de nuevo a Caris tan vulnerable sería difícil, estaba esquivada y desconfiada, evitándolo a toda costa, podría decirse que apenas cruzaron una palabra. Se imaginaba que en cualquier momento terminaría comportándose así, pero tener la miel en los labios y volver al principio, no le gustaba nada.

\*\*\*

Caris agradeció la intervención accidental de Pablo, unos segundos más y hubiera cometido una locura. Había muchos reproches y mucho dolor para que de buenas a primera pudiera olvidar. Quería que respondiera: «¿Por qué diablos había vuelto?».

El golpe de su pie en el piso le demostraba a Miguel que estaba nerviosa y su comportamiento cambió en cuanto apareció Leslie. No era el momento ideal para presentaciones, pero denotó el cabreo monumental que tenía la escocesa con su amigo.

Así como también ambas mujeres se miraron como si fuera una especie de código que terminó con los ojos de Caris fijos en él, otorgándole una mirada de desprecio.

\*\*\*

Caris sabía que Leslie seguía sin perdonar a Lucas, entendía cómo se sentía, había pasado por algo parecido, sin olvidar que la inseguridad siempre estuvo presente con Miguel y la rabia se apoderó de su cuerpo al recordar que el español la había vuelto a sorprender con su llegada.

—En cualquier momento se le dará el alta al señor Olivas —dijo Leslie.

— ¡Hombres! —Sin una pizca de remordimiento, chinchó la pelirroja—. Muy machotes para algunas cosas y para otras nada.

Había salido su sangre MacArthur, y era de esperar que dijese lo que sentía y para Miguel había llegado la hora de mostrar sus cartas, sin esperar que protestara, la llevó hasta la entrada del hospital y ahí intentó por todos los medios que Caris explotara y como la maestra de las excusas y evasivas no lo logró.

Estaba sumamente enfadada, pero por orgullo no iba a caer en las provocaciones de Miguel y por extraño que fuera, la tensión que sentía comenzaba a excitarla y antes de saltar y besarlo, prefería una retirada a tiempo. Dio la espalda dispuesta a volver y Miguel no la dejó.

—No irás a ninguna parte, he venido a Edimburgo dispuesto a recuperarte...

En cuanto escuchó: «dispuesto a recuperarte, la mente de Caris se bloqueó. «No, eso no podía ser cierto» se dijo.

En su último encuentro él se había dado por vencido y ahora estaba a su lado diciéndole que venía a recuperarla. Había tenido tantas ideas para las preguntas que se desataron en su interior y al saber la verdad sintió miedo.

—No, no cometeré el mismo error, no quiero que te acerques a mí. Sí lo haces, me encargaré de que mis primos MacArthur sepan que estás en la ciudad. —Era una cobardía amenazarlo con sus primos. Había jurado nunca usarlos para amedrentar, el problema era que necesitaba tiempo para aceptar lo que ocurría.

Seguía sin creer que su deseo se hiciera realidad, reconocía que lo había pedido reiteradas veces. Reconocía que muchas veces lo soñó, pero se había resignado que a nunca sucedería y de la noche a la mañana se hizo realidad.

Era mucho más de lo que podía soportar, tenía que alejarse sea como sea, no le importaba si tenía que correr para evitar caer en la tentación.

Para Miguel la cuerda invisible que tenía entre atraerla de nuevo o alejarla definitivamente, era muy fina y decidió darle tiempo. Suspiró pensando que esa escocesa acabaría con su vida y volvió a Urgencias metido en sus pensamientos, encontrándose con un cabizbajo Lucas. Al parecer, ese día los hombres tenían todas las de perder, y es lo que percibió Pablo en cuanto salió de la sala de Urgencias.

— A vuestro club no entro, si tengo que morir en la batalla lo haré.— Pablo siguió el camino a la salida.

—¿A dónde vas?—Preguntó Miguel visto lo decidido que iba.

—En busca de July... —Miguel entendió a qué se refería. Tenía que hacer entender a su pelirroja que era su última oportunidad. Aceptó las burlas de Lucas sobre a quién se enfrentaría y no era a unos primos desconocidos. Sería al destino que se empeñaba en seguir poniendo obstáculos en su camino y era hora que le diera la tregua de por vida.

*Según la ciencia: Tomarse de la mano con alguien que amas ayuda a aliviar el dolor.*

## CAPÍTULO 21

Miguel mantuvo esa idea en su mente, llevarla a la práctica fue más difícil de lo que pensaba. Sus continuos intentos de llamar la atención de Caris, hicieron que metiera una y otra vez la pata, alejando su meta mucho más.

Y cuando Charles se enteró de que había vuelto le envió como regalo de bienvenida la diana que tenía en el *pub*. No supo cómo tomarse ese detalle, lo único que concluyó fue que ese escocés tenía problemas mentales.

Su antipatía hacia él sobrepasaba los límites y como siempre exageraba. En ningún momento persuadió a Caris para que fuese a Madrid o que mantuviera esa extraña relación a distancia y quería hacérselo saber, estaba en Edimburgo para anclar la relación en algún país.

Llamó a Mónica preguntándole si eso era algún complejo o síndrome y su amiga se rio ante la preocupación generada por una diana con su foto en el medio.

Dos días después comenzaba a ser presa de la desesperación por el continuo tira y afloja de Caris, el orgullo se hizo presente y no era nada bueno ya que una firme idea pasó por su cabeza, si tenía que tener paciencia, pero ella ayudaba a que la tuviera.

Pero el destino decidió darle la tregua que tanto pidió. Ese día, teniendo en mente la opción de volver a España, recibió la llamada de Agnes Cameron. Sin hacerla esperar se vistió y se dirigió a casa de la matriarca con una enorme curiosidad por esa invitación.

—Sé que no soy digno de su confianza. —Inició la conversación en cuanto pisó la entrada de la casa. Agnes curvó una de las comisuras de sus labios y lo invitó a la cocina y al pasar el umbral le trajo recuerdos que tuvo que reprimir para no tener que dar explicaciones.

—No me he molestado en llamarte para que hablemos de confianza—respondió Agnes con su tono habitual—. Te he llamado porque he sido una mala anfitriona y no me gustaría que tuvieras una mala opinión de los escoceses.

—No suelo dar esas opiniones en voz alta—respondió logrando sacar una sonrisa a Agnes.

—Mi familia no ha sido muy cordial que digamos. —El español evitó reír, las historias que le habían contado de Agnes no eran exageradas. Una mujer muy aguda que solía adelantarse a los acontecimientos.

—He pensado durante estos días y no es a mí a quien debes dar seguridad de tus planes. No vivo bajo costumbres antiguas, acepto la modernidad de hoy día, pero debes reconocer que la forma en que os conocisteis no es muy normal.

—Siempre he sido sincero con Caris, mi gran error ha sido no contarle mis planes para verla, que nuestra relación fuese más física y eso ha traído malos entendidos.

Agnes lo escuchaba mientras servía café junto a unas galletitas de mantequilla y *cranachan*, se detuvo y lo observó por encima de sus gafas.

Conocía la historia de diferentes versiones y era hora saber la del español que tenía sentado en su cocina.

—Me gustaría saber por qué has vuelto de nuevo.

—Esa misma pregunta me la hago yo, me siento como un idiota detrás de una mujer que no aclara lo que desea y estoy cansado.

Creí que aceptaría sentarse hablar y se niega a hacerlo, mantiene los mismos fantasmas que termina por alejarnos una y otra vez.

—Las mujeres hoy en día quieren esconder sus verdaderos sentimientos con el orgullo —reflexionó en alto Agnes— y ahí está el error, al final de todo nos dejaremos llevar por nuestros corazones y no por la razón.

—Intento comprender, pero el límite lo está rozando, creo que una vez más perdí mi tiempo y será la última vez que lucharé por ella.

—Las relaciones de pareja no son fáciles—repuso Agnes.

—Entonces, moriré esperando.

Agnes sonrió con sinceridad a Miguel, aunque seguía sin entender cómo su nieta y ese español terminaron enamorándose. Lo único cierto es que estaba en Edimburgo y era la tercera vez que había derribado el obstáculo de distancia y precisamente por eso era digno de su admiración.

Reconocía que su familia era distinta, en cada generación existían historias inverosímiles, sin olvidar la suya propia. A su querido Elliot lo conoció de la manera más vergonzosa posible.

A su hermana menor le habían regalado un perro un poco juguetón, decidieron dar un paseo en *The Princes Street Gardens*, la estación en que estaban se prestaba a eso y el ambiente del parque los invitaba a disfrutar de la belleza natural.

Pero el perrito tuvo deseos de jugar un poco más, aumentó su velocidad hasta hacerla correr tropezando con Elliot, rodaron por el césped, quedando ella encima de él y aferrándose a su americana con los ojos cerrados hasta que la sonrisa de él la hizo reaccionar.

Tiempo después de ese primer encuentro, Elliot contaría a sus amigos cuánto tiempo estuvo aferrada a él, y que no quiso decir nada porque era la mujer más hermosa que había conocido.

Recordar su propia historia le ablandó aún más el corazón, el amor aparece de la forma que menos pensamos, y miró con consideración a Miguel.

—Ten fe—señaló Agnes—. ¿Has escuchado ese refrán de que la fe mueve montañas?

Miguel se pasó la mano por la cabeza, escuchar a la matriarca Cameron pedirle que tuviera fe, era como comprarse la bonoloto, cuando un millar de personas también lo ha hecho, deducía que había perdido el tiempo. Agnes vio el cambio de Miguel y se apresuró a seguir.

—Me gustaría dejarte claro que...—Su nieta pasó meses consumida en la tristeza y veía que ese joven sentado en su cocina tenía el mismo sentimiento que Caris pretendía esconder y sus ojos lo reflejaban.

—No debes insistir más, el ser humano tiende a darse cuenta que necesita cuando no lo tiene a la mano.

—¿Quiere decir que me vaya de la ciudad?

—Esa decisión te corresponde a ti—de reojo observó el reloj que tenía colgado en la pared y se aseguró de que Miguel entendiese sus palabras—. En media hora volverá a casa, si te ve aquí, seguirá creyendo que te tiene seguro.

Miguel arqueó una ceja, no podía creerlo, Agnes Cameron le echaba una mano. Era martes y le quedaba una semana para estar en la ciudad. Si seguía el consejo, podría tener la respuesta que tanto ansiaba.

—No debes olvidar que ante los ojos de los demás seguirás siendo el extranjero que ha querido arrebatarme a una de mis nietas.—Miguel curvó sus labios y Agnes le guiñó el ojo para luego acompañarlo a la salida.

—Apuesto cincuenta libras a que mañana por la tarde estará llamándote.

— ¡Qué poca fe tiene en su nieta! —Agnes rio a carcajadas.

—La conozco desde que nació y por eso sé que dará el paso mucho más rápido de lo que pensamos.

\*\*\*

Después de ese domingo de reencuentros, no volvió a ver a Miguel. Un mensaje de buenos días cada día por la mañana al que no contestaba, junto a un par de flores, era lo único que le indicaba que seguía en la ciudad.

El miércoles gimió llevando sus manos a la cabeza y es que, en un ataque de orgullo, había prometido a su prima que se haría la difícil sabiendo que era una actitud infantil. Deseaba despertar en brazos de su español sin importar la promesa que se hizo así misma meses atrás.

Y su presencia en la ciudad la dejaba a la deriva de las dudas, supuso que el caminar le haría despejar esas dudas y encontrar el valor para enfrentarse a la verdad y a sus sentimientos que la empujaban desesperadamente para salir del cajón donde los había metido.

Por el camino se imaginaba los pros y contras y todos eran borrados ante la inminente necesidad de estar a su lado y el temor a que decidiera irse. No podía seguir en esa disyuntiva, era la tercera vez que tenía la oportunidad en sus puertas y en ese instante, juró que sería la última vez que lo dejaría escapar.

Sin más excusas, sus pies la llevaron a casa de Lucas y tocó el timbre.

\*\*\*

Desde la conversación con Agnes, Miguel se había mantenido impasible, deseaba con toda su alma salir durante la noche, entrar por esa ventana que estaba abierta en el ático y llegar a la habitación de Caris para besarla hasta que se rindiera.

Para tratar de que la impaciencia no ganara terreno, trabajó un rato en su presentación para una entrevista y luego decidió cocinar y al abrir la despensa, intentó entender en qué momento su amigo se había pasado a lo ecológico.

Soltó un bufido, optó por alguna receta de la red con lo que encontró en la despensa. Escuchó el timbre, pensando en su malogrado experimento, corrió a abrir pensando que sería Julieta, la salvación al desastre que se avecinaba en la pulcra cocina de Lucas.

— ¡Hola! — dijo Caris viendo a un Miguel con una camiseta sin mangas, dejando entrever la parte baja de la tableta de su abdomen y tragándose un suspiro.

— Ho... ¡Hola! —respondió sorprendido, pensando que Agnes tenía razón con los pasos que daría Caris. Ninguno se movía debido a la sorpresa y los nervios, pero el olor a quemado llegó a la nariz de ella y fue la primera en dar el paso.

—Lo que sea que estés haciendo está quemándose.

— ¡Mierda! — Miguel corrió a la cocina y vio la humareda que salía de la cacerola.— ¡Hoy duermo debajo de un puente! —Caris evitó reír y los nervios se le aflojaron un poco.

—Desconocía esa faceta dramática de ti —Miguel sonrió.

—Debo darle alguna utilidad a mis sentimientos.— Alegó el español con guasa.

Caris se mordió el labio inferior, era inevitable no sonreír y antes de que viera el gesto en su boca, buscó una manopla para llevar la cacerola chamuscada al fregadero, abrió el grifo para que el agua hiciera su trabajo y la cocina se llenó de una extensa neblina gris que los llevó a toser sin parar. Miguel abrió las ventanas de la casa y Caris salió manoteando el humo que encontraba a su paso.

—Lucas te matará—indicó tosiendo.

—¡Que se ponga a la fila!—repuso el español—. Al parecer los hombres de esta ciudad tienen cierta preferencia por verme muerto.—Caris evitó sonreír y entró de nuevo a la cocina buscando algún ambientador para tapar el olor de chamuscado de la cacerola.

—¿Qué haces?

—Salvar tu vida, eres más interesante vivo que muerto.

Miguel sonrió, echaba de menos esas salidas de su pelirroja y Caris encontró la gran excusa para evaluar sus ideas. Era muy fácil creer que podía llevar a cabo lo que tenía planteado y a la hora de la verdad, era muy difícil explicar el por qué estaba ahí.

Una vez desaparecido el humo de la casa, se encontraron de nuevo frente a frente, debía dar el paso, lo sabía, pero no pudo y se refugió en una evasiva.

—Si no me equivoco estabas a punto de quemar la cocina.—Miguel sonrió de lado.

—No soy tan malo en ella, sucede que si encuentras productos que en la vida has visto es difícil saber usarlos.

Caris encontró la excusa perfecta, le daba tiempo a que la confianza renaciera y pedirle que no se fuera. Entró de nuevo a la cocina dispuesta a preparar algún aperitivo rápido y en el que Miguel fuera partícipe y cuando abrió la despensa su español la interrumpió.

—No encontrarás nada que tu estómago acepte con alegría.

—¿Qué quieres decir?—Miguel se acercó quitando toda distancia entre ellos.

—Lucas se ha vuelto ecológico— y señaló con el dedo la cantidad de productos que había dentro, Caris giró de inmediato.

—¡Ahh! Hablas de...—Miró la etiqueta del producto y abrió los ojos—¡Ensalada de algas deshidratadas! —Negó con la cabeza dejándolo a un lado, buscó otro y volvió a leer en voz alta.

—Azukis cocidos—siguió buscando—. Espiral de espelta integral, *Kuzu* biológico, *Shiritaki* de *Konja*. ¿¡Acaso se ha vuelto loco!?!— dijo riéndose.—Estoy segura de que lo ha comprado por Julieta — hizo a un lado los demás productos y metió todo su brazo dentro de la despensa.

—¿Qué haces?—preguntó desconcertado.

—¡Encontrar comida de verdad! —Alargó más el brazo y se puso de puntillas—. Lucas...— prosiguió la pelirroja— Lleva un año comiendo en el *pub* y no come precisamente *Kuzu* ni *Shiri* no sé qué.

Miguel no pudo contenerse y rio uniéndose también a la búsqueda de algún alimento con nombre normal que fuese comestible, dando las gracias a Dios de que su amigo siguiera comiendo comida de verdad.

Sin darse cuenta, sus cuerpos quitaron todo tipo de barrera y sus manos se juntaron dentro de la despensa. Se miraron y sacaron las manos entrelazadas.

—Miguel...—murmuró Caris. El español no quiso desaprovechar la oportunidad, su mano libre la puso en la espalda de ella empujándola hacia él y la besó.

Beso que fue correspondido de una manera ansiosa, Caris quería expresar todo lo que deseaba, pero no era la mejor manera volvería a caer en ese círculo vicioso y no deseaba eso para ninguno de los dos.

—No, así no.—Se separó con pesar. Miguel levantó la mirada al techo resignado, ya que por un segundo todo había cambiado

— No he venido hasta aquí para resolver nuestros problemas con un beso. —Caris pasó su lengua por sus labios mordiendo el inferior, muy nerviosa por lo que iba a decir, lo miró fijamente y cogió todo el aire que pudo.

— Necesito saber realmente qué deseas y no me digas que recuperarme, no es suficiente.

—A ti, te quiero a ti.

—Miguel...—Ella también lo quería, incluso iría más allá, lo amaba y quería pensar que su presencia en Edimburgo indicaba que también la amaba, respiró de nuevo y se sinceró.

—Hemos pasado por esta situación tres veces y no quiero sentir esa opresión en mi pecho cuando nuevamente cualquier malentendido nos separe de nuevo.

—Deja el miedo atrás— dijo el español con firmeza en su voz.— No me iré sin saber que eres mía

y que esté donde esté confíes en mí.

El miedo la invadió de nuevo, se iría de nuevo y eso siempre salía mal. Le dio la espalda para pensar a lo que acababa de oír, le urgía pedirle que no se fuera y no sabía cómo hacerlo, realmente era la primera vez que lo hacía, que se veía en esas vicisitudes.

Quería abrir las puertas de par en par al amor y no sentir más miedo ni creer que todo acabaría mal. Se giró con la firme decisión y en ese instante su móvil vibró.

Lo ignoró, dispuesta a emprender una nueva vida con ese hombre que esperaba una respuesta de ella y el móvil volvió a interrumpirla, resopló ante el insistente y en cuanto vio que era su prima, respondió.

\*\*\*

Miguel soltó un suspiro de resignación, el universo estaba en su contra, al escuchar el nombre de Julieta como si no hubiera sido suficiente cuando su pelirroja se alejó sin darle una respuesta, frustrado dio paso a una de sus tan repetidas preguntas, «por qué esa familia era tan entrometida».

—¿Estás segura? —Caris miró a Miguel con una pequeña sonrisa—. Se lo diré—cortando la llamada antes de que Julieta comenzara con una ronda de preguntas, lo miró arrepentida por no haberle dado la respuesta ante la llamada, lo conocía y estaba esperando ansioso, pero no sabía cómo abordar el tema de nuevo.

—July acaba de pedirnos auxilio. —Miguel bufó.

— ¿Por qué los Cameron tienen la manía de aparecer cuando no los llaman? —Caris alzó una ceja y Miguel no se arrepintió de que su lengua fuera más rápida que su mente.

—Te recuerdo que soy una Cameron.—Miguel se cruzó de brazos.

— Y MacArthur...—respondió en forma de burla.

—Que está dispuesta a confiar ciegamente en ti.—Miguel dejó de sonreír.

Volviéron a mirarse, Caris retorció sus manos y el español vio cómo en sus ojos se acumulaba lágrimas reprimidas y dejó que prosiguiera desnudando su alma.

— Quiero creer que en el momento que acepte, lanzarme al vacío no sea un sueño. Sé que he sido egoísta, testaruda y cobarde, incluso venía tan dispuesta y al verte el temor a dar el paso volvió.

Y es que parece ser que me empeño en destruir lo que comenzamos, siempre termino metiendo la pata. Digamos que no estoy acostumbrada a que un hombre sea tan persistente.

Curvó su boca y fijó la mirada a la nada

—Estoy segura de que nunca ha pasado, un par de llamadas de Duncan ha sido lo único que he conocido de la persistencia de un hombre.

Creí que era la mejor decisión de mi vida y el resultado fue quedar varada en una estación de tren bajo cero.

—¿Qué?—Preguntó desconcertado Miguel, atónito ante la confesión de su pelirroja. No era una mujer fácil, pero ninguna se merecía ser menospreciada y menos la suya. Se arrepintió en ese instante de no haberla escuchado, tantas veces quiso que lo supiese y se negó a ello.

Recordó una de las tantas conversaciones que tuvo con Mónica, pidiéndole que abriera los ojos a las palabras escondidas.

Tal vez era tarde, negó mentalmente, esperar, esa mujer estaba mostrando sus sentimientos, su alma y ansiaba cerrar ese capítulo negro de su vida.

Si deseaba formar una vida con ella, debía conocer cada uno de sus temores y si eso lo llevaba a pasar la noche entera escuchándola lo haría.

—Dime que ese hijo de puta no te abandonó en una estación.

Y se dio cuenta de que aquel no era peor que él. También la había dejado en un parque sin darle oportunidad a explicarse y se sintió miserable dejándose llevar por el enfado y el orgullo. Sin embargo,

ahí estaba y si tenía esa última oportunidad, era gracias a esas desafortunadas situaciones que le dieron una lección y juró desde ese momento que nunca volvería a hacerle daño.

— ¡No! — respondió enseguida Caris—. Mi maldita lengua no pudo contenerse —avergonzada por lo que iba a contar se alejó un poco.

Tropecé con un hombre que resultó ser su tío, le grité que tenía que ser McGregor y que todos se creían únicos en el mundo cuando era unos simples mortales a excepción de *sir* Ewan y antes de que me echaran o me detuvieran por escándalo, me bajé del tren.

Miguel mantuvo su mirada en ella, era la única chica que había conocido con experiencias muy raras y eso de alguna forma los mantenía unidos, ya que él no se quedaba atrás. Abrió los brazos para recibirla y Caris se refugió en ellos dejándose envolver.

—Miguel Alarcón, ¿qué has hecho para que caiga rendida a tus pies?

—Desprenderme de mi *Mihulk*.

—¿Qué?—Miguel intentó no soltar la carcajada y no pudo, Caris dejó de abrazarlo esperando una respuesta.

— ¿Qué es tan gracioso? —Miguel sonrió de lado y acarició su rostro.

—Acabo de darme cuenta que eres y serás la mejor aventura que he tenido y espero que dure toda la vida.

Y me pregunto si quieres seguir en ella, no puedo ofrecerte una vida llena de felicidad, porque no tengo ni idea de qué nos depara el futuro, pero te quiero, estoy loco por ti y te quiero en mi vida, el tiempo que sea, si es posible hasta que muera.

La pelirroja acortó las distancias, sus respiraciones se mezclaron y Miguel volvió a envolverla con sus brazos besándola con ardor y ternura. La alzó y la sentó en la repisa de la cocina, desechando todos los productos ecológicos y deleitándose en su boca.

No quería tentar a la suerte, dejaría que ella siguiera dando los pasos necesarios para tenerla junto a él. Tenía que tener paciencia y como siempre le decía a Mónica, paciencia tenía de sobra o al menos eso creyó escucharle alguna vez.

Una explosión de emociones surgió del interior de Caris y es que ese sentimiento que entró en su vida cuando se vieron por primera vez y que había negado, salió para demostrarle al mundo cuánto quería al hombre que apareció en su vida inesperadamente.

No sería fácil para ella, pero tenía que creer en él y en lo que su corazón quería.

Miguel paseaba sus manos por todo su cuerpo, ella ronroneó a la tortura de besos que tuvo a continuación.

—Créeme, Miguel — dijo buscando palabras exactas— que estas torturas tendrán una venganza y te arrepentirás eternamente.

Caris se deshizo de la camiseta de él y con el tacón de zapato lo empujó más hacia ella. Miguel sonrió ante esa deficiente amenaza. Se deshizo de su suéter para sentir su piel, pero la blusa burdeos que llevaba no lo ayudaba mucho.

—Juro que esto que traes encima lo quemaré en la primera hoguera que encuentre. —Ella rio y sintiéndose más atrevida que nunca, acomodó la pelvis rozando su miembro.

Miguel levantó una ceja ante las intenciones de su pelirroja y con más ahínco desabotonó la blusa, mientras Caris acariciaba su espalda enterrando sus uñas, ante los besos y caricias que le otorgaba y olvidando dónde y a quién pertenecía el piso, que entró a la cocina sin saber que interrumpiría la reconciliación.

—¡ Oh, Dios! —Protestó Lucas alzando las manos— ¡No me tortures más! —El español y la escocesa detuvieron su pasión con la vergüenza en sus rostros.

— He tenido que ver a Julieta cómo se daba el lote con Pablo y llegar a casa para ver porno familiar— resopló dramáticamente.— ¡Siento como si cometiera incesto! —Miguel se giró ofuscado y miró de lado a Caris.

— ¡Y piensas que soy dramático! — Caris se bajó de la repisa abotonándose rápidamente la blusa, negando las tonterías de su primo.

— No puede ser que ni en mi templo tenga la paz que necesito.— Caris, al escuchar su queja y verlo de reojo, no supo si lo decía en serio y decidió comenzar aguijonearlo.

—Me parece que tienes los conceptos mal desarrollados o tu mente sádica no te deja pensar. — Fingía estar ofendida, pero así recaían las miradas en Lucas, ya que odiaba haber sido pillada de esa manera.

Se acomodó la ropa y fue al salón, dispuesta a seguir chinchando a su primo, lo que no se imaginó que el más traidor de todos hiciera su aparición. Su estómago protestó dejándola en peor situación.

La sonrisa que intento ocultar Miguel la vio la escocesa, ganándose un codazo por parte de ella, que en vez de hacer que se quejase terminó en una gran carcajada.

— ¿Cómo puedes burlarte ante las necesidades del ser humano? —Se quejó la pelirroja con la cara totalmente ruborizada.

—No me burlo de las necesidades del ser humano, me burlo de tu pequeño gruñón —lo señaló con la boca sin ningún disimulo. — Lo echaba de menos.

—Es mejor que me vaya—dijo cabreada ante semejante burla, encontrando el pretexto ideal para desaparecer. — Es muy triste que te burles de mis órganos funcionales.

—Al contrario, me gustaría seguir deleitándome en algún que otro músculo y órgano de tu cuerpo.

— ¡Dejad de ser tan pegajosos! —protestó Lucas tapándose la cara—. Debería irme una temporada a la isla de *Mull*, recorrer los bosques hasta llegar al castillo de *Duart* y gritar que debí ser un McLean, no un Cameron —suspiró cansado, y los miró.— Demasiada cursilería en el ambiente termina siendo vomitivo.

—Lucas, te has ganado el premio al dramático del año —se mofó Miguel—. ¿Qué tal si te hacemos algún perfil en sitios de encuentros? A ver si consigues una mujer que pueda soportarte.

Lucas se cruzó de brazos y se le quedó mirando uniendo su entrecejo, pensando cómo devolver ese golpe. Caris pensó que de verdad estaba enfadado, pero la comisura de sus labios le indicó lo contrario.

— ¿Cómo July puede mantener una conversación con vosotros? — Se miraron y rieron a carcajadas. Caris volteó los ojos, jamás entendería a los hombres.

—No pienses mal—señaló Miguel acercando a la escocesa de un tirón del brazo—. ¿Tienes alguna objeción en que, por fin, sea mi pareja? — Preguntó el español a su amigo, que dejó de reír y negó con la cabeza.

— No la tengo — su respuesta no terminaría ahí, aprovechó la oportunidad para darles un consejo, reconociendo que era el menos indicado para darlos—. Siempre y cuando dejéis ese comportamiento que habéis tenido a lo largo del año pasado y por el que estuve a punto de perder la vida varias veces.

— ¡Eres de lo peor! —Repuso Caris sorprendida de quién venía el consejo—. Te he salvado el trasero varias veces, incluso de los hermanos de Leslie.

—¿Por qué la vida me hace pasar por esto? —Respondió Lucas. — Tener que ver cómo otros disfrutan...

Quería evitar cualquier tema que lo llevase a Leslie y volvió a centrarse en ellos, Caris suspiró, volteó los ojos y se sentó al lado de Lucas, cogiéndole el brazo y luego fijó sus ojos en Miguel.

— Deseaba contarle a toda la familia mi decisión, no que se enteraran por separado. Lucas se merecía saberlo junto al resto.

— ¿Y qué importa lo que piense Lucas? —dijo guasón el español.

— ¡Estáis hablando de mí! —Protestó—. Acabo de sentirme como un puñetero cero a la izquierda, será que existen de verdad los mundos paralelos. —De nuevo Caris veía que estaba tomándole el pelo y comenzaba a cabrearse.

— ¡Por favor! — Suplicó. Si Lucas seguía tomándolo a guasa, terminarían discutiendo y no deseaba eso—. Eres como mi hermano y quiero que entre nosotros no existan más secretos, es por eso que deseo contárselo a todos, no quiero más secretos.

Miguel se cruzó de brazos y recostó su cuerpo en la pared, tampoco quería más enredos con los Cameron y menos cuando había conseguido el apoyo de Agnes.

—Nadie me apartará de ti y eso te lo puedo jurar, así como tampoco tienes que ocultar nuestra relación— respondió para darle seguridad a la pelirroja, quería que se diera cuenta que ahora eran uno, pero el estómago de Caris volvió a crujir.

— Bueno, el único que puede separarnos es ese —dijo señalando el vientre de Caris.

— ¡A veces eres tan capullo! —Protestó la pelirroja avergonzada nuevamente, Miguel volvió a reír y le guiñó el ojo.

Quería dejar zanjado ese tema y que Lucas comprendiera que estaba agradecida por su apoyo en todo momento.

— Sé que has tenido que dar la cara por nosotros en un par de ocasiones, ya no tendrás que hacerlo. —Lucas sonrió y la atrajo a él.

— Créeme que lo he hecho porque eres demasiado frustrante para mi gusto.

— No te pases —advirtió Caris a Lucas, que se carcajeó ante la mala mirada que le otorgó.

Lucas no sabía expresar la alegría que sentía al verlos juntos, el paso que estaban dando volvería a poner el mundo de los Cameron de cabeza, pero demostrarían que de los errores podían encontrar una oportunidad, y ellos se lo merecían sin lugar a dudas, lo que lo llevó al siguiente punto.

— ¿Y bien? ¿Cuándo contaréis a Charles vuestra decisión? Quiero estar presente cuando te rete a un duelo.

*Según la ciencia: Los imprevistos del amor son causados por los mismos sentimientos que nacen en las relaciones.*

## CAPÍTULO 22

—Charles no lo retará —aseguró Caris—. Es hora de que se entere que el mundo está compuesto de gente racional.—Lucas soltó una carcajada.

—Ahí está vuestro problema, Charles no lo es — respondió con la ironía habitual de los Cameron. Se levantó rumbo a la cocina y gritó.

—¡Qué coño ha pasado aquí! — Miguel se frotó la nuca y miró a Caris.

—Hemos olvidado la cacerola chamuscada...

Al día siguiente, Miguel comenzaba a tener indicios de arrepentimiento ante la promesa de esperar hasta el domingo. No por enfrentarse con el resto de los Cameron, tenía que significar no poder estrecharla en sus brazos y que amaneciera a su lado.

Por el momento no tenía una reconciliación como debía, y tener que esperar, lo que se convertía en otra prueba más de paciencia.

Aceptó por compromiso la cena que Julieta pidió que fueran, quiso inventar cualquier pretexto, pero si lo hacía tendría que darle una buena explicación a su pelirroja, así que no tenía más opción que ir.

Durante el camino, Caris entrelazó su mano con la de él y sorprendentemente terminó robándole un beso, dejándolo tan desconcertado, al punto de creer que descubriría a una nueva mujer. Sin embargo, cuando llegaron a casa de Pablo, su pelirroja cambió la actitud para guardar las apariencias.

Creía en un principio que era un juego entre primas, una forma de poner al límite su paciencia, pero no, no lo era. Como tampoco el escoger esa ropa que llevaba sus pensamientos, que se llenaron de miles de imágenes de cómo y dónde podría hacerle el amor.

Entendió la ferviente necesidad que tenía Pablo por estar a solas con Julieta, no tenía que decirlo, sus gestos y comportamiento hablaban por él. Suspiró pensando que su noche terminaría de nuevo en una larga ducha.

La noche anterior Caris deseó quedarse en casa de Lucas para seguir lo que había dejado a medias, pero sabía que no era conveniente y eso le estaba costando. Esa noche tuvo un sueño erótico tan verídico y culpó a las ansias de estar con Miguel.

Se armó de paciencia ante su ferviente necesidad y se centró en la cena a la que fueron invitados. Llegó tarde por culpa de la indecisión de qué ropa ponerse, se decidió por una camiseta y pantalón ceñido que delineaba todo su cuerpo.

Una crueldad por parte de ella, pero quería ver como los ojos de su español ardían de deseos, quería sentirse sexy, olvidando que Miguel también tenía su sex-appeal. En cuanto lo vio con esa camisa de leñador, al pensar en sus fuertes músculos, hizo que se sonrojara. En un ataque de osadía, le robó un beso, queriendo devolvérselo y terminar lo que dejaron a medias el día anterior.

Una vez en casa de Pablo, debía distanciarse a pesar de que de vez en cuando se lanzaban miraditas. Pablo trataba de avanzar y su prima retroceder y eso no era nada bueno para ninguno.

Miguel se dio cuenta de las dudas de Julieta y volvió a maldecir a ese tipo que fue su amigo y se burló de ella.

Se compadeció de Pablo, si tuviera la oportunidad de hablar le daría algunos consejos de cómo llegar al corazón de las Cameron.

Pero esa noche tenía otras preocupaciones, la primera consistía en prepararse para enfrentar a ese obtuso de hombre que tenía como cuñado y conociendo los excéntricos que podían ser los Cameron, eso de que Charles lo retase a un duelo entraba en la quiniela de que fuese verdad.

Su otro problema aún más frustrante era mantener la compostura ante las ganas de llevar a su pelirroja al baño y saciar sus ganas de hacerle el amor, pero el ambiente cambió cuando otra botella de vino fue descorchada para beneficio de todos y salió a relucir la anécdota del aeropuerto.

Julieta ese día le había confirmado cuánto se sentía atraída por Pablo, trató de llamar su atención de alguna forma y terminó llamando la atención de Miguel de una forma vergonzosa. Definitivamente, ese viaje había creado una conexión íntima y lo reflejaron al mirarse el uno al otro dando paso a las carcajadas y dejando que volara la imaginación hasta sus respectivas parejas.

Mientras tanto Caris observaba cómo Pablo miraba a Julieta con devoción, eso la enterneció e hizo que su mirada recayera en el hombre que amaba, pensando cuántas veces la había mirado de esa forma, el español disimuladamente le guiñó el ojo y corroboró que esperar al domingo era mucho tiempo.

Dejaron a Julieta en casa de Lucas, confundidos ante esa decisión inesperada, una vez más comprendieron que seguían sin dar el paso definitivo. Miguel quería pasar más tiempo con su pelirroja y era el momento ideal para dejarla en casa de Agnes.

Caris fue la primera en romper el silencio que les acompañaba, necesitaba de alguna forma sentir sus labios en su piel y se lo insinuó, Miguel sin pensarlo la estrechó y la besó con la boca abierta, haciendo crecer la tensión sexual entre ellos.

— No sé si podré mantener mi promesa —dijo entre dientes Miguel besando su cabeza.

— Si lo hacemos juntos, lo lograremos. —Miguel soltó una bocanada de aire, ella devolvió el beso de forma dulce y caminaron de nuevo en silencio.

Un silencio que a ninguno le pareció incómodo y que de vez en cuando iba acompañado de un arrumaco hasta llegar a la entrada principal de la matriarca Cameron.

—Te invito a una copa.

—No quiero que tu abuela me denuncie.

—No me hagas sentir culpable— respondió Caris—. Agnes no está y por la hora que es, no volverá.

— ¡Vaya con la abuela! —Caris lo reprendió con la mirada y el español sonrió—. Es mejor que nos despedamos, no quiero hacer nada de lo que me pueda arrepentir.

—Está bien— indicó con tristeza la pelirroja—. Me gustaría que quedáramos mañana para comer en algún restaurante del centro, en la noche será difícil, es noche de micro *open* y el *pub* estará repleto.

—¿Y qué te parece si me invitas al *pub*?—Caris dudó, no sabía si estaba dispuesta a forzar un encuentro con Charles.

Pese a eso, lo que sentía por Miguel le ayudó a encontrar la respuesta.

—Eres bienvenido y desharé cualquier macabro plan que se cruce por la mente de mi gemelo.

— ¿Cómo poner mi cabeza como diana? —Caris curvó sus labios, acarició su rostro y le dio un beso casto.

—Como poner tu cabeza en una diana—afirmó con una sonrisa de disculpas—. Buenas noches.

Miguel la acercó de nuevo y volvió a besarla hasta dejarla sin respiración. Caminaron a tropezones hasta el salón, su cuerpo necesitaba ser besado por ese hombre y se dejó llevar.

Él metió su mano por debajo de esa blusa negra con escote que había incendiado la imaginación del español toda la noche, Caris soltó un leve gemido ante la caricia, abrió los ojos y Miguel se detuvo.

—¿Quieres que pare?—Negó con la cabeza, mirando esos ojos verdosos que tanto le gustaban.

—Te necesito, no sabes cuánto.

El español no perdió tiempo y se deshizo de todos los obstáculos que había entre ellos.

Si bien, la noche anterior fueron interrumpidos, esta vez nadie lo haría. Rompían la promesa que había acordado, tal vez por unas horas, y una vez más, agradeció a los astros por volver a tener en sus brazos a su pelirroja.

\*\*\*

La noche anterior fue una liberación para Caris, necesitaba sentir el cuerpo de Miguel junto al suyo, sus caricias, sus besos y demostrarle a él cuánto lo amaba.

Sin embargo, esa promesa que le hizo a su prima de ir a una nueva cena y esta vez con James Cameron como apoyo moral, era mucho más de lo que podía soportar y es que escuchar una y otra vez a su tío James querer dirigir la vida de sus hijos le daba ganas de levantarse y decirle cuatro verdades.

Se mantuvo en silencio contando los minutos para hablar con Charles, su hermano lo primero que hizo al verla, fue advertirle sobre Miguel de manera dura y fría. «Si ese *sassenach* pone un pie en el *pub* lo echaré a patadas delante de toda la peña».

Caris no iba a permitir que fuera menospreciado, trató de defenderlo y también de advertir a Charles, pero en cuanto su hermano vio a su tío, inició una conversación sobre un futuro proyecto en Durness.

Ese día apenas comenzaba para los Cameron, Pablo había desaparecido dejando a una Julieta preocupada y llena de dudas, lo poco que pudo hablar con su prima no era bueno e intuía que la noche no mejoraría si Pablo no aparecía. Viendo el panorama de su noche, era mejor pedirle a Miguel que no pasara por el *pub* y le envió un mensaje.

\*\*\*

Ese *sms* tiraba a la basura todo lo vivido la noche anterior. En la madrugada al despedirse Caris volvió a pedirle que se pasara por el *pub*, encontraría algún pretexto para escaparse y sintió que por fin, todo iba por buen camino y ese mensaje que acababa de recibir lo dejaba sin palabras.

Llamó a Lucas para preguntar qué había sucedido, durante el día escuchó a Julieta quejarse sobre la cena con su padre y cuando Lucas volvió a casa a cambiarse, la culpó.

Según él esa cena era una reprimenda de su padre hacia ellos, no tenía que ser adivino para saberlo, y lo que menos necesitaba en ese instante era que le reprocharan cómo giraba su vida. Sin embargo, cuando llamó a su amigo para que despejase las dudas, no obtuvo una respuesta certera.

— ¿Qué coño ha pasado ahora? —Exasperado gritó en casa de Lucas, necesitaba saberlo y decidió ir.

Su instinto le indicaba que su peculiar cuñado era el causante del cambio repentino de su pelirroja, y en cuanto entró, fue directo a la barra. Era un suicidio, ya que todos conocían su rostro gracias a la diana que estuvo por meses en el local. Antes de preguntar y que el barman se quedara mudo al verlo, escuchó su nombre.

\*\*\*

Caris no salía de su asombro en cuanto vio a Pablo aparecer con otra mujer en el *pub*, y la cara de su prima ayudó a que su rabia aumentara. Había creído que sentía mucho más que una atracción por Julieta y se había equivocado.

La situación que su prima vivía le traía amargos recuerdos, se reprochó por no tener un ojo clínico con Pablo, aunque nunca lo había tenido, pero ver a Julieta destrozada por la humillación y tan enamorada le partía el corazón.

\*\*\*

En cuanto escuchó su nombre se encontró a Pablo cabreado y sus dudas fueron despejadas cuando vio a Julieta coqueteando con otro. Las piezas no encajaban y su sorpresa fue a más, cuando una

desconocida subió al escenario dedicándole una canción a Pablo.

«En qué mundo paralelo me he despertado», se preguntó. Deseó matar al hombre que estaba a su lado, no obstante no era necesario ensuciarse las manos en un país que no era el suyo, Lucas y el resto de los Cameron se encargarían.

\*\*\*

Caris olvidó el enfado que tenía con Charles, en esos momentos tenía que vengar a su prima como fuese. Ella había sufrido una humillación parecida y fue un duro golpe para su autoestima, no iba a permitir que sucediera lo mismo con la dulce Julieta, tragándose su orgullo corrió al otro lado de la barra para pedirle ayuda a Charles.

Enfurecidos los maldijo, supuso que no solo se refería a Pablo, decidió ignorarlo, porque lo necesitaba, pero luego hablaría seriamente con él.

— ¿July, dónde está?—Retorció sus manos, crujiendo cada uno de sus dedos, Caris la señaló a lo lejos con un dedo, era difícil de ver y le aclaró.

—Está con unos amigos, tenemos tiempo suficiente para actuar.

—¡Las pagaré!—espetó Charles con una sonrisa que ella conocía—. No dejes que July se vaya, yo me encargaré.

La pelirroja asintió y desapareció entre la multitud para tropezarse con el que menos pensaba, Miguel. Sin dejar que se marchara el español la cogió de un brazo.

— ¿A dónde vas?

—Cariño, ahora no puedo.—Miguel abrió los ojos.

— ¿Me has dicho cariño?

Caris se detuvo ante la pregunta, no podía justificarse y tampoco contar lo que su hermano estaba ideando. Se despidió con un beso en la boca y otra palabra cariñosa esquivando magistralmente cualquier explicación que le pidiera, ya tendría una gran reprimenda de su parte luego.

Estaba totalmente sorprendido por lo que pasaba esa noche, todos se comportaban de forma extraña. Miguel podía jurar que lo que acababa de ocurrir era un paso a su nueva vida, era la primera vez que Caris hacía un gesto cariñoso en público y en zona peligrosa.

Nada cuadraba en la vida que hasta esa mañana había vivido, todo era sacado fuera de contexto, se dejó de cuentos, sin ninguna duda algo tramaba y no se equivocó.

Minutos después vio cómo Julieta se vengaba con un lamentable espectáculo, a su cuñado junto a su pelirroja chocando las manos como adolescentes. Se preguntaba cómo habían sido capaces de entrometerse de esa manera, negó con la cabeza y giró para irse del lugar.

Por múltiples explicaciones que le diera, no comprendería qué sentido tenía esa lamentable actitud.

Definitivamente, tenía que ser un mal sueño y a pesar de no estar de acuerdo con la actuación de los Cameron, alguien tenía que poner en su lugar a Pablo.

Y cuando se disponía a ir vio que el siguiente en la lista de Charles sería él. La amenaza desde lejos se lo indicó y no le quedó de otra que pensar que su cuñado era un gilipollas de mucho cuidado.

Trató de adivinar qué quiso decirle, se pasó la mano por el pelo y esperó saber si sería capaz de echarlo del lugar. Era hora de enfrentarse a ese idiota.

\*\*\*

Caris vio cómo Charles cambiaba su rostro, siguió los gestos amenazantes y a quién iban dirigido, no iba a tolerar que lo tratase así.

— ¡Déjalo en paz!—advirtió con contundencia.

— Le doy diez minutos para que su puñetero trasero lo saque de aquí.

—¡No se irá!—Con rotundidad respondió Caris. Enfrentarse a su hermano ese día no estaba en sus

planos y menos cómo la miraba atónito.

— ¿Crees que no hablo en serio? —repuso retándola—. Por tu bien, tiene diez minutos para largarse de mi *pub*.

Delante de todos lo señaló, así Miguel se aseguraría de que el motivo de su enfrentamiento era él y su dedo se dirigió a su hermana al segundo, gesto que alteró a la escocesa.

—¡Eres un hijo de puta! —Charles levantó una ceja y la miró con rabia y ella se arrepintió, nunca había llegado a insultarle de esa forma, sin embargo, le dolía que fuese tan despreciable.

— Este lugar es mío también, ¿o también debo recordártelo?

La ignoró, dejándola a un lado del escenario. No iba a consentir ningún otro insulto, ni discusiones sin sentido por los caprichos de su gemela.

Entró a la oficina pensando en cómo patearle el culo a ese español que tanto daño había hecho a su familia. Convencido de que su hermana estaba ciega y que volvería a dejarla, tenía que pensar cómo deshacerse de él, era consciente de que había prometido mantenerse al margen en cuanto a sus relaciones, pero para Charles, Miguel era una excepción.

Caris se quedó de piedra, el mutismo de su hermano la había dejado con la palabra en la boca y estaba muy harta de que pensara que tenía la razón y que era el dueño de todo, hasta de su vida. Charles de nuevo rompía la promesa, ambos habían cruzado el límite y era el momento de que se enterara de lo que realmente iba a pasar en adelante.

Miguel observó pacientemente, reprimiéndose en darle una buena tunda a ese escocés que tenía por cuñado. Vio cómo se dirigieron a la oficina y los siguió, no iba a hacerse a un lado mientras ese idiota seguía sin aceptar su relación.

Charles llegó a preguntarse si su familia tenía algún imán para atraer a los extranjeros, frustrado ante ese enfrentamiento, sacó su móvil del bolsillo de la camisa y llamó a su primo Collins, Caris entró a la oficina y lo escuchó.

— Pensad en cómo podemos deshacernos de ese mal nacido, quiero verlo fuera de Escocia lo antes posible.

—¿Charles? —Horrorizada y decepcionada ante lo que escuchaba, siempre había pensado que su hermano era un bocazas, ayudaba a sus amigos y siempre le había cuidado desde pequeña, pero nunca había imaginado que llegase a eso.

—¿Qué haces aquí?—Bramó el escocés al verse descubierto—Me echaste en cara que este también es tu *pub*, ¿por qué no vuelves y atiendes al público o esa parte me toca solo a mí?—Caris apretó sus manos de rabia.

—¡Estoy cansada de tus manipulaciones! ¿Con quién demonios hablas?

—Eso no es tu problema —respondió escuetamente Charles. Caris dio unos pasos y de un zarpazo le quitó el móvil y su hermano maldijo en alto.

—¿Collins?—Preguntó en cuanto vio el número en la pantalla del móvil—. Más te vale que no metas las narices en los problemas de los Camerón.

Cortó la llamada, fijó su mirada en su hermano, dolida, podía jurar que se le había ido la olla y durante esos segundos en que ninguno habló, supo que debía ser clara y concisa.

—Es la última vez que te metes en mi vida.—Escuchar a su hermana hablar tan fríamente lo hizo retroceder a todo lo que tenía pensado decirle.

—Terminarás dándome la razón.—repuso señalándola. Caris sonrió y negó con la cabeza.

—Había olvidado que eres *míster* perfecto.— Ironizó. Charles no cayó en la provocación, era vital que se diera cuenta del error que para él nuevamente iba a cometer.

—Cada vez que aparece terminas llorando, él no dejará su país por ti y tú no dejarás Escocia por él.

\*\*\*

Miguel alcanzó a escuchar parte de la conversación y se mantuvo a la espera de la respuesta de Caris, estaba dispuesto a enfrentarse a medio mundo y ella no respondió.

Intuyó que Caris había cambiado de tema para no seguir discutiendo y decidió que era momento de irse del *pub* antes de sacar conclusiones y mandar a todos los Cameron a la mierda.

Su pelirroja le había pedido esperar hasta el domingo y aunque en ese instante comenzaba a dudar, lo haría. Lo único que deseaba era que las dudas de ella no volviesen y salió del lugar como entró, en silencio.

\*\*\*

Caris comprendió que su hermano no hablaba de ella. Se refería a él y a esa chica, aunque nunca llegó a presentársela, acababa de darse cuenta cuán importante era en la vida de Charles y le dolió que no confiase en ella.

— Ni siquiera es por mí —respondió la pelirroja evitando que de sus ojos brotaran lágrimas de decepción. Charles abrió los ojos sintiéndose por primera vez vulnerable.

Había dado en el clavo, ante el silencio de su hermano vio que no quería afrontar su realidad y prefería criticar sus decisiones. Sonrió para sus adentros al darse cuenta de que Charles era el peor consejero en cuanto a relaciones.

—El orgullo es el peor consejero, si nos equivocamos asumamos nuestros errores, incluso si esos errores vienen de la persona que sea.

Si para ti es un error el que me haya enamorado de Miguel, es mejor que comiences asumirlo, así como asumir nuestro propios errores, no te hace ser menos estúpido.

Entiende de una vez que no lo dejaré ni por ti ni por nadie y en menos de lo que piensas pasaré a ser una Alarcón.

— ¡Sobre mi cadáver!—siseó Charles viéndose acorralado.

— Entonces, será sobre tu cadáver.

El móvil, que aún estaba en su mano, se lo devolvió, golpeando en el pecho de su hermano.

Recogió su bolso evitando que la viese llorar y salió dando un portazo. Algún día comprendería qué era lo que realmente la hacía feliz.

Según la ciencia: la telepatía entre pareja es real.

## CAPÍTULO 23

Miguel vagó durante una hora encerrado en sus pensamientos y cuando se sintió cansado entró al primer bar que vio abierto. No quería volver a casa de Lucas aún y si era posible en toda la noche, aunque la realidad era otra, no tenía dónde dormir, era un extraño en esa ciudad y le dio la razón a Charles.

—¡Aye, Pal![\[17\]](#)

—Hola— respondió desanimado—. ¿Puedes darme una copa de tu mejor bebida?

—¿Problemas? —Miguel sonrió sin ganas—. Entonces creo que debería probar nuestra bebida estrella. — El joven se alejó y regresó con un vaso lleno de un líquido de color naranja.

—¿Qué es eso?

— *Irn Bru*, te ayudará a levantar el ánimo. —Miguel frunció el ceño y cogió el vaso bebiendo del tirón.

— ¡Sabe a rayos! —El joven lo miró sonriendo—. Es como si me hubiera tragado una bola de azúcar.—Protestó el español.

—Me sorprende que estés en la ciudad y no hayas probado *Irn Bru*.

—Mis amigos escoceses optan por otro tipo de bebidas para saber si eres digno de estar en Escocia. —El barman lo miró unos segundos tratando de entender qué escondían esas palabras.

—Entiendo que te canse ver cómo nos sentimos orgullosos de nuestra tierra, nuestros antepasados han pasado mucho y luchado con uñas y dientes.

Pero es un pecado de esos amigos olvidar ofrecerte *Irn Bru*, de lo que también nos sentimos orgullosos.— Miguel rio.

—No hace falta que me recuerdes de que os sentís orgullosos, me he dado cuenta de eso y también de cómo algunos se lo toman a pecho siendo muy obstinados.

—¿U obstinada querrá decir? —Miguel negó con la cabeza.

—En mi caso es una familia entera. —El joven abrió los ojos y alejó el puño de su camisa, vio la hora y luego miró a Miguel.

—Me parece que necesitas que alguien te escuche, en treinta minutos cierro.

—No es necesario que pierdas el tiempo conmigo, mi destino está atado a esa familia.—El joven levantó una ceja desconcertado y sonrió ante el extranjero.

—A los escoceses nos han enseñado a tender la mano cuando alguien lo necesita.

Miguel quiso reír recordando a la matriarca Cameron, tal vez dentro de unos años contaría dónde había acabado una noche en Edimburgo. De nuevo su móvil vibró, se percató de que era Caris y le envió un mensaje.

—*Mi pelirroja, necesito pensar. Te veo por la mañana.*

Apagó el móvil y esperó pacientemente al joven escocés.

Los temores comenzaron a invadir a Caris, necesitaba saber por qué se había ido sin esperarla y por qué no quería hablar con ella, resopló y frustrada se fue a la cama rogando que no hubiese cambiado de parecer.

\*\*\*

—Aún no nos hemos presentados como se debe, soy Drew—estrechando la mano el escocés cuando

volvió junto a Miguel.

—Miguel.

—¿Español?

—Sí.

—Algún día conoceré España—repuso Drew.

—Cuando decidas ir, avísame y te ayudaré en lo que pueda.

Drew afirmó sonriente y lo invitó a una última copa en su casa. Miguel se negó en un principio, pero el escocés insistió hasta convencerlo.

Subieron al coche y le explicó que vivía con su mujer y su hija y que su trabajo era momentáneo, necesitaba tiempo para un proyecto que lo ayudaría a crear su propia empresa. Miguel le dijo que era diseñador de programas y mantuvieron la conversación el resto del camino. Llegaron a la casa, Drew le ofreció *whisky* y el español comenzó a contar su historia.

Para Drew era la historia más alocada que había escuchado en su vida y aconsejó a Miguel que no se rindiera. Si era preciso lo ayudaría, algunos solían soltar esas bravuconadas, pero nunca llegaban a más y le enseñó algunas palabras para futuras respuestas, sabía que Miguel necesitaba desconectar y lo invitó a quedarse.

Lo llevó a la habitación que usaba como estudio y que tenía un sofá cama para cuando cambiaba el turno y se quedaba hasta tarde preparando su proyecto, le dio una manta que lo abrigara y una pequeña almohada y por último lo aconsejó que descansara, en unas horas lo vería todo de diferente manera.

Miguel durmió poco, a su mente solo venía una y otra vez el recuerdo de la conversación de los gemelos Cameron.

Al abrir los ojos se encontró con un par de ojos azulados como el mar, acompañado de una maraña de pelo rojizo y una extraña mirada. Parpadeó varias veces jurando que era un sueño.

La niña lo miró fijamente indagando quién era el hombre que estaba en el sofá cama de su padre. Sacó de la nada un estetoscopio de juguetes y se lo puso en el pecho, seguidamente, sacó una jeringuilla de colores vivos y se la puso en su brazo apretando más de la cuenta y Miguel se quejó de inmediato.

—¡Desde pequeñas aprendéis a desangrarnos! —La niña hizo un mohín y volvió a pincharlo con más ahínco.

—¡Me cago en la...!—No pudo terminar la frase cuando la pequeña pelirroja lo dejó sin palabras.

—¡Cepíllate los dientes! ¡Te apesta la boca!

Por un segundo creyó ver a Caris de pequeña y comprendió que debía seguir insistiendo con su pelirroja. Tenía que llamarla, decirle cuánto la quería, que jamás se cansaría de besar y perderse en su cuerpo y sobre todo cuánto deseaba tenerla a su lado, toda la vida si fuera posible.

Ver esa versión en miniatura muy parecida a su chica le despejaba cualquier duda o idea que hubiera rondado por su mente horas antes.

—¡Papi, señor babudo está despieto!— Gritó la niña, olvidó por segundos sus pensamientos cuando Drew entró a la habitación pidiendo disculpas.

—Lo siento, mi hija a veces es un poco imprudente.

—El intruso soy yo, debería irme, he abusado de tu hospitalidad—propuso el español.

La niña pidió a su padre que la alzase y le dio un beso en la mejilla, luego alzó las pestañas y lo miró mal, Miguel se carcajeó de inmediato.

—Mi mujer está preparando el desayuno—dijo Drew viendo la actitud de su hija —. Estás invitado.

Miguel agradeció el gesto, necesitaba esa desconexión, las ganas de luchar más que nunca por lo que quería renacían para seguir en la batalla con los Cameron.

\*\*\*

Las dudas y miedos hicieron mella en Caris, se levantó para ir a casa de su primo, no podía seguir en esa tesitura. Su móvil vibró y corrió a contestar deseando que fuera su español, que esa sensación que la rondaba desapareciera, y se sorprendió al ver el número reflejado.

—¿¡Papá!?

—***Cariño, anoche muy tarde me dejó un mensaje Charles pidiéndome que fuera a Edimburgo porque tenías una sorpresa para mí y para tu madre.***

—¿Qué?

Maldijo a su hermano y deseó estrangularlo con sus propias manos, no es que no quisiera que su padre conociera a Miguel, pero tenía el dilema de tener que contarle a su padre toda la historia y consideraba que no era el momento oportuno.

—¿A qué hora llegas?

—***Sobre las once, ¿qué está pasando?***

—*Creo que debo buscar algún lugar para hablar.*

—***No me imaginaba que fueras tan en serio con ese hombre.***

—¿Por qué crees que se trata de un hombre?

—***Mis hijos siempre han cuidado uno del otro y que Charles me dejase ese mensaje, quiere decir que tienes las ideas claras.***

—¡Papá!— dijo arrepentida—. *Siento habértelo ocultado.*

—***No tienes que pedir disculpas, las decisiones que tomes, buenas o malas no harán que cambie el amor que siento por ti, seguiré siendo tu padre. «¿Tu madre lo sabe?»***

—No.—Su padre suspiró.

—***Rachel también debe saberlo, incluso me gustaría que fuese una manera de aclarar con tu hermano las diferencias que estoy percibiendo.***

—¡No!— dijo de inmediato la pelirroja—. *Charles se ha entrometido lo suficiente.*—Su padre soltó aire.

—***Recuerda que pase lo que pase, Charles siempre estará a tu lado*** —le aconsejó su padre, no llamaría a Charles pidiéndole que también fuese, respetaría la decisión de su hija, pero rogó que esta vez no volviesen a romperle el corazón.

—*Papá, esta vez no, te lo pido.*

—***Hablaremos en cuanto llegue.***

—*Adiós, papá.*

Caris colgó, quiso llamar a su gemelo para gritarle unas cuantas verdades, pero eso era lo que él deseaba y no iba a darle el gusto.

Miguel se despidió de Drew y de su pequeña prometiendo volverse a ver y presentarle a su pelirroja, regresó a casa de Lucas que, al verlo, abrió los ojos y lanzó una maldición.

—¡Qué gran recibimiento!—Respondió el español.

—Había jurado que anoche eras tú y Caris...

Miguel abrió los ojos y prefirió guardar silencio, Lucas fue a la cocina y al segundo regresó negando con la cabeza.

—¡El castigo que me está dando el universo no tiene límites!

—Si te explicas mejor, tal vez entienda. —Lucas se tiró al sillón decepcionado.

—No hay nada peor que enterarte de quién era la que anoche gemía.— Miguel no necesitó más y se carcajeó.

—¡Esto se acaba hoy! Impondré reglas en mi casa. No voy a admitir que todos se lo pasen bien y a mí me manden al cuerno.

—Entonces el problema no es con Julieta.

—¡Claro que sí! ¡Es traumático! —Miguel seguía riéndose y cruzó los brazos, tenía que ayudar a su amigo o terminaría desquiciado.

— ¿No me dirás que has pasado la noche en casa de Agnes?—preguntó Lucas con los ojos abiertos al ver la ropa arrugada de Miguel.

—¡Santo cielo! Pobre de mi abuela, no tenéis consideración.—Miguel se rio, alzó su mano en señal de paz y para calmarlo.

—El templo Cameron ayer no tuvo alteraciones y no mentiré, que sí los ha tenido en alguna ocasión.

—¡Qué patética y miserable es mi vida!—Miguel negó con la cabeza al exagerado drama montado por su amigo.

—Voy a darme una ducha y luego me contarás qué has hecho para que Leslie siga negándose a darte el indulto.

—Es un caso perdido —resumió llevándose las manos a la cara de frustración.— Ni aunque baile el chá chá chá en pelotas por toda la *Royal Mile* me perdonará.

—¡Hombre de poca fe!— respondió el español sonriendo. Tal vez no fuera tan malo, después de todo, ser parte de esa familia, pensó.

\*\*\*

Después de que su amigo le contara toda su desventura, decidió llamar a Leslie e invitarla al partido. A lo mejor podría escuchar su versión y ayudarles, la escocesa le confirmó que asistiría, pero no para hablar con Lucas, tenía otro asunto pendiente y no le dio más detalles, tampoco deseó indagar, en el campo averiguaría qué se traía entre manos.

Llamó a su pelirroja tras colgar con Leslie, era extraño que en toda la mañana no tuviera ni un solo mensaje, conociéndola se negaría a volverlo a llamar y estaría a la espera que le diera la explicación del mensaje de la noche anterior.

La llamó dos veces, pero saltó el contestador y le envió un mensaje por *Whatsapp*.

—*Buongiorno mia amata principessa.*[\[18\]](#)

\*\*\*

Caris escuchaba las quejas de su madre por lo que acababa de anunciarles. Sus padres se quedaron callados cuando reveló sus intenciones y a medida que fue contando su historia, su madre comenzó a hiperventilar. Su padre no le reprochó nada, se mantuvo en silencio y Rachel, al ver que no decía nada, volvió al ataque.

—La culpa es de tu familia, siempre se ha salido de los cánones de normalidad, Camden.—Se tapó la cara a punto de llorar.

El escocés le otorgó una mirada conciliadora y le recordó a su exmujer el amor que hacía tiempo se habían profesado. Así como también debían aceptar que su hija siguiera a su corazón.

Caris prometió que se lo presentaría lo más pronto posible. Lo que no se imaginó era que su madre se echara a llorar como si fuera la despedida.

Dos horas tardó en consolarla y la acompañó a su casa y le dijo que confiara en ella. Cuando estuvo libre buscó su teléfono y encontró varias llamadas de Miguel y de inmediato lo llamó.

—***Hola, siento no haber contestado antes, tenía asuntos familiares que tratar.***

—*Lo sé, Charles ha pasado por aquí y no precisamente para fumar la pipa de la paz.*

—***¡Mierda! Ha perdido totalmente el juicio.*** —Estaba más que avergonzada, pensaba que con lo dicho la noche anterior lo haría pensar, pero no tuvo éxito.

—*Esta mañana cuando desperté, lo primero que vi fue una pequeña pelirroja que me utilizó como paciente y gracias a ella mis ideas son claras.*

Caris se quedó en absoluto silencio, estaba a punto de preguntarle si había consumido drogas, en casa de Lucas de momento no había niños que ella supiese, lo que la llevaba a pensar que durmió en otro lugar.

—*¿Dónde has pasado la noche?*

Miguel terminaba de meter algo de ropa de cambio en una mochila que su amigo le había prestado cuando escuchó la pregunta de su pelirroja, pero el grito de Lucas que pasaba indicando que se apresuraba por que iban con retraso al partido de *rugby*, evitaba extenderse en la llamada.

—*Debo irme, no sin antes decirte que has sido lo más importante en mi vida, nos vemos en el campo.*

Miguel cortó y Caris volvió a quedarse sin palabras. ¿Qué había pasado durante la noche? Llamó a su prima Julieta para saber si estaba con ellos y que pudiera sacarle información a Miguel, y su prima no respondió.

Pese a que el miedo renacía, tenía que calmarse, debía ir al campo como sea, y recordó que no sabía dónde sería el partido, se tapó la cara pensando lo idiota que era y pensó que sólo le quedaba una persona por llamar, y esa era Leslie. Dudaba que fuera, pero estaba segura de que conocía el campo, y la esperanza era lo último que se pierde.

*Según la ciencia: Las parejas a distancia crean vínculos más estrechos.*

## CAPÍTULO 24

Sus palabras no fueron muy certeras, lo supo en cuanto corto, pero volver a llamarla la desconcertaría, más ya que prefería decírselo a solas.

Esa conversación debía de ser de una manera especial y tener los Cameron alrededor no ayudaría a que lo fuese.

Así que se le ocurrió la idea de llevarla a un sitio único donde pudiera confesarle todo lo que había pensado para los dos.

— ¿Podrías darme el nombre de un hotel en el que puedan dar sorpresas románticas? —preguntó a Lucas.

— ¡Oh, por favor! —protestó el escocés—. ¿Acaso has visto que me haya ido de escapada romántica estos días? Te recuerdo que es muy feo restregar a los infelices como yo, eso de felices para siempre. —Miguel soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Está bien, lo buscaré por mí mismo, que conste que te he dado ideas para que Leslie te perdone.

— Ideas absurdas y no quiero recordarlas.

Lucas no quería escuchar a su amigo y encendió el reproductor para escuchar una canción de *heavy metal* y acabar con la conversación.

Miguel volvió a reír, Lucas era un caso perdido y orgulloso, ¿qué se podía esperar de un Cameron? Sacó su móvil en busca de un hotel que pudiera satisfacer sus intereses mientras se dirigían en busca de Julieta, que estaba en casa de su abuela.

\*\*\*

Leslie se ofreció a llevarla para sorpresa de Caris, su explicación confusa no la convenció y evitó seguir preguntando. Su único propósito era poder darle una patada para siempre a sus miedos y al llegar al campo, se encontró con su hermano, había olvidado que también jugaría.

Charles saludó con efusividad y cariño a Leslie y la ignoró totalmente. «Algún día se cansará y lo aceptará» se dijo para sí misma y se sentó en la grada meditando cómo había acabado el día anterior y comenzado ese, solo pedía que no terminara peor que la noche anterior.

Si lo pensaba fríamente, era un gran cambio en su vida, el miedo a lo desconocido quería abrirse paso y se negó a ello, debía más que nunca luchar por lo que la hacía feliz.

Al poco rato vio entrar a Lucas, Julieta y Miguel, que la saludó desde lejos. Julieta se veía perdida en sus pensamientos y entendió cuando vio en ella un gesto de decepción.

Conocía perfectamente ese sentimiento y deseó que su prima no viviera la misma experiencia. Si tan solo hubiese tenido el coraje desde un principio, se hubiera evitado muchos malos entendidos.

Leslie se levantó para ir a saludar a una chica al fondo, a Caris se le hizo familiar el rostro, pero se giró para evitar ser observada por ella, eso le llamó más la atención sobre quién sería, pero Julieta se sentó a su lado distrayéndola y le contó el malentendido de la noche anterior y cómo decidieron comenzar desde cero.

Acordaron verse en el partido tras pasar la mañana juntos y era el único que no estaba, Julieta, preocupada, volvió a llamarlo y no obtuvo respuesta, Caris se compadeció, agarró su mano y la apretó dándole apoyo, no quería pensar mal de Pablo.

Suspiró y la miró sabiendo que no le diría nada, ella se había negado a hacer, nada le pidió que

confiara. Esperaron unos minutos más, pero Pablo no apareció, Julieta se puso la máscara de la indiferencia y escondió su dolor y Caris sospechó que algo había pasado, pero le daba pena ver a su prima tan triste.

El partido comenzó y Caris se fijó en quiénes estaban en el campo, sin importar que la escuchasen soltó una maldición y rogó que esos rufianes no fueran capaces de rebasar el límite.

Lucas estaba cabreado por la falta de palabra de Pablo, que no apareció, y aceptó sin rechistar el inicio del juego. Miguel se percató de las intenciones de Charles en cuanto entró al campo y en cómo lo miró de reojo.

Algo tramaba y pidió un milagro ante ese escocés tozudo. Lucas miró a las gradas preocupado por su hermana y se sorprendió cuando vio a Leslie sentada con ellas. La apuesta de cincuenta libras que hizo con Miguel tendría que pagarla y algo le decía que se la había jugado el muy idiota.

Miguel se lo hizo saber y a Lucas no le importó gritarle delante del resto del equipo “crabbit[19]” y a pesar de saber que había perdido cincuenta libras, no pudo evitar que naciera alguna esperanza cuando creía que tenía todas las de perder ante lo contundente que Leslie había sido la noche anterior.

Pero esas esperanzas se desvanecieron al segundo cuando vio cómo saludaba a su primo y supuso que había ido para darle ánimos a Charles, al fin al cabo eran buenos amigos.

«Charles» se dijo. Su cara precisamente no era de alegría y menos las de sus primos Collins, Douglas y Stewart. Ellos cuatros eran un peligro en el juego, se tomaban muy en serio el *rugby*. Por lo que dudó que ese partido fuera solo diversión, sin olvidar que había pasado por su casa amenazando a Miguel de manera brusca.

Sin ni siquiera tener el balón, Miguel fue interceptado por uno de los MacArthur con una dura entrada y se preguntó por qué había caído en las provocaciones de Lucas el domingo anterior de que no sabía jugar al *rugby*. Era mucho más sano estar en la grada como observador que ahí tirado en el césped, se levantó y escuchó parlotear al MacArthur.

—No nos gustan los *sassenach*[20] que engañan a nuestras *lassies*[21]—respiró profundo y volvió a su posición. Estaba claro que esos idiotas tenían ganas de darle una patada en el culo y enviarlo de vuelta a España.

Pero debía ser superior, demostrar que nadie ni nada lo apartaría de su pelirroja. Si moría ese día, lo haría con la cabeza en alto.

—Miguel —dijo Lucas—. Pasaré el balón a Logan y bloquearás a Charles.

—¡Joder! — Protestó— ¡Gracias por el apoyo, macho!

Lucas adivinó a qué se refería, su primo mantenía una mirada gélida hacía Miguel, sin añadir que no estaban ganando terreno, situación que estaba seguro que no le gustaba a Charles.

Lucas, cansado de estar en medio de esa guerra absurda y sin importar quién los escuchase, gritó.

—¿Por qué demonios no lo aceptas de una vez?—Charles unió su entrecejo. Su primo estaba dejando claro de qué lado estaba y para él era traición.

¿Cómo pudo escoger como parte de su equipo al hombre que había separado a su familia y por cuya culpa Caris se había negado a que fuera a la comida con sus padres? Miguel había jugado muy bien sus cartas, había logrado que su hermana estuviera en su contra y eso lo enardeció más de lo que estaba.

Sus padres solo conocían la verdad por parte de Caris, si él les hubiera aclarado la clase de hombre que era, lo apoyarían para que su melliza no siguiera con su maldito capricho.

Se golpeó una mano con la otra, pensando en darle su merecido. «Si quieres formar parte de mi familia, te daré una bienvenida que nunca olvidarás» se dijo para sí y volvió a su posición.

Lucas vio el semblante de Charles y de Miguel, se pasó la mano por la cara e intentó apaciguar la preocupación de su amigo.

—Confío en que se le pasará, hasta ahora no ha sido tan animal de herir a alguien como venganza.— Miguel bufó de nuevo.

—Ese alguien no es un extranjero, ni el novio de su melliza, ni mucho menos ha tenido marcado en su frente «hombre muerto».

Lucas estaba convencido de que no sería capaz, toda una vida conociéndolo y alguna que otra pelea era lo máximo que recordaba, pero tenía que evitar cualquier plan de esa cruzada personal de Charles.

—Ron—gritó Lucas a otro jugador—. Serás la sombra de Miguel. —El escocés se puso de pie, ceñudo y aceptó sin rechistar ese cambio de posición. Lucas señaló a Miguel para terminar la jugada.

—¿Serás capaz de proteger el balón si llega a tus manos?

— Lo intentaré —respondió en español y Lucas levantó el pulgar.

—Muy bien, ¡vamos!

La jugada se inició en el lateral del equipo contrario y volvió a enredarse para evitar que llegara al otro extremo del campo.

En un despeje sin precedentes llegaron cerca del *Ingoal*[\[22\]](#) rival, situación que cabreó a Charles y que favoreció enormemente al equipo de Lucas, que aprovechó para darle el pase a Miguel.

El español corrió unos metros para volver a dar el pase y fue embestido por Charles junto a Collins. Miguel voló por los aires y cayó estrepitosamente al piso quedando inconsciente.

Caris gritó, Julieta se levantó junto a ella y corrieron dentro del campo, el rostro de Lucas pasó de una gran emoción, producto de estar a punto de hacer un *try*[\[23\]](#) a desconcierto.

—¿Pero qué coño os pasa? —gritó a los MacArthur corriendo para encararse a ellos.

Charles se había pasado, entendía que no aceptase que su hermana estuviera perdidamente enamorada de un extranjero, pero hacer daño premeditadamente era demasiado.

Era una bajeza de muy mala leche y esa persona a quien habían agredido era su mejor amigo. El árbitro, que era amigo de Charles, quiso acercarse buscando justificar su comportamiento, y los jugadores del equipo de Lucas lo evitaron entrando en una discusión ya que no estaban de acuerdo en que las disputas personales se llevaran al campo y mucho menos con acciones violentas.

—¿Os habéis vuelto gilipollas o qué? — Volvió a gritar Lucas mientras veía que su amigo no reaccionaba.

—¡Ehh! ¡Para!— Advirtió Charles con un dedo, no iba a dejar que su primo volviera a empujarlo—. ¡Está fingiendo!—Lucas abrió los ojos sin reconocerlo.

Desde pequeños estuvieron unidos y boquiabierto ante su tozudez, siempre ignoró sus convicciones retrógradas pensando que nunca haría daño a nadie.

—Bájate de ese pedestal—dijo entre dientes—. Vive la realidad de una puta vez.

Lucas le dio la espalda, no iba a perder su tiempo y menos cuando escuchó a Julieta llamar a una ambulancia. Esperaba que solo fuese por precaución, pero ver a Caris darle palmadas a Miguel para que reaccionara hizo que pensara lo peor.

\*\*\*

Caris evitó que sus lágrimas salieran, no iba a dejar que su hermano viera que estaba asustada, jamás pensó que llegara a tanto. Estaba tan decepcionada por su actitud que no quería aceptar que las ganas de llorar no eran por Miguel sino por el comportamiento de su mellizo.

—¡Ese nenaza finge!— gritó Collins—. ¡Oye, prima! Deja de enrollarte con debiluchos — dijo pensando en la conversación que había tenido en la mañana con Charles.

Él le contó que ese extranjero era el que reiteradas veces había hecho llorar a su prima y que ella necesitaba quitárselo de encima como fuera y a pesar que la noche anterior Caris le prohibió entrometerse, no iba a permitir que ningún *sassenach* siguiera humillando a una MacArthur.

La rabia se apoderó de la razón de Caris y se abalanzó contra el primero que encontró y ese fue su hermano. Siguió con cada uno de sus primos dándoles un buen bofetón; saltando seguidamente por el dolor en su palma. Collins se giró hacia Charles, iracundo por la cachetada dada por su prima delante de toda la peña.

—Me dijiste que necesitaba quitárselo de encima, no que estaba prendada de ese *sassenach*. No me metáis nunca más en vuestros rollos, ¿qué necesidad tengo de que me den una zurra delante de todos? — Fue seguido por los otros dos y dejó a los gemelos enfrentados.

—¿Te has vuelto loco? —Reprochó Caris con dolor.

—He pasado por lo mismo varias veces y nadie ha armado un espectáculo como el que estáis dando.—Caris negaba a creerse que su hermano dijera tantos disparates.

—Has olvidado muy rápido lo que te dije anoche—enfaticó con frialdad—. Te lo advertí y sigues sin tomar en serio mis palabras.

«¡Se acabó!, será la última vez que hablaremos.—Sentía un dolor en su pecho, era su gemelo, su apoyo desde que recordaba y tenía que darle la lección de su vida.

— Ese hombre que ves ahí tirado en el césped me ha aceptado con mis defectos, incluso con un hermano inhumano y machista como el que tengo la desgracia de tener. Ese hombre es el que escogí para el resto de mi vida, te guste o no. Y sabes, acabas de darme otra razón más para irme a España

—¡No irás!— respondió Charle siseando. Caris parpadeó varias veces ante la negativa de su hermano, observó a su alrededor y todas las miradas recaían en él, sabía que eso le afectaría de alguna forma y se lo haría saber.

—Eres una persona normal como todos, y no míster perfecto, Charles Cameron MacArthur que tanto alardea ser.

—Siempre con lo mismo, y sabes que no me siento así.—Caris volvió a sonreír con ironía.

—Me gustaría que recordaras este día, no porque sea nuestra última conversación, sino por la gente que está en la grada mirando, y no a Miguel inconsciente, te miran a ti por la brillante actitud que has tenido. ¡Bienvenido a la tierra!

—No me importa lo que piensen los demás, ese bastardo *sassenach* ha roto nuestra familia.

—¡Charles, vete a la mierda y no vuelvas jamás!—Dio por terminada la conversación y con tristeza supuso que sería la última vez que vería a su hermano.

Charles vio cómo su melliza volvía con el español, le dolía ese bofetón que no hubo pero que echó en cara la falta de humildad que tenía. El que comenzaba a remover la conciencia y decirle que tenían razón.

Se alejó y, por primera vez, se sintió avergonzado y lleno de frustración, odiaba tener que dejar su orgullo a un lado, trató de encontrar un apoyo y el primer rostro que vio fue el de Leslie que, al igual que el resto, tenía reflejado el reproche hacía él y se maldijo de nuevo cuando la vio venir.

—No sé qué pretendías.

—No te debo ninguna explicación—respondió conciso.

—Siempre quieres arreglar los problemas cerrando las puertas.

—Leslie— dijo entre dientes—. No eres la más indicada para recriminar cuando no sabes ni lo que quieres.

—Y obviamente tú sí lo sabes— cruzó sus brazos y prosiguió—. Me pregunto qué estará pensando Rosslyn, que justamente está allí—señaló con el dedo a un punto del lado izquierdo de las gradas y Charles se llevó las manos a la cara.

—¿Por qué la has traído?— Leslie se cruzó de brazo.

—No fui yo quien la invitó, tal vez esa persona no se acuerda y ha olvidado sus propias

necesidades.

«Sí querías demostrarle que no eras un hombre egoísta, te felicito, ¡lo has bordado!

Le dio unas palmaditas en la espalda, volviendo a donde estaba Julieta, Caris y Lucas, que hablaba por el móvil. Charles bajó la mirada arrepentido de su comportamiento, hasta en ese instante no se había percatado de que era un completo imbécil y la vida se lo estaba demostrando.

*Según la ciencia: los corazones de los enamorados pueden latir a la vez.*

## Epílogo:

—¡Miguel! ¡Abre los ojos, Bonnie![\[24\]](#)

El dolor en todo su cuerpo era terrible. El choque con su cuñado fue peor de lo que esperaba, ya se la cobraría más adelante. Sintió el césped frío y supuso que llevaba mucho rato en el suelo, escuchó la voz preocupada de su pelirroja y abrió los ojos para tranquilizarla.

—Los MacArthur tendrán que tomar una medida más drástica...— Pudo sonreír un poco y acarició el rostro de su pelirroja — para alejarme de ti.— Caris rio y lo besó rápidamente.

—No te muevas— le advirtió Julieta en cuanto vio que había reaccionado—. Está por llegar la ambulancia, es mejor que te hagan una radiografía, has estado inconsciente tres minutos.

«¡Inconsciente!» se dijo para sí Miguel. «En cuanto me recupere, juro que iré a por ese escocés cabrón». Trató de levantarse, pero Julieta no lo dejó, buscó apoyo moral en su amigo ante esas mujeres que estaban exagerando, no era la primera vez que recibía un golpe así.

—Lo siento, tío — dijo Lucas viendo en los ojos de Miguel que le pedía ayuda—. Quien manda en estos instantes es la doctora Cameron.

Julieta hablaba por el móvil y levantó la cabeza cuando escuchó su nombre, advirtiendo con la mirada de que no hicieran ninguna tontería y Miguel resopló sintiéndose torpe.

—Iré a buscar las mochilas—indicó Lucas sin entender por qué necesitó mirar de reojo a Leslie preguntándose qué habría hablado con Charles.

Esa conversación tuvo un antes y un después en su primo. Sus miradas se encontraron breves segundos, los suficientes para que Leslie cortase el contacto.

—Me quedaré con Caris y Julieta—sugirió Leslie sin mirarlo directamente—. Luego me acercaré al hospital, debo... —su móvil vibró y ella encontró la oportunidad de apartarse. A Lucas le dolió saber que se negaba a darle otra oportunidad y se maldijo por haber sido tan estúpido y no tener la bragueta cerrada cuando debía.

— Date prisa— señaló Caris a su primo, sacándolo de sus pensamientos.

—Regreso en dos minutos— respondió y se alejó, arrepentido por lo que había perdido.

\*\*\*

Una vez en el hospital, Caris llamó a Agnes, que se enfureció al enterarse de toda la historia. Su nieto le había prometido que no volvería a entrometerse en la vida de su hermana y aceptaría las decisiones que tomara y había faltado a su promesa, un hecho intolerable en su familia.

Se acercó al hospital de inmediato para saber del estado de Miguel y tomar las riendas de su familia, durante una semana se mantuvo de brazos cruzados viendo las decisiones que tomaban sus nietos y estaban sufriendo las peores consecuencias.

Una hora después, recibió la llamada de Charles tras un mensaje amenazante que le dejó. Se apartó y tuvo una de esas conversaciones que hacía temblar a más de uno. Pero la decisión que había tomado Charles le dejó enmudecida así como el favor que le pidió.

Durante cinco minutos pensó en cómo sacar a Caris de la sala de espera, se aferró a que estaba nerviosa y necesitaba calmarse y la obligó a bajar a la cafetería con Lucas.

Una vez alejada su nieta mayor, llamó a su hijo James y le pidió el despacho sin darle muchas explicaciones. Rogó que no hubiera más problemas, lo que iba a suceder en ese lugar les daría una

lección de humildad y madurez a todos.

Vio a su nieta Julieta triste, trató de preguntar qué sucedía, pero Julieta en cuanto la vio acercarse la evitó, ya se encargaría de ella más tarde.

Llamó a Lucas, le dijo que buscara la manera de mantener a Caris en la cafetería al menos una hora más, lo recompensaría hablando con la chica que lo traía de cabeza.

Como era de esperar, Lucas no le hizo caso y respondió con un: ¿cómo sabes eso?, lo ignoró y se despidió.

\*\*\*

Charles caminó apresuradamente por los pasillos del hospital, no deseaba ver a nadie. Tenía suficiente con la humillación que iba a vivir a continuación, pero el perder a Rosslyn definitivamente había sido un duro golpe al que no podía hacerle frente.

Aguantó las duras palabras de su abuela y cuando le propuso su plan, su abuela no se negó a ayudarlo.

Agnes entró al box donde estaba Miguel que, en cuanto la vio empujando una silla de ruedas, se desconcertó.

—Tengo permiso del director del hospital —dijo justificándose—. También le he pedido que nos diera unos minutos en su despacho. Debemos hablar, y no te preocupes por tu chica, Lucas tiene órdenes de entretenerla.

Miguel no se opuso, sorprendido por cómo había organizado la vida de todos en menos de dos horas. Obedeció y se sentó en la silla de ruedas y salieron de Urgencias.

—Estoy enfurecida por la actitud de Charles —comenzó la conversación mientras empujaba la silla—. Sabe Dios cuánto deseo darle un escarmiento. La venganza ofende mi lógica.

El silencio se hizo evidente entre ellos, Agnes comprendía que el joven no daría su opinión para evitar más discusiones, pero ella era Agnes Cameron y sabía que Miguel necesitaba su aprobación.

—Acabo de enterarme de la decisión de Caris, será difícil no echarla de menos, pero me da más tristeza saber que mis nietos están enfrentados.

Abrió la puerta del despacho y Miguel se quedó sin palabras al encontrarse a Charles dentro con la misma ropa, lleno de césped y sucio.

—No entiendo qué hago aquí.

—Es hora de que hablen como personas inteligentes que son y no como niños de guardería— respondió Agnes.

—Pero...—Miguel no pudo seguir protestando, la matriarca fue más rápida y los dejó a solas.

Charles estaba de pie en la ventana, cruzó sus brazos pensando una y otra vez cómo iba a disculparse. Tenía que hacerlo o perdería también a su hermana, soltó aire, era lo más difícil que haría en su vida y miró de frente a Miguel.

—Sé que pedir disculpas no es suficiente por lo que hice, no sé si tienes hermanas o hermanos y no me interesa saberlo, aun así, lo que si me importa es mi hermanita.

No puedo jurar que nunca seré tu amigo, pero de momento no quiero y haré una gran excepción por tolerarte. Desde que tengo razón, Caris y yo siempre hemos estado unidos, antes de llorar en el hombro de una amiga por algún miserable me escogía a mí.

Casi todos sus secretos los conozco o conocía— dijo chasqueando la lengua—por eso soy un poco sobreprotector.

Jamás entenderé cómo nació vuestro amor, pero te aseguro que sentí su tristeza sin que me lo dijese y eso me carcomía por dentro, deseaba partirte unas cuantas costillas.

Nunca la había visto tan decidida, ni enfrentarse a todos por un hombre desconocido hasta ahora,

espero que la sepas cuidar y valorar.—Miguel estaba sorprendido, jamás se imaginó que mantendría una conversación tan tensa y sincera con Charles.

—Tampoco pretendo que seamos amigos—respondió el español—. No comprenderé vuestra conexión, no tengo hermanos y tampoco quiero que rompáis ese vínculo que tenéis desde que nacisteis, lo respeto y respetaré siempre.

Mi deseo es asentarme en Edimburgo y no sois los únicos que debéis aprender a adaptarse. Mis padres desconocen mi decisión y para ellos no será fácil y a pesar de eso, sé que lo aceptarán y que recibirán con los brazos abiertos a Caris.

Se pasó la mano por el pelo pensando en que todo lo que tenía que ver con los Cameron era impredecible, respiró profundo y le confesó.

—La he amado desde la primera vez que la vi, es mi hada de cuentos, mi chica de mil excusas, mi pelirroja, el estar a su lado y vivir una vida con ella está en mis pensamientos constantemente.

Intentaré interceder para que te perdone, estoy seguro de que para ella debe ser duro y, créeme, no le he pedido a Caris que se venga conmigo, al contrario, sé que su vida está aquí y quiero lo mejor para ella.

El escocés se mantuvo en silencio dándose cuenta de que Miguel tenía las mejores intenciones para con su hermana, por una vez se arrepentía de no haber creído que tomaría a Caris en serio, y no sabía cómo agradecer que quisiese un futuro con ella.

—He estado en una entrevista de trabajo y me han pedido unos días para la decisión final, no quiero venir a la aventura— reveló Miguel.

— El año anterior ha sido de decisiones precipitadas que han tenido graves consecuencias para los dos. No sé si conoces ese refrán: si Mahoma no va a la montaña... —Charles sonrió y respiró profundo.

—Tal vez pueda ayudarte—propuso el escocés—. Mi trabajo me ha hecho conocer a un sinnúmero de personas. —Miguel sonrió de lado.

—Quiere decir que esto será una tregua.

—Que se quedará en esta sala, a ojos de todos los demás seguirás siendo el *sassenach* que desea robarme a mi hermana.

Miguel rio a carcajadas, mientras Charles lo acompañó con una media sonrisa.

—Hazle saber a Agnes qué es lo que buscas— dijo el escocés para dar por finalizada esa conversación—. Ella me lo dirá en el momento oportuno y comenzaré a indagar, pero no creas que te lo pondré en bandeja.

—No he pedido eso.—El escocés dio unos pasos hacia la puerta y se giró para despedirse de Miguel.

—Lamento haberte agredido de esa manera y que estés aquí perdiendo el tiempo por mi culpa.

—¡Está olvidado!—El escocés frunció el ceño y sonrió de lado.

—Iba a decir que te lo merecías.—Miguel rio ante el sarcasmo de Charles.

—*Haste ye back*[\[25\]](#)—se despidieron con un gesto de cabeza y Charles cerró la puerta.

Su cuñado acababa de fumar la pipa de la paz, aunque no sabía por cuánto tiempo. Sonrió de nuevo recordando que fingiría que lo odiaba solo por mantener su reputación intacta, las mismas palabras de la matriarca que en ese instante entraba.

—Debes volver antes de que Lucas termine desquiciado.

—Gracias— respondió Miguel a Agnes, que comenzaba a empujar la silla de ruedas.

—A veces tengo que enderezar los caminos de los míos y de los que escogen para estar en sus vidas.

—Quiere decir que también me vigilará— preguntó Miguel con cierta burla dentro del ascensor.

—Por supuesto que sí —afirmó Agnes apretando el botón para volver a urgencias—. ¿Has olvidado nuestro trato?— Guiñó el ojo mientras él volvía a reír.

\*\*\*

La separación fue difícil para los dos la semana después de esa tregua. Se habían acostumbrado el uno al otro y tener que poner distancia era frustrante.

Al llegar a Madrid, lo primero que hizo fue visitar a su amiga, que lo había invitado, y ahí se enteró de que había dejado su puesto de trabajo para montar una consulta propia.

Mónica estaba callada y sorprendida, se levantó rápidamente para coger papel y lápiz.

—¿Qué vas a hacer?

—Escribir lo que cuentas para una novela.

—¡Estás de coña!—Mónica lo miró con una fingida seriedad y siguió tomándole el pelo.

—¡Por supuesto que no!—Miguel levantó una ceja.

—Si me das un sesenta por ciento de las ganancias acepto.

—¡Usurero!

—¡Ladrona! —Volvieron a reír y se fundieron en un gran abrazo al despedirse.

—Te echaré mucho de menos.

—Y yo, es difícil ya no tener una voz de la conciencia andante.

—Crees que no la tendrás... —Mónica rio y lo miró carraspeando— has olvidado un gran detalle, con el compromiso que aceptaste no te hacen falta ya mis servicios.

Miguel entrecerró sus ojos y prefirió no indagar qué quiso decir y, al siguiente día, volvió al trabajo. Nada era igual y debía irse definitivamente, se centró en encontrar algún puesto en Edimburgo y que al parecer se hacía de rogar.

\*\*\*

A Caris las noches se le hacían interminables cuando veía a su español por medio de una pantalla, pasaban el día mensajeándose, pero el no poder tocarlo ni sentirlo era muy duro de llevar. Al mes siguiente, Miguel le sugirió que lo visitase.

De esa manera sus padres podrían conocer a la mujer por la que estaba dejando toda una vida y ella aceptó sin dudar, con eso daba un paso más hacia el compromiso que ambos adquirieron.

Sus suegros también se habían quedado ensimismados ante su historia, pero la recibieron como la hija que nunca tuvieron.

Días después conoció a Mónica, encontrando una aliada en ella, esa unión sobrepasó mucho más de lo que Miguel pudo creer que sucedería entre ellas. Fue una de las mejores semanas de sus vidas y nuevamente la distancia se hizo difícil para los dos.

Agnes de nuevo había intercedido entre los gemelos y esta vez el perdón cambió la vida de ellos. Una mañana, terminando de cuadrar el libro de cuentas en la oficina del *pub*, Charles entró y se sentó sin pronunciarse.

—¿Ocurre algo?

—¿Me podrías aconsejar? —Caris dejó el libro y lo miró confundida, él se frotó la nuca y la miró.

—Llevo dos años y medio enamorado de una chica y la perdí por mi idiotez.

Caris cerró el libro sin pestañear, no recordaba cuándo había sido la última vez que su hermano abría sus sentimientos a ella e intuyó que deseaba cambiar.

Sintió ganas de llorar y abrazarlo, pero si lo hacía Charles se levantaría y jamás volvería a pedirle ayuda, con un semblante serio le respondió.

—Todos cometemos idioteces y reconocerlo es un gran paso.

—Eso no me ayuda—se quejó su gemelo—. Creo que nuestra sincronización gemelar ha desaparecido. —Caris rio.

—Sigues empeñándote en que existe.

—Son los estudios científicos que lo certifican.

—Esos estudios nos excluyeron.—Charles rio y se sentó cómodamente.

—¡La he jodido, Caris! Y llevo dos meses sin saber qué hacer.

—Comenzar por el principio podría lograr que la conexión funcione. —Charles hizo un mohín y se desahogó.

\*\*\*

Miguel había perdido las esperanzas de volver a Edimburgo con un trabajo bajo el brazo, y en una de esas noches donde hablaban vía Skype, Caris le contó sobre los setecientos años de la batalla de *Bannockburn*.

Su cara llena de pesar le llenaba de frustración cuando ella le decía lo mucho que le hubiese gustado que estuviera junto a ella y ver la representación tan importante. Una idea se cruzó por su cabeza, sería su última aventura disparatada, siempre y cuando lograra su cometido, tras varios días de búsqueda encontró la posibilidad de ser figurante.

No dudó en rellenar el formulario de inscripción y pensó que tal vez, al estar en Escocia, los astros le concederían su deseo de quedarse allí. La última esperanza era la que se perdía y esa última esperanza apareció una semana después con la llamada de Agnes.

Su cuñado había cumplido su promesa de ayudarlo con una entrevista vía *online* asegurando un puesto de trabajo. Dudó en participar en la batalla cuando se enteró de que sería del bando inglés, no tenía ni idea de cómo se lo tomarían los Cameron, pensó en su pelirroja emocionada al verlo en un hecho tan importante y siguió con la presentación.

Se leyó durante esos días todo lo que tenía que ver con ese acontecimiento y con las esperanzas puestas en su nueva vida cogió el primer vuelo a Edimburgo para encontrarse de nuevo a Julieta en el avión.

Julieta Fiammata Asto Cameron se burló despiadadamente de él al saber de su plan y en cuanto pisó suelo escocés, sintió como si estuviera en casa y eso lo fortaleció aún más.

Esta vez, con la ayuda de casi todos los Cameron, dio la excusa perfecta a Caris para darle la sorpresa de su visita, que sería recibida con alegría.

Lucas vio a Miguel junto a su hermana en la salida del aeropuerto, sin importar quién estuviera a su lado los chinchó diciendo en alto que se habían aliado para poner patas arriba Edimburgo y en cuanto Julieta le contó el secreto, que su mejor amigo omitió, estalló en risas.

Lucas les dio las llaves de su casa mientras buscaba sitio para aparcar, encontrándose a su primo y durante cinco minutos hablaron de todo tipo de temas hasta que fue al grano dejando boquiabierto a Lucas.

Charles estaba enterado de que ese día volvía Miguel y se vio en la situación de tener que contar a Lucas el secreto de a tres. Sin preámbulos, le hizo un resumen y logró que jurase que se lo llevaría a la tumba.

En cuanto entraron, Julieta abrió los ojos y de reojo vio a Miguel rogando que no hubiera otra disputa, pero sintió ser testigo de un alto al fuego en silencio.

Lucas se maldijo por volver a estar en medio de secretos, se mordía la lengua para evitar reír a carcajadas, su primo y su mejor amigo fingían a la perfección. Una idea se le pasó por la cabeza en venganza por ocultar esa información tan importante.

Miguel agradeció a Lucas por la defensa ante su cuñado, pero esa defensa duró poco en cuanto el

muy traidor se pasaba al bando enemigo burlándose sin piedad alguna.

Observó cómo su cuñado sonrió disimuladamente ante cada ataque y pensó que algún día lo aceptaría abiertamente. Por otro lado, Charles olvidaba lo sarcástico que podía ser Lucas, tenía un as bajo la manga y lo usaría como venganza.

Él era un Cameron, pero orgullosamente era también un MacArthur y su cuñado seguía metiendo la pata en comparar y no comprender cuán importantes eran los apellidos en Escocia.

Suspiró pensando que siempre sería un vulgar *Sassenach* y tendría que vivir con eso. Aunque lanzarle alguna bravuconada de vez en cuando no le hacía mal a nadie y fue lo que hizo.

Mantuvo su posición de no aceptar al extranjero y decidió esperar la noticia por medio de Caris, vio que era hora de irse al trabajo momento ideal para vengarse de Lucas dejándolo descolocado con la visita que tuvo el día anterior.

Miguel se percató que no a todos el destino les había dado una tregua. Julieta sonreía fingiendo, la conocía y esa sonrisa escondía lo que sentía, tristeza, y es que nadie entendía cómo Pablo se había aprovechado de ella.

La misma rabia que tuvo cuando se enteró de cómo había sufrido el primer desengaño volvió a invadirle y Julieta le pidió que no se entrometiera, Miguel hizo caso omiso y trató de localizarlo entre sus amigos y conocidos. Esta vez no se quedaría con las manos cruzadas y no obtuvo resultado, era como si Pablo hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Después de que Charles se despidió, Lucas se dio cuenta de que su hermana necesitaba hablar, y Miguel comprobó que ninguno quería dar el paso para iniciar esa conversación, así que decidió por los hermanos.

—¡Hey, July! Tengo la sensación de que estás a punto de explotar.—Julieta frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Me estás llamando gorda?

—Si quieres verlo de esa forma... ¿o quieres mi opinión de verdad?

—Debería decirle a Caris la clase de enfermo que tiene por pareja —Miguel se carcajeó y la miró fijamente, Julieta cerró los ojos y resignada se sentó a su lado.

Lucas esperó paciente que hablara. No era la primera vez que Miguel lograba que July confesara, no le gustaba que fuese tan abierta con su amigo, pero se lo perdonaba por ser su apoyo cuando necesitaba un hombro en España.

—Lo he visto y me he equivocado al juzgarlo.— Los dos hombres se mantuvieron en silencio, se miraron y Lucas se sentó al otro lado.

—Si me lo cuentas desde el principio, seré todo oídos.

\*\*\*

Caris decidió descansar un rato, el día había sido bastante ajetreado y no había terminado de ultimar detalles, ya que ese fin de semana iría junto a su hermano y sus primos a la batalla de *Bannockburn*. Se apenaba de que Miguel no fuese. Sin embargo, se aferraba a que faltaba un mes y medio para que volviera definitivamente.

Volvió a casa de Agnes y se duchó rápidamente para comer un poco antes de volver al *pub*, deseaba ver cómo el chico que había contratado como su ayudante lo manejaba en su ausencia, predecía lleno total esa noche, siendo verano la gente se animaba más.

En cuanto los pies de Miguel tocaron la entrada, recordó todo el recorrido del año anterior. Las veces que estuvo no fueron agradables, pero esta vez sería distinto, y lo comprobó cuando sus ojos se fijaron en una pelirroja que hablaba animadamente con un desconocido.

Se acercó sigilosamente y se detuvo detrás, hizo señas al desconocido que las captó de inmediato y

en cuanto llegó el momento susurró al oído.

—Está noche no habrá ni eclipses lunares, ni meteoritos que puedan alterar nuestras vidas.

\*\*\*

Caris observaba que su gemelo estaba más raro de lo normal, resopló un par de veces, al igual que protestó sobre cosas que no eran relevantes e incluso cuando la vio entrar le preguntó que hacía esa noche ahí.

Asumió que estaba excitado por las fiestas del fin de semana, así que decidió ignorarlo y se centró en preguntarle de nuevo a su ayudante qué pasos daría ese fin de semana, pero lo que menos se imaginó era escuchar la voz de Miguel.

Se giró de inmediato y por mucho que trataba de hablar, no podía, la euforia de verlo era mayor, se arrojó a sus brazos y Miguel la estrujó y le dio el beso que tanto deseaba.

Un beso lleno de promesas y sentimientos encontrados, un beso que ambos deseaban volver a sentir, amoldaron sus bocas dejándose llevar por el frenesí de la pasión y el carraspeo de Charles los hizo reaccionar.

—Os agradecería que vuestros espectáculos fueran en un lugar privado, como la oficina, por ejemplo, odiaría que la gente se fuera viendo un *sassenach* besar de forma posesiva a una escocesa.

—¡Charles!— Protestó Caris. Protesta que no fue escuchada por su hermano, se había apartado, pero Miguel volvió a captar su atención.

—¡Vaya recibimiento me das, cuñado! —Caris ladeó la cabeza desconcertada—¿Acaso no lo has visto? Me ha dado la bienvenida.—Caris quiso responderle, pero optó por no sacar conjeturas y se centró en esa sorpresa.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

—Quería darte una sorpresa.

—Había olvidado que tienes ese defecto.—Miguel rio y al segundo decidió tentarla.

—Me pregunto si puedo hacer uso de la sugerencia que ha dado Charles y allí podríamos hablar sobre mis defectos.—Caris cogió su mano abriéndose paso entre las personas hasta llegar a la oficina.

—Tenemos un problema— dijo con picardía.

—¿Cuál?

—Un margen de veinte minutos es lo que nos dará Charles.

—Suficientes para lo que quiero hacer.

Giró el picaporte, entraron a la oficina dando vuelta a la llave y dieron rienda suelta a la imaginación.

\*\*\*

El destino esos días hizo varias jugadas. La primera se trató del constipado que Miguel pilló y que le evitó participar en la representación de la batalla *Bannockburn*. La segunda, darse cuenta de que no sería el único español que era capaz de hacer cualquier cosa por las Cameron. Una calma llegó a su mente, cerciorándose de que ya no sería el blanco de las burlas de esa familia.

Después de ese fin de semana, el blanco de las burlas de los Cameron sería Pablo Olivas gracias a su participación sorpresiva en la representación de la batalla, y Miguel se alegró pasar a segundo plano.

El resto de la semana se dedicaron a encontrar el lugar que sería su hogar y ninguno cumplía la tarea de serlo. Catorce días pasaron en un ir y venir hasta que Miguel tropezó con un piso que sintió que sería el indicado y que lo inspiró a ir más allá de un compromiso.

Convenció al arrendador para que le concediera una noche para que su futura mujer también sintiera el mismo nexo que sintió en cuanto entró y, tras una hora de dudas, lo logró.

Los tres días siguientes pensó cómo demostrarle a Caris que ese sería su hogar durante el tiempo

que fuese necesario. Caris no era de momentos ñoños, pero escondía una romántica en el fondo de su corazón.

Tendría que aguantar las burlas de sus amigas, pero necesitaba su ayuda para idear una velada inolvidable. Llamó a Mónica y a Julieta y ambas rieron durante un buen rato, aguantó como pudo y cuando se cansaron de tomarle el pelo, le dieron distintas sugerencias y le desearon la mejor de las suertes, exigiéndole que les contara la reacción de la pelirroja.

Caris dudaba si se podía estar más feliz de lo que estaba, su madre, renuente en conocer a su novio, terminó aceptándolo, murmurando en bajo que no lo dejara escapar. Una nueva vida con Miguel sería diferente y nueva para ella, tan opuesta a lo que estaba acostumbrada.

Él era detallista y tierno, la sorprendía cuando menos se lo esperaba; así como la conexión íntima que tenían. Sus cuerpos se negaban a separarse.

Algún que otro día Miguel entraba a casa de Agnes por la ventana que solo ellos sabían que podía abrirse y daban rienda suelta a su pasión. No podían seguir como adolescentes esperando que fuera de noche para que se colara a hurtadillas, pero la búsqueda de casa se estaba haciendo interminable.

Miguel le pidió verse en Leith, uno de los barrios de auge de la ciudad, subió al autobús y veinte minutos después, cruzaba las calles del barrio costero.

Le gustaba la zona a pesar de que décadas antes no era bien vista, pero ahora estaba llena de gente de diferentes culturas, restaurantes y tiendas de antigüedades.

Por un instante se detuvo en plena *Bernard Street*, cerró los ojos y se sintió a gusto, volvió a abrirlos y vio a su alrededor, los transeúntes, las tiendas, sin olvidar las terracitas al aire libre donde podías disfrutar de una tarde de verano con el sonido del mar.

Miró su reloj y se apresuró para llegar a tiempo a la cita con su español, le intrigaba que traía entre manos, llevaba días con misterio y antes de llegar vio a lo lejos a Miguel apoyado en la pared, perdido en sus pensamientos.

Le pareció tan *sexy* que imaginó todos sus encuentros secretos, encuentros que hasta ese momento habían sido excitantes. Cada vez que la besaba y acariciaba, la llevaba al límite y los más íntimos deseos se hacían realidad, y es que la imaginación del español era desbordante.

Le intrigaba qué traía entre manos su español, llevaba días misterioso y en cuanto Miguel vio a su pelirroja sonrió, extendió su mano y ella aceptó seguirle.

—Tengo una sorpresa para ti.

—Ya se me hacía raro que no hubiera una.

—No seas quejica — Caris resopló y él se echó a reír.

—Soy toda tuya, *Mihulk*.

Miguel unió su entrecejo y volvió a lamentarse del día en que se le ocurrió presentarle a Mónica y que ella, para chincharlo, no tuvo mejor idea que contarle las historias que había escuchado del porqué lo habían apodado *Mihulk*.

—Estás buscando que se vaya a unas largas vacaciones y no creo que desees eso, sabemos que cuando aparece te vuelve loca. La escocesa abrió la boca para protestar, pero se cruzó de brazos sabiendo que le tomaba el pelo.

—¿Y bien, para qué me has traído?— Preguntó para cambiar de tema, y Miguel se carcajeó en seguida, le encantaba cómo se escabullía de algunas situaciones.

—En primer lugar debemos subir —entrelazó su mano con la de ella y subieron al ascensor—. Ahora tendrás que ayudarme, meterás la llave sin abrir para poder tapar tus ojos.

—El juego no me está gustando—protestó Caris.

—Déjate guiar, cariño. —La pelirroja suspiró y extendió la mano para seguir con la sorpresa.

Introdujo la llave, se tapó los ojos y entraron poco a poco. Cuando Miguel cerró la puerta y quitó la mano de su rostro, Caris abrió los ojos y pudo sentir una conexión especial.

Sin decir nada, caminó por el salón, que tenía un estilo tan personal, entre retro y minimalista, prosiguió por la cocina, que era tal como le gustaba, y se detuvo en la habitación.

— ¿Por qué tengo la sensación que desde hoy no querré volver a salir de aquí?

—La verdad, no lo sé— respondió Miguel, disimulando, mirando a su alrededor menos a ella. Caris hizo un mohín sin creerle.

Abrió la puerta y ahí encontró una tienda de campaña hecha de sábanas blancas, una alfombra verde que hacía contraste junto a varios cojines que sobresalían, y todo iba acompañado de un colchón con sábanas que la invitaban a perderse en ellas y amar al hombre que estaba a su lado.

Pequeñas luces blancas adornaban la tienda y a la vez la luz de la habitación estaba formada por un proyector de estrellas junto a pequeñas velas y lamparitas tipo farolillo.

Miguel carraspeó tras un largo silencio de su pelirroja, ella lo abrazó y en respuesta le correspondió con un beso incondicional.

—Esto es un chantaje emocional, si dudabas de mi amor te aseguro que hoy te amo más que ayer y menos que mañana.

Susurró teniendo aún la boca de Miguel cerca.

—Esperaba que te resistieras— dijo Miguel fingiendo decepción, Caris le dio un codazo y él sonrió—. Tenía otro plan para eso.

—¿Ah, sí? —dijo Caris subiendo el jersey del español.

—Me pregunto si te apuntarías—respondió con picardía, aprovechando para despojarle la ropa de más.

—Depende de...—Caris aprovechó para desabrochar el pantalón de Miguel, que sonrió con malicia.

—Chocolates, helados y...

—¡Me apunto!

Fin.

# Agradecimientos

A todos mis lectores cero que fueron dando críticas y sugerencias para mejorar, sin vosotros no tendría ganas de seguir.

A Lury y todo el equipo de Tempus ediciones que han creído en mí y me han abierto las puertas para ser una chica Tempus, gracias por todo.

---

[1] desagradable.

[2] Bebidas en vasos tequileros.

[3] Hola, Scottish

[4] Amigo Scottish

[5] No.

[6] Bonita Scottish.

[7] El festival de arte más grande del mundo.

[8] Idiota.

[9] Martes de *Pancake* en algunos países, comúnmente llamado martes de carnaval

[10] Extranjero.

[11] Idiota.

[12] Hola, amigo.

[13] Si.

[14] Damas.

[15] *Cafetería reconocida en todo el Reino Unido.*

[16] Plato típico escocés

[17] Hola, amigo.

[18] Buenos días , mi amada princesa.

[19] Insulto en scott.

[20] Extranjero.

[21] Chicas.

[22] Zona de gol en el Rugby

[23] Punto en el rugby

[24] Guapo.

[25] Vuelve pronto.